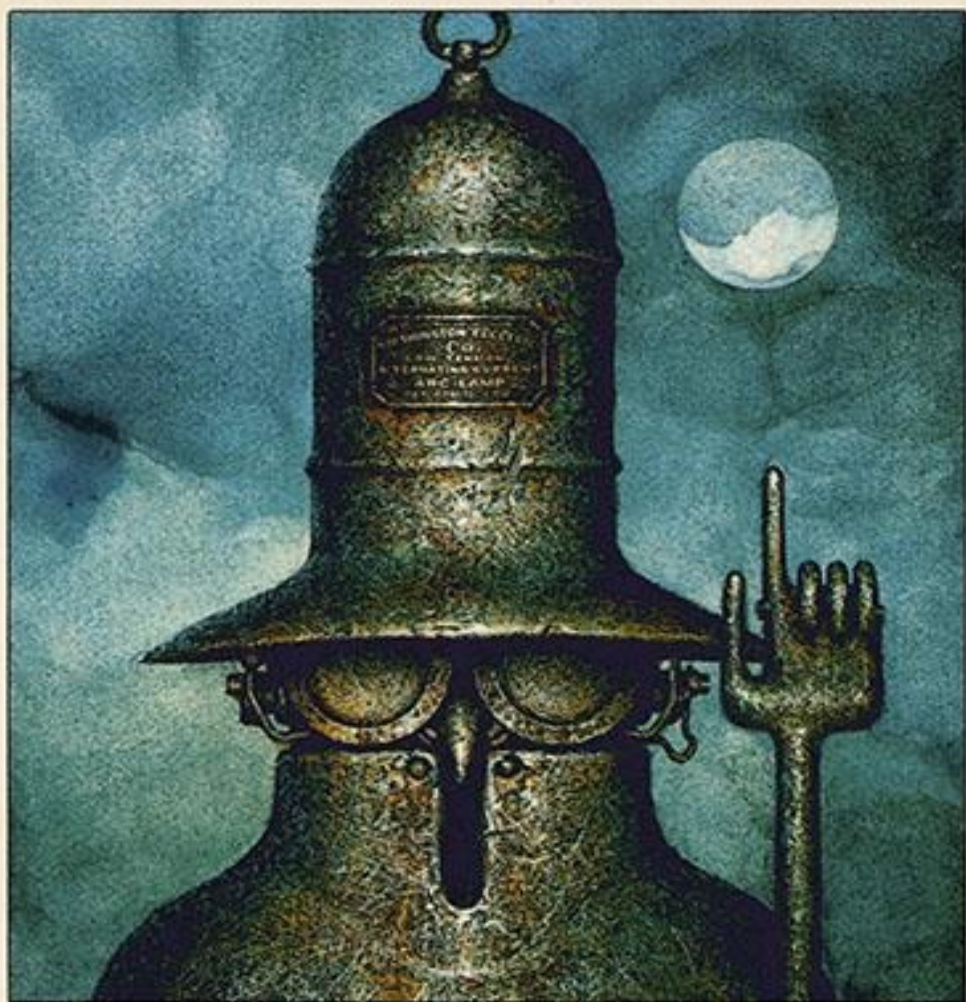


RAFAEL MARÍN TRECHERA
ÁNGEL TORRES QUESADA
JAVIER NEGRETE



PREMIO UPC 1991
NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA



Lectulandia

Mundo de dioses es una dinámica aventura ambientada en una Tierra del futuro que presencia la lucha de seres dotados de poderes inauditos. La obra más reciente de Rafael Marín Trechera, uno de los mejores estilistas y narradores de la ciencia ficción española.

El círculo de piedra es una muestra más del buen oficio narrativo de Ángel Torres Quesada, el más ameno y popular de los actuales escritores españoles de ciencia ficción. La aparición de seres extraños y el entrecruzarse de mundos paralelos dan pie a una aventura sin tregua.

La luna quieta es una narración sorprendente escrita con gran habilidad por Javier Negrete, quien se incorpora al reducido grupo de autores españoles que publican regularmente ciencia ficción. La aventura existencial de los personajes mantiene el interés del lector hasta el final y muestra el dominio narrativo de Negrete y una ambición temática insólita en el panorama de la ciencia ficción española.

Lectulandia

Rafael Marín Trechera & Ángel Torres Quesada & Javier
Negrete

Premio UPC 1991

Novela Corta de Ciencia Ficción

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2019

Título original: *Premio UPC 1991 Novela Corta de Ciencia Ficción*
Rafael Marín Trechera & Ángel Torres Quesada & Javier Negrete, 1992

Mundo de dioses
Rafael Marín Trechera

El círculo de piedra
Ángel Torres Quesada

La luna quieta
Javier Negrete

Ilustración de cubierta: Oscar Chichoni

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

El presente libro recoge las novelas ganadoras del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1991. Este premio anual, convocado por primera vez a finales de abril de 1991, ya es pese a su juventud, el premio más importante de la ciencia ficción en España.

Puede resultar sorprendente para algunos el hecho de que sea una universidad, la Universidad Politécnica de Catalunya (UPC), la entidad promotora del premio. Para bastantes personas en España, todavía sigue vigente el viejo prejuicio según el cual la ciencia ficción no debe ser considerada como una «literatura seria». Los que así opinan creen que no merece la atención de la universidad e ignoran todavía el papel que la ciencia ficción ya está desempeñando en la vida académica anglosajona, así como el creciente interés que las universidades norteamericanas vienen prestando al tema. De todo ello se tratará en esta introducción sin olvidar, evidentemente, el PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1991 ni a sus ganadores.

La Universidad Politécnica de Catalunya

La Universidad Politécnica de Catalunya (UPC) es una de las cuatro universidades públicas catalanas. Como su propio nombre indica, su especificidad le viene dada por la atención preferente a la investigación y la docencia en los ámbitos científico y tecnológico. Pero, desde hace ya tiempo, la UPC se plantea también la necesidad de atender a la formación integral de su alumnado. Diversas iniciativas y actividades promovidas por el Consejo Social de la UPC y la misma riqueza temática de las materias recogidas en los planes de estudios de las carreras impartidas por la UPC demuestran ese interés.

En los planes de estudios de esta universidad dominan, lógicamente, las materias científicas y tecnológicas necesarias e imprescindibles para proporcionar una completa y actualizada formación profesional a ingenieros, arquitectos y todo tipo de técnicos y científicos. Pero también se incluyen asignaturas como Historia de la ciencia y la tecnología, Historia de la informática, Ética y deontología profesional, Historia del arte, Estética y otras que, necesaria e indefectiblemente, acercan la formación científica y tecnológica impartida en la UPC a su dimensión social e histórica, cual corresponde a una visión moderna y responsable de la actividad del científico y del ingeniero.

Aunque algunos de los centros de la UPC, como la Facultad de Náutica o la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona, cuenten con una historia centenaria, la UPC como tal nació administrativamente en 1971. Por esta razón, en 1991 se celebró el 20 aniversario de la UPC y se quiso aprovechar esa circunstancia para dar mayor alcance a algunas actividades ya habituales en esta entidad.

De hecho, la convocatoria del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1991 puede considerarse continuadora de anteriores convocatorias de concursos literarios promovidos y organizados por el Consejo Social de la UPC, presidido por Pere Duran i Farell. Además, la temática de la ciencia ficción resulta especialmente interesante en el ámbito de una universidad politécnica donde la especulación científico-tecnológica, a menudo asociada a la ciencia ficción, coincide, desde un punto de vista lúdico, pero a la vez reflexivo, con los intereses generales de profesores y alumnos. De hecho, la ciencia ficción ya había sido con anterioridad objeto del interés de la UPC que, en 1986, publicaba IF... INFORMÁTICA FICCIÓN, una antología de relatos de ciencia ficción bajo los auspicios editoriales de Pere Botella y Xavier Iribarne, y la presentación y apoyo del rector de la UPC, Gabriel Ferraté Pascual.

IF... INFORMÁTICA FICCIÓN

Conviene que nos detengamos un momento en IF... INFORMÁTICA FICCIÓN, curiosa muestra de una ciencia ficción autóctona poco conocida todavía fuera del ámbito de los profesionales informáticos.

Los relatos recogidos en IF... INFORMÁTICA FICCIÓN se habían publicado previamente en la revista Novatica de la Asociación de Técnicos de

Informática (ATI). En dicha revista aparecieron, a partir de 1976, diversos relatos de ciencia ficción, a menudo extraídos de la revista Creative Computing. Dicha iniciativa tuvo muy buena acogida entre los lectores, sobre todo a partir de la publicación del relato «Los ordenadores no discuten» (Computers don't argue, 1965) de Gordon R. Dickson, aparecido en 1976 en Novatica.

Nació así, en el número 24, correspondiente a noviembre/diciembre de 1978, una sección fija de la revista, titulada precisamente IF... INFORMÁTICA FICCIÓN, con el objetivo de publicar relatos de ciencia ficción. En dicha sección aparecieron también títulos clásicos de autores famosos como Fredric Brown (La respuesta) o Isaac Asimov (algunos relatos de la serie sobre Multivac).

En el número 29 (septiembre/octubre de 1979) aparecía el primer original español, Metropolitano, atribuido a Federico Aguirre, un pseudónimo de Xavier Berenguer, uno de los impulsores de la sección. Con el tiempo, la sección IF... acabó siendo dirigida por Pere Botella, hoy catedrático del departamento de Lenguajes y Sistemas Informáticos de la UPC.

En 1986, los 18 originales de autores españoles publicados hasta entonces en Novatica se recogieron antológicamente en IF... INFORMÁTICA FICCIÓN. Los autores de los relatos de este volumen eran Joan B. Fonollosa (3 narraciones), Carles Pol (3), Xavier Berenguer (4), Frederic Sánchez (2), Arturo García (1) y A. Torras (1), todos ellos directamente relacionados profesionalmente con una actividad tecnológica y también con la UPC como profesores e incluso, en el caso de Carles Pol, como gerente.

Con la publicación de este libro, realizada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad Politécnica de Catalunya, se hacía público el interés por la ciencia ficción dentro de la UPC. Un interés cuyo contenido destacaba claramente el rector de la universidad, Gabriel Ferraté, en su presentación del libro:

Situada en las encrucijadas del espacio-tiempo, la ciencia ficción nos relata hechos de explicación fantástica, pero no sobrenatural. Como género basado en ingredientes de carácter extraordinario, si bien racionalizabas por la imaginación, la ciencia ficción es una especulación sobre acontecimientos asumibles como posibles, sólidamente basados en un conocimiento adecuado del mundo real, presente y pasado, y en

una comprensión de la naturaleza y significación del método científico.

Así, la Universidad Politécnica de Catalunya se convertía en la primera universidad española que prestaba una atención especial a la literatura de ciencia ficción. Las razones de ello, centradas en el carácter especulativo propio del género, también eran expuestas por el rector Gabriel Ferraté:

... en un ambiente técnico (...) la ciencia ficción puede representar para algunos la pirueta mental que les ayude a liberarse del exceso de presión de un medio racionalista en exceso (...) y (...) nos introduce en un mundo, a la vez fantástico y real, que libera nuestra mente y nuestra imaginación y que en más de una ocasión nos hace pensar y meditar, algunas veces con ironía, sobre temas y tópicos de nuestro entorno cotidiano.

Ciencia ficción en las universidades anglosajonas

Aunque la atención universitaria hacia la ciencia ficción pueda ser una novedad para algunos, se trata de un fenómeno ya habitual en las universidades anglosajonas, que hace ya años han optado por incorporar al mundo académico la temática propia del género. En un capítulo de mi reciente CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA (NOVA ciencia ficción, núm. 28) adelantaba algunos datos que ahora paso a resumir brevemente. Tras haber sido un género ignorado e incluso despreciado por el mundo académico, la ciencia ficción ha logrado, por sus propios méritos, llegar a formar parte de los currículos de las high schools y universidades norteamericanas. Si bien la ciencia ficción se ha convertido en elemento destacado en la enseñanza de la literatura y la lengua inglesa, también ha sido utilizada en relación con el impacto social de las diversas tecnologías y como aproximación educativa a eso que Alvin Toffler ha llamado el «shock del futuro».

Tras el empleo pionero de la ciencia ficción en los cursos de escritura creativa del City College de Nueva York (1953) y de la Universidad de Chicago (1957), la generalización de su empleo académico se inició en 1962 con los cursos realizados por autores y estudiosos como Jack Williamson en la Universidad de Nuevo México y James Gunn en la Universidad de Kansas.

Posteriormente, se concretó a través de la actividad de algunos profesores de lengua y literatura inglesa como H. Bruce Franklin en la Universidad de Stanford y Thomas Clareson del College of Wooster. Este último impulsó finalmente la creación de la Science Fiction Research Association (SERA, Asociación de Estudios sobre la Ciencia Ficción) en 1970.

Entre los objetivos de la SERA se citan: «El estudio de la ciencia ficción y la fantasía, mejorar la enseñanza en el aula, evaluar los nuevos libros y los nuevos métodos y materiales de enseñanza», lo que, implícitamente, deja establecida la presencia de la ciencia ficción en las aulas, cuando menos en las norteamericanas y británicas. La SERA cuenta en la actualidad con unos quinientos miembros, la mayoría de ellos profesores universitarios. La asociación concede un premio especial, el Pilgrim Award, a las contribuciones excepcionales a la erudición académica en el ámbito de la ciencia ficción y la fantasía. Este premio se concede cada año al autor del trabajo más interesante de crítica académica sobre el género.

El resultado de la actividad de la SERA y otras sociedades parecidas ha sido el aumento del número de artículos y libros de carácter académico sobre temas propios de la ciencia ficción, así como la aparición de revistas universitarias especializadas en el género. Tras la pionera Extrapolation, creada en 1959 por Thomas Clareson y editada tres veces al año por la Universidad del estado de Kent, en Ohio, cabe citar Foundation: The Review of Science Fiction, iniciada por Malcom Edwards en 1972 en el Politécnico del Noreste de Londres, y Science Fiction Studies, fundada en 1973 por Darko Suvin y R. D. Mullen en el Departamento de Inglés de la Universidad Concordia en Montreal, ambas también de periodicidad cuatrimestral.

También cabe destacar la aparición de material pedagógico centrado en la ciencia ficción y la publicación de libros como Teaching Science Fiction: Education for Tomorrow («La enseñanza de la ciencia ficción: educación para el mañana», 1980), editado por Jack Williamson, donde se recogen colaboraciones de muchos escritores de ciencia ficción y de académicos interesados por el tema.

Asimismo han aparecido ayudas docentes, como la británica Science Fiction: Its criticism and teaching («Ciencia ficción: Su crítica y enseñanza», 1980), de Patriek Parrinder, o la norteamericana Science Fiction: A teacher's guide & resource book («Ciencia ficción: una guía para el profesor y libro de recursos»), editada por Marshall Tymm en 1988.

La idea central de tales actitudes recoge la conveniencia de utilizar para la enseñanza de la lengua y literatura inglesa obras cuya temática pueda ser

de mayor interés para los alumnos que los textos utilizados tradicionalmente en estos menesteres. Pero también cabe el uso de la ciencia ficción para muchos otros cometidos docentes como muestra la simple enumeración de algunos cursos y publicaciones: «Ciencia ficción y la enseñanza de las ciencias», «Ciencia ficción en un curso de informática y sociedad», «La enseñanza de ciencia ficción con contenido político», etcétera.

Este tipo de actitud respecto a la ciencia ficción y la fantasía ha determinado la aparición de bibliotecas universitarias especializadas. En realidad, las mejores y más completas colecciones bibliográficas sobre ciencia ficción se encuentran hoy en día en algunas de las universidades norteamericanas más notables. Son famosas en este aspecto la Science Fiction Society Library del conocido Massachusetts Institute of Technology (M.I.T.) de Boston, la Science Fiction Research Collection de la Texas A&M University, la J. Lloyd Eaton Collection de la Universidad de California Riverside o las de las universidades de Siracusa y Eastern Nuevo México entre otras.

Ciencia ficción en la universidad española

Es cierto que el reconocimiento universitario de la ciencia ficción en España se encuentra sólo en sus inicios, pero, afortunadamente, es posible citar otros ejemplos además del libro editado por la UPC en 1986.

En la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, Carlos Saiz Cidoncha leía en 1988 la primera tesis doctoral de la universidad española que tomaba como objeto de estudio la ciencia ficción. Se trata de La ciencia ficción como fenómeno de comunicación y de cultura de masas en España, realizada bajo la dirección del doctor Luis Núñez Ladeveze. El trabajo de Saiz Cidoncha es un completo y erudito estudio histórico sobre la ciencia ficción en España y se configura como el precedente directo de la aparición de algunas tesinas sobre la ciencia ficción y sus temas en la misma facultad madrileña.

Hasta hoy, la otra tesis doctoral española que toma la ciencia ficción como tema o material de estudio es mi propia investigación sobre La visión de la informática en la literatura de ciencia ficción, realizada bajo la dirección del doctor Antoni Olivé y Ramón y leída en la Facultad de Informática de Barcelona de la UPC. Se trata en este caso de la utilización de la ciencia ficción como material para estudiar el posible impacto social de

una tecnología emergente como ha sido la informática desde los años cincuenta hasta nuestros días.

Es pronto todavía para hablar de cursos regulares en la universidad española que hagan de la ciencia ficción objeto o material de estudio, aun cuando dicha posibilidad ya se ha hecho presente en algunos cursos de verano de universidades como la Complutense de Madrid o la Menéndez Pelayo de Santander. Es de esperar que dicho ejemplo tenga continuidad.

Igualmente, cabe contemplar la posibilidad de que aparezcan futuras asociaciones, bibliotecas y revistas universitarias centradas en la ciencia ficción incluso en España. Cuando escribo este texto (diciembre de 1991) es todavía pronto para adelantar acontecimientos, pero me consta que algunos proyectos ya están en marcha y espero poder hablar de ellos en la presentación del Segundo Premio UPC de novela corta de ciencia ficción.

Premios literarios de ciencia ficción promovidos por universidades

Una de las posibles actividades universitarias en torno a la ciencia ficción es, precisamente, la convocatoria de premios de narrativa. También en este caso hay precedentes en la universidad norteamericana. El primero fue el premio Júpiter, concedido entre 1973 y 1978 por el Grupo Instructor de Ciencia Ficción de la Universidad de Maine. Pero los más famosos son los premios concedidos anualmente en la Campbell Conference, organizada por la Universidad de Kansas bajo los auspicios de James Gunn.

Se trata de los premios John W. Campbell Memorial (para novela, concedido desde 1973) y el Theodore Sturgeon (para narraciones breves, otorgado desde 1987); con toda seguridad los más prestigiosos de los premios de ciencia ficción decididos por un jurado. En España, la Facultad de Ciencias de la Universidad del País Vasco convocó en 1989 el primer premio Alberto Magno para relatos cortos de ciencia ficción.

El Premio UPC de novela corta de ciencia ficción

Aunque la tradición de los concursos literarios promovidos hasta entonces por el Consejo Social de la Universidad Politécnica de Catalunya se centraba en el relato corto, en 1991 y con motivo del 20 Aniversario de la UPC, resultó aconsejable plantear por primera vez en la universidad española un premio de novela de ciencia ficción. Para favorecer la presencia

de originales se eligió la longitud de la novela corta, en torno al centenar de páginas, una extensión de gran predicamento en la ciencia ficción y en la que empezaron a tomar forma obras tan características del género como la FUNDACIÓN de Isaac Asimov o DUNE de Frank Herbert.

Cabe constatar de entrada que este primer Premio UPC de novela corta de ciencia ficción, organizado por el Consejo Social de la UPC y convocado a finales de abril de 1991, ha tenido muy buena acogida. Se podía concurrir a él con obras escritas tanto en castellano como en catalán, aun cuando, entre las 71 novelas presentadas, la mayoría estaban redactadas en castellano. El premio se convocaba abierto para todo aquel que presentara una narración ajustada a las bases, que establecían simplemente la extensión (entre 71 y 110 páginas) y la temática: «narraciones inéditas encuadrables en el género de la ciencia ficción».

El premio, dotado con un millón de pesetas y una posible mención de 230.000 pesetas, reserva también la posibilidad de una mención especial para la más destacada de las narraciones presentadas por los miembros de la UPC (alumnos, profesores y personal de administración y servicios).

Por un acuerdo entre la UPC y Ediciones B, las bases del premio advertían que «las novelas ganadoras serían publicadas por la UPC a través de Ediciones B dentro de su colección NOVA ciencia ficción», precisamente en un volumen como éste.

También se indicaba en las bases la voluntad de establecer para el premio una periodicidad anual y, cabe añadir aquí, que para próximas ediciones se contempla también la posibilidad de ampliar el ámbito geográfico y lingüístico del Premio UPC de novela corta de ciencia ficción. Existe el proyecto de que el premio devenga europeo al aceptar originales en catalán y castellano como en su primera edición, pero también en inglés y francés.

El jurado de la primera edición estuvo formado por Miquel Barceló, Vladimir de Semir, Mónica Piquer, Isabel Rosell y Domingo Santos (citados aquí por orden alfabético).

El contenido del acta con el fallo del jurado (traducida del original en catalán) es la siguiente:

El jurado del **Premio UPC de novela corta de ciencia ficción 1991**, reunido en la sede de Consejo Social el día 19 de noviembre de 1991 para deliberar sobre la entrega de los premios ha decidido otorgar:

—El primer premio ex-aequo de 1.000.000 pts., a repartir entre las obras:

Mundo de dioses, de Rafael Marín Trechera.

El círculo de piedra, de Ángel Torres Quesada.

—Una mención de 250.000 pts. a la obra:

La luna quieta, de Javier Negrete Medina.

—Con el objetivo de estimular la participación de miembros de la UPC en futuras convocatorias de este premio, el jurado decide otorgar también un premio especial de 250.000 pts. a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC a la obra:

Tan sólo un error, de Rafael Mallor Plou.

El jurado desea hacer constar el éxito de participación de esta primera convocatoria (71 originales recibidos) y hacer mención de las siguientes obras:

La expedición a Cingapa, de Luis María Abad López.

Duerme, querido monstruo de Gabriel Bermúdez Castillo.

Migdia a Samarkanda, de Jordi Pujadas Gannau.

Y, a efectos oportunos, firman el presente certificado.

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el martes 3 de diciembre de 1991 en un solemne acto académico que contó con una interesante conferencia a cargo del doctor Marvin Minsky sobre «Inteligencia artificial y ciencia ficción».

El doctor Minsky tiene un currículum repleto de galardones académicos por su trabajo como investigador (Turing Award, Killian Award, etc.) y es justamente reconocido como uno de los padres de la Inteligencia Artificial. Doctorado en matemáticas por la Universidad de Princeton, Minsky fue uno de los pioneros de la Inteligencia Artificial desde su asistencia en la histórica conferencia de 1936 hasta su participación como fundador de la American Association on Artificial Intelligence y del Laboratorio de Inteligencia Artificial del M.I.T., donde Minsky es profesor. Pero, además, el doctor Minsky es un conocido aficionado y amante de la ciencia ficción, a la que recientemente ha incorporado su novela THE TURING OPTION (1992), escrita en colaboración con Harry Harrison. Como era de esperar, la novela narra la reconstrucción de un cerebro humano gracias a prótesis

informáticas en el seno de una sugerente narración de aventuras, como no podía resultar menos de la colaboración de Minsky y Harrison.

La presencia del doctor Minsky en el acto de la entrega de galardones de este primer Premio UPC de novela corta de ciencia ficción 1991 permitió a los asistentes comprobar el interés que una personalidad científica de gran relieve presta a la ciencia ficción.

Es imposible en esta ya dilatadísima presentación incluir la conferencia del doctor Minsky, que fue recibida con gran interés por los presentes al acto; pero sí me atreveré a incluir un pequeño resumen de sus intenciones que, previamente a su llegada, me había hecho llegar por medio del ya ubicuo correo electrónico. El doctor Minsky, bajo el subtítulo de «Resumen de la presentación de los premios literarios a cargo de Marvin Minsky del MIT», se expresaba así:

Cuando era niño empecé leyendo los Viejos Maestros de la ciencia ficción. Leí las narraciones de H. G. Wells y Julio Verne. Y las de Hugo Gernsback. Después descubrí a la generación de *Astounding*: Isaac Asimov, Robert A. Heinlein, Lester del Rey, Arthur C. Clarke, Frederik Pohl y Ted Sturgeon; y a su gran editor-escritor John Campbell. Esos pensadores me mostraron tantas ideas que se convirtieron en dioses para mí, junto a Galileo, Darwin, Pasteur y Freud. Pero había una diferencia. Los *escritores de ciencia ficción* estaban vivos. Al principio les adoré a distancia. Pero más tarde me encontré con ellos y se convirtieron en buenos amigos míos. Y después la siguiente generación, y también la siguiente. Zelazny y Silverberg. Niven y Pournelle. Benford y Brin. Vernor Vinge, un *colega* matemático. Estoy seguro de que todos pueden comprender cuán profunda experiencia fue llegar a conocer e, incluso, colaborar con esos maravillosos pensadores.

Incluso hoy sigo leyendo más ciencia ficción que cualquier otra cosa. Por supuesto que leo también una buena cantidad de literatura técnica. Pero leo muy escasamente la literatura «ordinaria», porque me parece convencional y falta de imaginación comparada con las ideas de esos brillantes pensadores del mundo de la ciencia ficción. Para mí ellos son los mayores filósofos de nuestro tiempo y, desde este punto de vista, los famosos escritores de literatura general (*mainstream*)

me resultan incluso «pesados» al escribir casi siempre las mismas cosas una y otra vez. Las novelas más vendidas de nuestros días se parecen demasiado a los escritos de Eurípides o Aristófanes, narran de nuevo las mismas observaciones sobre las relaciones humanas, sobre caprichos, traiciones y todos esos temas antiguos. Los escritores de ciencia ficción se preguntan sobre lo que sucedería si nuestras tecnologías, nuestras sociedades e incluso nuestras propias mentes funcionaran de manera diferente.

Mi charla destacará algunas conexiones reales entre mi propia investigación científica y los escritos de esos autores. Como trabajar con Clarke y Pournelle (y también con Werner von Braun) en algunos comités de la NASA; desarrollar con Heinlein el concepto de «operación a distancia»; discutir sobre robótica con Asimov; eliminar lo falso y lo legendario de la antigravedad junto con Campbell; dictar en un instituto una conferencia compartida con Ted Sturgeon; y desarrollar la idea de «cargar» una personalidad humana en un sistema a partir de las ideas de Pohl y Williamson. Y, más recientemente, escribir con Harry Harrison una nueva novela: *The Turing Option* que aparecerá a principios de 1992.

Las novelas ganadoras y la presente edición

Finalmente, y con mis disculpas al cansado lector, me referiré al presente libro y su contenido.

Se recogen aquí las dos novelas ganadoras, casualmente escritas por autores ya conocidos y con experiencia en el todavía reducido ámbito de la ciencia ficción española. Pero he decidido incluir también la novela que ha obtenido la mención del jurado (una especie de segundo premio, en definitiva) aun a costa de hacer más voluminoso el libro. El objetivo es, evidentemente, dar paso a una voz nueva en la ciencia ficción española, los lectores de esta colección ya conocen mi interés por publicar en ella a los nuevos autores del género, y la ciencia ficción española no debe ser una excepción.

Para seguir de nuevo el orden alfabético, me referiré primero a MUNDO de DIOSSES, de Rafael Marín Trechera, una de las dos novelas premiadas. Marín

es uno de los mejores valores de la ciencia ficción española tanto en su faceta de brillante traductor como por su obra propia. En su obra de creador destaca la novela Lágrimas de luz (1982) y la antología Unicornios sin cabeza (1987), en las que es posible constatar la calidad de su expresión literaria. También ha escrito una interesante trilogía de novelas de fantasía, La leyenda del navegante, todavía en busca de editor. MUNDO de DIOSES presenta un dinamismo no muy frecuente en la obra de Marín (aunque ya se hallara presente en la novela corta Nunca digas buenas noches a un extraño, con la que se dio a conocer). La explicación reside tal vez en el hecho de que MUNDO de DIOSES parte de un guion de cómics (otra de las aficiones del prolífico Rafael...). Como ocurre a menudo en los cómics, esta novela corta tal vez nos deja con las ganas de un «continuará...». Y es posible que, en un futuro cercano, exista una continuación si Marín, como ha amenazado, extiende la temática de esta novela corta a una futura narración de mayor extensión. De hecho, el material temático y las posibilidades encerradas en MUNDO de DIOSES lo hacen muy factible. El tiempo dirá. De momento, cabe disfrutar con el interés y las sugerencias de la versión actual.

EL CÍRCULO DE PIEDRA, de Ángel Torres Quesada es la otra novela ganadora del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1991. Se trata de una obra típica de este autor, posiblemente el más ameno de la ciencia ficción española y uno de los más prolíficos. Sus obras más recientes, por ejemplo, la trilogía de Las islas del infierno (1989) o la novela La Dama de plata (1991), han sido muy apreciadas por parte de los lectores, no siempre propensos a aceptar a los autores españoles de ciencia ficción. El secreto reside en el hecho de que la obra de Torres es siempre amena y de fácil lectura como demuestra EL CÍRCULO DE PIEDRA. Conviene precisar aquí que el título real de la novela era en realidad El aliento de la oscuridad, pero los servicios administrativos del Consejo Social de la UPC la catalogaron como EL CÍRCULO DE PIEDRA tomando por título lo que era tan sólo el lema que, obligatoriamente, debía sustituir al nombre del autor para garantizar el anonimato de este durante la labor decisoria del jurado. En cualquier caso, Ángel Torres ha aceptado el cambio en la confianza de que también aquí encontrará tema suficiente para una narración más larga (tal vez una nueva trilogía...) a la que pueda titular El aliento de la oscuridad.

Se incluye también en este volumen la novela LA LUNA QUIETA presentada por Javier Negrete. Obtuvo la mención especial del jurado, quedando a muy escasa distancia de las ganadoras en la votación final. Esta será la primera publicación profesional de Negrete, quien ya ha realizado algunas

traducciones de novelas de ciencia ficción y ha escrito una larga novela de fantasía: La jauka de la buena suerte. Esta, tal vez por superar las quinientas páginas, va a tener difícil la publicación, pese a su excepcional calidad e interés, que puedo acreditar personalmente. LA LUNA QUIETA es una narración sorprendente cuyo encuadramiento en uno u otro género resulta harto complicado. En cualquier caso, está escrita con habilidad y mantiene el interés del lector hasta el final. De ella, lo menos que puede decirse es que rezuma una ambición insólita en el panorama de la ciencia ficción española, y da prueba del dominio narrativo de su autor. Una obra original y sorprendente que, espero, vendrá pronto seguida de nuevas narraciones que consoliden el nombre de Negrete como uno de los jóvenes valores de la ciencia ficción española.

Para finalizar, me gustaría repetir aquí algo que ya tuve ocasión de exponer en una de las mesas redondas de la reciente HISPACON91: la ciencia ficción escrita en España merece mayor atención de la que el público lector español le está otorgando. En este país no hay todavía demasiados autores de ciencia ficción, pero ya podemos contar con unos cuantos especialistas que escriben obras interesantes a pesar de que, hoy por hoy, el público lector todavía prefiere una traducción floja de un mediocre autor norteamericano a la obra madura y correcta de los buenos autores españoles.

Si me aceptan un consejo, antes de leer el enésimo libro de una serie norteamericana de paternidad más que dudosa, presten mayor atención a las narraciones de autores españoles que ya han demostrado su valía, como Elia Barceló, Gabriel Bermúdez Castillo, Rafael Marín Trechera, el tándem Javier Redal y Juan Miguel Aguilera, Carlos Saiz Cidoncha, Domingo Santos o Ángel Torres Quesada, a los que hoy se añade, por derecho propio, Javier Negrete con ésta, su primera publicación profesional.

Y, para que pueda servir de demostración, les dejo (¡por fin!) con las novelas de este volumen, que tendré su continuación, en años sucesivos, con la publicación de las narraciones ganadoras de futuras ediciones del Premio UPC de novela corta de ciencia ficción.

MIQUEL BARCELÓ

MUNDO DE DIOSES [1]

Rafael Marín Trechera

Knowledge forbidden? Suspicious, reasonless...
Why should their Lord envy them that?
Can it be sin to know? Can it be death?

JOHN MILTON
Paradise Lost

Corría. Un trazo gris difuso contra el brillo cegador de la noche. Agazapado en las sombras, iba dejando jirones de plástico en cada gárgola y cada alero; la angustia, la inseguridad, el miedo. Y entonces, relámpagos de carne y oro sobre el trazado exacto de los edificios, escorpiones de acero dibujando estelas de plasma tras su paso, como perros de caza, los Centinelas.

Dos docenas de pantallas resplandecían en silencio, como desafiando con su parpadeo a las hogueras que salpicaban la calma falsa de la noche. Detrás de su escritorio, bajo los veinticuatro monitores mudos, Klaus Vildmann terminó de sorber su café ya tibio y contempló sin decir nada a la mujer recortada contra el metacristal transparente. Sacudió la cabeza, soltó la taza. Miró con desgana el donut a medio consumir y se llevó por acto reflejo el lápiz óptico a los labios. Abrió la boca, se contuvo; con un esfuerzo, no lo mordió.

Davinia Cross estudió su reflejo en la lisa superficie plateada y negra. Dibujada contra la pirámide del Templo de Kent, su silueta le pareció una vez más el esbozo de un fantasma, recargada de tristeza y carente de substancia. Delgada, vestida de cuero negro y falda, la imagen inexacta que le ofrecía la ventana mostraba a una mujer joven, ensimismada, melancólica. Todo lo que ella no era, cuanto se negaba a ser. Davinia alzó la manzana todavía verde que tenía en la mano, olvidada, y se la acercó a la boca.

—De acuerdo, Klaus —dijo, y dio a la fruta un mordisco agresivo, como si dentro de ella se encontrara la respuesta a todos sus enigmas, la solución a su afán de curiosidad—. Vivimos en un paraíso. Eso dicen, ¿no? Gran negocio.

—Siempre has sido una buena periodista, Dave —reprendió amablemente el editor en jefe—. Has aprendido bien los trucos del oficio, es algo que he mantenido desde que te conozco. Pero no caigas ahora en el error de dar nombres gratuitos. Ciertamente que no vivimos en un mundo malo, pero sabes tan bien como yo que nadie en su sano juicio estaría dispuesto a admitir que lo hacemos en un paraíso.

—¿Y por qué no, Klaus? ¿Qué es un paraíso sino un mundo de dioses? Y a fin de cuentas —añadió la mujer amargamente—, ¿no existe acaso una raza de dioses que campa por sus respetos sobre esta desgraciada Tierra?

Una voltereta en el aire y aterrizó en la cornisa del edificio. Tras una frenética evaluación, comprendió que aquél no sería un buen punto de defensa. Se zambulló otra vez, de cabeza, se agarró a la testa de una gárgola y de esa forma se detuvo. El monstruo de piedra le miró con sus ojos ciegos. El fugitivo vio que tenía un colmillo roto, un cuerno gastado. Miró otra vez alrededor, abajo, al cielo. Notaba el corazón acelerado, como el motor sin freno de una caldera. Iban a encontrarle, y pronto, eso era fijo. Los reflectores picoteaban la noche, buscándole donde no estaba, pero sin duda los Centinelas tendrían más de una forma de dar con él, de exterminarle.

Un relámpago rayó la armonía desigual de los edificios, de abajo arriba, rojo, invertido. Davinia Cross lo observó un instante, entornó los ojos, comprobó su reloj de pulsera.

—De acuerdo, Klaus. Tienes razón como casi siempre, jefe. Se acabaron los problemas y prácticamente no existen las guerras, vale. La línea oficial lo deja todo muy claro.

—Ha habido muchas otras épocas de la historia, prácticamente todas, que aceptarían la situación que nosotros vivimos sin leer siquiera la letra pequeña —recordó Vildmann, sin acabar de creerlo tampoco, innecesariamente.

—Quizá la gente sea más feliz —comentó la mujer, intrigada por el juego de luces que se alzaba al otro lado de la arcología, bajo la negra bóveda del cielo—. ¿Pero sabes qué es lo que te digo, Klaus? No me gusta. Y debe de haber alguien igual que yo en todo el maldito mundo, ¿no? Es imposible que sea yo sola.

Vildmann sonrió sin alegría.

—Si hay alguien más, es de esperar que tenga al menos la mitad de cerebro que tú, Dave. ¿Quién puede estar tan loco para enfrentarse a los Centinelas?

El líder de la patrulla ajustó los sensores de su visor y corrigió la trayectoria de su vuelo. Veía la ciudad en rojo y malva, pero sabía que pronto

su objetivo destacaría contra las lentes en forma de mancha azul. Volando a su cola, los otros cinco miembros de su equipo abrieron la formación lo suficiente para poder trazar una red capaz de ampliar el alcance de su radio de búsqueda.

—De Oro Uno a todos —chirrió su voz en los cascos de los hombres y mujeres de su escuadrilla—. Los monitores indican presencia sospechosa en el sector A3. Preparados para el asalto.

—Roger, intrépido líder —replicó una voz burlona.

—Déjate de coñas, Murdock, y procura cubrir bien tu flanco. Vas haciendo más eses que un cohete de feria.

—Debo de tener problemas con el retropropulsor izquierdo —contestó el aludido, Oro Cinco—. Pero no te preocupes, Kincaid. Me las apañaré.

—Más nos vale. Ese jodido derivante puede ser peligroso.

—De Oro Cuatro a todos —instó una voz entre el estrépito de los jets y la estática de la comunicación. El chisporroteo y la máscara facial impedían reconocer su tono femenino—. Lo tengo. Coordenada A3-4YT-K2. Está solo.

—Roger, Oro Cuatro. Murdock y tú podéis encargáros de cubrirnos —ordenó el primero—. Los demás, vamos a freír a ese hijo de puta antes de que volvamos a perderlo. ¿Armas en ready?

—Oro Dos, preparado.

—Oro Tres, preparado.

—Oro Seis, preparado.

—Oro Cinco y Oro Cuatro a la espera, Oro Uno.

—Adelante, muchachos. Vamos a darle una alegría al cabrón de Quebrantahuesos.

La formación se disolvió en un abanico multicolor. Cuatro trazos dorados se zambulleron en picado mientras los otros dos permanecían sobrevolando el futuro campo de batalla. Como aves de presa, los Centinelas se internaron entre los edificios, tiburones voladores al encuentro de su víctima.

Davinia Cross miró el reflejo doblemente mudo de los monitores en la ventana. Veinticuatro rectángulos de imágenes en movimiento y gestos a todo color les azuzaban a comprar, a disfrutar de unas vacaciones de ensueño o curarse la miopía o el agotamiento, o desenrollaban eternos melodramas repuestos ya una y mil veces. En media docena de pantallas asomaban los bustos característicos de los presentadores de los noticiarios, anunciando con cara de muerto noticias insoportables o sonriendo de oreja a oreja ante alguna

catástrofe, como siempre. Tres programas de música, cinco guerras a escala (como llamaba a las retransmisiones de deportes), algún que otro desfile de imágenes indescifrable. Toda la vida parpadeando igual, insistiendo de la misma forma, sin decir nada, sin descubrir ningún valor. Desventajas de ser un simple humano en un mundo de dioses perfectos.

—¿Qué demonios te pasa hoy, Dave? —preguntó Vildmann, los ojos entornados, calibrando a la muchacha, aunque sabía perfectamente lo que le sucedía: También él había sido joven, y como la propia Davinia quiso un día cambiar el mundo antes de que el mundo lo cambiara a él, sin querer o por capricho—. Tranquilízate. Cualquiera puede tener un día de perros.

—Y unos más que otros, Klaus. —La mujer se dio la vuelta—. Lo siento, debe de ser la proximidad de la tormenta. Pero no es sólo un día. Es esta vida...

—Esta jodida vida de hormigas. ¿Otra vez estás con eso?

Eres periodista, Dave. No un mesías. Tu función no es descubrir un quinto evangelio ni guiar a nadie a través del Mar Rojo. Tu trabajo es informar de lo que pasa.

—Ése es el problema, ¿no lo ves? Ése es el problema, Klaus. Nunca dejan que pase nada.

Escuchó primero el estrépito y en seguida vio las cuatro formas humanas que se precipitaban hacia él, cómo ángeles sin alas caídos de los cielos. El brillo de las armaduras era una llama entre las fauces de la noche. Se cubrió con el brazo el rostro, en un vano intento de ocultarse, de apagar su resplandor. Entonces, el impacto, la explosión. El mundo se estremeció de arriba abajo y una salva verde y oro brotó entre los edificios, alarmando a los vecinos. Luchando contra la náusea, el fugitivo se agarró al cuerpo que le impulsaba y los dos se desplomaron a saco desde lo alto del tejado.

Con los dientes apretados, el fugitivo llegó a ver el brillo de determinación en los ojos de su contrincante, la expresión de odio mal encaminado al otro lado del visor. Cerró el puño. Sin dar tiempo a que interviniera ningún otro Centinela, aplastó la placa transparente, salpicando de sangre todo el interior del casco. El Centinela soltó un grito que se confundió con el bramido de la estática. El cortocircuito le frió en un instante, pero el fugitivo apenas sintió un leve estremecimiento erizarle los vellos de los brazos. Algo le quemó entonces la espalda: Una bala de plasma. Se dio la vuelta y saltó a ciegas, consumido por el pánico, loco en su ansia de escapar,

hacia el segundo guardián que se le echaba encima. Hombre y titán se encontraron a mitad de camino, en pleno aire, y el impacto multicolor fue apagado por el estrépito repetido de la carne contra el metal. La mano desnuda se abrió paso entre la coraza sobrehumana, desgajando vísceras y esqueleto artificial. El Centinela ya se desplomaba cuando el fugitivo advirtió que se trataba de una mujer. Cerró los ojos, dio una voltereta en el aire, jadeó. Tanto peor para ella. Todavía tenía que librarse de los otros dos.

En una de las pantallas apareció sonriente el rostro de uno de los dioses. Davinia lo miró con cierto recelo, casi con admiración. ¿De quién se trataba? No podía decirlo. Tal vez un Bunyan, o un Wayne. Se parecían tanto unos a otros en su perfección que ya hacía tiempo que había dejado de interesarse por ellos. De niña había coleccionado sus cromologramas y sus muñecos articulados, igual que en otra época otros niños lo habían hecho con las estrellas del cine o del béisbol. Pero eso fue antes de que abriera los ojos, de que comprendiera lo crudo de su situación. Los dioses moraban entre los hombres, viviendo en su hermoso anillo edén, superiores a la media, tranquilos, hermosos. ¿Quién sabía si ahora mismo no los estarían observando, vigilando, controlando? No era agradable despertar por la mañana y descubrir una raza paralela viviendo encima de ti, gozando de tus sueños, cumpliendo todo aquello que la humanidad había ansiado a lo largo de los siglos. Oh, sí. Klaus podía estar en lo cierto. Había paz, ¿no? Vivían en un paraíso.

Pero era triste ser manzana y no serpiente. Tal vez tuvieran la tranquilidad, pero no la sabiduría. Tal vez habían entregado los sueños a cambio de la vida.

—No dejes que tu amor por este oficio te nuble la mente, Dave —suspiró Vildmann—. Sabes que hay cosas que es mejor no tocar.

—¿Por qué? ¿Qué pueden hacerme? Venga ya, jefe. Comparadas con las cosas que son capaces de hacer esos tipos, lo que los pobres humanos de a pie tenemos ni siquiera puede considerarse vida. Pero me enerva esta maldita inactividad.

—Tu artículo de hoy era bueno.

—¿Sí? ¿Y qué decía? Lo mismo que ayer. Igual que el de siempre. Los Centinelas libran a la indefensa raza humana de un nuevo derivante.

Pulsó un botón y las pantallas dejaron de emitir las señales en movimiento para reproducir dos docenas de primeras planas del videoperiódico para el que

ambos trabajaban. Pese a la distinta distribución de holos y de textos, el contenido parecía idéntico, como si se tratara de diferentes pruebas para un número cero, lo que en argot periodístico llamaban *el muerto*.

Con una mueca de disgusto, Davinia Cross las apagó. Inmediatamente, la señal del satélite substituyó las galeradas por las insulsas imágenes de publicidad y noticiarios.

—Te duele tanto esta profesión como a mí, Klaus. Sabes lo que es que te hiervan las noticias en la sangre. ¿Pero qué noticias, por el amor de Dios? Si todo va bien, no se venden periódicos. Es tu queja. Siento que en algún lugar del mundo, ahora mismo, debe de estar sucediendo algo importante.

Una docena de cráteres humeantes se abrió paso a los pies del hombre, fundiendo el asfalto como si fuera gelatina. Los otros dos Centinelas que le acosaban, a la vista del fracaso de sus compañeros, habían decidido no forzar la batalla a un cuerpo a cuerpo, pues el vigor del derivante sobrepasaba a casi todo lo que habían visto hasta ahora.

—Oro Uno a Oros Cuatro y Cinco —murmuró el líder de la escuadrilla, la estática apagando lo alterado de su voz—. Oro Tres y yo vamos a intentar freírlo desde aquí. Ese hijo de puta es duro. Permaneced a la expectativa, y si todo va mal, pedid refuerzos.

—¿Refuerzos? ¿Estás loco, Kincaid? —protestó Oro Cinco—. No es más que un jodido fugitivo que no tiene dónde caerse muerto.

—Lámalo como quieras, Murdock. Pero acaba de cargarse a Lorena y a Gershwin con las manos desnudas. Una bala de plasma le estalló en la espalda y sigue corriendo como si tal cosa.

—Madre de Dios —susurró Oro Cinco. Sin duda, no sabía que precisamente se trataba de todo lo contrario.

—Oro Tres, vamos a por él antes de que tenga tiempo de organizarse —instó Kincaid—. Andrea, Murdock, ya sabéis lo que tenéis que hacer si no volvemos.

—Roger, Oro Uno. Pero espero que no haga falta.

—Dímelo a mí, Andrea. Prepárate para ponerle una vela al diablo.

Oro Tres y Oro Uno cabriolaron en el aire, zigzagueando entre los restos humeantes de sus compañeros caídos. De pie, apoyado en una pared de hierro, el derivante esperaba un nuevo encuentro con su destino.

No podía quitarse de la cabeza la idea de que el mundo en el que vivían, en vez de estabilizarse, se había paralizado. La aparición de aquellos seres perfectos había sido saludada como un nuevo paso evolutivo, la superación del *homo sapiens*. ¿Pero de dónde habían salido? ¿De las estrellas? ¿De los propios genes de los seres humanos? ¿Eran de verdad dioses o eran hombres?

Ésas eran las preguntas que torturaban a Davinia Cross, como también habían torturado en su momento a Klaus Vildmann. Cinco, seis, siete siglos atrás una nueva forma de vida había aparecido sobre la Tierra, hombres y mujeres más perfectos que los demás, y por algún quiebro del destino la supervivencia del más fuerte había instaurado el mundo que ahora todos compartían. La perfección detentaba el poder, y la raza humana simple y sin atributos la obedecía. Había paz, y hasta cierto punto se habían superado las injusticias. Pero en el corazón de Davinia Cross anidaba el ansia de saber. Vivían en un mundo de dioses y demonios, ¿pues qué otra cosa era aquella extraña amenaza que los propios dioses pregonaban? ¿Cómo los llamaban ahora... derivantes? ¿Malformaciones genéticas? ¿Involutivos? Todos vivían en un mundo que, en cualquier caso, había dejado de ser exclusivo de los hombres. Un edén. Un paraíso. Ja. Davinia Cross lo había dicho muchas veces. Un paraíso no tiene cerrojos. Un edén carece de barreras.

Quemaban. Concentrados, los rayos de plasma acabarían por destrozarle algún punto vital, y entonces la regeneración no podría operar tan rápido. Media docena de puntos humeantes asomaban entre sus ropas, por debajo del tabardo desgajado, sobre los hombros y en los músculos de las piernas. Por muchos que esquivara, los brazaletes de muñeca de los Centinelas siempre estaban dispuestos a rociarlo con más. Tenía las palmas de las manos quemadas de repelerlos, apartándolos del blanco que buscaban en sus ojos. Los perros de presa de los dioses sabían que tendrían más posibilidades de exterminarlo si antes conseguían dejarlo ciego.

El derivante tenía que actuar, y rápido, sin conceder a sus perseguidores tiempo para pensar. Se encaramó a la pared, abriendo con los puños agujeros donde poder meter los pies, y como un gorila diminuto escaló la torre vertical del edificio. Los rayos de plasma siguieron chapoteando anaranjados y violeta contra su espalda, causándole más rabia que dolor. Todavía no acababa de cerrársele una herida cuando ya otras tres más pugnaban por romperle el

cuerpo. El derivante apretó los dientes y siguió escalando hasta lo alto de la torre.

Se plantó en ella, las piernas abiertas, la boca desencajada, justo a tiempo de contemplar, ensangrentado y ennegrecido, el pelo al aire, que uno de los dos Centinelas había caído en su trampa: Aprovechando el paréntesis producido por su escalada, uno de los dos policías decidió imprudentemente pasar al cuerpo a cuerpo.

Le agarró el puño antes de que pudiera descargar un golpe atronador en su rostro de piedra. El vuelo en picado del hombre quedó interrumpido, como una serpentina lanzada demasiado pronto. El Centinela gritó un segundo antes de tiempo, como si supiera de antemano que el derivante iba a arrancarle de cuajo el brazo. No tuvo tiempo de sentir dolor. Un codo hundido en el visor hizo asomar fragmentos de plastimetal por su nuca.

Frenético ahora, pues en el cielo un par de manchas de oro avisaban que no le quedaba solo un Centinela a la caza, sino tres, el derivante soltó la abrazadera ensangrentada y se la calzó mientras arrojaba al suelo el resto del miembro desgajado.

—Oro Uno a Oros Cuatro y Cinco. Ese cabrón tiene el disparador de Rowinski. Pedid refuerzos. No lo perdáis de vista, pero que no se os ocurra pasar al ataque.

Un rayo anaranjado brotó por encima del puño del derivante acosado, y el líder de los Centinelas apenas tuvo tiempo de deflecarlo al cubrirse con el escudo transparente que apareció como por ensalmo en su mano izquierda. Con todo, el impacto le desequilibró peligrosamente, y sintió la mordedura de fuego en el impulsor de sus tobillos. Un segundo trazo encendido le quemó las entrañas, y apenas consiguió advertir, mientras se precipitaba al vacío, que el derivante había saltado hasta su altura y le había descerrajado un tiro en plena garganta.

—Los derivantes —continuó Davinia Cross, mientras tiraba al reciclador orgánico el corazón roído de su manzana. En las pantallas, el superhombre de rostro rubio y sonriente parecía ejecutar una extraña tabla gimnástica—. ¿Qué sabemos de ellos, Klaus? Nada. Menos aún que de los dioses. De vez en cuando aparece alguno, y de inmediato los perros de la guerra caen sobre ellos y los eliminan sin problemas. Después de todo, no se puede desobedecer al amo, ¿no es así? No es sensato. Han advertido que sus atributos

incontrolados pueden ser un problema, y ya sabemos que los problemas en este planeta no se solucionan, sino que se cortan. De raíz.

—Ya has oído a Kincaid, Murdock —dijo Andrea Vanderbilt, Oro Cuatro, a su compañero de escuadrilla—. Ese derivante es peligroso. Sabe luchar. Llama a Quebrantahuesos y pídele un destacamento entero de refuerzos.

—Se nos volverá a escapar si no actuamos de inmediato, Andrea —se quejó Oro Cinco—. Lo mejor sería actuar en fuego cruzado.

—No es ningún novato, Oro Cinco. Pide refuerzos antes de que sea demasiado tarde. Ya has visto cómo ha tratado a los demás. No intentes jugar al héroe y obedece.

A regañadientes, Murdock Fisk tecleó en el metal de su antebrazo la señal que alertaría a los otros Centinelas en el Cuartel General más cercano.

De inmediato, una lucecita verde anunció la conformidad con su petición.

—Vienen de camino, Andrea, como querías. Ahora, será mejor que le lances una trazadora antes de que vuelva a escaparse.

—De acuerdo. Pero nada de actuar hasta que tengamos a los demás aquí.

—Órdenes son órdenes.

—Acción indirecta. Fuego cruzado mientras le envío una sonda. Y por el amor de Dios, ten cuidado con ese láser que empuña.

Como gimnastas forrados de acero, los Centinelas se zambulleron al encuentro del derivante. Éste los esperaba, a pie firme, confiado en la seguridad de su arma robada. El cuerpo entero le ardía, consumido por medio centenar de agujonazos.

Los Centinelas revolotearon a su alrededor, manteniéndose siempre fuera del alcance de sus rayos. Algo frío y metálico se le adhirió a la espalda, y por un momento pensó que podría tratarse de una bomba en miniatura. No, demasiado espectacular. Su vida no valía tanto como para destrozar una manzana entera de casas. Se trataba de una sonda. La arrancó, la destrozó entre sus dedos negros.

Uno de los dos Centinelas hizo una pirueta y le disparó una ráfaga que erró por más de una docena de metros. Cobardes. Tenían miedo de acercarse. Ya habían visto lo que sucedía cuando se enfrentaban directamente, cuerpo a cuerpo. Y ahora que también él tenía fuego en las manos la situación podía

alargarse indefinidamente. No, no tanto. Al menos se prolongaría hasta que otra docena de perros de caza apareciera dispuesta a morderle los talones.

Estudió el arma en su muñeca. Con las yemas enrojecidas de sus dedos tecleó un programa único, modo sobrecarga. Entonces, enfocando hacia arriba todo el poder del disparador, abatió como a una mosca a uno de sus perseguidores.

—¡Andrea! —Fue lo único que tuvo tiempo de gritar Oro Cinco antes de desplomarse como una piedra. El disparo había alcanzado directamente su generador de energía. Cayó. El impacto contra la torre le hizo perder el conocimiento.

Sin tiempo a pensar, el derivante volvió a cargar el arma. *Sólo hay energía para un disparo*, advirtió la voz metálica de la pistola. Mierda. El último Centinela se hundió en picado, al parecer alertado por la caída de su compañero. Extrañamente, no descargó su arma. Se encontraba a menos de dos metros de él, revoloteando como una mariposa. Había algo extraño en sus ojos protegidos por la escafandra de plastimetal. Antes de que pudiera volver el brazo hacia aquella súbita aparición, el derivante advirtió que una vez más se enfrentaba a una mujer.

Estiró el brazo mientras la Centinela se posaba a su lado, casi graciosamente, como si no pesara nada. Unos dedos forrados de metal dorado le agarraron la muñeca, deteniendo el movimiento de apuntar que había comenzado. Forcejeó con la mujer. Su mano libre se cerró en torno al peto y logró arrancarlo como si fuera un trozo de plástico mal adherido. La tenaza en su muñeca se redobló. El derivante disparó casi sin mirar, pero el olor a armadura perforada y carne quemada le advirtió que había hecho blanco.

La Centinela se tambaleó, pero no soltó su presa de muerte sobre el brazo. El hueso de la muñeca chasqueó, el brazalete saltó hecho trizas. Con los ojos desorbitados de espanto, el derivante estudió la herida que había abierto, el negro círculo de carne quemada que asomaba como una flor marchita bajo la clavícula izquierda de la mujer.

La herida abierta burbujeó un segundo, como si los pétalos de aquella misma flor se agitaran un instante bajo un viento inexistente. Y entonces empezó a cerrarse, primero muy despacio, luego a toda velocidad, cubriendo con una nueva capa de células sanas el destrozo causado por el último estertor del arma.

—¡La regeneración! —exclamó el derivante, aturdido, mientras sus ojos estudiaban el rostro anónimo al otro lado del casco. Una nueva mano ajena se

engarfió alrededor de su cuello, apretando la glotis como si quisiera exprimir una naranja—. Tú... tú eres igual que yo. Eres una de los nuestros.

Andrea Vanderbilt continuó apretando. El derivante, espantado, no supo o no quiso reaccionar. Aquello era algo completamente nuevo para él, como también lo era en cierto modo para la propia Andrea.

—Silencio —susurró, con un tono que por sí solo podría ya causar la muerte—. Sobre todo, silencio mientras te mato. No hables.

Los dedos se hundieron hasta adentro, desgarrando tejidos y aplastando cartílago. El derivante la miró con los ojos espantados, la sangre corriéndole por la boca.

—¿Por... por qué?

El derivante no tuvo tiempo de oír la respuesta. La presión de la mano de acero le arrancó la garganta de cuajo, destrozando órganos más rápidamente de lo que el poder regenerativo que ambos compartían podría reponer. En un instante, el enemigo se convirtió en un peso muerto que sangraba, un guiñapo.

—Porque eres tú o yo, hermano —dijo la mujer en un suspiro—. Tú o yo, simplemente.

Abrió la mano. El derivante, como un globo vacío, se vino al suelo. Andrea vio que entre los dedos salpicados de rojo se le había quedado prendida una cadena de la que pendía una figurita extraña, parecida a un pez de plata. Una nueva presión de sus dedos la convirtió en una mancha de polvo que quedó olvidada en el suelo, recortada en la noche contra un borbotón de sangre.

* * *

De alguna manera, en algún momento indeterminado del pasado más o menos remoto, la supremacía del *homo sapiens* sobre las demás criaturas de la Tierra se vio anulada por la aparición inesperada del *homo maximus*. Igual que el resto de la humanidad, convertida ahora en exponente de lo que algunos llamaban con cierto sarcasmo el *homo impotens*, Davinia Cross ignoraba qué cadena de acontecimientos había desembocado en la actual situación, cómo habían encajado los engreídos hombres y mujeres de generaciones pasadas el ser despojados de los atributos que un día habían querido equiparar a los del mismo Dios, pero sí sufría, hora tras hora, la carga de sus consecuencias. Ya no llevaba la cuenta de los meses, los años enteros, que había pasado a solas en la seguridad relativa de su apartamento, investigando en libros, redes de información y bibliotecas de datos virreales, buscando en aquellos modernos jeroglíficos la pista mínima que le permitiera desembocar en una

interpretación de la historia hasta ahora inexistente. La situación, de puro incómoda, había dejado de ser puesta en entredicho. Existía, y eso era todo. Las cosas eran de esa manera, simple y llanamente, gustara o no, y la costumbre repetida había clavado los dientes de su cepo en la frustrada sociedad humana. Era el signo de los tiempos.

Hasta ahora. Hasta ahora mismo. Con los dedos todavía temblorosos Davinia Cross volvió a contemplar las imágenes que su colibrí pirata había traído a casa aquella misma noche. El pequeño aparato electrónico, no más grande que un dedal, indetectable a los radares y los otros tipos más sofisticados de sensores que eran dominio exclusivo de los Centinelas, había llenado la pantalla de su videordenador con unas imágenes capaces de provocar más revuelo que la onda expansiva de una bomba.

Por cuarta o quinta vez, el desfile de cuerpos forrados de metal danzó arriba y abajo en la pantalla plana, describiendo las piruetas voladoras de los servidores de la ley y el orden y la huida a la desbandada del pobre desgraciado al que perseguían. El sonido no se reproducía con demasiada nitidez, y de vez en cuando las imágenes perdían profundidad de campo o sufrían un deterioro en el color: señal inequívoca de que ni siquiera la más sofisticada tecnología pirata estaba a salvo de las interferencias producidas por los uniformes metálicos de los Centinelas. Pero lo que el diminuto registrador había captado estaba más allá de sondas y trucajes. Era dinamita pura, y le pertenecía sólo a ella.

En el transcurso de la refriega, el fugitivo había sido capaz de eliminar a cinco de sus oponentes, para ser destruido a su vez, sin contemplaciones, por el sexto Centinela, una mujer, aunque ese dato apenas tuviera importancia.

—Alto —dijo, en medio del silencio sordo de la habitación en sombras. Inmediatamente, la escena se bloqueó—. Primer plano del disparo.

La imagen se centró en el impacto de la descarga de plasma en el peto abierto de la Centinela. Con plena nitidez, sin perder definición pese a los grados de aumento, el colibrí reprodujo el chisporroteo del metal y la carne chamuscados, la sangre escapando a borbotones, la tensión de los músculos cercenados. Y entonces, tras un instante de vacilación, la herida que empezaba a cerrarse.

—Primer plano de la boca del fugitivo —ordenó Davinia, mientras buscaba a tientas la taza de té y mordisqueaba los restos de su sándwich. El videordenador obedeció de inmediato. Davinia cogió un lápiz medio roído y dio golpecitos sobre la mesa hasta que se dio cuenta de que no conseguiría más que romperle la punta.

El sonido había vuelto a fallar en la grabación, pero la educación de periodista de Dave incluía las diversas variantes del lenguaje para sordos. Lo que el fugitivo derivante decía a su asesina no le producía ninguna duda.

—¿La regeneración? —murmuró Dave, y las palabras se dibujaron en los labios ensangrentados que ocupaban toda la pantalla—. La regeneración —aseveró.

En su intento de revolotear alrededor de los dos últimos personajes del drama para así ofrecer una panorámica más completa de la situación, el colibrí había perdido las siguientes palabras y la respuesta de la Centinela, ignorante de que el sonido iba a quedar defectuoso en la proyección final. Pero, por lo demás, el asunto estaba claro. El derivante había resistido las descargas y los golpes de sus cazadores gracias a una de las cualidades que lo situaban por encima de la humanidad común y corriente, y esta mujer guerrero la compartía también. ¿Cómo si no explicar su milagrosa recuperación tras un disparo a bocajarro? Otro misterio más. Así pues, en el mundo de hoy existían los dioses, los derivantes... y esta Centinela desconocida. Consultó la placa de su peto destrozado: «A. *Vanderbilt*». Los galones anunciaban su graduación de cabo. Pero, evidentemente, aquella mujer era algo más de lo que parecía.

Un sonido suave, casi un chasquido imperceptible, le hizo volver la cara hacia la izquierda. Supo, antes de enfocar la mirada, de qué se trataba. Su receptor de televisión. Miró de reojo la hora. Justo a tiempo para las últimas noticias. El sistema de grabación del vídeo había empezado a funcionar, programado como siempre para cribar más adelante las noticias que no prometieran nada interesante.

—Imagen —pidió Davinia. Una de las pantallas del televisor se iluminó, mostrando los rasgos familiares de Werner Balance, que repetía la hazaña una vez más. El flequillo canoso, los ojos brillantes, las manos pausadas. Nada hacía suponer que no se tratara de un presentador real, sino de una simulación holográfica. El verdadero Balance había donado sus órganos a la ciencia después de que el quinto infarto se lo llevara al horno crematorio justo diez minutos antes de salir en antena. Eso debió de ser allá por la Edad Media, cuando su madre todavía era una niña. Pero las encuestas de Habilidad seguían siendo las que mandaban. Y nadie era más digno de confianza que el viejo y equilibrado Werner Balance.

—Un hecho sin precedentes se ha producido hace unas horas cuando un terrorista derivante atacó a seis miembros de las fuerzas del orden y mató en el acto a cuatro de ellos —anunció el falso presentador, sin dar las buenas

noches por razones obvias: todavía era de día en la otra mitad del mundo que contemplaba el programa.

Vaya, pensó Davinia, al menos van a informar sobre el tema. Me pregunto qué dirán de la cabo Vanderbilt.

Era una esperanza vana, naturalmente. La mujer policía había zanjado la pregunta abierta del derivante antes de que tuviera tiempo de reponerse de la sorpresa, sin duda para ocultar... lo que quería que se ocultase. Diez años de profesión habían enseñado a Davinia a no apresurarse a la hora de dar cuerpo y forma a las conjeturas.

Para su sorpresa, el plano medio del presentador fue sustituido por una panorámica nocturna de la arcolología. Entre los puntos de luz de torres y ventanas apareció una figura grotesca, deforme, como surgida de una pesadilla. Formando un arco iris cojo, seis estelas le siguieron los pasos, anunciando la llegada de los Centinelas. La imagen era nítida, bastante más de lo que Davinia había conseguido con su colibrí, pero a pesar de algunos cortes imprevistos y las salidas de ángulo de los siete protagonistas de la historia, no hacía falta ser un lince, ni tener una grabación paralela de la anécdota, para comprender que la escena; era falsa. Las «reproducciones dramáticas» eran norma aceptada en los medios de comunicación de masas desde hacía siglos, y a la opinión pública no parecía importarle un pimiento que lo que veía no fuera verdad, que estuviera mediatizado por las ideas y tendencias de los *sponsors* de un programa, o que creara corrientes de opinión a partir de unas premisas absolutamente falsas.

El derivante era más feo, más brutal, y casi parecía sacado de una de las tiras de cómics que cualquier escolar leía en su ordenador personal. Incluso el movimiento era también entrecortado, afectado y anguloso. La diferencia se hallaba en que la simulación era perfecta y no parecía vacilar antes de llegar a un hipotético «cambio de página» que le llevara, por decisión del lector, a una situación determinada u otra.

—Vuelve a reproducir —ordenó Davinia al colibrí, y comprobó punto por punto cómo difería la versión «oficial» de la que tenía en sus manos, la verdadera.

De algún modo, los anónimos artistas encargados de dar vida a la simulación habían conseguido que los Centinelas, a pesar de su evidente superioridad numérica, parecieran en desventaja ante la sensación de poder bruto que emanaba del falso derivante. Davinia se subió las gafas y contempló, entre indignada y divertida, cómo la historia remendada seguía de forma aproximada los hechos reales, salvo que los Centinelas fueron cayendo

a traición, por la espalda o gracias a tretas sucias, dignas del peor espectáculo de lucha sobre barro.

—El terrorista —anunció la imagen siempre paternal de Werner Balance cuando se asomó a una esquina de la pantalla—, cuyo nombre y filiación no han sido facilitados, pudo ser finalmente reducido gracias a la valiente intervención del agente Murdock Fisk y la cabo Andrea Vanderbilt. Como resultado, el agente Fisk recibió graves heridas de las que se recupera en el hospital Siegel Memorial.

Davinia sonrió y apuró el té. Los derivantes eran oficialmente «terroristas», aunque jamás se había apuntado cuál podría ser la hipotética causa que defendían. En un mundo que había superado a la fuerza la lacra de las ideologías, la aureola romántica que el término pudiera haber tenido para algunos en otra época, toda la parafernalia añadida para querer considerarlos en el fondo luchadores por la libertad o revolucionarios que combatían por el bien común, no importaba que hubieran perdido el norte y optado por métodos poco ortodoxos, se convertía ahora en una actitud absurda, más digna de una ópera bufa que de una mala novela por entregas. Pero, una vez más, era lo que la gente quería. Una vez más, era aquella imagen de fábrica lo que vendía.

En la pantalla, una figura de oro se precipitó al suelo cabriolando. Davinia supuso que se trataba de la simulación del agente Fisk en su derrota. El otro Centinela se abalanzó contra la jorobada masa del derivante de ficción, quien no vaciló en disparar sobre ella una descarga de plasma. En esta versión, sin embargo, la cabo Vanderbilt tenía tiempo de conectar el escudo de fuerza antes de que el impacto le reventara el pecho, y una cascada de flores incandescentes cayó sobre su armadura y resbaló sobre su casco. Entonces, mientras se posaba en tierra, abrió los brazos y descargó un poderoso puñetazo contra el rostro deforme del derivante. Davinia imaginó los aplausos de medio millón de niños al ver la limpia manera en que la agente de policía aseguraba una vez más la tranquilidad de su sueño. Por el rabillo del ojo, volvió a observar cómo los dedos ensangrentados de la mujer aplastaban la laringe del fugitivo, exprimiéndole la vida como si sacase las vísceras del interior de un pájaro. En el más puro estilo de los héroes de antaño.

La simulación ofreció un radiante primer plano del rostro sereno de Andrea Vanderbilt, que se alzaba el visor como un paladín tras haber derrotado en buena lid a un monstruoso dragón o al más pérfido sarraceno. Entonces, en un alarde de malabarismo técnico, sin que hubiera ninguna

diferencia apreciable entre imagen informática y realidad, el rostro de la Centinela ocupó las dimensiones completas de la pantalla.

—Sólo cumplí con mi deber, señores. No hay más comentarios.

El ángulo de la cámara se retiró lo suficiente para mostrar a una nube de periodistas con sus grabadoras al hombro. Dave volvió a sonreír. Todos podían correr tras el premio: Ya era demasiado tarde para que llegaran a ninguna parte.

—Cabo Vanderbilt, ¿es cierto que el terrorista puede pertenecer a una estructura organizada de tipo paramilitar? —preguntó algún imbécil. Dave creyó reconocer la voz de uno de sus compañeros del vidiario.

—He dicho que no hay comentarios.

Todo un dechado de modestia y simpatía, la cabo Vanderbilt, decidió Davinia. Sin hacer caso al puñado de ineptos que intentaban en vano sonsacarle una información que ninguno merecía, la poderosa mujer soldado se dio la vuelta y terminó de subir unas escaleras. Sin duda, se trataba del hospital que el simulacro de Balance había mencionado. El rostro afable del presentador sustituyó a la imagen real, hizo un comentario intrascendente y pasó a otro tema que a Dave no le interesaba en este momento.

—Vuelve atrás —ordenó al televisor—. Congela la imagen anterior.

Una vez más, los rasgos de Andrea Vanderbilt cubrieron el rectángulo de la pantalla. Davinia la observó, como si leyera un mapa. Era una mujer hermosa, pero su belleza no tenía un ápice de debilidad, como sucede tantas veces en muchas mujeres más dotadas para la pose que para la charla. Debía de tener aproximadamente la misma edad que Dave, tal vez un poco más joven, y sus cabellos rubios cortados al estilo militar le daban un tono anguloso que cuadraba muy bien con sus frases cortantes. Era una mujer fuerte, pero equilibrada. En tensión, pero bajo control. Davinia estudió las hermosas facciones hasta que le quemaron las retinas.

—¿Y tú, cabo Vanderbilt? —preguntó en voz alta—. ¿A qué clase de organización perteneces?

Se giró en la silla, abrió el maletín y desplegó el teclado. Conectó uno de sus rastreadores, especialmente modificado por los mejores piratas de los bajos fondos para inmiscuirse en cualquier sistema de seguridad, y escribió rápidamente la orden de búsqueda. Apenas un segundo después, otra de las pantallas del televisor se llenó de datos e imágenes.

—Tendría que haberlo imaginado —se reprochó Davinia mientras procedía a archivar el caudal de datos—. ¿Es divertido ser la reina de la fiesta, cabo Vanderbilt?

El rastreador había traído de vuelta lo primero que había encontrado en los bancos de datos de la Central de los Centinelas. Y, evidentemente, tras la acción de hoy, la cabo Vanderbilt se había convertido en la mejor relaciones públicas del cuerpo de nuevos centuriones. Su biografía y demás datos personales, archivados y de acceso reservado en condiciones normales, estaban ahora disponibles para cualquier curioso que quisiera conocer a fondo la historia de la mujer capaz de vengar la masacre de sus camaradas y librar al mundo de una amenaza intolerable. Naturalmente, Dave sabía que tenía que haber más datos, clasificados y reservados para los ojos del personal militar, los cónsules del Sector o incluso los propios dioses. Pero, de momento, lo que había asomado en sus pantallas le bastaba: Tenía intención de sacar el resto de la información de labios de la propia Andrea.

Memorizó los detalles de su ficha. VANDERBILT, ANDREA M. Se preguntó qué querría significar la inicial. ¿Margretta? ¿María? No importaba. Ya lo averiguaría más adelante. Siguió leyendo. Los impresionantes datos de su altura, su peso, sus medidas. Era soltera, claro. Con aquel cuerpo (y aquellas tendencias homicidas, dijo una voz burlona en el interior de la periodista), ¿quién iba a querer las complicaciones de matrimonios, hijos, riñas, amantes y divorcios? No ella, desde luego. En ese punto, Davinia Cross había quedado más que servida.

La edad de la mujer policía la sorprendió. Tan sólo veintidós años. Cuatro menos que ella misma. Con cierta sorna, decidió que la armadura y el uniforme la hacían parecer mayor. La falta de maquillaje y el rapado militar tampoco harían de ella una modelo, desde luego.

Vamos, Dave, escuchó mentalmente la voz de Klaus Vildmann. *No seas envidiosa. ¡Ya quisieras tener el tipo de esa mujer!*

—Y no sólo el tipo, Klaus querido —murmuró entre dientes, aunque aceptaba la crítica—. Si pudiera curarme los catarros con la rapidez con que ella se recupera de las heridas...

El resto del informe consistía en menciones honoríficas, datos escolares y otras tonterías sin importancia. Davinia certificó que a menos que alguien descubriera su secreto, la popularidad de la cabo Vanderbilt no sería más que flor de un día.

Hubo un par de detalles que le llamaron la atención. Su padre era catalogado como «desconocido» y su madre aparecía como «fallecida». Nada fuera de lo común, ciertamente, pero una campana de alarma resonó en la cabeza de Dave. *Instinto de periodista, viejo Klaus. Sé captar como nadie dónde se encuentra el hilo que me conduzca al ovillo de una noticia.*

Davinia mordió el lápiz, se concentró unos instantes y empezó a teclear a toda velocidad. Una sonrisa inefable se le fue abriendo camino entre los labios.

Aburrido hasta la saciedad, Murdock Fisk contemplaba las pantallas de la pared de su habitación, intentando encontrar algún atractivo en la sucesión de anuncios y programas repetidos. Al final tuvo que contentarse con una insulsa competición deportiva que acabó por despertar su interés cuando la lucha pasó de las canchas a las gradas y el deporte se convirtió, como de costumbre, en una batalla campal sangrienta y aparentemente desorganizada. Por la actuación de los servicios de orden y efectivos policiales y la réplica de los aficionados enfebrecidos, Murdock supo que el partido de esta noche no se cerraría con menos de una cincuentena de muertos. No era mala cifra. Por lo demás, resultaba imposible predecir cuál sería el resultado final del encuentro, ni suponía que a estas alturas de la refriega le importara ya a nadie.

Una enfermera acudió para tomarle la temperatura y comprobar con su escáner de muñeca la precisión con que seguían cicatrizando sus tejidos. Murdock sonrió en todo momento y no opuso ninguna resistencia cuando la joven palpó con poco disimulo la tensión de sus músculos reformados.

—¿Duele?

—Pica.

Murdock era consciente de su éxito con las mujeres, y temía que su reciente popularidad fuese a acabar acarreándole más de un problema. A fin de cuentas, era un hombre guapo, una casualidad como cualquier otra, por ventajosa que fuera, y su rostro aparecía ahora cada cinco minutos en todos los informativos y videoperiódicos del continente, sólo superado por el de su compañera Andrea. Murdock suspiró mientras la enfermera se marchaba. Últimamente pensaba mucho en la joven cabo. Demasiado, tal vez. Las reglas eran tajantes al respecto: Nada de relaciones amorosas entre miembros del Cuerpo de Centinelas. Sin embargo, no conseguía desprenderse de la cabeza la idea de que, por ser fruta prohibida, Andrea Vanderbilt le atraía de una manera que podía acabar siendo peligrosa. Por desgracia, mientras ella acaparaba la atención de los medios de comunicación y la reverencia del público, él tenía que continuar postrado en este maldito hospital, con las dos piernas rotas y media docena de costillas hechas pedazos.

La puerta de la habitación volvió a descorrerse. Murdock apartó la mirada de las pantallas, donde hombres y mujeres se enzarzaban en un cuerpo a

cuerpo incontrolado y salvaje, y vio en el umbral a la propia Andrea, puntual como cada tarde alterna, vestida con el uniforme de paseo reglamentario.

—Mira quién tenemos aquí, la heroína de todos los noticiarios.

—No me lo recuerdes, Murdock —contestó la mujer, mientras se quitaba la boina y le besaba formalmente en la mejilla—. He tenido periodistas para el resto de mis días. Y a ti, ¿qué tal te sienta la popularidad?

—Mi madre está encantada. Ya sabes, tener un hijo héroe debe de ser aún mejor que tenerlo cura. Pero al menos me he librado del acoso de los periodistas. Lo malo es que las enfermeras de este hospital son todavía peores que el sargento Bloccher. Una mirada se cruzó entre los dos. Murdock pensó de nuevo, como había hecho un centenar de veces ya, que parte del indudable atractivo de Andrea Vanderbilt quedaba reforzado por lo esquivo y huraño de su carácter.

—¿Cómo está, por cierto? —preguntó, un poco incómodo por el instante de silencio. A veces, tenía la impresión de que la tensa reserva de Andrea procedía de una mala canalización de sus propios sentimientos hacia él. Otras, se reprendía a sí mismo porque una especie de deformación profesional le impulsaba a pensar que la mujer escondía algún tipo de secreto.

—¿El viejo Quebrantahuesos? ¿Cómo quieres que esté? Más gruñón que nunca. Matará de agotamiento a los sustitutos de Paula, Jean-Marie y los otros.

—Como siempre, ¿eh?

—Más o menos.

Los dos se echaron a reír con cierta tristeza mal disimulada en recuerdo a los compañeros caídos. Otro momento de silencio se abrió entre ellos. Murdock se volvió hacia la videopantalla, que estaba mostrando otra vez un enésimo noticiario sobre el incidente.

—No recuerdo que fuera así exactamente.

—Ya sabes cómo son los periodistas. Todo lo exageran o lo endulzan —contestó Andrea, ausente.

—Es absurdo —comentó Murdock—. Nuestras armaduras llevan deflectores y aparatos para interferir cualquier cámara espía sofisticada. La red televisiva tiene prohibido seguir nuestras misiones con sus unidades portátiles. Y al final acaban emitiendo una simulación gráfica de la batalla que se parece poco o nada a la realidad.

—Tal vez eso sea lo que se pretende.

—Lo sé, lo sé. Sabes que me gustan los derivantes tan poco como a cualquiera. Más de una vez he sido testigo de cómo dan rienda suelta a su

crueldad. No son humanos, en eso todos estamos de acuerdo. Tal vez hayan salido del infierno o sean los infiltrados de una invasión de otro planeta, como comentan las revistas sensacionalistas. Pero su aspecto no es tan exageradamente deforme como el que describen en los noticiarios.

—Tampoco nosotros cumplimos nuestras misiones con la limpieza que las pantallas reproducen. Acuérdate del incidente de Genova el verano pasado.

Murdock se encogió de hombros.

—Hay que combatir el fuego con el fuego. Por cierto, ¿cómo acabaste con éste?

—Más o menos como se ve en la reproducción —mintió Andrea, sin dejar de jugar con la boina negra y verde—. El impacto de la descarga de plasma rebotó en mi escudo y le derribó. Aproveché el momento de ventaja y le arranqué la garganta. En televisión lo ponen más bonito, pero eso fue todo. Supongo que tuve suerte.

—Los dos la tuvimos. El hijo de perra sabía luchar.

—Díselo a los otros cuatro.

—Andrea, no he tenido tiempo de decirte...

—Hoy por ti mañana por mí, muchacho —interrumpió ella, antes de que él tuviera tiempo de dar forma coherente a sus pensamientos—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarle que te rebanara el cuello? Además, así no tengo que soportar yo sola el peso de la fama.

Las imágenes trucadas desaparecieron de la pantalla. Murdock murmuró una palabra y desconectó el aparato, al tiempo que una musiquilla relajante ocupaba la banda de sonido.

—¿Sabes por fin cuándo te echarán de aquí? —preguntó Andrea después de otro par de segundos de silencio.

—Dentro de dos o tres días, si los tejidos regeneran como es de esperar. Me temo que la semana que viene estaremos otra vez sobrevolando tejados y deflectando láseres en la sala de entrenamiento, sin que nos hayan dado una medalla ni un aumento de sueldo en reconocimiento a la dureza de nuestra piel. Milagros de la medicina moderna.

—Recupérate pronto, Murdock.

—Es lo que pienso hacer, mi cabo.

Con una timidez impropia de una mujer capaz de desempeñar con plena soltura su mortífero oficio, Andrea Vanderbilt se inclinó hacia delante y besó fugazmente a su compañero en los labios. Cuando Murdock quiso responder a la caricia, sólo fue consciente de que la puerta se cerraba con un susurro y ella se había marchado.

El tono aséptico del hospital la ponía nerviosa. Su limpieza le parecía falsa, forzada, un barniz que ocultaba el drama de los cuerpos dolientes y las úlceras abiertas que se desarrollaba imparable al otro lado de cada una de aquellas puertas. Sin mirar a ningún sitio, procurando no oler siquiera el frío aire desinfectado, Andrea Vanderbilt apretó el paso y se dirigió a la salida trasera. Sentía la tensión en sus músculos, el cosquilleo nervioso ante la posibilidad de ser reconocida, señalada, acorralada una vez más por los cretinos humanos capaces de considerarla una salvadora de su raza y no una mercenaria a sueldo del poder de los dioses. Si unos y otros supieran... Cerró el mismo puño derecho con el que, tan sólo unos días antes, había extirpado de raíz la vida del fugitivo derivante, el origen de su actual situación bajo los focos de la fama y la popularidad, lo último que habría deseado en éste o cualquier otro universo de probabilidad. De todas formas, la situación era ya irreversible. No podía volver atrás. El fugitivo la había descubierto, y la fuerza de sus dedos se encargó de permitirle continuar disfrutando de la seguridad de su secreto.

Llamó al ascensor. Apenas diez segundos más tarde, la doble puerta de plastimetálica se descorrió. Andrea estudió la cabina en una décima de segundo, el tiempo suficiente para comprobar que no había nadie dentro. Dio un paso al frente. Sin mirar a la célula receptora, murmuró las palabras *planta baja*. La puerta empezó a cerrarse y por el espejo la Centinela vio una mano que se interponía justo a tiempo para cortar su avance. Se volvió, fastidiada, molesta, conteniendo la respiración, fuego en los ojos y disgusto en los labios. Si tenía que compartir el trayecto de bajada con algún enfermo...

No. Era una mujer joven, como ella. Tal vez una visitante. Por instinto, Andrea miró hacia el techo, dando tiempo a la recién llegada a instalarse en el otro rincón de la cabina.

—¿Cabo Vanderbilt? —dijo la mujer; no era una pregunta de inseguridad. Andrea parpadeó irritada. La había reconocido, después de todo. No se molestó en ofrecer una falsa sonrisa—. Soy Davinia Cross, de VIDNEWS INC. Quisiera hacerle un par de preguntas.

Andrea miró a la mujer como desde lo alto de una montaña. Giró la cabeza y trató de olvidar su molesta presencia, igual que haría si se encontrara en el paso de un conocido al que resultaba más conveniente ignorar. Sin apenas movimiento perceptible, el ascensor comenzó su largo viaje hacia la planta solicitada.

—Lo siento, señorita Cross —contestó con un susurro que era puro hielo —, ya he dicho todo lo que tenía que decir a los periodistas.

La otra mujer aguantó su mirada, como intentando taladrar su expresión. Andrea supo que no iba a aceptar una negativa fácil a su estúpida curiosidad.

—Creo que encontrará mis preguntas un poco más... interesantes.

Andrea la miró con disgusto.

—¿Qué me puede decir de esto?

Casi con desprecio, la mujer morena le arrojó media docena de fotografías a la cara. El corazón de Andrea Vanderbilt se paralizó en su pecho cuando en un destello captó lo que eran: De algún modo, esta periodista entrometida había conseguido un reportaje sobre la batalla contra el derivante de días atrás. Allí estaba, el estrangulamiento implacable, la caída y derrota de Murdock Fisk, el cadáver del fugitivo recortado contra un océano de sangre oscura.

—¿Se dedica a hacer simulaciones dramáticas por ordenador, señorita Cross? —preguntó con forzado desdén—. No veo qué sentido puedan tener unas imágenes trucadas como éstas.

—Esas imágenes son reales, como muy bien sabe, cabo Vanderbilt —contestó la otra mujer, sin inmutarse—. Tengo una grabación donde aparece punto por punto el encuentro de su escuadrilla con ese individuo, el acoso y derrota de sus compañeros, y la forma poco ortodoxa en que se deshizo de él. Conozco su secreto.

Las manos de Andrea Vanderbilt temblaron levemente, pero su rostro continuó siendo de acero. Midió la determinación de la mujer y supo que tendría que matarla antes de que el ascensor llegara a su destino.

—No sé de qué está hablando —musitó, retirando la mirada de su oponente, vigilándola por el espejo. Un segundo. No tardaría más que un segundo en descargarle un manotazo que le partiera el cuello.

—¿No? —se burló la otra mujer—. Entonces, ¿qué explicación tiene para esto?

Un fogonazo de plata en el espacio cerrado de la cabina, repetido en los cuatro espejos que multiplicaban las imágenes como en una pesadilla. Andrea Vanderbilt apenas sintió el picotazo taladrante de la aguja en su mejilla, el surco caliente de la sangre liberada de la presa de contención de carne y piel, la quemazón momentánea del objeto que la marcaba desde la boca al párpado. Reaccionó como una máquina de combate y agarró a la otra mujer por el cuello con la muerte sonriendo en sus pupilas. La levantó un palmo, se preparó para ejercer presión, para aplicar mortal justicia.

—No... sea... estúpida —jadeó la periodista, alzando una mano en la que sostenía un aparatito electrónico—. No puede hacerme daño. Todos los videoperiódicos del mundo publicarán esas imágenes dentro de treinta minutos si me sucede algo.

En el espejo, Andrea Vanderbilt comprobó la medida de su propio miedo, de su odio. La cicatriz se había cerrado con la misma mágica rapidez con que se había abierto en su mejilla. Sólo una mancha de sangre en su uniforme era testigo de un suceso borrado de su rostro como si nunca hubiera existido. Sin soltar su presa sobre el cuello de Davinia Cross, aflojó la presión.

—Si estornudo, si tropiezo, si me rompo una uña o me tuerzo un tobillo, cabo Vanderbilt, el mundo entero conocerá su secreto —anunció con mortífera precisión la periodista.

—No tengo dinero. Su chantaje no le reportará ningún beneficio.

—¿Quién ha hablado de chantaje, cabo Vanderbilt? No he mencionado el dinero. No lo quiero. Busco información. Sobre usted, sobre los dioses y los derivantes. Quiero su cooperación, su ayuda en la palma de la mano. Una pista falsa, un accidente fortuito, y la gloria de su éxito actual se le convertirá en un infierno. El mundo entero sabrá que no es usted humana, cabo Vanderbilt. ¿Me ha entendido? Suélteme.

La Centinela obedeció sin decir una palabra.

—Como ve, le propongo un canje razonable. Su colaboración a cambio de silencio. Y ahora, ya que para las dos será más saludable continuar la conversación en otro lugar, lo mejor es que hagamos caso a lo que dicen en las viejas películas: ¿Vamos a su casa o a la mía?

Andrea Vanderbilt estudió a la mujer, buscando mil formas de matarla en el acto, de retroceder en el tiempo, de encontrar la manera de interferir la cadena que dispararía su amenaza si llevaba a cabo lo que más ansiaba en el mundo. Supo que, tarde o temprano, el cadáver de la periodista yacería a sus pies. Pero tendría que esperar. No había llegado el momento todavía.

Davinia Cross se alisó la camisa con una mano mientras con la otra se arreglaba el pelo en desorden. Le dolía la garganta, pero no estaba dispuesta a demostrar su inferioridad física a la otra mujer. Extendió la mano para recuperar las fotos con las que había amenazado a la policía, pero no pudo hacerlo: Las fotografías empezaron a humear, hasta que se convirtieron en una antorcha entre los dedos de la Centinela, como la llama de advertencia de un dragón a quien hubiera sorprendido en el laberinto prohibido de su cueva.

* * *

Tenían todo lo que la humanidad había deseado siempre: belleza, inteligencia, fortaleza, astucia, energía. Entre ellos y un atleta normal se alzaba, el mismo abismo evolutivo que diferenciaba una escultura renacentista de una pintura rupestre. Eran hermosos, y lo sabían. Eran inteligentes, y estaban orgullosos de ello. Su fortaleza no tenía rival. Su astucia sólo era equiparable a la de los depredadores más sofisticados de la jungla. Y su energía era prácticamente inagotable. A los ojos de los hombres, del cielo y de sí mismos, eran dioses. Y poseían el mundo. Y se aburrían.

Nadie sabía con exactitud cuántos eran. Se les identificaba vagamente: un destello en el cielo, una sonrisa deslumbrante, un cuerpo perfecto. Los más avezados conocían los apellidos y los escudos de las familias más destacadas de entre ellos: Los Bunyan, los Munroe, los Schmidt o los Wayne. Ningún humano normal era capaz de apreciar las sutiles diferencias que había entre un alto Stanovoi y un poderoso Kent, el tono de piel ligeramente variado o la estructura facial que distinguían a las diosas Summers de las Maximoff. De un tiempo a esta parte, los propios dioses habían empezado a parecerse entre sí, reforzando unos lazos de sangre que los aunaban por encima de las frágiles criaturas humanas. Y, de cualquier forma, nadie vivía lo suficiente para comprender que el lapso de vida de los seres superiores era más largo de lo que cabría esperar incluso para ellos. Algunos dioses eran muy, muy viejos. No era algo que se notara a simple vista. Jonathan Bunyan, por ejemplo, estaba a punto de cumplir ciento cuarenta años. Si se le pudiera comparar con un hombre normal, su aspecto no haría pensar en más de cuarenta. Y aun así, hacía cosas que ningún *homo impotens* sería capaz de imaginar ni aun estando drogado o borracho. Nadie había visto jamás el anillo edén por dentro, ni siquiera los cónsules de más confianza. Y el servicio era completamente automático. Por eso, los humanos sólo podían especular qué clase de paraíso habitaban sus superiores, en qué invertían las horas de sus días o los meses de sus años los deslumbrantes hombres y mujeres que habían aparecido en la Tierra sin duda para doblegarlos y sustituirlos. Jonathan Bunyan no prestaba atención al olimpo en que habitaba, ni a las proezas físicas que su cuerpo perfecto ejecutaba con la sencillez con que un oficinista se anuda la corbata. No tenía sentido. Para él, como para sus hermanos dioses, perfección y comodidad eran una sola cosa. Y si había que combatir el tedio con riesgo o perversión, tanto daba. ¿Quién podría hacerlos plegarse a unas reglas morales que, por su propia existencia, habían quedado obsoletas, inaplicables para todo un nuevo modo de concebir la vida?

En este momento, dos docenas de cuerpos de ambos sexos flotaban en una sala esférica, encendida desde dentro como una bengala. No iban desnudos, aunque la suavidad de las ropas que vestían, ajustada a sus pieles como uniformes circenses, hiciera parecerlo. Aunque de ellos emanaba perfección y sensualidad, no se trataba de una orgía: Hacía tiempo que los dioses invertían sus anhelos sexuales en otras empresas más divertidas, pues la búsqueda de diversidad en el placer les había hecho romper las ataduras de su propio círculo perfecto. Era un juego. Un deporte brutal, arriesgado, sangriento, implacable y peligroso. Naturalmente, les encantaba.

Una sección de la pared curva se abrió y escupió con un alarido un trozo de fuego ardiente. El proyectil tomó forma antes de chocar con la pared opuesta y rebotar disparado hacia arriba, donde fue deflectado por uno de los cuerpos metahumanos. El impacto hizo que el jugador, un superhombre rubio de ojos tan encendidos como el objeto que perseguían, fuera despedido hacia la pared más cercana, donde quedó atrapado como una mariposa en una telaraña de plata.

—Uno a cero, Dmitri —rió una mujer, cabriolando en caída libre y corriendo hacia el objeto, que había adquirido la forma de una pelota celeste acuosa—. ¡La tengo!

Agarró la pelota con su mano derecha y hundió las uñas en la pared, el tiempo suficiente para cambiar de trayectoria. No había pasado un segundo todavía y los veintidós jugadores restantes se abalanzaron ya hacia ella, dispuestos a arrebatarle la pieza de buen grado o por la fuerza. La diosa quedó aplastada bajo la potencia de cuatro hombres que se cebaron como perros de presa sobre sus esbeltas formas.

—No debiste reír tan pronto, Sabine —se burló el dios atado a la pared. Una descarga roja le hizo volver a cerrar la boca. Incapaz de aflojar la fuerza magnética que le sujetaba, observó el juego del que había sido eliminado tan rápidamente.

La pelota estaba ahora en poder de un hombre de piel oscura: Luther Munroe, respetable jefe de su propia casa. Un negro testarudo, fuerte como un dios mitológico, con cuello de toro y voz de volcán. El joven rubio inmovilizado no pudo por menos que soltar una carcajada cuando la pelota se convirtió en una estrella de seis puntas que le taladró la mano un segundo antes de que se decidiera a soltarla. La sangre del superhombre negro quedó flotando en el aire, como marcando una estela roja del paso de los dioses hacia su meta.

La pared volvió a desplegarse. Un ariete se abrió como un puño, alcanzando a cuatro hombres y una mujer, que quedaron ensangrentados en el aire, aturcidos y sin posibilidad de continuar el juego de momento. Una red de recogida los retiró de la cancha un momento después.

La pelota rebotó otra vez, cayó al suelo, salió despedida hacia el techo como un surtidor de oro. Otro jugador la atrapó al vuelo, soportando la descarga eléctrica que habría matado a cualquiera menos preparado. Inmediatamente, cruzó el aire en busca de la portería donde debía insertarla. Una doble patada cruzada lo detuvo.

La pelota se comprimió, deseando escapar de los dedos todavía cerrados del hombre. Se convirtió en una masa gelatinosa y chorreó entre las uñas, dejando un rastro púrpura sobre los nudillos y la palma. Una mujer la recogió y la aplastó contra sus pechos, donde volvió a adoptar su forma esférica.

No le sirvió de mucho. Un centenar de venablos de luz la clavaron a la pared, dejándola inconsciente. Otra mano estaba al quite. Una muchacha también negra, Galenne, la hija de Luther Munroe, perfecta con sus ojos gris claro y sus cabellos blancos. Con una pirueta que dejó clavados a los demás participantes, logró cruzar la pista y hundir la pelota en el círculo central que indicaba que había marcado un tanto.

No tuvo tiempo de celebrar su victoria. Dos pelotas de fuego aparecieron esta vez, eliminando a jugadores a diestra y siniestra, cabriolando y danzando en un baile obsceno. Las paredes se abrieron de nuevo: Redes y bolas aturdidoras, látigos de acero, un hilo de láser que taladró la mejilla de una mujer rubia y asomó tiznado de rojo por el otro lado de su hermoso rostro.

Jonathan Bunyan agarró una de las dos esferas vibrantes. La empuñó con fuerza en la mano comprimida, flotó en el aire hasta que otros dos dioses lo rodearon. No tuvo contemplaciones con ninguno de ellos. Descargó un puñetazo contra el estómago del primero que consiguió agarrarlo, abriendo la mano lo justo para ampliar con una descarga eléctrica el impacto de su propia fuerza. Repitió la operación, aplicando esta vez la palma abierta contra la entrepierna de la mujer que le seguía los pasos. Los cabellos de miel de la diosa se erizaron y los ojos se le pusieron en blanco. Había quedado eliminada del juego, y una máquina la retiró del terreno entre espasmos.

Libre de sus dos perseguidores más inmediatos, Bunyan se precipitó hacia el suelo, para desde allí impulsarse y recorrer la sala con una voltereta perfectamente cronometrada con las trampas abiertas de las paredes. Esquivó las boleadoras que pugnaban por enroscársele en las piernas, no tuvo problema ninguno para quebrar como si fuera un hilo el cable de acero que le

buscaba el cuello, y capturó la segunda de las esferas mágicas en el momento justo en que llegaba a la portería. Unió las dos pelotas en sus manos y un rayo de luz multicolor brotó de entre sus dedos, anegando la estancia de sonido y energía. La gravedad regresó al cumplirse el objetivo del encuentro y uno por uno los dioses fueron cayendo al suelo, entre risas y goterones de sudor y sangre.

—Tienes un ingenio diabólico, Jonathan —saludó una de las mujeres, el sudor marcando una ruta cárdena entre sus pechos perfectos.

—No tiene ninguna gracia —rezongó uno de los hombres, todavía envuelto en trozos de metal que coleteaban por su esbelto cuerpo como serpientes vivas—. Si él mismo diseñó el sistema, no es extraño que resulte imposible vencerle.

—¿Acaso no jugamos todos para ganar, Fenric? —sonrió Jonathan Bunyan mientras a una orden susurrada las ropas se deshacían en esporas casi invisibles. Un baño de aire y espuma envolvió a los jugadores, hombres y mujeres por igual, que se entregaron al placer de la limpieza después de la satisfacción de la violencia.

—No lo creo —intervino la voz oscura de Luther Munroe, mientras su propietario se entretenía en sacarse gotas de sangre de la mano herida que cicatrizaba rápidamente—. A veces es más divertida la emoción de la caza que la *cabeza* de la presa.

—Hablando de cazas —dijo una de las mujeres, el vello púbico resplandeciendo en oro bajo la espuma y la presión—. ¿Habéis prestado atención a los últimos noticiarios?

—¿Quién se molesta en una tontería semejante? ¿Qué nos puede importar lo que digan o hagan ahora los humanos? —desdeñó el joven dios rubio, Dmitri.

—No lo olvides nunca, muchacho —reprendió Jonathan Bunyan, haciendo valer su posición de anfitrión y jefe de una de las casas más importantes—. El desprecio a los inferiores es un error que puede llevarte a la perdición. Tus antepasados y los míos jamás dejaron de comprender que nuestra superioridad se basa en la vigilancia de todos y cada uno de los actos y sueños que ellos puedan tener. Nuestro gran poder exige una enorme responsabilidad, Dmitri. Ellos son nuestros inferiores pero un día fueron nuestros iguales, y si queremos que no vuelvan a serlo no podemos ignorar nada de lo que hacen. No olvides que nos superan en número.

—Nunca se atreverían a volverse contra nosotros, Jonathan. Lo sabes. El único resultado posible sería su genocidio.

—Y solos en el planeta tendríamos que ejercer las funciones que ahora ejecutan para nosotros, joven estúpido —estalló Luther Munroe, molesto por la jactancia de las nuevas generaciones que un día recogerían la antorcha de su herencia.

—¿Qué viste en ese noticiario, Seline? —preguntó Bunyan. Una intervención suya y el tema volvió a encarrilarse hacia su destino original.

—Sucedió hace unos días —comentó la mujer—. Encontré los datos por casualidad esta mañana, mientras intentaba contactar con mi programa asesor financiero. Los videoperiódicos repiten una y otra vez nuevos enfoques sobre el tema. Al parecer un derivante en fuga se enfrentó a una patrulla de Centinelas y acabó con cinco de ellos a manos limpias antes de ser abatido por el sexto.

—¿Sería el cachorro de Bianca? —comentó Dmitri, provocando una risa burlona en los otros dioses jóvenes.

—Si se hubiera tratado de mi cachorro, como lo llamas, Dmitri, ten por seguro que habrían sido seis los Centinelas muertos, no cinco —cortó una hermosa diosa rubia, seguridad en los ojos y armonía en el porte—. El ojo protésico de tu hermano el cíclope puede atestiguarlo, ¿no?

—Me resultó chocante ese detalle. Hasta ahora los derivantes no plantaban cara tan a la desesperada a los Centinelas —continuó Seline, ajena al ruborizado rostro del joven dios rubio.

—Será que la sangre mejora —rezongó Dmitri. Una mirada de Bunyan le hizo morderse los labios. Una nueva intervención y la cólera de su anfitrión se traduciría en algo más que meros reproches a su imprudente conducta.

—Quisiera ver la grabación de ese suceso, Seline, si la conservas —pidió Jonathan, sabiendo que la noticia estaría perdida en medio millar de redes de datos a las que tenía acceso inmediato.

—Por supuesto. ¿También te llama la atención que se hayan vuelto tan belicosos?

—No —respondió lacónicamente el superhombre—. Simplemente me estaba preguntando... Si el derivante fue capaz de destruir con facilidad a cinco Centinelas armados hasta los dientes, ¿por qué no logró acabar también con el sexto? ¿Qué tenía de especial ese Centinela para poder superarlo?

* * *

Davinia Cross contempló los rasgos cuasi perfectos de la mujer que tenía enfrente. Era grande, fuerte y poderosa, y el rapado militar, en efecto, no la favorecía demasiado, pero aun sin maquillaje ni prendas a la última moda su

presencia exudaba un magnetismo que de algún modo la ponía nerviosa. Era algo que sobrepasaba las fronteras de lo sexual, una sensación de perfección y armonía físicas que le hizo recordar aquel poema adolescente que había escrito una vez, cuando todavía no había canalizado hacia la prensa sus anhelos literarios, una ingenua oda de la que se sentía completamente orgullosa hasta que descubrió a Keats y con él la impotencia de haber sido superada sin esperanza de redención casi mil años antes. Andrea Vanderbilt era todo eso, pero en carne y hueso, la plasmación física de una frustración propia. Su simple existencia reforzaba el conocimiento de que ella, como muestra de la raza humana a la que pertenecía, se encontraba en un callejón sin salida que jamás ascendería de nicho ecológico.

La Centinela alzó la cabeza, estudiando una vez más la disposición del cuarto y las pantallas donde se repetían una y otra vez, como en una tortura muda, las imágenes falsas del reportaje emitido en todas las emisoras y la grabación pirata obtenida por el colibrí de su enemiga. Finalmente, habían decidido dirigirse a casa de la periodista, como era predecible. Ahora, le gustara o no, todo lo que tenía que hacer era cooperar con ella.

—¿Una taza de café? ¿Té? ¿Cianuro? —invitó burlona Davinia.

—Guárdesse el sarcasmo, periodista —contestó Andrea—. No estoy aquí por gusto y las dos lo sabemos. ¿Qué quiere saber? Tengo prisa.

—Tranquilícese, cabo Vanderbilt. He comprobado su hoja de servicios. No tiene que presentarse a su unidad hasta dentro de dos días. Podemos charlar sin problemas.

—Repito, ¿qué quiere saber?

—¿Por qué no me lo cuenta todo?

—¿Cree que soy Dios? Mi conocimiento del universo es limitado.

—Ahora es usted la que emplea el sarcasmo, cabo Vanderbilt. Pero de acuerdo, seamos más específicas. ¿Quién es usted, Andrea? ¿De dónde sale?

—Eso que aparece en aquella pantalla es mi historial. Debe de conocerlo todo sobre mí, incluso la talla de ropa interior que uso.

—Bastante grande, por cierto. Pero hay cosas incompletas en ese informe, como bien sabe, cabo Vanderbilt. En ningún sitio se explica de dónde ha sacado esa pasmosa habilidad para recuperarse de las heridas.

—¿Y qué le hace suponer que yo lo sé?

Por un momento, Davinia estuvo a punto de contestar con otra nueva ironía. Entonces se dio cuenta, al ver la expresión de odio concentrado, la cabeza gacha, los poderosos dedos entrelazados, que tal vez la otra mujer

decía la verdad. Quizá ni siquiera ella misma conocía todos los detalles de su historia.

—De acuerdo, volvamos a empezar. Es usted Andrea M. Vanderbilt, ¿cierto?

—Ahora sí que no la entiendo.

—No está usted suplantando una personalidad falsa, ¿no? No ha estrangulado a la verdadera Andrea y ha ocupado su puesto, ¿verdad?

—Por favor, no sea ridícula.

—Bien. Cosas más extrañas me han pasado por la cabeza. Por cierto, ¿qué significa la inicial?

—¿Es pertinente para lo que desea saber?

—¿Quién sabe? Ya le he dicho que quiero conocerlo todo.

—María.

—Lo habría jurado. De algún modo, es el segundo nombre que más le va. Pero dejémonos de disquisiciones, cabo Vanderbilt. Ya ve que acepto su palabra. Considero que hasta el momento está siendo razonable.

—Muchas gracias.

—¿Dónde nació usted?

—¿Volvemos a lo mismo? Mi ficha lo dice bien claro. En Ginebra.

—¿Su madre ha muerto?

—Sí.

—¿Y su padre?

Silencio.

—¿Su padre?

—¿No sabe leer? ¡No conozco a mi padre! ¡No tengo la menor idea de quién puede ser! ¿Satisfecha su curiosidad?

—Sabe que no. ¿Su madre poseía las habilidades que usted posee?

—No.

—¿Y su padre?

—¿Es que no me ha oído?

—Escúcheme, cabo Vanderbilt. Es usted capaz de hacer cosas muy raras. Cosas que sólo hacen los dioses y los derivantes. El planeta no es tan grande como para albergar a cuatro tipos distintos de razas inteligentes. Es usted una cosa u otra. ¿Me entiende?

—La entiendo.

—Volvamos a la pregunta. ¿Su padre tiene o tenía esas mismas habilidades?

—Ya le he dicho que no sé quién es mi padre.

—¿Pero sabe lo que es?

—¡Debe de ser uno de ellos, maldición! ¿Es usted tonta o sádica? ¿Adonde diablos quiere ir a parar?

—No perdamos la compostura, Andrea. ¿Su padre es uno de quiénes?

—No lo sé con seguridad. No lo he visto nunca. Mi propia madre tan sólo lo vio una vez.

—¿Derivante o dios?

—¿Usted qué cree?

—Por su aspecto, está claro, ¿no? Es usted hija de un dios y una humana mortal y simple.

—Igual que el resto de los derivantes.

Davinia parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Veo que la sorprende, señorita Cross. Me alegro. Al menos así me doy cuenta de que no es tan inteligente como cree. ¿De dónde ha supuesto que salen los derivantes? ¿De verdad que se ha tragado el cuento de que son derivas genéticas, involuciones de la raza humana, cruces mutados producidos por la radiación solar o una lluvia de meteoritos?

—También he llegado a pensar que tal vez fueran alteraciones producidas por el mal estado de la carne y otros productos alimenticios —trató de bromear Davinia, sin el más mínimo éxito. Una lucecita minúscula asomó al final del largo túnel de la duda de sus veintiséis años.

—Pues ya ve que no. Que yo sepa, son todos bastardos, herederos sin fortuna de la gloria de los dioses.

—Eso no tiene sentido. ¿Es usted una Centinela y se dedica a matar a sus semejantes?

—¿Tiene usted vocación de santa? ¿No se matan también los humanos unos a otros?

—Pero... Recapitulemos. Menos mal que estoy grabando todo esto. Confieso que me ha pillado por sorpresa, cabo Vanderbilt. Admite usted que es una derivante.

—No sé de dónde derivo, pero si esa palabra le agrada, aplíquemela. Me da lo mismo.

—Los derivantes están perseguidos.

—Como leprosos, cierto.

—¿Por orden de quién?

—¿Quién ordena y manda en este mundo de nuestros pecados? Por orden de los dioses, naturalmente.

—¿En base a qué?

—¿Por qué sale el sol por el este? ¿Por qué es usted morena y yo rubia? ¿A quién se le ocurrió que la semana tuviera siete días y no ocho?

—Pero si son sus hijos...

—Se equivoca de palabra, señorita Cross. Son sus bastardos. Cruce de dios y humano. De humana, más concretamente, según tengo entendido. A sus ojos, imperfecciones. Como los subnormales que tampoco nacen ya entre su raza. Digamos que los Centinelas practicamos un aborto con carácter retroactivo.

—Absurdo. ¿Por qué no hacerlo cuando hay tiempo?

—Tal vez sea imposible. ¿Ha intentado romper un vaso con un martillo? ¿Y con un dedo?

—¿Adonde quiere ir a parar?

—A ningún sitio. Lo que le estoy contando son meras suposiciones. Deduzco que mi padre es un dios. O lo fue, si es que no sigue vivo. A los ojos del mundo, si lo supiera, yo no sería más que otra derivante. Una amenaza.

—¿Una amenaza para quién? ¿Qué pecado han cometido los derivantes?

—Decididamente, tiene usted vocación de santa, amiga. Piense un momento. Considere que es una diosa. Ya sé que es difícil, pero póngase en el pellejo de una de ellas. Reflexione. ¿Qué tiene usted?

—Lo tendría todo.

—¿Y qué querría hacer con eso?

—Supongo que conservarlo.

—¿Por qué lo tiene usted todo? Adelante, dígalo sin temor. Ahora es una diosa —se burló la Centinela.

—Porque soy superior —murmuró Davinia con un hilillo de voz. No le gustaba el sesgo que había tomado la conversación. Prefería llevar la voz cantante y el peso de las preguntas.

—¿En qué sentido?

—Podría hacer cosas que los humanos no podemos.

—Siga suponiendo. Entro yo en escena. Y un centenar, dos centenares, un millar de individuos como yo. Capaces de hacer esas mismas cosas, o cosas parecidas. ¿Qué seríamos?

—Una amenaza para mi estabilidad.

—Pues ya lo tiene. ¿Cómo reaccionaría? ¿Eliminándonos?

—Sigo perdida, cabo Vanderbilt. Si los derivantes son bastardos de los dioses, una involución con respecto a sus atributos perfectos, un peligro para

su estatus... ¿Por qué destruirlos? ¿Por qué, simplemente, no dejar de procrearlos?

—¿Quiere usted poner cortapisas al poder de un dios? No hay una sola ley que se les aplique, ni una sola regla que sea válida para su superioridad.

—¿Ni siquiera existen normas entre ellos mismos?

—Eso ya no lo sé, señorita Cross. No olvide que a todos los efectos soy una indeseable. Jamás he visto a un dios de cerca. Huyo de ellos.

—Es decir, que su uniforme es un disfraz.

—En cierto sentido.

—Pero usted mata a sus semejantes.

—No son mis semejantes —replicó la Centinela, puro hielo en la voz, veneno en los ojos—. No tengo semejantes. Usted pertenece a una raza. Yo soy un cruce de dos, quizá de alguna más. Soy única, señorita Cross. No lo olvide. No tengo iguales. No tengo rival. Los derivantes y yo sólo compartimos la hipótesis de unos progenitores similares. Nada más. Si soy una mutación, entonces por definición soy singular.

—¿Por eso no tiene escrúpulos en matar?

—Porque la mejor manera de seguir adelante con mi disfraz es ejecutando mi trabajo a la perfección, si le parece una explicación más razonable. Mato para vivir. Como lo haría usted en mi caso.

—¿La ley de la jungla?

—La ley de la supervivencia, en la jungla o en la ciudad. No me venga con sermones, señorita Cross. Alguien tiene que hacer mi trabajo. Simplemente, estoy mejor cualificada para ello que muchas personas de su raza. Y de paso me aseguro el cuello. No veo nada malo en eso.

—Dígaselo al pobre diablo que masacró la otra noche.

—Olvida que ese pobre diablo mató a cuatro compañeros míos y dejó malherido al quinto. Y que me disparó a bocajarro. Fue una lucha justa y ganó el mejor.

—Pero ese hombre no había hecho nada.

—Ese hombre existía, y su raza existe simplemente para ser aniquilada.

—¿Los dioses los procrean para que sirvan de cortina de humo?

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar los deseos y caprichos de un dios? Supongo que los dioses los procrean porque les divierte hacerlo, y allá las madres humanas y los bastardos que luego nazcan con sus consecuencias. ¿Y qué necesidad tendrían los dioses de crear ninguna cortina de humo? ¿Para qué? ¿Cree que se molestan con ustedes... con nosotros? No. Los dioses

procrean bastardos porque sus vidas son largas y como a todo el mundo les gusta divertirse.

—¿Sólo existen madres humanas?

—No lo sé. Le repito que gran parte de lo que le estoy contando son sólo conjeturas, obtenidas a través de mi experiencia y la de algunos otros derivantes que he llegado a conocer un poco. Pero me parece lógico. Los derivantes existen porque a los dioses no les importa lo más mínimo que sus apetencias sexuales puedan dar fruto. Calculo que las diosas no serán estatuas frías. Si les gusta copular con hombres humanos, supongo que no esperarán a que su relación produzca una vida no deseada.

—¿Y las mujeres humanas?

—Sólo conozco el caso de mi madre. Sé que intentó abortar de mí cuando supo que estaba embarazada y que el hermoso varón que la sedujo era un dios disfrazado.

—¿Y? ¿Se arrepintió en el último momento?

—No. Llevó adelante sus deseos. Intentó abortar un par de veces. No pudo conseguirlo.

—¿Se lo dijo ella?

—Y lo noté yo.

—¿Bromea?

—¿Quién sabe? Soy superior en muchos aspectos. ¿Cómo sabe que no tuve una infancia precoz, consciencia ya en el mismo útero?

—¿Cuándo se dio cuenta de que era distinta?

—Siempre. Mi madre y yo nos pasamos media vida viajando de un lado a otro. Supongo que, a sus ojos, estábamos huyendo. Tal vez deseaba protegerme de las patrullas de los Centinelas. Desde dentro del Cuerpo, sus esfuerzos por cambiar de nombre y profesión me parecen ahora ridículos. Si no nos capturaron y nos eliminaron en el acto fue simplemente porque una de mis «habilidades», como usted las llama, es la capacidad para no dar positivo en los sensores.

—¿Por eso decidió enrolarse en el Cuerpo de Centinelas?

—Usted ha sido niña. ¿Nunca ha jugado al escondite? ¿Qué mejor lugar para ocultarse que en donde ya se ha mirado? Si te están persiguiendo, la mejor forma de burlar a quien te busca es infiltrarte en el grupo que va a por ti. Hasta ahora, me ha dado buen resultado.

—Hasta ahora. ¿Nadie ha sospechado nunca nada?

—No.

—¿Qué habilidades tiene usted, Andrea? Ese extraño poder de curación, ¿y qué más?

—No lo sé. Tengo tanta fuerza sin el exoesqueleto como con él, pero es algo que puedo controlar sin problemas. Resistencia física, velocidad mental. Prácticamente lo que puede hacer un ser humano normal aumentado diez veces.

—¿Y el numerito de las fotos ardiendo?

—Eso no sé cómo funciona. Mi teoría es que puedo aumentar la temperatura de mi cuerpo a voluntad. Nunca he pillado un resfriado. En el caso de sus fotografías, simplemente dejé que las yemas de mis dedos se calentaran lo suficiente para que el papel saliera ardiendo.

—¿No le hizo daño?

—Tengo una gran resistencia al dolor. Y mucha paciencia.

—Ya lo veo. Los demás derivantes que ha encontrado...

—Están todos muertos.

—¿Qué poderes...?

—Inferiores a los míos. O a la fuerza de mis armas. Es lo mismo.

—¿Ha eliminado a muchos de ellos?

—Los suficientes. Escuche, no soy una cazadora de recompensas. No soy una asesina a sueldo. Soy policía. En la mitad de los casos esos derivantes eran inadaptados a quienes su alienación había vuelto locos.

—Terroristas, vaya.

—Terroristas, sí. Capaces de hacer reventar las calderas de un gran hotel o de hacer volar una presa para conseguir llamar la atención. Chalados a quienes había que detener a cualquier precio.

—¿Y el de la otra noche?

—El de la otra noche tuvo la desgracia de descubrirme. Por tanto, obré en consecuencia.

—Y su secreto es más importante que todo lo demás.

—Ya se lo he dicho. Es cuestión de matar o morir. Usted sabe que está en peligro.

—Y usted que mientras yo continúe con vida su secreto seguirá a salvo. Hasta que alguien más lo descubra. El problema, cabo Vanderbilt, es que me temo que el círculo se estrecha. Tarde o temprano, la descubrirán. Sólo es cuestión de tiempo.

—Muchas gracias por darme ánimos.

—Para eso estamos, cabo Vanderbilt. ¿Quiere ahora un poco de té antes de continuar charlando?



A solas en la tranquilidad de su suntuoso aposento, Jonathan Bunyan estudió una vez más el video falso de la captura y muerte del último derivante. Un cosquilleo de algo parecido al orgullo, incontrolable, le sacudía cada vez que un Centinela mordía el polvo y desaparecía de la pantalla entre vísceras desparramadas y explosiones de sangre. En cierto modo, incluso rebajada su potencia por la mezcla humana de sus genes, sus bastardos seguían siendo adversarios a tener muy en cuenta, a años luz de los seres humanos normales arrojados por la tecnología que ellos mismos habían dispuesto a su servicio. Naturalmente, pese a su vigor, el derivante estaba perdido desde el principio. Las balas de plasma y las armaduras de los perros de la guerra acabarían con él tarde o temprano, pues para eso y no otra cosa existía el Cuerpo de Centinelas que sus antepasados habían creado. Sin embargo, aunque las imágenes trucadas hablaban de una muerte limpia, un puñetazo justiciero, Bunyan sabía que el sexto Centinela nunca habría podido eliminar a uno de sus retoños de una forma tan simple.

Volvió a pasar las imágenes del rostro de la mujer. Andrea María Vanderbilt. Joven, hermosa, fuerte, impetuosa. Estudió sus rasgos con interés científico, como un botánico estudia los pliegues de una hoja o un entomólogo las patas de una hormiga. El puro deseo sexual hacia aquellas hermosas formas se fundió con la curiosidad de conocer algo más sobre la Centinela. Sus facciones eran finas, cinceladas en metal noble. Sus movimientos parecían seguros, confiados. No obstante, su pose anunciaba que la mujer nunca dejaba de estar alerta. Había en ella una pasión contenida, un anhelo animal que Bunyan había visto ya otras veces, incluso entre sus mismos compañeros dioses.

¿Era posible, entonces? ¿Podría ser la cabo Vanderbilt uno de sus retoños? ¿Una bastarda inteligente, capaz de burlar los sistemas de detección y pasar al bando de los perseguidores en vez de consumirse con toda una vida en fuga?

No tenía más que pulsar una tecla y mañana mismo la Centinela sería evaluada por medio centenar de máquinas sofisticadas que examinarían hasta el último componente de su ADN. ¿Pero dónde quedaría entonces el riesgo, la emoción? Andrea Vanderbilt suponía un giro con respecto a todo lo que los derivantes y dioses habían supuesto hasta ahora. Hacer que otros se encargaran de descubrir quién o qué era mataría todo rastro de emoción. Y la vida era larga y aburrida. ¿Qué había dicho el viejo oso de Luther Munroe hacía tan sólo unas horas? A veces la emoción de la caza es superior a la

cabeza de la presa, o algo así. Por muchas diferencias que hubieran tenido en el pasado, a pesar de todos los enfrentamientos que pudieran esperarles a ambos en el futuro, Jonathan Bunyan sabía que en este caso el dios oscuro tenía razón. Andrea Vanderbilt era un reto. Y para saber más sobre ella sólo tenía que trazar una trampa. El propio Bunyan sería el cebo. La Centinela, la presa. Las próximas semanas, al fin, prometían ser divertidas.

Anticipando la emoción de la caza, Jonathan Bunyan se masturbó mirando la pantalla.

* * *

Era una mujer extraña. En cierto modo, Davinia Cross sentía hacia ella un atisbo de piedad, de comprensión. No le gustaría nada colocarse ni por un segundo en su lugar, pero a pesar de su superioridad física y posiblemente intelectual, la mujer soldado, eso se notaba claramente, era un mar de dudas y contradicciones, un ser metahumano al borde de la ruptura. La tensión se notaba en cada una de sus palabras, en sus gestos, en su mirada. No era extraño que los derivantes fueran individuos inestables. La propia Andrea Vanderbilt lo había dicho: Una vida bajo presión los convertía en presas asediadas, fieras rabiosas a las que había que exterminar de buen grado o por la fuerza. Y la presión que sufría la Centinela era doble, más intensa que ninguno de sus renegados compañeros de raza.

Davinia todavía se maravillaba de la relativa facilidad con que la otra mujer había aceptado ofrecerle su colaboración. En cierto sentido, aunque la entrevista forzada le había abierto más interrogantes de los que deseaba, lanzándole a un abismo de conjeturas y dilemas para los que no tenía respuesta alguna, parecía como si la cabo Vanderbilt se le hubiera confesado más de lo que ella misma habría podido esperar. Entre las dos mujeres se labró al instante un lazo mutuo, teñido de antipatía, ciertamente, pero único. Posiblemente, Davinia Cross era la primera persona del mundo a la que Andrea Vanderbilt comentaba los detalles secretos de su vida.

Sacudió la cabeza. No creía que la otra mujer tuviera amigos, ni amantes siquiera. Un paso en falso y revelaría su secreto al mundo, exponiendo la maldición que era a la vez su fuerza y su debilidad. Un simple corte en una mano, una caída, una palabra a destiempo... El nido de víboras del Cuartel General de los Centinelas le rebanaría el cuello antes de que tuviera tiempo de comprender dónde había metido la pata.

Era su problema, por supuesto. Respecto a aquello, no había nada que Davinia Cross pudiera hacer. La mujer soldado había decidido aquella vida, y

era consciente de todos los riesgos que corría al hacer uso de su disfraz. Ahora ella había descubierto su secreto, por azar, y había obtenido una información a la que muy pocos seres vivos tenían acceso.

Volvió a poner en marcha el vídeoreproductor. La imagen de Andrea Vanderbilt, casi en escorzo, contestaba a regañadientes su segunda andanada de preguntas.

—Ya sabemos cuál es su origen, cabo Vanderbilt. Pero yo quisiera ir más lejos. Me interesa el premio mayor. Los propios dioses.

—Me temo que en eso no puedo ayudarla. Ya le he dicho que jamás he visto a uno de cerca.

—¿No están ustedes los Centinelas en contacto con ellos?

—¿Ha visto cuáles son mis galones? Si esos contactos existen, están muy por encima de mi nivel.

—Y su madre...

—Escuche, mi madre murió hace cuatro años, sin comprender siquiera qué maldición le había caído encima. Vio a mi padre una sola vez, y el resultado fue tener que cargar conmigo. ¿Qué es lo que pretende, destruir a los dioses? No sea ingenua.

—Ya le he dicho que sólo quería saber.

—Y yo le he dicho todo cuanto sé. No tengo la menor idea del origen de esos seres a los que todo el mundo llama dioses. La raza de mi padre, si lo prefiere. Por las circunstancias que sean están ahí y, se lo aseguro, han venido para quedarse.

Davinia apagó el aparato. Borró la cinta, destruyó toda posible pista que la uniera al secreto de Andrea Vanderbilt, excepto lo indispensable para asegurar su supervivencia. Había aprendido muchas cosas, pero su presa seguía siendo inalcanzable. Sabía algo nuevo, pero la duda continuaba royendo su corazón. Había dado un paso importante, pero todavía estaba muy lejos de llegar a conocer qué cúmulo de circunstancias había dado origen a aquel extraño mundo poblado por modernos dioses.

Era una mujer extraña. Mientras regresaba a su propio apartamento, enfurruñada y con el corazón en un puño, Andrea Vanderbilt no dejaba de preguntarse por aquella criatura delgada, pequeña, tan diferente a ella misma, tan inflexible. Su celo profesional era equiparable al de los oficiales de interrogatorios que ella misma había conocido en su duro oficio de policía. No había duda de que había algo envidiable en su testarudez, en su

constancia, pero al mismo tiempo Andrea Vanderbilt no dejaba de reconocer que la otra mujer, su oponente, su enemiga, era una ingenua. ¿Qué esperaba arrancar de sus palabras, aparte de toda una vida de escondrijos y de farsas? ¿De verdad esperaba que su secreto fuera a llevarla a las puertas mismas de la génesis de los dioses? Se echó a reír, una mueca triste y rabiosa que le lastimó la boca. Apretó los dientes, recordando el trato vejatorio y comprensivo a la vez, mitad piedad mitad intimidación, con que la otra mujer la había asaltado durante horas. Sin duda, la periodista era su rival. Su descubrimiento sólo podía acabar con la muerte de una de ellas. Y, sin embargo, le había dicho más cosas de las que podría haber supuesto, le había confiado detalles sobre los derivantes que nadie más sabía, ni siquiera sus compañeros Centinelas.

—En esa escena, en la verdadera —había señalado la periodista—. Hace usted un gesto extraño.

—¿Llama extraño a un simple estrangulamiento?

—Déjese de sarcasmos sádicos, cabo Vanderbilt. Parece que algo se le queda prendido en la mano, y luego lo rompe. ¿Qué era?

—Un pez.

—¿Un pez?

—Ya me ha oído. El derivante llevaba al cuello una cadenita con un pez de plata.

—¿Significa algo para usted?

—Que tenía muy mal gusto en cuestión de abalorios.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Si no significaba nada, ¿por qué lo destruyó?

—¿Por rabia?

—Era usted mucho más cooperativa antes.

—Me habré quedado sin baterías.

—¿Por qué destruyó ese pez de plata? ¿Lo había visto antes? ¡Contésteme!

—Lo había visto antes, sí —reconoció Andrea a regañadientes—. Otro derivante que acosamos en Berna tenía uno parecido. Y una pareja de gemelos de Newcastle tenía tatuados otros dos peces similares.

—¿Dónde nos lleva eso?

—A ningún sitio. No sé lo que significan esos símbolos.

—Pero destruyó usted la prueba.

—Por si acaso me involucraba de algún modo. Recuerde que estaba protegiendo mi secreto.

—¿Alguien más sabe de la existencia de esos peces?

—Supongo que no. Destruí también el pez del de Berna. Y los tatuajes ardieron junto con los gemelos.

—No hay nada mejor que una descarga láser, ¿eh?

—A veces también puede valer un puñetazo en la cara.

Andrea cerró el puño, anulando los recuerdos, la tensión de saberse extorsionada, descubierta. Había puesto a la periodista tras la pista de los peces, fuera lo que fuese aquello. Seguía sin saber qué la impulsaba a destruir aquellas pruebas que, de algún modo, hablaban de una relación entre derivantes situados en extremos distantes del mapa. ¿Sentimiento de clase surgido a última hora? ¿Deseos de asegurar paranoicamente que nunca iba a ser descubierta? Demasiado tarde, pues. Davinia Cross tenía ya su vida en la palma de la mano. Y había una buena dosis de razón en su ominoso presentimiento: No pasaría mucho tiempo antes de que alguien más turbara su paz y rompiera la cobertura que había labrado con tantos años de esfuerzo y de miedo.

* * *

Observaba la arcolología como un depredador que estudiara los movimientos condenados de antemano de su presa. Encaramado a la más alta torre, contemplaba con desapego mal disimulado el incesante ir y venir de luces azules y rojas, los sonidos enmudecidos por la altura y la distancia, el aliento nocturno de la metrópolis humana. Debajo, como hormigas, pululaban aquellos seres inferiores, limitados, ridículos en su concepción del mundo. Todos corrían, pero jamás llegaban a objetivo alguno. Las luces se apagaban, se encendían, volvían a apagarse, como sus propias vidas. La madrugada se acercaba y muchos de ellos buscaban un descanso necesario, el reposo apenas suficiente para recargar de nuevo la pobre dosis energética de sus cuerpos condenados a la degradación y la muerte, algo que a los suyos había parecido siempre tan lejano.

Pero en la noche también pululaban otros hombres y mujeres antaño entregados al placer, e incluso al vicio, y que ahora en su mayoría deambulaban sumidos en el vacío existencial que la aparición de los nuevos dioses había supuesto en sus vidas, buscando una cura, un consuelo, un torpe remedio. Entre ellos se encontraban los acólitos.

Jonathan Bunyan observó la negra pirámide del Templo de Kent. Cómo aquel puñado de tarados de bellas formas había conseguido hacerse un hueco entre las turbas de locos adoradores de los hombres era algo que siempre

había fascinado a su familia. En cualquier caso, las veleidades mesiánicas de los Kent tenían bien poco que ver con los negocios e investigaciones secretas de su propia casa, pero si creer de verdad que eran auténticos dioses y que en su mano estaba el poder de obrar milagros suponía un estorbo menos en la consecución de sus fines, tanto mejor. Los Kent eran ya una familia menor, y como tal estaba sujeta al consejo que gobernaba sin problemas la Casa Bunyan.

Naturalmente, las reglas de cortesía que existían desde sus orígenes entre las distintas castas de dioses habían aconsejado a Jonathan informar de sus intenciones al viejo Richard Kent, quien por supuesto nada pudo objetar a su acción planeada, ni a su capricho.

El templo brillaba inundado de luces rojas, blancas y azules. Un par de centenares de acólitos, ataviados con trajes que les conferían un aspecto ridículo y enfermizo, porque el volumen de sus cuerpos no alcanzaba a rellenar el tejido elástico que tan bien encajaba con las esbeltas formas de los dioses, bailaban, copulaban y rezaban en una orgía mística que quizás alguno de ellos imaginaba como un medio para entrar en contacto con los planos superiores que los dioses habitaban. Por una vez, sin embargo, sus súplicas iban a ser escuchadas. Un dios de carne aparecería entre ellos esta noche, pero no repartiría bendiciones, sino sangre.

Jonathan Bunyan se bajó la capucha de su traje harapiento. Había tizado su piel, ocultado sus rasgos, arruinado a propósito su porte lascivo y altanero. Esta noche no era un dios, sino una mantis confundida entre el follaje a la espera de su víctima. Esta noche no era el jefe supremo de la más importante familia de dioses, sino un simple y desesperado derivante.

Saltó al vacío, dominando como un pájaro sin alas la negra mancha de la ciudad. Los propulsores de su anillo de gravedad lo detuvieron en plena caída, estabilizaron su trayectoria, convirtieron su muerte inmediata en el más plácido vuelo. Tras cubrirse el rostro con la muralla de piedra de sus puños, Jonathan Bunyan cargó contra la cúpula de cristal de la torre. Un estrépito ensordecedor se repitió por toda la nave de la gran catedral pagana, despertando con su eco la vigilia de los adoradores.

—¡Ha venido! ¡Ha venido! ¡Uno de los dioses ha respondido a nuestras plegarias! —exclamó una mujer semidesnuda, embriagada de alcohol y lubricada de sexo. Jonathan la apartó de su camino con un bofetón que la mató antes de que sus pies volvieran a tocar el suelo.

Sin perder un segundo, Jonathan esparció muerte a derecha e izquierda, volcando altares, atravesando cuerpos deprimentes con puños y candelabros,

destrozando muros y aplastando huesos. En medio del delirio místico, la mitad de sus víctimas ni siquiera llegó a ser consciente del regalo de muerte que les estaba haciendo.

La catedral ardía ya por los cuatro costados antes de que Jonathan Bunyan arrancara de cuajo sus dobles puertas. Un centenar de sirenas ululaba en todas direcciones, avisando de la destrucción que sólo podían achacar a lo que más temían: De un momento a otro, los Centinelas acudirían a la cita, prestos una vez más para eliminar de la faz de la Tierra la amenaza de un nuevo y temible derivante.

Y él se había asegurado que Andrea Vanderbilt estuviera con ellos.

Hacía cuatro días que Murdock Fisk había conseguido el alta médica y desde entonces, como había supuesto, no había hecho otra cosa que recuperar el tiempo perdido en la sala de entrenamiento del Cuartel General del Cuerpo de Centinelas. Afortunadamente, los implantes en sus músculos operaban con la misma precisión que habían tenido sus ligamentos anteriores, y a todos los efectos seguía siendo el mismo hombre.

Quien no le parecía la misma, y era incapaz de deducir por qué, era Andrea Vanderbilt. La notaba ensimismada, abstraída, más tensa que de costumbre. En los entrenamientos había cometido un par de errores que podrían costarle la vida en una situación de fuego real. Pero su reserva continuaba siendo la misma de siempre. De alguna manera, Murdock había esperado una bienvenida distinta, un anuncio de que la camaradería existente entre ellos podría, al fin, desembocar en algo más. Pero la mente y el cuerpo de Andrea parecían estar en otro sitio.

El propio Quebrantahuesos, el sargento mayor de su división, lo había notado. Y en sus reprimendas no se había andado con chiquitas: El escuadrón al que ambos pertenecían había quedado deshecho después del incidente con aquel maldito derivante, y los dos únicos supervivientes del encuentro debían conservar la cabeza bien fría sobre los hombros si no querían que su actual equipo siguiera los tristes pasos del primero. Ella tenía la fama y la experiencia, maldición. No era cuestión de dormirse en los laureles y dejar que los abatieran de nuevo.

Ahora las sirenas los habían puesto en marcha sin tiempo apenas de cruzar un par de palabras. Un derivante enloquecido había arrasado el Templo de Kent hacía unos minutos, para luego darse a la huida y perderse en la noche. Parecía más poderoso y más rabioso que los derivantes que estaban

acostumbrados a seguir, y por eso Quebrantahuesos había obrado con prudencia y decidió enviar dos destacamentos en su búsqueda.

—De Halcón Uno a todos —anunció el sargento Bloccher, las palabras cargadas de virutas de hierro—. Esta vez no quiero acciones individuales, sino fuego conjunto. Ese hijo de puta ha tardado cinco minutos escasos en destruir la pirámide de Kent, y seguro que quiere sangre. ¿Estás despierta, Halcón Nueve, o todavía las burbujas de la fama no se te han despejado de la cabeza?

—Estoy despierta, Halcón Uno —contestó Andrea, agradecida por tener al fin un poco de acción real en la que descargar su abatimiento.

—¿Armas en ready?

—Y el gatillo a punto.

—No intentes hacerte el héroe otra vez, Murdock. Me han dicho que en la clínica han agotado tu cupo de puntos.

—Muy gracioso, Donovan. Enfréntate primero con ese monstruo de circo y después dime a qué huele tu mierda.

—¡Silencio en el aire! —Ladró la voz metálica de Quebrantahuesos—. Halcón Siete, ¿lo captas?

—Su rastro es difuso, señor. ¡Ese cabrón ni siquiera aparece claramente en los sensores!

La pirámide de Kent humeaba, como un rompecabezas de madera roto. Andrea reprimió un escalofrío cuando advirtió el alto edificio de VIDNEWS INC al otro lado de la ancha avenida, nada menos que el lugar de trabajo de su reciente enemiga. Se preguntó si ahora no los estaría viendo asomada a una ventana, o si habría puesto en marcha otro colibrí perseguidor indetectable a su equipo para no perder hilo de lo que ocurriera.

—Ya no está aquí, es inútil seguir perdiendo el tiempo en este sitio —rezongó Halcón Uno—. ¿Halcón Siete?

—El hijo de puta corre que se las pela. Ya debe de estar en la otra punta de Megaciudad, señor.

—Lo tengo en el radar —anunció Halcón Cuatro—. Se dirige al Holograma.

—No hay nada que pueda destruir allí —comentó Murdock—. La Torre se cayó sola hace un buen montón de años.

En dos minutos, las doce figuras de oro alcanzaron el punto donde el supuesto derivante había sido visto por última vez: el lugar al que siglos atrás había sido trasladada la torre inclinada característica de la zona exterior a Megaciudad, la antigua Pisa. Ahora, entre los edificios modernos y el brillo

metálico de las ventanas, sólo la reproducción en holograma de la Torre se alzaba como el recuerdo absurdo de una obra de arte perdida y rescatada sólo como proyección visual.

Los Centinelas atravesaron el holograma como si fuera una nube, para salir por el otro extremo una décima de segundo más tarde. Se abrieron en una uve invertida, Halcón Uno en cabeza, los demás a sus flancos.

—Vuelvo a captarlo, señor. Si no fuera imposible...

—Diría que el derivante se retrasa a propósito, sargento. Es como si estuviera esperando a que lo alcanzáramos.

—¿Está muy lejos?

—Camino del Sector R, señor. Rumbo a Sant'Angelo.

—¿Ya ha llegado al Vaticano? ¿Es que va volando?

—Eso parece.

—Entonces doble precaución todos. Esto no me gusta nada.

—A nosotros menos, sargento.

—Pues aprieta el culo y apunta bien, Murdock. No vaya a ser que esta vez no tengas la misma suerte.

El lecho del Tíber, convertido ahora en una megautopista, apareció pronto bajo ellos. Lo siguieron, serpenteando entre los vestigios de los antiguos puentes, hasta que la silueta casi intacta del castillo papal apareció frente a ellos. Aún no habían recorrido la distancia que los separaba cuando las piedras milenarias se vinieron abajo.

—¡Allí está! —anunció Halcón Once—. A las cuatro.

—Lo vemos, tranquilo, muchacho —murmuró Andrea, el corazón latiéndole con fuerza contra la protección de la coraza. El falso derivante se precipitó hacia el suelo, echó a correr, se perdió entre los edificios y los vehículos espantados por su presencia.

—Enfila hacia la Basílica. ¿Cómo vamos...?

—Si el hijo de perra quiere destruirla, lo hará con nuestra intervención o sin ella. Halcones Dos, Tres, Cuatro y Cinco, remontad vuelo y cortadle el paso antes de que llegue a la Columnata.

—¿Y los demás?

—Los demás rezad para que Dios esté de humor esta noche y no quiera quedarse sin casa.

Toda aquella violencia insensata era atractiva, embriagadora. Como un puro juego de niños. Jonathan Bunyan no recordaba cuándo se había divertido

tanto por última vez. De hecho, su férreo autocontrol y la dirección de su Casa apenas le habían dejado tiempo para entregarse a los placeres mundanos que otros dioses más jóvenes encontraban tan atractivos.

Divisó al fondo la Basílica de San Pedro en el Vaticano, la doble columnata perfectamente medida y conservada. Con ironía, pensó que aquél era un buen lugar para dejar claro quién era el nuevo dios en la Tierra en este momento de la historia. No lo había pretendido al iniciar su maniobra de destrucción, pero la alusión le resultó cautivadora.

Cuatro siluetas se recortaron en el cielo, adelantándose a su avance. Los Centinelas. Jonathan comprendió que esquivaban un enfrentamiento directo, escarmentados por sus últimas bajas. Bien, había que poner remedio a aquello. Se desvió a la derecha, internándose entre las columnas. Comenzó a golpearlas, como un Sansón enfurecido sin cadenas y con vista. Las columnas empezaron a desmoronarse, arrastrándose unas a otras, convirtiendo en polvo el esfuerzo y el ingenio de los hombres de hacía tantos cientos de años. Ajeno a la destrucción que provocaba, pues el trabajo de los humanos no significaba nada para su raza, el dios viviente continuó esperando el primer encontronazo con la avanzadilla de Centinelas.

Éstos le salieron al paso inmediatamente, incapaces de refrenar por más tiempo el entrenamiento al que se debían. Trescientos metros más arriba, Quebrantahuesos y el resto de la patrulla aguardaron impacientes el resultado del primer encuentro entre hombres metálicos y bestia.

No tenía sentido. Un cosquilleo nervioso les avisaba de que algo iba mal. Andrea Vanderbilt *carecía* de puntos de referencia para expresar su intranquilidad, pero en el ambiente notaba que una pieza no encajaba. La figura embozada y harapienta saltaba de columna en columna, provocando una destrucción tanto más dolorosa por insensata, esquivando los rayos de plasma que intentaban cortarles el avance. Sin éxito.

—Ese tipo es listo —murmuró Murdock, a su diestra—. Si no lo supiera bien, diría que hasta es posible que haya visto el vídeo que nos ha hecho famosos. Parece que sigue una estrategia.

—Sí, no dejarse matar y destruir cuanto pueda antes de que lo detengamos —contestó Quebrantahuesos, quien sin duda notaba la existencia de un factor más: Ningún derivante que hubieran conocido era capaz de volar. De hecho, nadie podía ejecutar tal proeza. Ellos mismos debían la habilidad a los propulsores de sus corazas. Sin embargo, el individuo que perseguían

revoloteaba entre las columnas como una libélula, usando el mismo templo que quería destruir como escudo contra los rayos de plasma de los Centinelas. Este hombre estaba preparado para la lucha. Igual que Andrea, el sargento mayor comprendió también que su presencia en este lugar no se debía a la casualidad.

—Sigue avanzando. Si no le cortamos el paso pronto llegará a la misma Basílica —anunció la voz desasosegada de Halcón Dos.

—Formación de ataque, entonces —ordenó Quebrantahuesos—. Intentad sacarle del pórtico. Llevadlo al centro de la plaza.

Fue más fácil decirlo que llevarlo a la práctica. Uno de los Centinelas quedó aplastado entre las columnas de piedra cuando la carambola provocada por el renegado lo atrapó sin remedio. Los otros tres restantes lanzaron la plena descarga de sus brazaletes, pero ninguno consiguió más que hacer cosquillas al ser que avanzaba imparable como una máquina.

Entonces, cuando ya la patrulla en el aire se disponía a caer en picado, dispuesta a destruir la obra de Bernini por salvar acaso el interior de la Basílica, el superhombre salió a campo abierto y corrió en zigzag hacia el Obelisco.

Uno de los Centinelas le cortó el paso, cronometrando su impulso con el tiempo justo para quedar aplastado como una mosca contra la piedra egipcia. El tercer miembro de la avanzadilla se posó con la gracia de una mariposa en lo alto de la aguja, buscando el ángulo de tiro desde el que poder freír a su adversario. No tuvo tiempo de apuntar siquiera. Los poderosos puños del metahumano destrozaron el Obelisco como si fuera un castillo de arena, sepultándolo en su desmoronamiento.

—No va a dejar nada en pie —masculló Murdock—. Sargento, hay que ir a por él, en equipo o en picado individual. Si tardamos un minuto más, no quedará piedra sobre piedra.

—Es listo, desde luego —murmuró Quebrantahuesos—. Me pregunto qué pretende.

—Eso es fácil —respondió Andrea—. Yo diría que más que destruir la Columnata o la Basílica, lo que quiere es que nos echemos encima de él.

—Vamos a darle gusto entonces.

Los nueve Centinelas restantes se reagruparon en el cielo, mientras el fugitivo daba un brinco poderoso y se encaramaba al cuello del más cercano.

A través de las ondas los demás pudieron oír el chasquido del cuello bajo la tenaza de hierro y el alarido de dolor de Halcón Diez. Luego, las dos

figuras cayeron a pico sobre la zona izquierda de la Columnata, levantando el polvo de siglos de las figuras de los apóstoles.

Andrea dio un golpecito a su escáner de muñeca. Pese a la proximidad del derivante, la señal seguía sin registrarlo con nitidez. Esquivó una piedra que pasó ululando por su mejilla y acabó impactando contra la espalda de la otra Centinela que guardaba su retaguardia, donde cortocircuitó el sistema y rompió el mecanismo que la ayudaba a desafiar la gravedad, que contraatacó con toda su fuerza.

Más de medio centenar de combates anteriores la habían enseñado a evaluar a sus enemigos sobre la marcha. Decididamente, este individuo no actuaba con la desesperación característica de los otros derivantes, tan inestables psicológicamente. No estaba segura de que su violencia correspondiera en efecto a una planificación, pero la figura encapuchada parecía más dedicada a la amputación sistemática de los aleros de piedra que a la huida típica en los miembros de su raza. Extrañamente, el derivante continuaba su lucha desarmado. Había tenido más de una oportunidad de arrebatar las armas a los Centinelas que había derribado en su imparable acometida. Pero la destrucción seguía siendo su objetivo primordial, espantando de su camino a los centuriones de acero como si fueran insectos insignificantes que no merecieran un tiro de gracia. Diez Centinelas habían caído ya. El escáner anunciaba que, aun fuera de combate, ocho de ellos continuaban con vida.

—Esto sigue sin gustarme nada, sargento —insistió Murdock, notando el sabor de la bilis revolverle las entrañas—. Nos está dejando fuera de combate como si estuviéramos en un partido de rugby. Parece que el hijo de perra está acostumbrado a jugar en la arena.

—¿Por qué demonios no huye? ¿Qué es lo que quiere?

—Creo que lo sé —anunció Andrea—. Usted mismo se burló de nosotros hace unos minutos, sargento. Debe de saber quienes somos, lo que hicimos la otra noche. Está buscando enfrentarse a Murdock y a mí. Nos quiere a nosotros.

—Me parece que tienes razón, Andrea. Debe de ser el precio de la fama.

—Bien. Halcones Nueve, Ocho, Cuatro y Trece. En posición de ataque norte, sur, este y oeste. Yo iré por el centro. Vamos todos contra él. Y sin contemplaciones.

Los cinco Centinelas se abrieron en el aire como los brazos de una medusa. El falso derivante esperaba entre las blancas estatuas de piedra caliza. Arrancó una de ellas, un santo inmóvil ajeno a la masacre.

Utilizándolo como una pala matamoscas, abatió a Halcón Cuatro y retrocedió un par de pasos para repeler los rayos de Halcón Trece. Entonces Quebrantahuesos, Halcón Uno, se le clavó en los brazos en su busca del cuerpo a cuerpo.

La armadura se le abrió como una almendra bajo la presión de los dedos del superhombre. El sargento se golpeó la barbilla contra la cabeza de una de las estatuas y el chasquido de su mandíbula resonó en toda la plaza. Usando la mano abierta, vencido por el éxtasis de la batalla, Jonathan Bunyan le clavó los dedos en la garganta y le arrancó de cuajo media cara.

Halcón Trece disparó otra vez. Un impacto en plena espalda hizo tambalear al monstruo que intentaban contener. De entre sus omóplatos humeantes surgió una catarata carmesí que se secó casi al instante, un geiser de sangre que se coaguló antes de que el Centinela tuviera tiempo de lanzar otra descarga. Un giro del torso, un proyectil arrojado sin apuntar: la insignia de líder de Quebrantahuesos, que se clavó en el visor de Halcón Trece y le hizo explotar en pleno aire.

—Sólo quedamos nosotros, Murdock —susurró Andrea.

—Como siempre.

—Lánzale una descarga a los pies. Intenta que caiga de ese alero. Se acerca a la cúpula a pasos de gigante.

—¿Tú crees que vamos a poder impedírselo?

—¿Bromeas? Creo que nos va a hacer pedazos. Pero ya sabes: Todo sea por el honor y la paga.

—Maldición. Ni siquiera me queda ya saliva para gritar Jerónimo.

Jonathan Bunyan se cubrió el rostro con las manos y avanzó como un juggernaut sobre el tejado de la Columnata, dirigiéndose imparable hacia la pieza apetecida de la cúpula de la Basílica. Ya tenía el juego en donde quería: Sólo quedaban dos Centinelas en pie, dispuestos a frenarle empleando todos los recursos a su alcance, y sabía que uno de ellos era Andrea Vanderbilt.

Saltó hacia el cielo, remontando en su vuelo la trayectoria de los dos centuriones. Incapaces de girar con su misma pericia, los Centinelas tardaron unos segundos en reestructurar su estrategia. Demasiado tarde. Cuando quisieron darse cuenta, el dios disfrazado estaba ya en lo alto de la cúpula, contemplando los restos de la ciudad de Roma desde la perspectiva única soñada por el genio de Miguel Ángel.

El deseo de conservar aquella obra de arte ahora inservible les impedía utilizar la destructiva potencia de fuego de sus brazaletes láser. Como los halcones de su clave de radio, los Centinelas cayeron contra él, confiados en poder arrancarlo del suelo convexo y continuar la batalla en otra parte.

Pretensión inútil. Jonathan Bunyan hundió los dos puños en el techo de la cúpula, abriendo un boquete que le permitió ver el altar mayor largamente abandonado y el oscuro bronce del baldaquino de Bernini. Uno de los Centinelas se le echó encima. Un hombre, comprendió por la fuerza del impacto y la violencia de su peso. Lo agarró por los hombros, lo volteó como si fuera un saco, golpeándolo contra las piedras deshechas hasta que la presión de su abrazo se aflojó como una cuerda suelta. Entonces lo arrojó al vacío, roto su poder de mantenerse en el aire.

—¡Murdock! —gritó una voz. La mujer. Su presa.

Un golpe lo hizo tambalearse, y comprendió que como un rayo la Centinela se había precipitado al rescate de su compañero, lanzándose al picado negro que conducía a la cruz de la basílica. Lo logró en un segundo, pero el peso añadido del otro centurión fue demasiado para sus propulsores, que la hicieron ladearse peligrosamente.

—No podremos volver los dos ahí arriba —murmuró Murdock, aturdido por la serie de golpes, sangre manando por su nariz y sus labios—. Suéltame, Andrea.

—Déjate de heroicidades estúpidas, Murdock.

—¡Nos vamos a estrellar los dos! ¡Y ese hijo de puta podrá zambullirse desde ahí arriba y cazarnos como a un par de patos despistados!

—Está bien. Te dejaré en esa ventana. Pero no te muevas de ahí. Es una orden.

—No te preocupes. Creo que no podré hacerlo.

Apurando los últimos estertores de su circuito volador, Andrea regresó a la cúpula, donde Jonathan Bunyan la esperaba con los brazos abiertos.

Disparó una ráfaga a quemarropa. El enemigo se cubrió con la mano, despertando una lluvia de chispas azules que iluminaron su silueta como un fuego fatuo. Un salto al cielo, una pirueta, un golpe con el canto de la mano izquierda. Andrea chocó contra las rocas desentrañadas de la cúpula, abriendo una grieta que ascendió sobre la piedra como un rayo.

Se volvió, con la rabia de una leona acosada. El derivante le arrancó el visor de un manotazo, lo aplastó entre sus dedos como si fuera papel de estaño. Sonreía.

Andrea lo miró a los ojos poderosamente azules, encendidos. Los rasgos tiznados sólo reforzaban aún más el blanco claro de sus dientes, la radiancia de sus pupilas. Comprendió que el enemigo la estaba midiendo, observando. Un cosquilleo inexplicable le erizó los vellos de la nuca y le taponó los oídos. Por un momento, sintió un estremecimiento, como si hubiera recibido una mínima descarga eléctrica.

Alzó la mano derecha, consciente de que la mitad del uniforme se le había hecho pedazos, sabiendo que tenía un pecho al aire, absurdamente cohibida en este momento tan cercano a la muerte por verse indefensa ante la mirada taladrante de aquel ser. Le apuntó a los ojos con el brazalete de muñeca. Tan cerca, el disparo borraría aquella mirada, apagaría la hiriente sonrisa. Extendió más el brazo, se preparó para abrir fuego.

—No.

Fue una única palabra, apenas un susurro, pero lo sintió en sus entrañas como un mazazo. Supo entonces que sería incapaz de disparar, que no había forma posible de rebelarse contra la autoridad de aquella voz. La mano dorada de su enemigo le arrancó el brazalete, lo arrojó lejos. Andrea cerró los ojos y descargó un puñetazo inútil contra aquel rostro irreconocible.

Un nuevo revés la dejó inmóvil, aturdida, casi aterrada. Tenía sangre en la boca, le costaba trabajo respirar. Cuando trató de llevarse la mano al cuello, comprendió que era la presa del hombre lo que le cortaba su conexión con la vida. Sintió que sus pies colgaban en el aire, el frío del vértigo taladrándole la piel. No quiso mirar hacia abajo. Supo que pendía del brazo extendido de su enemigo, en paralelismo inequívoco con su propio gesto de aquella aciaga noche en que su secreto quedó descubierto. Todo lo que cabía esperar ahora era el silencio, la oscuridad propiciada por el golpe de gracia.

Jonathan Bunyan observó aquellos rasgos, calibró el contorno de los músculos, la suavidad de la piel. La mujer colgaba de su mano extendida como un estandarte reseco bajo el sol. Un poco de presión y la garganta estallaría bajo sus dedos. Sonrió. Apreció el olor de la sangre y el sudor de la Centinela, acarició con la vista el contorno del pecho ensangrentado. Sí, era una de ellos. Fuera cual fuese su juego, a pesar de su profesión o su disfraz, como había supuesto, Andrea Vanderbilt era uno de sus bastardos.

Una partida interesante. Un giro no menos atractivo por esperado. Jonathan abrió la mano y la mujer cayó al suelo, medio inconsciente. Había decidido regalarle la vida. Había venido a resolver una duda y se encontraba

con un enigma cuyo desenlace prometía ser divertido. Fuera cual fuese el juego de la mujer, era interesante. Observaría con atención su desarrollo en el futuro.

* * *

Andrea abrió los ojos, sintiendo el frío de la piedra contra su espalda. Una mano amable le limpió la suciedad de los párpados.

—¿Murdock?

—Estoy aquí, tranquila. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí. ¿Tu costado...?

—Voy tirando. Ten cuidado al ponerte en pie. Estamos muy alto y ni tus propulsores ni los míos nos salvarían de la caída.

»No te preocupes por el derivante. Se ha marchado.

Amanecía en la antigua ciudad de Dios. Andrea Vanderbilt se incorporó, sacudiendo de su cuerpo el polvo de la cúpula destrozada. Se apoyó en la mano amiga de Murdock Fisk. Miró al cielo. Suspiró. Y supo con seguridad plena que el ser con el que ambos acababan de enfrentarse no era, en modo alguno, un derivante.

* * *

Una pista débil, sin duda, era mejor que nada. Pero la circunstancia de los peces de plata seguía sin llevarla a ninguna parte. Sus programas de búsqueda revolvían las redes de datos en busca de información pertinente, pero aparte de interminables listas de nombres en latín y clasificaciones ictiológicas, Davinia Cross había sido incapaz de sacar nada en claro. Y mientras tanto, el mundo a su alrededor parecía haberse vuelto loco. Tan sólo dos noches atrás, un derivante lleno de furia homicida había destrozado el Templo de Kent situado justo frente al edificio de su videoperiódico y luego había trazado un reguero de destrucción hasta que, según decían, los Centinelas pudieron pararle los pies sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro en el Vaticano.

No había vuelto a tener noticias de su amiga la derivante, la Centinela, la bastarda de los dioses o como quisiera llamar a Andrea Vanderbilt. Ni tampoco había intentado volver a contactar con ella. ¿Para qué? La mirada de la otra mujer le daba miedo. Era consciente de que ya le había sonsacado toda la información posible, y la experiencia le decía que había asuntos que era mejor no menear ante el riesgo de que acabaran por estallarle en la cara.

Tenía una pista: Al menos cuatro derivantes llevaban figuras similares, signos donde aparecía un pez de plata. ¿Simple coincidencia? No podía ser.

Pero en la marea enloquecida de los servicios informáticos era imposible pescar un nuevo indicio que ligara aquellos peces con algo más sólido.

Como siempre, fue la ayuda de Klaus Vildmann la que acabó por hacerse indispensable.

—¿Qué sabes de peces, Klaus?

—Que tienen escamas. Y que algunos se comen, si puedes pagártelos, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Preferiría no decírtelo, Klaus, si no te importa.

—¿Has vuelto a meterte en un lío?

—Todavía no. Pero casi.

—Si es peligroso, no lo hagas. Ningún reportaje vale lo que tus dos piernas, Dave.

—Muchas gracias, jefe. ¿Y como símbolo?

—¿Tus piernas como símbolo de qué?

—No seas ganso. Los peces. Como símbolo de algo... no sé. ¿Tienes idea de qué podrían significar? Una secta secreta, un culto a los dioses, un grupo terrorista.

—El símbolo de Piscis es lo que primero me viene a la cabeza. Ya sabes, los dos pescaditos de la historia del zodiaco. Y el yin y el yang siempre me han parecido dos peces mordiendo las colas. Igual que la «S» del pecho de Superman.

—¿De quién?

—Oh, un personaje de cuando los cómics se imprimían en papel y no se movían siquiera, una antigualla de hace más de quinientos años, anterior sin duda al Apagón histórico. Lo descubrí cuando preparaba mi tesis de licenciatura. Lo más parecido a uno de nuestros actuales dioses, supongo.

—Muy instructivo, pero todo eso no me sirve de nada.

—También está el IKHΘYΣ de los primeros cristianos.

—¿El qué?

—Ya sabes. Cuando el viejo Nerón, que seguramente fue un derivante, ordenó incendiar las siete colinas de la ciudad de Roma sobre la que ahora nos encontramos. Era un símbolo que los primeros cristianos usaban para identificarse.

—¿No era la cruz?

—La cruz y el pez también. Como la cruz era muy evidente y no auguraba un futuro demasiado halagüeño, para reconocerse entre sí y no acabar actuando en el fin de fiesta del circo máximo usaban también el pez. No olvides que Cristo era pescador de hombres. Y me parece haber leído que las

iniciales de la palabra pez en griego coincidían con su nombre. ¿Puede ser algo parecido a eso lo que andas buscando, Dave?

—Tiene que serlo, Klaus. Tiene que serlo.

* * *

Esta vez, los informativos no habían dado más que una falsa y escueta noticia del incidente. En ningún lugar se habló de la humillante derrota sufrida por dos escuadrones de Centinelas, de la huida del misterioso derivante, de la muerte de cinco policías y las graves heridas que dejaron incapacitados para el servicio a otros cuatro. En ningún lugar se comentó la sospecha que Andrea Vanderbilt atesoraba como el corazón de una manzana podrida: El hombre al que se habían medido, su vencedor, era un dios. No podía ser otra cosa.

Andrea nunca había visto a un dios en persona, y el disfraz con que el ser de la otra noche se embozaba hacía imposible cualquier posible deseo de reconocimiento, pero aquella sonrisa, la fuerza de sus dedos, la audacia de sus gestos, el susurro imperioso de su voz no abrían espacio a otra teoría.

Murdock y ella habían sobrevivido al capricho de un dios. Y si había sido así, si el encuentro entero había tenido lugar, la casualidad como factor desencadenante quedaba descartada. El dios viviente había venido a por ella. A enfrentarse con Andrea. A estudiarla. A reconocerla.

Nunca olvidaría la llama celeste de aquellos ojos, el escalofrío eléctrico del contacto de su piel. El dios había venido a reconocer lo que era parte de sí.

Por segunda vez, Andrea Vanderbilt había sido descubierta.

Una sensación ominosa e inclasificable le advertía que el tercer mal paso sería ya el definitivo.

* * *

Si hubiera querido buscar una justificación para esta nueva decisión suya, sin duda que la tensión acuciante que la embargaba, la proximidad de saberse cercana a una muerte más que intuida, la angustia de comprender que el tiempo le iba en contra habrían resultado buenos recursos. Siempre era agradable en el temor de los últimos momentos aferrarse al dulce vino de la vida. Pero no. La decisión de ceder por fin a los deseos de su cuerpo y de su alma no había sido improvisada, sino largamente sopesada, meditada, asumida. Tenía veintidós años y jamás había conocido el amor de un hombre. Su adolescencia malgastada en plena huida, el disfraz que había adoptado después, el caparazón de hierro con el que protegía sus sentimientos del mundo exterior la habían apartado de cualquier plasmación física de la

palabra amor. Su cuerpo perfecto ardía. Y la situación abierta en las últimas semanas le había hecho comprender que, en efecto, tanto Murdock como ella podían tener los días contados. Una nueva batalla y quizá ninguno de los dos volviera a saborear el néctar de la mutua compañía.

Sabía que Murdock se había llevado una sorpresa. En realidad, hasta cierto punto, la sensación había sido mutua. Tantos meses de trabajo conjunto habían labrado un profundo lazo de atracción y afecto entre los dos, severamente cortado por la cortapisa de su disfraz autoimpuesto, del control hiriente con que manejaba su vida. Pero si había sido capaz de dominar su cuerpo, sus sentimientos demostraron no estar dispuestos a dejarse someter por ninguna brida. Lo había captado por fin cuando vio a Murdock caer a plomo desde lo alto de la cúpula de la Basílica cuatro noches antes. En ese momento supo que no podría refrenar por más tiempo la atracción que sentía hacia su compañero.

Hicieron el amor despacio, controlando el ansia tan largamente reprimida. En la tranquilidad del apartamento de Andrea, la Centinela descubrió un mundo nuevo, un caudal de sensaciones rabioso y pleno. Un fogonazo en el remolino que era su mente le recordó el interrogatorio de días pasados, la curiosidad y el afán de conocimientos de Davinia Cross, la periodista que había desentrañado su secreto. En brazos de Murdock Fisk acababa de descubrir ahora una nueva característica maravillosa de sus atributos metahumanos: lo mismo que sus umbrales de dolor se reducían, los de placer se ampliaban hasta unos límites que ni siquiera en su virginidad habría sospechado nunca.

Arropada en las brumas de terciopelo del primer orgasmo, fue incapaz de comprender que su decisión había acabado por desgarrar la frágil cortina de su secreto.

Sin sospecharlo, sin entenderlo, había dado por fin el último y definitivo tercer paso en falso.

* * *

El mundo, de repente, quedó sumido en el caos. En un instante Murdock culminaba una segunda ronda de placenteras caricias y al siguiente saltó de la cama como si lo hubiera mordido una víbora.

—¿Murdock... qué? —preguntó Andrea, aturdida. Advirtió que algo iba mal, pero sus órganos todavía vibraban, danzando arriba y abajo en una cabalgada indescriptible.

—No te muevas de donde estás, Andrea. No quisiera hacerte daño.

La voz de Murdock era gélida, espantada. Luchando por controlar un regreso a la consciencia, Andrea advirtió que rebuscaba en su uniforme. Un arma, sin duda.

—Murdock, no comprendo. ¿Qué...?

—No digas ni una palabra, Andrea. No sé cuál es tu juego, pero ha quedado descubierto. Eres una de ellos.

La habitación pareció dar vueltas alrededor de su cabeza, el corazón se replegó en el interior de su pecho. Andrea se incorporó en la cama.

—¿Qué tontería estás...? —Intentó murmurar, la voz disuelta en un hilo.

—Eras virgen hace un rato, Andrea —susurró Murdock, apresuradamente, la pistola en la mano, el pene súbitamente encogido y flácido.

—Yo misma te lo he dicho, sí. ¿Hay algo de especial en eso?

—Eras virgen hace un rato, Andrea —repitió Murdock, frío en los ojos, tensión en la voz—. Y ahora... ahora vuelves a serlo.

Devuelta a la realidad, arrancada del sueño, Andrea Vanderbilt comprendió por fin.

—Tus tejidos se regeneran, ¿no es así? —continuó diciendo Murdock Fisk—. Como los de los derivantes que tantas veces hemos perseguido. Por eso nuestras balas de plasma no les hacen apenas daño. No sé cuál es tu juego, Andrea. Pero no cabe duda de que has cometido un error.

—No hay juego ninguno, Murdock —dijo Andrea tristemente—. No es mi culpa si soy lo que soy. Jamás he pretendido otra cosa sino seguir viviendo.

—Infiltrada entre los seres humanos. No puedo creer nada de lo que digas, Andrea. ¿Cuántos meses, cuántos años nos has tenido engañados a todos? Éramos tus camaradas, tus compañeros. Hemos sufrido juntos. Has aprendido nuestras técnicas de combate. Eres muy buena en la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Para qué querías todo ese conocimiento? Para nada digno, sin duda.

—Te lo repito, Murdock. Sólo buscaba vivir. Nunca he hecho nada malo.

—Ni lo volverás a hacer, desde luego. Lo siento, Andrea. Había confiado en ti. Te creía un ser humano, no un monstruo.

—No pensabas lo mismo hace unos minutos.

—Hace unos minutos todavía llevabas puesta la máscara, Andrea. Ahora ya no puedo estar seguro de nada. Sabes tan bien como yo que me debo a una disciplina, a un juramento.

—Di más bien a un adoctrinamiento. De acuerdo, es absurdo pretender seguir fingiendo más. Supongo que a tus ojos soy lo que llamas una derivante. ¿Qué piensas hacer?

—No quisiera hacerte daño. Llamaré al Cuartel General y...

—¿Vas a entregarme, Murdock? He sido tu compañera, tu amante. ¿Cómo puedes hacerme una cosa así?

—¿Tanto te extraña, Andrea? ¿No eres tú quien te has pasado la vida eliminando a tus iguales?

—*Touché* —reconoció Andrea, mordiéndose los labios. Justicia poética, sin duda, aunque maldita la gracia que le hacía experimentarla en su propia piel. Tenía que actuar rápido, antes de que el trastornado Murdock ejecutara su amenaza de pedir refuerzos o, peor todavía, acabara por disparar la pistola que empuñaba en la mano.

—No te muevas, Andrea.

—Suelta esa pistola, Murdock —susurró Andrea, y por un momento su voz sonó similar a la del dios que la había inmovilizado en la cúpula de la Basílica de San Pedro en el Vaticano—. No vas a llamar a nadie. Déjame escapar.

Murdock Fisk se tambaleó un momento, pero apenas el lapso de un parpadeo. Era inútil. En la carga genética que la ponía por encima de los seres humanos corrientes no venía incluido el extraño fenómeno de la Voz. Andrea comprendió que si quería salir con vida de su propio apartamento tendría que hacerlo matando al hombre al que podría haber amado.

—Imagen —dijo, con fuerza, sorprendiendo a Murdock por lo absurdo del contenido de la palabra. Lo que él no fue capaz de interpretar lo entendió la maquinaria inteligente de la habitación. La docena de videopantallas situadas detrás del Centinela desnudo se encendieron al unísono, inundando su espalda de luz azulina, aturdiendo sus oídos con el estrépito de la música y los comentarios.

Fue apenas un segundo, pero bastó. Murdock giró la cabeza un instante y fue todo lo que Andrea necesitó para cruzar la habitación de un salto. Una patada en el vientre, un puñetazo en el torso. Quiso contener la fuerza de sus golpes, pero en la oscuridad no lo consiguió plenamente. La pistola de Murdock se disparó, abriendo un feo abismo en su pecho izquierdo, justo por encima del corazón. Andrea acusó el impacto, notó el sabor salado de la sangre. Un empujón, un golpe con el codo. Murdock perdió el equilibrio y se estrelló contra la docena de pantallas, causando una explosión que volvió a lanzarle contra la pared opuesta.

Sin detenerse a comprobar si estaba vivo o muerto, Andrea recogió sus ropas y sus armas y escapó del apartamento derribando la puerta.

En sus peores pesadillas ya había vivido una escena semejante a ésta. Justicia divina, castigo de los cielos, sin duda. Empezaba a odiar la burla que entrañaba aquel estúpido concepto. Ahora su castillo de naipes se había venido definitivamente abajo. Descubierta. Sola contra el mundo. Tarde o temprano el momento tendría que llegar, y aquí estaba. Amargo y ácido. Insoportable.

Corrió por las calles oscuras, trazando un centenar de planes confusos, los sentidos abotargados por los acontecimientos, del placer al dolor, al odio pasando por el amor de un instante. Por un momento pensó en dirigirse al Cuartel General, hacerse con un uniforme de combate, duplicar su potencia marcial, escapar más lejos, perderse en otro continente. Pero nada le aseguraba que Murdock no hubiera contactado ya con ellos, que no empezaran a batir la arcolología en su búsqueda. No podía correr ese riesgo.

Estaba sola. Una derivante casi desnuda, confundida de miedo, perdida en la ansiedad. No. Tenía que controlarse. Cientos de veces había estudiado este escenario, lo había vivido desde el otro lado. No podía caer en el error de los otros derivantes a los que había ayudado a eliminar. Todos acababan siendo acorralados, destruidos tras la persecución inevitable.

Ella seguía contando con algo a su favor. Igual que el dios al que habían combatido sin sospecharlo, su naturaleza superior no daba positivo en los sensores. El subterfugio que la había ayudado a infiltrarse voluntariamente entre los Centinelas le serviría también ahora, cuando más lo necesitaba. Tenía que ocultarse, detenerse a pensar una estrategia, quizás adoptar una nueva personalidad, como había hecho a lo largo de toda su infancia.

Pero antes tenía un par de asuntos sueltos por resolver. Davinia Cross. Por su culpa se encontraba en este callejón sin salida. Su intervención la había metido en este embrollo.

Apretó la pistola contra sus pechos y corrió aplastada contra las sombras. Ahora, al menos, tenía un destino. Próxima estación, la casa de la periodista.

* * *

Un golpe acuciante en la puerta. Davinia Cross se levantó de la cama, se colocó las gafas, sin tiempo a buscar batas de noche ni lentillas. No tuvo oportunidad de mirar por la pantalla para ver quién podía ser a esta hora de la madrugada: La puerta se descabalgó de su montura, y en su hueco apareció la hermosa silueta de Andrea Vanderbilt.

—Buenas noches, señorita Cross —anunció con voz pastosa la Centinela—. Espero que no esté haciendo nada importante, porque tiene una cita con la

muerte.

Davinia apreció el tejido cristalino sobre el pecho de la mujer guerrero, y en un segundo comprendió que aquello se debía a los efectos de la regeneración en curso. Andrea Vanderbilt había sido herida, a bocajarro, hacía apenas un rato. Lo demás estaba claro.

—La han descubierto, ¿no? —comentó, cerrando tras la puerta destrozada el segundo panel de emergencia.

Andrea Vanderbilt se apoyó contra la pared, agotada. Bajó la pistola. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Perder un tiempo precioso. Acabar con la vida de la periodista no solucionaría el laberinto en que se había sumergido la suya.

—Me han descubierto, sí. Como anunció, señorita Cross. Y esta vez ha sido culpa mía —confesó, a su pesar, súbita mella de la tensión y del cansancio.

—¿Sería descortés por mi parte preguntar los detalles? Soy curiosa por naturaleza, ya lo sabe. Andrea se encogió de hombros.

—¿Tiene un poco de té?

—Y hasta tostadas, si quiere. Lo preparo en un instante.

—Nunca me ha gustado demasiado el té. Supongo que éste es un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a acostumbrarme. Lo mismo no me da tiempo a descubrir otras cosas.

En unos minutos, Dave volvió con una bandeja, que colocó sobre la misma mesa donde, semanas atrás, había llevado a cabo su interrogatorio. Andrea Vanderbilt cogió la taza y la acunó entre sus dedos, pero no bebió el brebaje caliente.

—¿Qué sucedió? —preguntó Davinia—. ¿Podré saberlo?

—Una estupidez por mi parte. Murdock y yo... puede imaginarlo.

—Se liaron.

—Si quiere expresarlo así. Fue fantástico, pero...

—Debió de serlo, ya veo en qué estado viene.

—No se haga la graciosa, Cross. No olvide que he venido a matarla.

—Y a tomarse mi té. Estaba diciendo que no estuvo nada mal. No me extraña. He visto las fotos de ese Fisk. Es guapo.

—Y tan estúpido como yo. Maldito hijo de perra. Descubrió que yo era... que soy... Mierda, qué difícil es decirlo. Usted es una mujer de mundo, Cross. Sé que está divorciada y que tuvo una hija. Pero yo...

—Lo que me está intentando decir es que era virgen, ¿verdad? No se preocupe, entonces. La primera vez siempre es algo molesto.

—Y la segunda también —sonrió la Centinela, con tristeza.

—¿Qué quiere decir?

—Que sigo siendo virgen. Mi poder de regeneración, ¿lo recuerda?

—Es gracias a él que conseguí meterme en este lío de dioses y de peces de plata.

—El maldito himen se regeneró. Y como no es algo que suceda todos los días, él se dio cuenta.

Davinia se echó a reír, de forma nerviosa e incontrolable.

—Perdone, Andrea. No puedo por menos que pensar en la ironía que supone tener ese cuerpo de ensueño y no poder darle el uso que merece. Vaya jugarreta. El sueño de un machista. ¿Pero cómo no pensó que ésa sería la consecuencia?

—¿Cómo iba yo a saberlo? Mi pelo y mis uñas no se regeneran como las demás células de mi cuerpo. Siguen más o menos un ritmo normal. De otro modo, tendría que raparme la cabeza cada diez minutos. Pensé que con el himen sucedería lo mismo. Pero nunca había tenido ocasión de comprobarlo.

—Está metida en un buen lío, ¿eh? —comentó Dave, otra vez la piedad asomando peligrosamente en su tono. No le gustaba hacer de paño de lágrimas de una mujer que podría quebrarle el cuello como si fuera un palillo en cualquier instante.

—Y usted va a ayudarme a salir de él —anunció fríamente la ex Centinela.

—No veo cómo.

—No soy tonta, Cross. Sé que debe de tener contactos en los bajos fondos. Ese colibrí con el que consiguió las imágenes no está a la venta en el supermercado de la esquina. Debe ayudarme. Me lo debe. No olvide que cooperé con usted.

—Bajo amenaza de ponerla exactamente en esta situación, por cierto. Pero supongamos que esos contactos de los que habla fueran reales, ¿adonde cree que lograría ir?

—No lo sé. No existe un lugar en toda la Tierra en el que esconderme y ponerme a salvo.

—Debe de haber al menos uno.

—Ahora soy yo quien no la entiende, Cross.

—Esas figuras con la forma del pez. Los primeros cristianos la usaban para reconocerse y escapar de la persecución de los romanos. Si los derivantes las emplean de forma corriente, y sabemos que al menos cuatro de ellos las

conocían, eso tiene que significar que están organizados y ocultos en algún lugar.

—Había supuesto algo así, pero jamás había pensado que la pista pudiera conducir a una catacumba.

—Sus líderes deben de estar muy al tanto de historia cristiana. Un detalle apropiado, si es cierto que son los depositarios de la herencia de los dioses. Pero supongamos que consigue burlar a sus amigos los Centinelas y contactar con esa hipotética resistencia, ¿cree que los derivantes se mostrarán más comprensivos que ellos? A fin de cuentas, los ha cazado usted como si fueran ratas.

—Lo sé, Cross. Pero es la única opción que me queda. Tengo que correr el riesgo.

—Entonces, amiga mía, si quiere vivir, debe comprender que cualquier vía de salida pasa antes por la muerte.

* * *

—Me llamo Davinia Cross. Si han recibido ustedes este mensaje, eso significa que para mi desgracia ya estoy muerta. Sólo espero haber tenido antes la oportunidad de haberme llevado por delante a mi asesina.

»Como bien puede apreciarse en las imágenes que acompañan a este mensaje, hace unas semanas descubrí que la Centinela Andrea María Vanderbilt, a quien los medios de comunicación han saludado desde que saltó al primer plano de la actualidad como a una heroína, es en realidad una peligrosa derivante, infiltrada entre las fuerzas del orden para conseguir quién sabe qué misteriosos propósitos.

»Desde que esta grabación donde se muestran claramente sus habilidades llegó a mis manos, he intentado investigar por mi cuenta cuál puede ser el ánimo secreto tras el disfraz de la cabo Vanderbilt. Sé que he estado ocultando información valiosa, y que muchos de ustedes considerarán que entonces mi muerte es un justo castigo a mi desobediencia a la ley, pero era la única manera posible de obtener acceso a una noticia que, como periodista, no podía dejar pasar por alto. Perdóname si te he fallado, Klaus. Sabes que en todo lo demás siempre te he hecho caso, jefe.

»La cabo Vanderbilt es consciente de que conozco su secreto. Yo misma se lo anuncié, en un intento de llegar a la verdad a través de su propia confesión. Este mensaje tiene la finalidad de revelar su mentira al mundo si, por cualquier circunstancia, dejo de existir. Sé que ella no puede permitir que su secreto quede eternamente en la cuerda floja de mi discreción. Ignoro si

tendrá contactos externos que impidan que este mensaje alcance plena difusión en todas las ondas, pero no puedo descartar esa variable. Es por eso que he preparado otra línea de defensa. Aunque esta revelación que ahora hago no consiga su objetivo, espero haber librado al mundo de la existencia de la más peligrosa derivante que haya surcado la Tierra.

—Saludos cordiales, les habla Werner Balance. Lo que acaban de ver y oír ustedes es el último testimonio de una mujer valiente: Davinia Cross, compañera en las lides a menudo ingratas de esta profesión. Cinco minutos antes de que este mensaje saltara a las redes de datos y ocupara las cabeceras de los satélites de noticias, la cabo Andrea Vanderbilt, a quien todos ustedes sin duda conocen, asaltó el domicilio de Davinia Cross, con la evidente pretensión de asesinarla. Las imágenes que están ustedes viendo, recogidas por su servicio de grabación automático e incluidas en el lote que conectó al satélite, muestran el momento en que la peligrosa derivante, herida como consecuencia de un enfrentamiento con su compañero Murdock Fisk, derriba la puerta de la casita que Dave, como cariñosamente llamaban a la señorita Cross cuantos la conocían, tenía en las inmediaciones del Palatino. Observen la expresión homicida con que la derivante abre fuego a bocajarro. Una atronadora explosión, que sin duda habrán podido oír todos los habitantes de esa zona de Megaciudad, fue el resultado conseguido por los disparos. Al parecer, como advierte en su mensaje de despedida, Dave Cross había minado prácticamente su domicilio, una medida drástica que sin embargo ha tenido los resultados apetecidos. La policía confirma que de los restos humeantes de la villa es imposible que haya escapado nadie con vida. Ambas mujeres han perecido, otorgándose una muerte mutua.

»Se da la circunstancia de que, apenas un par de horas antes, el secreto celosamente oculto de Andrea Vanderbilt había sido descubierto por su compañero de patrulla, el agente Murdock Fisk, quien intentó detenerla sin éxito. Como resultado de la batalla sostenida entre ambos, el agente Fisk quedó malherido y desfigurado, pero los informes médicos anuncian que su estado no reviste la gravedad que podría temerse.

»Un expediente ha sido abierto entre los servicios de seguridad del Cuerpo de Centinelas. La investigación tratará de aclarar si existen otros derivantes infiltrados en las fuerzas del orden y cuál podría ser el objetivo de esta estrategia.

»Mientras tanto, el redactor jefe de VIDNEWS INC, agencia para la que trabajaba Davinia Cross, ha rehusado hacer ningún comentario sobre su posible conocimiento de las investigaciones de su compañera. “Era una gran mujer y una gran periodista”, ha comentado. “Espero que el sacrificio que ha hecho no sea en vano”.

»Esta noche, en servicio abierto 311801/89 les ofreceremos un reportaje en profundidad sobre este tema, con un acercamiento especial a las trágicas figuras de las dos protagonistas. Desde Megaciudad, en directo, les habló Werner Balance^[2].

* * *

Hay un dios pensativo en los cielos, ensimismado en la contemplación de sus pantallas. Reconoce que la charada ha obrado a la perfección: Nadie es tan tonto para perseguir a un cadáver.

Pero los ojos de los metahumanos son capaces de distinguir una reproducción dramática de una imagen real. La acción que parpadea en los monitores no es más que eso: una invención, un simple truco que ni siquiera los tribunales de los hombres aceptarían como prueba. Jonathan Bunyan sabe que el disparo y la explosión que se repiten a intervalos fijos en los rectángulos de su satélite edén son solamente perfectas imágenes informatizadas, indistinguibles de la realidad para los ojos de un ser humano. Pero él es más que eso, y además piensa, y conoce.

Andrea Vanderbilt, su cachorro, está viva en alguna parte, huyendo a la desesperada. Ha ganado tiempo, nada más. Incluso los seres humanos deberían ser capaces de descubrirlo a poco que se entregaran a ello. De momento es sólo él, el jefe de la Casa Bunyan, quien lo sabe. Pronto advertirá a sus compañeros, los otros dioses. Pero sabe de antemano cuál será la decisión final: Su audacia ha permitido a Andrea Vanderbilt el derecho a vivir. La existencia es larga y el tiempo pasa lentamente, y los dioses se aburren. Siempre aceptan con alborozo cualquier nueva situación que suponga un cambio en la monotonía casi eterna de sus vidas. Ya hay un cachorro perdido en las aceras del mundo, oculto a la persecución de dioses y Centinelas. El hijo de Bianca. Ni siquiera ella debe recordar su nombre ya. Como él, como muchos otros bastardos rechazados por las dos culturas, Andrea Vanderbilt proporcionará a partir de ahora una diversión, un desafío intelectual, un enigma.

Jonathan Bunyan sabe que tarde o temprano le aguarda una confrontación final con la mujer que tuvo a su merced. Bien. Tiempo es precisamente lo que

a él le sobra. Esperará. Andrea Vanderbilt, en la vida y en la muerte, será suya. Tenía razón el viejo Luther Munroe. La emoción de la caza es, en efecto, más placentera que la cabeza de la víctima.

Hay un hombre postrado en la tierra, desfigurado y roto, carcomido por el resentimiento. Ha recibido un ascenso. Cuando se recupere de estas nuevas heridas será líder de su propia patrulla. Un nubarrón de odio enturbia su corazón. En su alma sencilla no hay lugar para el engaño. Andrea. ¿Cómo pudo jugar con él así? ¿Qué extraña magia empleó contra su cuerpo, con qué poderes empantanó su mente? El rencor que lo anima es tan fuerte que le da miedo. Nunca se había creído capaz de odiar de esa forma, con tanta sañuda intensidad. Y al fin y al cabo, ¿para qué? Andrea está muerta. No tiene sentido odiar a un cadáver.

Queda un pequeño detalle: Ese cadáver no existe. El cuerpo de Andrea quedó volatilizado en la explosión, junto con el de su enemiga la periodista. Es posible. Las cenizas demuestran que el estallido fue real. Pero Murdock Fisk es policía, de los mejores. Y sabe que sin cadáver no hay prueba, y sin prueba no hay coartada. Investigará cuando salga de esto. ¿Quién sabe? Tal vez su subconsciente es más listo de lo que cabría suponer. Tal vez su odio es tan fuerte porque sabe que no todo está explicado. No se consumirá hasta cebarse en su blanco, hasta asegurarse de que, en verdad, Andrea Vanderbilt ya no pasea por la tierra el amargo veneno de su mentira.

Hay dos mujeres ocultas bajo tierra, avanzando a tientas por el hediondo sendero de las alcantarillas. Una es humana, la otra sólo a medias. Entre las dos existe un lazo extraño. Ninguna niega su antipatía mutua. Pero ambas se necesitan.

Davinia Cross ha tramado su propia muerte falsa en un sacrificio absurdo que tal vez no la lleve más que a las puertas de la nada. Ha renunciado a posesiones, a amigos, a un trabajo por el que lo ha dado todo desde niña. Sigue una corazonada, una pista insignificante, apenas la marca perdida de un pez de plata. Si hay alguien que pueda ayudarla para localizar a los derivantes ocultos y a partir de ellos acceder a la información que tanto anhela sobre el origen de los dioses, ese ser es Andrea Vanderbilt. La ex Centinela es valiente, fuerte, lo suficiente para protegerlas a ambas. Dentro de unos

minutos saldrán de las alcantarillas y entonces deberá confiar en los poderes inexplicables de los miembros de su raza.

Andrea Vanderbilt quiere vivir y su vida está en manos de esta mujer obstinada, pequeña, frágil como el cristal pero mucho más dura que ella misma. Sus contactos en el mundo subterráneo le proporcionarán otra identidad, otro rostro quizás, otra vida. Tal vez consiga encontrar a quienes son sus semejantes. Por primera vez en toda su existencia, Andrea tiene conciencia de pertenecer a algo, de ser una desclasada igual que los otros muchos seres que pululan asustados por la Tierra. Ha dado la vuelta. Ha sorteado sus falsas imágenes y por fin está aquí, frente a sí misma, comprendiendo que lo que ve no le gusta, pero tiene que aceptarlo porque es suyo, porque es ella. Ya no hay máscaras. La tensión es clara, firme. Hija de dios y humana, sí. Derivante, bravo, sin duda. Raza intermedia, mala o buena, pero real. Igual que las ratas que corren entre sus pies, también Andrea Vanderbilt tiene derecho al sabor agridulce de la vida.

Solas en un universo hostil, son dos mujeres preparadas para pagar el más alto precio por la existencia y el conocimiento. No están dispuestas a detenerse ante nada. La misma muerte no ha sido más que un trámite, un incidente en su camino. Detrás de ellas, se ciernen las sombras al acecho. Delante, se entreabre la promesa apenas percibida de la luz. Mientras tanto, avanzan a tientas, chapoteando en el lodo, como residuos humanos, despojos insignificantes en las cloacas de un mundo de dioses.

EL CÍRCULO DE PIEDRA

Ángel Torres Quesada

1

¿Quién no tiene prisa hoy en día por llegar a su casa antes de que la noche se le eche encima?

Por culpa de mi profesión he tenido que conducir de noche en muchas ocasiones, desafiando los peligros de las calles para que la noticia esté en la emisora a tiempo y que el gran jefe, la estrella del programa, el popular Oliver Bannister, la tenga a su disposición al sentarse ante las cámaras, pillando con su culo el borde trasero de la chaqueta para evitar que una sola arruga aparezca en sus hombreras. Él es la atracción del programa, pero detrás hay un equipo sin el cual no sería lo que es, formado por los que sólo aparecemos en letras pequeñas, como mi compañero Joe Parrish y yo. Somos, junto con otros, los que nos jugamos el pellejo a diario para su mayor gloria.

Una vez más la noche se nos había echado encima a Parrish y a mí y no podíamos acogernos a un refugio y esperar el amanecer, ya que en la emisora nos esperaban para emitir el reportaje que llevábamos. Yo sabía que a Parrish no le gustaba acortar camino atravesando el Parque Central, no sé por qué razón, pero tuve que proponérselo y él aceptó, aunque a regañadientes.

Parrish iba detrás de mí, conduciendo su coche muy pegado a las ruedas del mío. Ya habíamos visto los primeros grupos de engendros cruzando los senderos, deambulando por entre los árboles. ¿Qué otra cosa podíamos encontrar? Tomé el teléfono y dije a Parrish:

—Siempre hay menos engendros por aquí que en las calles. No comprendo tu manía de evitar el parque. ¿Acaso no hicieron estos senderos precisamente para facilitar las cosas a los rezagados?

Escuché la voz nerviosa de Parrish:

—Mierda, una vez tuve problemas aquí, hace dos años. Si no me jugara el empleo, me metería en el refugio más próximo y al diablo con Bannister. ¿Por qué no le enviamos las dichas cintas por teléfono?

Yo hubiera enviado el reportaje así pero sobraban algunas tomas, Bannister exigía el trabajo terminado y solo disponíamos de tiempo suficiente para llegar a la emisora, visionar un par de pases y desechar la paja «Sólo quiero veinte segundos —nos había dicho Bannister por teléfono—, solo veinte segundos de imágenes». Dios mío, por veinte segundos nos estábamos jugando la vida.

—Te prometo que no volveremos a retrasarnos —dije.

—¡Eh! ¿Qué diablos hay ahí? —Le escuche exclamar. Su voz era de asombro.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—He creído ver a un tipo caminando por ahí.

—Te habrás confundido con uno de esos engendros de metro ochenta que andan tan erguidos como un hombre.

—Llevaba una chaqueta. ¿Tú has visto alguna vez un engendro con chaqueta?

Sonreí. Parrish bromeaba para alejar el miedo que sentía. Observé las sombras que surgían de un macizo de arbustos. Aminoré la marcha hasta casi frenar y esperé a que los engendros se alejaran antes de continuar. Detrás de mí escuché el chirrido de los frenos del coche de Parrish.

—¿Qué pasa, compañero? —me preguntó, excitado—. ¿Por qué te has parado?

El grupo de engendros, en su mayoría de la especie de dos metros y escamosos, se dispersó y sus componentes fueron pasando por ambos lados de mi coche. He vivido muchas veces algo parecido, pero en aquella ocasión, no sé por qué, contuve la respiración y recé. Demonios, uno jamás se acostumbra a tenerlos tan cerca, a pocos centímetros del otro lado de los cristales; siempre temo que aparezca algún engendro de una ralea no clasificada, se ría de la protección de mi coche y rompa de un puñetazo los cristales entintados. Arranqué cuando el último de los engendros quedó atrás y se alejó bamboleándose. Ahora estarían pasando junto al coche de Parrish. Para tranquilizar a mi amigo le dije:

—Anímate, vamos a salir pronto de aquí. ¿Acaso hubieras preferido atravesar Chinatown?

Volví a frenar al observar por el espejo retrovisor que las luces del coche de Parrish no avanzaban. Los engendros con que acababa de cruzarme le rodeaban completamente.

—¿Qué sucede? —pregunté, agarrando fuertemente el teléfono.

—¡Un engendro se ha puesto a arañar la puerta de la derecha y ahora todos se han parado y me miran!

Parpadeé. Yo los había observado cuando caminaron junto a mí y no descubrí a ninguno que no estuviera clasificado. Lógicamente no debían rodear el coche de Parrish, y mucho menos arañar la puerta.

—Avanza despacio —susurré, mis labios pegados al teléfono—. Intenta apartarlos y, por Dios, no los irrites acelerando.

—¡Ahora son más los que golpean la puerta! ¡Ronald, no me atrevo a empujarlos!

—¿Qué demonios pasa con tu puerta?

La respuesta de Parrish tardó unos segundos, y cuando la escuché sentí un escalofrío:

—Creo que... ¡Creo que no quedó suficiente pintura y protección cuando hace dos días la raspé al entrar en un garaje!

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamé furioso—. Habríamos viajado los dos en mi coche.

—¡No me gusta dejarlo abandonado en la calle!

El ruido que producían las garras de los engendros rasgando la puerta derecha del coche de Parrish llegaba hasta mí. Golpeé el volante, desesperado. ¿Qué podíamos hacer?

—Joe... —le llamé. No podía apañar la mirada del espejo retrovisor. Estaban apareciendo más engendros, me ignoraban y se dirigían corriendo hacia el coche de mi amigo.

—¡También están destrozando la puerta trasera! —gritó.

Era lo que me temía. Cuando la pintura y la protección saltan las garras aumentan el área desprotegida. Parrish sólo podía hacer una cosa, aunque fuera como saltar de la sartén para caer al fuego, y se lo recordé: —¡Aprieta el acelerador y trata de escapar! —Giré el volante y muy despacio situé mi coche fuera del sendero.

El coche de Parrish rugió, casi dio un salto y se lanzó adelante. Cuatro o cinco engendros tenían hincadas sus garras tan profundamente en las puertas derechas que fueron arrastrados. Los demás corrieron enfurecidos detrás de su presa.

Parrish pasó por mi lado como una exhalación. El cuerpo de uno de los engendros que arrastraba golpeó el cristal trasero de mi coche y yo temblé temiendo que lo astillara. Pero el cristal resistió.

Mi amigo no llegó muy lejos, apenas unos treinta metros. Antes de alcanzar la primera curva del sendero se estrelló contra un árbol. El golpe no fue muy fuerte, pero los parachoques quedaron empotrados en la corteza del árbol y no conseguía dar marcha atrás. Los engendros ocultaron con sus cuerpos escamosos, viscosos y peludos toda la carrocería del coche en cuestión de segundos.

—¡Intenta salir! —grité—. ¡Me situaré lo más cerca posible de ti y abriré la puerta de atrás! ¡Salta tan rápido como puedas!

Era una locura lo que yo iba a hacer, pero no estaba dispuesto a dejar a mi amigo abandonado dentro de su coche.

—¡Están rompiendo el techo y van a destrozar las puertas! —volvió a gritar Parrish. Apenas conseguí entenderle porque su voz se había vuelto histérica.

—¡Haz lo que te digo! —le pedí, pero yo no sabía dónde situar mi coche, si a la derecha o a la izquierda del suyo.

—¿Estás loco? Van a aplastarme con su peso. Si abres la puerta un centímetro te agarrarán de un brazo y te lo arrancarán.

De pronto me acordé de lo que Parrish me dijo que haría si alguna vez se encontraba en una situación como aquella. Volví a tomar el teléfono.

—¡Joe, no lo hagas! ¡Te sacaré de ahí!

—Ron —al escuchar pronunciar mi nombre me quedé estupefacto mirando el teléfono. Parrish me había hablado serenamente, como si nada fuera a pasarle—, siempre fui un tacaño. Debí cuidar la carrocería de mi coche. No es tuya la culpa. Dile al gran jefe de mi parte que es un hijo de puta.

Apenas calló yo escuché el disparo.

Parrish había jurado que los engendros jamás se lo comerían vivo.

Me había quedado sin fuerzas, pero lo peor que podía hacer era permanecer allí. Aunque no veía nada debido a la cantidad de engendros que se habían reunido para participar del festín y ocultaban con sus malditos cuerpos todo el coche de Parrish, me resultó fácil imaginar lo que estaba ocurriendo dentro.

Conseguí alejarme lentamente, sin sobrepasar el límite de velocidad para no irritar a los engendros.

Cuando dejé atrás el abandonado zoo y entré en la Quinta Avenida me pregunté, mirando con más terror que nunca las legiones de engendros que se apartaban a mi paso, si yo debía llevar también en la guantera de mi coche una pistola para levantarme la tapa de los sesos el día que me sucediera lo mismo que a Joe Parrish.

2

El problema no está en que la gente no cumple las normas, sino en que éstas son imperfectas.

Estas palabras acudieron a mi mente, pero no conseguí recordar el nombre del maldito senador que las pronunció en alguna maldita rueda de prensa, justamente un año después de que el mundo dejara de ser el de siempre.

Bronson, el jefe del taller, sin dejar de restregarse las manos con un trapo tan negro como debía de ser su alma, dijo:

—Señor Martin, hizo bien en traerme su coche para que revisara pintura y protección —sacudió la cabeza y se guardó el trapo en uno de los enormes bolsillos de su mono—. Pero debió hacerlo hace un par de meses. Si lo deja así dentro de poco puede pasarlo mal si tiene un tropiezo con los engendros.

Odiaba estar allí, me irritaba el olor a aceite y gasolina, me aturdían los martillazos y los ruidos, y aborrecía la cara enrojecida de Bronson, como la de un diablo baboso de aquellos que unas horas antes trepaban por el coche del pobre Joe Parrish.

¿Para qué contarle lo que había pasado en el parque? Ya lo pasé mal cuando tuve que explicarlo a los compañeros de la emisora y a la policía; no quería volver a hablar del asunto. Lo sucedido a Parrish me había decidido a llevar mi coche al taller de Bronson. Disponía de un poco de tiempo para ocuparme de mi seguridad antes de regresar a la emisora.

Bronson me hizo un gesto para que le siguiera hasta el lugar donde estaba mi coche y apuntó con su dedo manchado de grasa una sección de la carrocería.

—¿Lo está viendo? —me preguntó socarrón—. ¿Se da cuenta? La pintura no está demasiado mal a pesar de que ha debido caerle mucha lluvia y algún granizo. La brisa salada del mar hace mucho daño. Y no hablemos de la contaminación, a pesar de que dicen que lo único bueno que nos han traído los engendros es que ensuciamos menos la ciudad con los gases de los coches. La protección está debilitada y necesita un repaso general.

No quería que me pasara lo mismo que a Parrish; aún sentía pánico y en mi cabeza todavía sonaba el estampido del disparo.

—Los embellecedores de los coches son el mayor enemigo para la capa protectora —afirmó Bronson, meneando la cabeza—. Deberían prohibir que los fabricantes siguieran poniéndolos.

—¿Y por qué no prohibían los coches? ¿No basta con que todos estén pintados de rojo? Siempre odié el color rojo en los coches. Cuando nos convencimos de que no teníamos otro remedio que utilizar coches pintados de rojo me costó cambiar de color; mis colores favoritos son el oro viejo y la plata nueva; pero, como todo el mundo, tuve que resignarme y poner una capa de irritante color rojo sobre la hermosa pintura gris metalizado que llevaba entonces mi coche.

No tardó en comprobarse, como siempre a costa de muertes y tragedias, que además era necesario cubrir la pintura con la transparente película protectora, que no dura más allá de diez o doce meses; los dos elementos son imprescindibles si queremos llegar con vida a casa o a un refugio cuando la noche nos sorprende conduciendo.

—Está bien, Bronson —dije, intentando no perder la calma—. Ponga una nueva capa protectora. ¿Cuándo tendrá listo el coche?

El jefe del taller elevó la mirada al techo como si necesitara inspirarse. Cuando la bajó, dijo mirándome a los ojos:

—Mañana al mediodía, señor.

—Lo necesito para esta misma tarde. Conoce cuál es mi trabajo, ¿no? Yo no puedo trabajar sin coche.

—Lo sé, pero no puedo hacer milagros. Mire todos esos coches; pocos son los que necesitan una reparación de motor, casi todos tienen problemas con la protección o la pintura, en la carrocería o en los bajos. Un asco, señor.

—¿Y si se lo pido por favor?

Estas palabras eran las que Bronson estaba necesitando para empezar a sonreír. Fingió pensarlo mejor y me respondió:

—Intentaré que pueda llevárselo a las cinco, señor; pero no se lo garantizo.

Sonreí. Sabía que el coche estaría terminado a las cinco.

Estreché la mano a Bronson y le di las gracias. Me marché y estuve maldiciéndole hasta que llegué al edificio de la emisora, a pocas manzanas del taller. El guardia del primer turno de la mañana se sorprendió al verme aparecer por la entrada principal. No era el mismo que me abrió las puertas cuando llegué pálido y pidiendo que me comunicaran con la comisaría de policía. Yo acostumbro a dejar mi coche en el aparcamiento, luego tomo el ascensor, me acerco por su derecha y le muestro mi tarjeta para que registre mi entrada. Verme llegar por otro lado le hizo sentirse obligado a preguntarme:

—¿Algún problema, señor Martin?

Tuve que mordirme los labios para no contarle que ya no vería más a Joe Parrish; ya se enteraría tarde o temprano. Fingí distraerme mirando hacia la calle, y el guardia, resignado a mi silencio, devolvió mi tarjeta y me apresuré a alcanzar el ascensor.

Logré entrar empujando un poquito a una secretaria de pechos opulentos. Sabía cómo se llamaba, pero el trayecto hasta la cuarta planta no me dio la oportunidad de cambiar ni una palabra con ella. A pesar de que la chica me sonreía, yo no tenía ánimos para invitarla a cenar y luego a pasar la noche en mi apartamento.

Imploré al cielo para que el gran jefe no volviera a dirigirme la palabra en todo el día. Aún recordaba cuando terminó el programa y empezó a vociferar porque no había podido emitir las imágenes que quedaron en el coche de Parrish. Cuando le expliqué lo que había pasado se limitó a decir que lo sentía mucho y se alejó deprisa. Otra nueva identificación y al fin logré acceder a la redacción de la emisora, unas oficinas amplias, brillantes y de colores adecuados para ayudar al relajamiento físico y mental de los que acudíamos allí para dejarnos estrujar el cerebro. Al fondo había una batería compuesta por treinta televisores que recibían los principales noticiarios del país y del resto del mundo, capaces de arrancarnos sonrisas condescendientes cuando comprobábamos que nos habíamos adelantado a ellos en las noticias, aunque, en caso contrario, componíamos muecas intentando ocultar nuestra envidia profesional hacia los colegas del país o del otro lado del océano. Los europeos son nuestra competencia más dura.

De camino a mi despacho recogí los impresos con las últimas noticias y encendí un cigarrillo. Aún no había terminado de lanzar la primera bocanada cuando mi compañera Glenda, una rubia muy atractiva, se plantó ante mí:

—Ron, tenemos que hablar —me dijo.

Glenda y yo, para suerte o desgracia, formábamos parte del equipo redactor al servicio del gran jefe. En su mirada leí que lo sabía todo.

—Siento lo de Joe Parrish, Ron. Yo le apreciaba.

Sus palabras eran sinceras. Joe era querido por todos cuantos le conocían, excepto Bannister. Seguro que el gran cabrón ya había hablado con el jefe de personal para que buscara un sustituto a Parrish. Contemplar la cara bonita de Glenda me devolvió un poco las ganas de vivir aquella mañana.

—Me alegro de que escaparas —añadió Glenda, y se abrazó a mí. Le acaricié el cabello y olí su perfume. Me sentía estupendamente abrazándola, recordando otros tiempos no muy lejanos y mejores.

Cuando ella se separó de mí, muy a mi pesar, seguía leyendo en su mirada que necesitaba algo muy importante de mí.

—Tienes que ayudarme, tal vez aconsejarme. Ron.

—Vamos a mi despacho y me lo cuentas mientras tomamos café.

—Mejor en el mío.

No me dio ocasión de preguntarle por qué su despacho en vez de mi cuartucho, que yo hubiera preferido por la simple razón de que estaba más cerca. Glenda ya se había dado media vuelta y caminaba deprisa por entre las mesas en dirección a la puerta donde su nombre estaba grabado en una plaquita de plástico tan pequeña que cabía dentro de mi mano.

Glenda abrió la puerta y descubrí que había una mujer en la habitación. La chica, una morenita pequeña y bonita, de larga cabellera negra y ojos vivarachos, se volvió hacia mí y nuestras miradas se encontraron. Me di cuenta entonces de que la causa de que sus ojos me parecieran tan brillantes se debía a que había llorado no hacía mucho.

—Te presento a una vieja amiga mía —dijo Glenda, dando la vuelta a la mesa de su despacho y sentándose—. Se llama Cora García. Su hermano, ella y yo fuimos compañeros de secundaria en El Paso. Cora, este es el tipo del que te hablé. Recuerda que nunca debes prestarle un dólar, pero puede ayudarnos, y no sólo con sus consejos.

—Hola, Cora —dije con mi sonrisa de las presentaciones—. Me llamo Ronald Martin. A Glenda se le olvidó decirte mi nombre.

No me dio la mano, se limitó a sonreírme un poquito más y luego bajó la mirada al suelo. Pensé que Cora visitaba Nueva York por primera vez en su vida o algo por el estilo. Era la típica muchacha del campo, tímida pero decidida a la vez, que no veía la hora de volver a casa y alejarse de la ciudad. Normal, vamos.

—¿Vives aún en El Paso? —pregunté, recordando de dónde era Glenda, una tejana estupenda, pero de difícil trato en la intimidad.

Glenda respondió por su amiga:

—Su familia posee una granja desde hace tres generaciones. ¿Entiendes? Por tanto, cuando la recalificación ciudadana, les fueron concedidos por derecho el Privilegio R.A. Cora ha viajado a Nueva York por algo muy importante, no pienses que va a cometer el disparate de solicitar un cambio de residencia para venirse a vivir a esta jaula de locos y buscar un empleo. Sus problemas son más complicados.

Asentí con la cabeza. Yo soy uno entre los muchos millones de seres que estarían dispuestos a cambiar su trabajo en la ciudad con cualquier granjero, y

encima dando dinero. La verdad es que no debo quejarme, ya que gracias a mi oficio tengo grabado en mi tarjeta de identidad un casi envidiable Privilegio R.D., Residencia clase D que me permite poder moverme por todo el país, pero no quedarme más de una semana en un área de Privilegio A, como la que Cora disfruta.

—¿Así que no has venido a ver la estatua de la Libertad antes de que se desmorone? —pregunté, sentándome frente a Cora.

—Estoy aquí por mi hermano Benjamin —contestó Cora. Me pregunté por qué había permanecido callada hasta entonces, ya que tenía una bonita voz.

—¿Qué le ocurre a tu hermano?

Cora calló otra vez y Glenda se convirtió de nuevo en su portavoz oficial:

—Ben no soportaba la granja y hace cuatro años decidió trasladarse a la ciudad.

Los hay idiotas, y pensé que ese tal Benjamin debía de ser el más idiota de todos. Era merecedor de un título semejante si había renunciado a un R.A. a cambio de un R.D., como sólo posee la mayoría de los ciudadanos de Nueva York y de las grandes ciudades del mundo.

—¿Por qué no soportaba la aburrida pero tranquila vida en el campo? —pregunté, ahogando un bostezo.

—Ben y yo somos mellizos, pero a él no le atraían las labores del campo y soñaba con trabajar como agente de bolsa, y eso sólo podía hacerlo en una ciudad como ésta.

Ella no podía haber visto a los engendros sino a través de la televisión, nunca al natural; ni siquiera desde la seguridad de una ventana de un sexto piso, por ejemplo. Era evidente que aborrecía las ciudades, algo muy normal hoy en día, pero ahora estaba en una. ¿En qué lío se había metido su hermano para haberla obligado a viajar a Nueva York? —Al principio mi hermano nos escribía cada semana —dijo Cora muy lentamente, como queriendo elegir las palabras—, pero fue espaciando sus cartas hasta que sólo se acordaba de nosotros en Navidad. También dejó de visitarnos cuando tomaba sus vacaciones. Un día conoció a una chica, se fue a vivir con ella y entonces pasaba sus semanas libres en alguna playa del Caribe, de esas con instalaciones acondicionadas y seguras para los clientes.

—Incluso a los ciudadanos de la categoría más ínfima se les concede un respiro de vez en cuando para que no enloquezcan —dije sonriendo, intentando hacerme el simpático. Glenda me fulminó con la mirada. Era una advertencia para que yo dejara de decir tonterías de una vez.

—Mis padres y yo no veíamos a Ben desde hacía más de tres años cuando él sufrió el accidente.

—¿Qué clase de accidente? —Me arriesgué a preguntar, y a Glenda debió parecerle pertinente mi pregunta, ya que no dijo nada.

—Un coche conducido por un borracho chocó contra el de mi hermano. Ben sufrió serios daños en la cabeza, pudo volver a caminar y atender por sí mismo a sus necesidades fisiológicas más básicas, pero no recuperó el habla ni la memoria; se convirtió en un extraño vegetal. La chica le abandonó y tuvimos que recluirlo en una clínica donde nos prometieron que con el tiempo iría mejorando. Al poco tiempo mis padres y yo quisimos llevarle a la granja y cuidarle personalmente en vista de los escasos resultados que apreciábamos, pero a Ben no le devolvieron su antiguo privilegio de residencia y no pudo volver con nosotros. Como mis padres son mayores, yo soy quien le ha estado visitando cada mes.

—Continúa —le pedí. Aunque estaba empezando a interesarme la tragedia familiar de los García, no conseguía adivinar en qué podía ayudarla.

—Un par de semanas atrás la clínica nos comunicó que Ben tenía más despierta la mirada y empezaba a dar muestras de interesarse por las cosas que le rodeaban, aunque continuaba sin pronunciar una palabra. En casa estábamos muy contentos y yo pensaba venir a Nueva York a finales de este mes, pero hace dos días recibimos un aviso urgente de la clínica y fuimos informados de que Ben se había fugado durante la noche. Yo llegué ayer porque conseguí un vuelo directo y hablé con los médicos por teléfono desde el hotel. Entonces no sabían todavía nada de Ben, pero esta madrugada mi hermano ha sido encontrado.

—Un momento, Cora. ¿He escuchado bien? ¿Has dicho que la fuga de tu hermano ocurrió en plena noche y ha estado en paradero desconocido durante cuarenta y ocho horas?

—La última vez que vieron a Ben en la clínica fue antes de la medianoche. Dos horas después ya no se encontraba en su habitación ni en ninguna parte del edificio. Está comprobado que escapó en plena oscuridad.

Lo lógico era preguntar a Cora por la hora del funeral de su hermano, pero me dije que ella no quería hablar conmigo para invitarme a la ceremonia. Por una vez no supe qué decir y permanecí callado.

—Hoy, apenas amaneció, las brigadas de limpieza encontraron a Ben en el Parque Central —dijo Glenda, mirándome con ansiedad.

¿Y cómo demonios pudieron identificarlo?, me entraron ganas de preguntar. Los engendros acostumbran a no dejar más que unos huesos de sus

víctimas. Todo lo demás se lo comen.

—Sólo lo encontraron aterido de frío —añadió Cora, como si hubiera adivinado lo que yo estaba pensando—. Ben está vivo.

Si Ben no estaba muerto es que permaneció durante la noche en un lugar seguro, y apenas amaneció debió encaminar sus pasos al parque. Nadie sobrevive a una noche en Nueva York a pecho descubierto.

Se lo comenté, y ella me respondió:

—La clínica no está a mucha distancia del parque. —Me miró fijamente, como desafiándome a que yo no dudara de lo que iba a decirme a continuación—: La noche en que escapó debió llegar caminando al parque y permaneció en él dos días y dos noches junto al mismo árbol.

Una chica con categoría R.A. es alguien que goza de ciertos privilegios, pero no tiene derecho a burlarse de nadie, y menos de mí. Empecé a enfadarme. Ya no podía permanecer sereno por más tiempo, y casi exploté cuando dije:

—Eso no se puede probar, nadie lo creerá...

—Yo lo afirmo —dijo Cora vivamente—. Sólo me dejaron a solas con Ben unos minutos, pero me contó que no se movió del parque y todo el tiempo estuvo sentado o caminando alrededor del árbol donde lo encontraron.

—¿Pero cómo diablos ha podido decírtelo si no puede hablar?

Cora titubeó y al cabo de un instante, ahora sin querer mirarme a la cara, dijo:

—Ben consiguió pronunciar unas palabras a mi oído antes de volver a su mutismo de siempre.

Sabía que ella estaba mintiendo en algo, pero no podía descubrir en qué.

—¿Qué opinan los médicos de esta historia?

—Por la expresión de sus rostros comprendí que no creían que Ben hubiera estado dos noches entre engendros.

Yo no podía saber si realmente Cora escuchó a su hermano contarle que había estado dos días enteros, con sus malditas noches, paseando por el parque entre monstruos que no le molestaron lo más mínimo. De pronto observé a Cora y sus ojos me conmovieron.

—¿En qué puedo ayudarte, Cora? —pregunté suavemente.

—He hablado con los policías que encontraron a Ben, y afirman que en el terreno alrededor del árbol, además de numerosas huellas de engendros, había pisadas de un hombre que calzaba los mismos zapatos que él llevaba puestos.

—Dios mío, eso no prueba nada. Cora, ¿estás convencida de que tu hermano te habló y crees cuanto te contó?

—¡Sí! —afirmó ella con tanta convicción que me impresionó—. Y aunque los médicos lo nieguen, también lo creen.

—¿Creen que tu hermano recuperó el habla por un momento o que anduvo entre engendros? Pero si acabas de decirme lo contrario...

—Escúchame, Ron; yo iba a marcharme de la clínica cuando entré por error en una sala —dijo Cora—. Al fondo había una puerta medio cerrada y escuché al director hablar con otros médicos de mi hermano, discutiendo sobre si debían o no dar parte...

—Una postura algo exagerada, pero lógica.

—... Dar parte al Comité. ¿Entiendes, Ron? Querían avisar al Comité de Salud Internacional de que los engendros no atacaron a Ben.

Me dejó sin habla. Si los médicos estaban tan nerviosos como para pensar en informar al Comité es que tenían pocas dudas de la hazaña de Benjamin García.

Glenda carraspeó para que yo le prestara atención, y dijo:

—Esta mañana, cuando Cora todavía no me había informado de la aparición de su hermano, yo quise enterarme de los detalles de la muerte de Joe Parrish antes de que tú me los contaras, ya que el gran jefe me había ordenado que escribiera unas líneas para el informativo de esta noche. Ron, tienes que saber que los policías y los empleados del ayuntamiento encontraron a Ben apenas amaneció, a poca distancia del lugar donde quedó el coche de Joe, y todos aseguran que el hombre que dormía plácidamente al pie del árbol parecía llevar allí varias horas...

—Dios mío. —La interrumpí con un ronco gemido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Glenda—. ¿Por qué te has puesto pálido de pronto?

Si no hubiera estado sentado tal vez habría caído al suelo, porque mis piernas empezaron a temblar.

—Joe Parrish me aseguró haber visto un hombre en el parque —dije—. Si no hay otros como Ben, tuvo que ser él.

Tomamos más de una taza de café, aunque lo que yo estaba necesitando era un trago. A Cora le había impresionado mucho que Parrish, un momento antes de volarse la cabeza, hubiera visto a su hermano en el parque. Esto me obligaba a pensar que la chica no estaba loca. Glenda, en cambio, había creído a su amiga desde el principio sin ninguna clase de prueba, y después de

lo que yo dije quedó más convencida que nunca de que Ben había sobrevivido a los engendros dos noches seguidas en el Parque Central.

Si ya no existía una duda razonable por mi parte, ¿de qué manera debíamos encarar la situación? ¿Cuál iba a ser mi papel?

Cora me lo aclaró enérgicamente:

—No voy a consentir que la gente del Comité secuestre a mi hermano y lo convierta en un conejillo de indias.

—Legalmente no pueden, pero... —Me encogí de hombros. Todo el mundo sabe de lo que son capaces los bastardos del Comité. Se han tomado demasiado en serio que la seguridad del mundo está en sus manos y no vacilan en reírse de los derechos humanos. De hecho se están convirtiendo en los verdaderos amos de este pobre planeta.

—Si actuamos pronto podremos evitar que se lleven a Ben a un lugar de donde nadie podrá sacarlo jamás —dijo Glenda, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Qué te parece si diéramos la noticia hoy mismo?

—Eso no sería fácil. Bannister está harto de soportar tantas demandas judiciales y nos exigiría más pruebas.

—Lo que me importa es sacar a Benjamín de esa clínica cuanto antes y llevármelo a casa —dijo Cora.

—¿Por qué no lo hiciste esta mañana? —le pregunté.

—Lo insinué antes de enterarme de la conversación; pero el director se negó tajantemente, alegando que pondríamos la salud de Ben en peligro. Ahora estoy segura de que no me lo hubiera permitido.

Asentí con la cabeza.

—Creo que si los asustamos un poco no se atreverán a impedir que te lo lleves, Cora. Todavía es pronto para que el Comité intervenga. Deberíamos darnos prisa. Una vez en tu casa, tendrían que pedir tu consentimiento para estudiar a Ben y descubrir por qué demonios los engendros le respetaron. La pregunta es: ¿Qué hacemos?

—Benjamín García está en la Clínica Mayo —dijo Glenda.

Entendí que yo era quien debía actuar primero. Glenda sabía que tenía un conocido en la Clínica Mayo a quien nunca he llamado amigo.

—Bien —suspiré—. Haré lo que pueda. Cora, ¿llevas encima alguna foto reciente de Ben?

3

En la Clínica Mayo trabajaba un viejo conocido mío que juraba tener colgado en su despacho el título de médico. Se llamaba Danny Rossi y yo había pasado más de una noche en su casa jugando al póquer con otros amigos hasta el amanecer. Su apartamento era un sitio estupendo para perder la camisa y beber sin sobresaltos, ya que al estar situado en un décimo piso apenas llegan los ruidos y los malos olores de los engendros desde la calle durante el verano, cuando no funciona el aire acondicionado y el calor obliga a tener las ventanas abiertas. Rossi debía de ganar mucha pasta para poder pagar el alquiler de un lugar como aquél, situado más arriba de un quinto piso y enclavado en un barrio que contaba con toda clase de protecciones. Nunca he sentido curiosidad por averiguar si Rossi se dedica a los abortos o la cirugía transexual.

—Necesito ver al doctor Rossi. Se trata de un asunto privado —dije a la recepcionista de la clínica, mostrándole mi tarjeta.

Tenía frente a mí a una enfermera entrada en años, capaz de desalentar con su aspecto a cualquiera que se dirigiera a ella en busca de información. Sin embargo, conmigo se portó cortésmente, e incluso hizo un esfuerzo por dirigirme una sonrisa, pero cuando leyó cuál era mi profesión, sin mirarme a los ojos me contestó con desdén:

—Preguntaré al doctor Rossi si puede recibirle. Espere en la sala que encontrará al final del pasillo.

Me encaminé al lugar señalado. Se trataba de una pequeña habitación en la que no había nadie en aquel momento.

Rossi tuvo el detalle de no hacerme esperar demasiado. Cuando se presentó, fingiendo más jovialidad de la que verdaderamente sentía por verme, tuvo la poca originalidad de preguntarme si me dolía algo.

—Todavía no, pero me dolerá si no tomo una copa —dije—. ¿Dónde se puede beber algo en este aséptico y aburrido lugar?

—No sirven licores en la cafetería, pero en la sala de médicos tengo una botella escondida y un par de vasos —me contestó, y me invitó a salir de la habitación.

El lugar reservado para los médicos fuera de servicio estaba en la planta siguiente y me alegré de que tampoco hubiera nadie. Lo que tenía que hablar

con Rossi era mejor hacerlo sin testigos. Él abrió con una llave una taquilla y sacó una petaca medio llena de whisky y dos vasos de plástico.

Estaba entregándome mi vaso cuando le pregunté sin rodeos:

—¿Qué sabes de Benjamin García?

Era evidente que mi pregunta no le gustó, pero supo encajarla, y mientras bebía sorbitos de su whisky, por cierto, de no muy buena calidad, dijo como si buscara una araña detrás de mí:

—Explícame por qué te interesa ese paciente.

—He oído cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que tiene la extraña costumbre de escaparse para pasear por las noches, se echa a dormir a la intemperie y lo encuentran al amanecer sin un solo rasguño.

—Tonterías. Te han engañado. Ron, aquí no encontrarás ninguna noticia interesante para tu programa de mierda.

—Entonces permíteme que le vea.

—Eso no está permitido; sólo la familia puede visitarle.

—¿Cómo se encuentra de salud? ¿También va contra las reglas informar acerca de un paciente por cuya estancia cobráis a su familia un montón de dólares todos los meses? ¿Qué pasa con la indemnización de la compañía de seguros, Danny? Benjamin García no fue el causante del accidente y yo pienso que algún dinero os llegará, ¿no? ¿Es que este antro extiende dos manos a la hora de cobrar?

Rossi sonrió torvamente.

—¿Estás investigando las clínicas de la ciudad para un reportaje sobre la corrupción médica?

—No sería una mala idea; pero por el momento sólo me interesa un paciente que duerme bajo las estrellas en el parque y al despuntar el alba está fresco como una rosa, aunque tan idiota como siempre desde el accidente.

Rossi dejó de sonreír.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—No seas imbécil. Sólo te contaré algo como compensación por los dólares que te he ganado jugando.

—Conozco una chica muy bonita llamada Cora García, a quien habéis echado de la clínica casi a empujones. ¿Qué te parecería si ella apareciera en nuestro programa y contara ciertas cosas?

—¿Estás amenazándome?

—Yo podría ponerlos en un brete esta misma noche. La gente no tiene otra cosa que hacer después de oscurecer que follar o ver la televisión, y la mayoría, después de un polvo, se duerme viendo nuestro programa. El Comité está obligado a informar a las autoridades antes de intervenir en cualquier asunto local, aunque a veces se extralimita. El desprestigio que caería sobre él y esta clínica sería de tal magnitud que muy pronto tú estarías buscando trabajo en África.

Rossi me miró como si le hubiera ganado un puñado de dólares con un farol.

—Todo esto es más simple de lo que crees, Ron.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Permitiéndome ver a Benjamin García. Me tranquilizaría mucho saber que sigue aquí, por ejemplo.

—No estoy autorizado.

—Pues haz que te autoricen.

Después de pensárselo un rato, Rossi dijo:

—Tú ganas, pero no volveré a jugar contigo, hijo de mala madre.

—Peor para ti. No encontrarás otro gilipollas a quien desplumar.

—Tienes razón; seguiré contando contigo. Espera un minuto. Fueron casi veinte minutos los que tuve que esperar, y me sobró tiempo para meditar y llegar a la conclusión de que Rossi no estaba al tanto del asunto. Rossi tenía suerte jugando al póquer, pero era un imbécil. De haber tenido un poco de sentido común no se hubiera dejado intimidar con mis palabras. No sé cómo me creyó cuando le dije que echaríamos pestes del Comité en el programa. ¿Quién se ha atrevido a hacerlo sólo una vez? El todopoderoso Comité está por encima del bien y del mal.

Cuando apareció Rossi y creí leer en su rostro de italiano fullero que su gestión no había obtenido el menor éxito, le advertí:

—No admitiré ninguna excusa...

No acabé la frase. Detrás de Rossi apareció un tipo grande: vestía una inmaculada bata blanca, recién planchada, con sus plieguecitos y todo. Debía tener más de setenta años, pero se conservaba como un pollo de cincuenta. Milagros de la cirugía cuando un vejstorio puede beneficiarse de ella a bajo costo.

Tenía pinta de ser el mandamás, y no me equivoqué. Rossi me lo presentó como el director, doctor Gustafson. Y yo pensé que también tenía aspecto de malvado médico na2i de campo de concentración.

—El doctor Rossi me ha contado una historia absurda, señor... —dijo el doctor Gustafson. No se dignó a tenderme la mano cuando me fue presentado. Además, para ofenderme, estaba fingiendo haber olvidado mi nombre, pero yo sabía que le quemaba en la punta de la lengua.

—Martin —dijo Rossi, siguiendo el juego a su amo—. Ronald Martin trabaja como redactor en el programa de Oliver Bannister.

—Tengo en muy buena consideración su programa, señor Martin. Me gustan las noticias que emiten y la forma en que las dan —dijo Gustafson, ahogando una falsa tos—. La verdad es que no entiendo por qué considera importante ver al señor García. Me habría gustado ayudarlo, pero el caso ya no está en nuestras manos.

—¿Qué quiere decir?

—Benjamín García volvió a fugarse dos horas después de que su hermana se marchara.

¿Por qué no me dedicaba a adivino? Un momento antes había especulado sobre la posibilidad de que el Comité ya se hubiera llevado a García a otro lugar, lo cual confirmaría los temores de su hermana.

—¿No es demasiado dos fugas en tan poco tiempo? —pregunté, procurando contener mi rabia y mantenerme sereno—. ¿Qué van a explicar a su familia?

—Lo mismo que a la policía —replicó el director.

—¿La policía? —exclamé.

—Exacto —la sonrisa de Gustafson fue tan expresiva como si hubiera soltado una carcajada ante mis narices—. La ley nos exige informar a la policía de casos como éste. Y ésta es la segunda vez que el señor García se escapa.

—¿Es que no tomaron medidas para evitarlo?

—Esto es una clínica, no una cárcel. Se trata de una incurable que padece el señor García. Pensamos que estaba recuperándose, pero no es así.

—Van a tener que responder de esta negligencia.

—Ya advertimos a la señorita García que no nos hacía responsables de su hermano, pero ella insistió en dejarlo a nuestro cuidado. Le propusimos un centro más acorde con el estado del paciente y sus reacciones, de mayor seguridad. Le repito que esta clínica no es una prisión, y un enfermo puede escaparse si se lo propone.

—Me contaron una versión muy distinta. Su hermana quiso llevárselo esta mañana y ustedes se opusieron.

—No es cierto. Tengo testigos de la conversación, señor...

—Ronald Martin, doctor Gustafson —se apresuró a recordárselo Rossi, sin apartar su mirada preocupada de mí.

—La señorita García le mintió, no me explico por qué razón. Lamento que haya ocurrido así —dijo el director, hundiendo las manos en los bolsillos de su bata—. Un hombre enfermo como Benjamin García puede resultar peligroso para los demás ciudadanos, incluso para sí mismo. Ojalá la policía lo encuentre pronto.

—¿Por ejemplo esta noche en el Parque Central? —pregunté.

De pronto el doctor Gustafson se puso muy serio, susurró unos buenos días, dio media vuelta y se marchó.

Rossi y yo nos quedamos mirándonos.

—No sabía nada de esta nueva fuga de García, de veras —dijo mi amigo, echándome un brazo por los hombros; pero su gesto no era de amistad, sino un firme deseo de conducirme a la salida—. Discúlpame si mi comportamiento contigo te ha parecido grosero, pero he estado toda la noche de guardia y ha habido mucho trabajo. Estoy agotado, créeme. ¿Por qué no nos vemos otro día y tomamos unas copas? Conozco un sitio muy divertido que no cierra en toda la noche y es seguro al cien por cien. Lo han inaugurado hace un par de semanas.

Tan absorto estaba con mis pensamientos que casi sin darme cuenta me encontré en el vestíbulo. Cerca de la puerta me volví y pregunté a Rossi:

—¿Habéis avisado a su hermana?

—Supongo que ya lo habrán hecho o están tratando de localizarla. Ron, ¿de qué conoces a Cora García?

—¿Crees que Benjamín durmió dos noches en el parque? —le pregunté a mi vez.

Me miró desconcertado.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¿Eres un hombre sensato?

No le respondí. Si le decía que me consideraba un hombre sensato era como reconocer que no podía creer que García se quedó amodorrado al pie de un árbol en el parque y su sueño fue velado por una pandilla de engendros. Aunque escasas, las peores especies deambulan por aquel lugar, y muchos de los árboles del parque tienen marcas de sus garras, que gustan de afilarse antes de internarse en las calles y avenidas de Manhattan en busca de presas.

—Debió esconderse en algún lugar —siguió diciendo Rossi, como si realmente me debiera una explicación—. Sí, eso debió ocurrir, y apenas salió el Sol se dirigió al parque y se sentó al pie del árbol donde fue encontrado.

—¿Y si fuera cierto? —pregunté, con una mano empujando la puerta de cristal.

—Me gustaría que existiera un tipo capaz de salir de paseo por la noche a cuerpo descubierto y apartara a puntapiés a los engendros de la peor catadura que se le pusieran delante.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! Un individuo así sería algo especial, tendría algo muy valioso en su organismo, qué sé yo. Cualquier médico daría parte de su paga semanal durante diez años por poder investigarlo. Quien encuentre un repelente eficaz se haría millonario de la noche a la mañana.

Asentí con la cabeza, y dije a Rossi antes de marcharme:

—Avísame cuando organices otra partida y llevaré las bebidas.

—Te juro que yo no sabía nada del asunto. Trabajo en otra planta. Ni siquiera conocí personalmente a Benjamín García, a pesar del tiempo que llevaba internado. Ojalá tenga suerte también en esta ocasión.

¿Por qué no podía estar diciendo la verdad? Nos dimos la mano y abandoné la clínica rumiando mi fracaso.

Una vez en la calle pensé que debía comprobar si la denuncia por la desaparición de García había sido presentada. Desde una cabina telefoneé a un contacto mío en la comisaría del distrito, y a los tres minutos obtuve la respuesta: El doctor Gustafson, en nombre de la Clínica Mayo, había denunciado la fuga del paciente Benjamin García por segunda vez en la semana.

Esto no exculpaba al director, ni probaba que el Comité no tuviera ya a Benjamin en su poder, pero me obligaba a creer que la nueva escapada de Ben podía ser cierta.

Sentí lástima por Cora. ¿Cómo reaccionaría cuando conociera la noticia? Me llevé un cigarrillo a los labios. Glenda y yo teníamos que ponernos de acuerdo. ¿Era el momento de contar a Bannister que teníamos una gran noticia a la vista o debíamos esperar a tener más pruebas? Pobre Cora. Podía despedirse de su hermanito si había cometido la tontería de escapar. Yo no apostaría un centavo por él, no creía que sobreviviera otra noche. Casi deseé que el Comité le hubiera secuestrado. Aun así, un retrasado mental como él contaba con más posibilidades de sobrevivir.

Miré la hora. Ya no tenía nada que hacer hasta el día siguiente. Volví a entrar en la cabina y marqué otro número, confiando en que Glenda aún permaneciera en su despacho. Mientras esperaba me dediqué a contemplar los coches que pasaban por las calles. Todos eran rojos y lucían el mismo brillo

del repelente sobre la pintura, y todos los cristales estaban entintados en el maldito tono escarlata que obliga a uno ver las cosas desde dentro de un coche como a través de una hoja de celofán tosa. Hemos aprendido a pararnos ante los semáforos por la posición de las luces, como si fuéramos daltónicos. Dios mío, hemos tenido que aprender a movernos en un mundo tan distinto al que conocíamos cinco años antes...

Pero por suerte estamos acostumbrándonos a vivir rodeados de colores rojos, a movernos en coches rojos y a mirar los edificios pintados de rojo hasta la quinta o sexta planta. Qué horribles me resultan las ciudades actuales cuando contemplo antiguas fotografías de ellas.

Los optimistas, esos que dicen que es una suerte que la botella esté por la mitad y no se lamentan de verla medio vacía, afirman que somos afortunados porque hemos sabido adaptarnos en un tiempo increíblemente corto a las circunstancias, y mientras tanto ganamos tiempo para encontrar una solución, porque la esperanza de volver a pasear por las calles de noche aún no se ha perdido.

Alcé la mirada para alcanzar a ver las ventanas y las encontré normales, pero yo sabía que cuando el sol empezara a esconderse por el horizonte las persianas rojas descenderían y las puertas que se cerrarían también serían del mismo color.

Me sobresalté al escuchar desde el otro lado del hilo la voz de un hombre. Había olvidado que estaba llamando a la emisora por culpa de mis pensamientos. Dije que quería hablar con Glenda, y quien había descolgado el teléfono me contestó que ella se había marchado a su casa en compañía de una mujer. La acompañante no podía ser otra que Cora, pensé mientras colgaba, y me pregunté si ya había sido informada de la nueva fuga de su hermano.

Eran cerca de las cuatro y yo debía recoger mi coche si aquella tarde no quería gastarme un dineral en alquilar un taxi que me llevara al maldito suburbio donde poseía un pequeño apartamento.

El metro me dejó cerca del edificio de la emisora, a poca distancia del garaje. La gente que aún caminaba por las calles lo hacía deprisa, nerviosamente. A nadie le gusta quedarse en el exterior a presenciar la puesta de sol. Ya no quedan románticos.

Del taller salían coches ininterrumpidamente, una riada de vehículos rojos, de muchos modelos, pero todos rojos. Encontré a Bronson en su oficina, ordenando facturas.

—Hola, señor Martin —me dijo sin levantar la cabeza. Sabía que era yo sin verme, como si el olor de mi cuerpo le bastara para identificarme—. Como le prometí, su coche está dispuesto.

Y también la factura, que sacó de un montón y la puso delante de mis narices. Emití un silbido.

—¿Doscientos pavos? —exclamé.

—Y no le cobro la tarifa de urgencia —rio Bronson.

—Espero que haya quedado bien...

Entonces él levantó la mirada y me miró con ese gesto del profesional que está seguro de lo que dice.

—Mire, lo de pintura pase, pero esa protección que el Comité recomienda... —Bronson se encogió de hombros—. ¿Qué quiere que le diga? Creo que hay especies que lamen la protección porque es como un dulce para su paladar. Vaya usted a saber si es cierto.

No dejé de asentir con la cabeza mientras él hablaba y yo extendía el cheque. Bronson podía tener razón, pero las estadísticas afirman que los coches con capa protectora sufren menos ataques que aquellos que no la tienen, y yo podría corroborar esta teoría. He viajado por distintas ciudades durante muchas noches y jamás he sido atacado por los engendros, no sé si porque he seguido siempre al pie de la letra las recomendaciones. El producto protector y una buena pintura de encendido color rojo encima sigue siendo el mejor sistema para mantener a cierta distancia a los engendros.

—De todas formas, viaje con precaución —gruñó Bronson, repasando mi cheque—. ¿Es necesario que circule tanto de noche? Yo en su lugar no lo haría.

Recordé la época en que otro compañero y yo realizábamos reportajes acerca de los desafiantes, como son llamados los locos que retan a los engendros y a la policía nocturna. Fueron siete noches las que, con el correspondiente permiso encima, recorrimos la ciudad de arriba abajo, todas las rutas que utilizan los desafiantes, jóvenes armados hasta los dientes que encuentran un excitante placer pisando el acelerador y disparando. La mayoría de ellos no superan las veinte o treinta incursiones, y lo normal es que acaben siendo devorados. Esto también lo aseguran las estadísticas. Sin embargo, cada vez aumenta su número; últimamente incluso corren por avenidas y calles con reclamos encima del capó, trozos de carne fresca de reses y animales domésticos recién sacrificados. Creen engañar a los engendros, pero no lo consiguen. Estas bestias que, nadie sabe de donde

proceden, aunque yo sigo creyendo que surgen cada noche del infierno, sólo sienten placer por la carne humana.

Por culpa de los desafiantes, los servicios de limpieza del ayuntamiento tienen mucho trabajo cada amanecer, recogiendo los restos pestilentes de los engendros abatidos; pero a veces también sacan de los coches especiales que utilizan estos locos algunos restos de cazadores que terminaron su aventura siendo cazados.

Me despedí de Bronson con un gesto de la mano y bajé por la rampa hasta el nivel donde estaba mi coche. Examiné toda la carrocería, pasé la mano varias veces sobre la capa protectora y di mi aprobación.

En alguna que otra ocasión he tenido que hundir el pedal del acelerador para llegar a un refugio las noches en que ya me resultaba imposible volver a casa. A veces el refugio que uno encuentra más cerca no es amplio, está muy ocupado y huele fatal. Y encima son caros.

Un mecánico golpeó con la mano el parabrisas. Me volví y descubrí un rostro enrojecido por el entintado de los cristales.

—¡Vamos, dese prisa! —me gritó—. Si no quiere quedarse aquí toda la noche ponga en marcha su coche y salga. Vamos a cerrar.

Giré la llave de contacto y arranqué violentamente. Me gustó el rugido del motor y el rechinar de las llantas. Casi no frené al salir a la calle y me confundí entre cientos de coches rojos que llenaban la avenida.

Diez minutos más tarde mi reloj me informó de que quedaban cuarenta minutos de luz solar. Cuarenta minutos de seguridad. Desde la emisora yo sólo necesito un cuarto de hora para llegar a mi casa, pero aquel día hubo un incendio en un inmueble y desviaron el tráfico por otras calles.

Un rato después me encontraba todavía muy lejos de la seguridad del edificio donde poseo mi apartamento y apenas quedaba un segmento de sol en el horizonte. Otra vez iba a caer en el interior de una noche plagada de terror.

Ojalá Bronson no hubiera hecho una chapuza, pensé abriendo la guantera para comprobar que podía coger la pistola que compré por la mañana con sólo alargar el brazo.

4

Encendí el pequeño televisor del salpicadero del coche. Soy capaz de conducir y echar breves miradas a la pantalla al mismo tiempo, pero aquella tarde no tenía ningún interés las caras de los locutores y me conformé con oír sus voces. Nuestro primer informativo de la noche acababa de empezar y sentía curiosidad por conocer el epitafio que Glenda había escrito para Joe Parrish, y que Bannister recitaría con su habitual petulancia.

Sólo tuve tiempo de oír las últimas palabras del gran jefe, había llegado tarde para la necrológica, y en cambio escuché:

«... El Tribunal de Nueva Jersey ha dictado sentencia esta misma mañana contra los doce acusados en el caso de corrupción del condado de Old Tree. Como recordarán, funcionarios del ayuntamiento entregaban tarjetas de residencia para áreas P.A. a cambio de elevadas sumas...»

Emití una sonrisa burlona. ¿Quién había sugerido emitir una noticia tan vulgar? El escándalo de la venta de certificados de residencia ya no interesaba a nadie, pero tuve que reconocer que en labios de Bannister parecía una novedad. Bannister no es santo de mi devoción, pero es de los mejores en el oficio. De pronto tuve que pisar el freno. ¿Qué demonios estaba pasando en la esquina? Las bocinas empezaron a sonar. Un coche de la policía intentó abrir paso a un camión de bomberos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Los conductores tenían demasiada prisa y les importaba muy poco que el barrio entero ardiera por los cuatro costados.

Los incendios de noche deberían estar prohibidos. No hay quien consiga voluntarios en el cuerpo de bomberos para trabajar a esas horas. Volví la cabeza para ver cómo estaba la situación atrás. A mi espalda había docenas de coches y los conductores empezaban a ponerse histéricos. Los que se hallaban a más de treinta metros disponían de una estrecha calle a su derecha y empezaron a meterse en ella. Con un poco de suerte podrían salir del atasco, pero yo estaba en medio del fregado y no tenía ninguna posibilidad de avanzar ni de retroceder. Encendí un cigarrillo, eché otra mirada al reloj y después al televisor. Bannister seguía con su maldita jeta en la pantalla y estaba diciendo:

«... ¿Cabalgan los engendros con la misma velocidad que la Tierra gira? Esta antigua teoría ha vuelto a cobrar interés. Un grupo de investigadores de Harward la estudia y trabaja en ella. Tienen en proyecto situar un avión a

cierta altura y controlar un número determinado de engendros, a los que seguirían durante veinticuatro horas, siempre cerca de la zona del amanecer...».

¿Qué coño estaba pasando? ¿Es que los polis no se daban cuenta de que la noche se nos echaba encima? A la mierda el incendio, que ardiera el edificio. Yo sólo pensaba que quedaban apenas quince minutos de luz y no iba a llegar a tiempo a mi casa. Dos noches seguidas recorriendo las calles de la ciudad y sorteando manadas de engendros era demasiado para mí y me sentí desfallecer. La muerte de Parrish estaba demasiado reciente en mi memoria.

Empecé a sudar recordando la noche anterior. Era como si volviera a ver las garras de los engendros arrancando la puerta del coche de Parrish, y luego escuchaba el disparo.

«... El actual sueño americano es vivir en plena paz los seis meses de luz que se disfruta en el círculo polar ártico. Las agencias de viaje lo anuncian y llenan los vuelos. Un descanso algo frío, pero ha de resultar agradable ver que pasan los días sin que cada diez o doce horas, lo que permanece en cualquier parte del planeta la luz solar, los engendros hagan acto de presencia...».

Por el espejo retrovisor observé el vehículo que estaba detrás de mí. Era un todo terreno reformado, pintado de rabioso rojo, con doble capa de protección, cristales del color de la sangre reforzados por mallas de acero y aberturas para sacar los cañones de las escopetas, fusiles o metralletas. Viajaban cuatro jóvenes desafiantes esperando a que cayera la noche. No necesitaban llevar sus armas a la vista para anunciar lo que iban a hacer dentro de poco. ¿Por qué no los detienen antes de que empiecen a incordiar? Pero la ley no podía hacer nada contra ellos hasta que disparaban contra los engendros. Idiotas, idiotas. Tal vez no verían salir el sol, pero se creían más hombres y más valientes que nadie. Tal vez soñaban con cazar una pieza y conservarla sin que se corrompiera. ¿Dentro de la nevera portátil llena de cervezas que debían llevar en la parte posterior del vehículo? Mejor sería para ellos estar borrachos si la cacería les resultaba adversa porque así apenas se darían cuenta de su fin cuando los enfurecidos engendros los sacaran del vehículo. Un quince por ciento de los desafiantes no vuelven con vida a sus casas.

«... El Gobierno Federal anuncia un incremento en las sanciones para los infractores de las Normas recientemente revisadas por las Naciones Unidas y redactadas por el Comité de Salud Internacional, aceptadas sin la menor oposición de la Cámara...».

El Comité y las Naciones Unidas podían meterse un palo por el culo, gruñí entre dientes. ¿Es que nadie se está dando cuenta de que las Normas sólo son válidas en un sesenta por ciento en los países desarrollados? ¿Qué ocurre en Asia, América del Sur y África? En Buenos Aires mueren centenares de personas cada noche, y son miles los desaparecidos en México D.F., Caracas y Sao Paulo, sólo por citar algunas grandes urbes donde la ayuda estatal no es suficiente para acondicionar las viviendas de los barrios más poblados. Como en otras muchas cosas, los más eficaces en materia de seguridad son los japoneses, pero es que estos tipos se adaptan a todo y obedecen sin rechistar lo que les ordenan. La disciplina es hoy en día una bendición, y a ellos les sobra. También tienen desafiantes en Tokio, Nagasaki y otras ciudades, y lo más humillante para sus colegas americanos es que apenas sufren bajas. Se han organizado bien, los muy cabrones. Y tienen equipos que juegan sus ligas, los muy...

—Ojalá os jodan —musité, mirando a los desafiantes del coche que estaban detrás. El conductor y el niño sentado a su lado llevaban gafas especiales para ver en la noche y mascaban chicle. Me pregunté si los cuatro aún vivirían al día siguiente.

En el caso de que la policía nocturna los detuviera, cosa muy poco probable, podían terminar en la cárcel si eran reincidentes. Les serían impuestas multas de varios miles de dólares, y para pagarlas tendrían que vender su caro vehículo, desde el que miraban con desprecio a los conductores cada vez más asustados a medida que el tiempo pasaba y las sombras caían lenta pero inexorablemente sobre nuestro pánico a flor de piel. Hace tiempo que en América y Europa dejamos de matar engendros por sistema. Todo el mundo al principio, creyendo que exterminándolos se acabaría el terror nocturno, empezó a cazarlos, pero sólo se consiguieron grandes montones de cadáveres putrefactos que no podían ser diseccionados para averiguar de dónde proceden ni a qué diabólica especie pertenecen. El problema empezó cuando nadie quiso recoger los desperdicios. Sólo dentro de un traje de buzo puede soportarse el mal olor que los engendros desprenden apenas dejan de respirar, y la carroña tiene que ser eliminada rápidamente o los gusanos que nacen de sus entrañas incrementan la fetidez hasta límites increíbles.

Los cadáveres de los engendros propagan enfermedades comunes y son un fértil caldo de cultivo para cualquier epidemia. Pakistán y varias naciones africanas intentaron exterminarlos y así les va. Después de cinco años siguen muriendo a miles por culpa del cólera, el tifus, la lepra y otras epidemias

además del sida. África se despuebla mucho más deprisa que el subcontinente asiático, mientras que en China se defienden bien. Fue una sorpresa para el mundo que no desaparecieran los mil millones y pico de chinos durante los primeros meses.

Los engendros son un problema sin solución. El mundo dispone de medios para eliminarlos, ¿pero quién puede garantizar que por cada engendro muerto otro no ocupa su lugar? Unos pocos cadáveres, pongamos unos cientos, se pueden hacer desaparecer al amanecer si se dispone del equipo adecuado; siempre se encuentran negros o chicanos que por un buen salario aceptan enrolarse en las brigadas de limpieza. Pero este servicio sólo pueden sufragarlo ciudades como las nuestras, con suficiente presupuesto. ¿De dónde van a sacar los medios las contaminadas y peligrosas urbes de América Latina, África y Asia?

El coche que estaba delante del mío avanzó unos metros cuando las luces centelleantes de la policía y los bomberos desaparecieron del cruce. Las bocinas dejaron de bramar como elefantes heridos y yo descubrí una callejuela a mi derecha. Me pregunté si merecía la pena entrar en ella y buscar un atajo.

Deseaba alejarme de las proximidades del Parque Central, salir de la Octava Avenida y cruzar la Quinta para entrar en el puente de Queensboro. Dejé atrás la calle 56 y por un breve momento avisté a mi derecha el pico del Centro Rockefeller. Por un momento dudé si tomar esa dirección y sumergirme en el tráfico de la Séptima, pero algo me impulsó a girar a la izquierda y me dirigí hacia South Plaza. Cuando me di cuenta del error que acababa de cometer ya no tenía remedio. Allí había menos pero pronto comprendí la razón: las calles 58 y 59 estaban cortadas. Me había metido sin darme cuenta en el área donde se había producido el incendio. Un edificio de doce plantas aún humeaba, y aunque los bomberos se apresuraban a retirarse el caos era tan grande que debía olvidarme de llegar a mi casa antes del anochecer.

Ocurre en Nueva York, como en casi todas las grandes ciudades de la Tierra medianamente organizadas, que de pronto los atascos desaparecen y uno se encuentra en un abrir y cerrar de ojos en medio de una avenida o una calle desiertas. Son pocos los coches que sus propietarios arriesgan a dejar en la calle, pero todo el mundo no puede afrontar el gasto de un aparcamiento privado y rezan para que a la mañana siguiente encuentren su vehículo lo menos dañado posible, con el menor número de arañazos producidos por las

garras de los engendros o agujeros causados por impactos de bala de los desafiantes.

¿Dónde me encontraba?, me pregunté antes de descubrir que había entrado en la calle 59, a punto de cruzar la Avenida del Parque. De pronto me había quedado solo en medio del asfalto, no había ningún coche en movimiento a mi alrededor.

A los lejos descubrí las rojas luces traseras de un vehículo cuyo conductor se saltaba todos los semáforos que aún funcionaban.

Las luces de las calles empezaron a encenderse y recordé al concejal que propuso no encenderlas al llegar la noche; según él no había ninguna razón para este despilfarro porque la gente decente no debía salir a la calle; además confiaba reducir el número de desafiantes con esta medida. El mismo concejal cretino también propuso recluir en un campo de concentración a todos los desafiantes que fueran detenidos, y cuando se descubrió que su intención era que atrajeran a los engendros para que acabaran con ellos, la opinión pública le obligó a dimitir. Nuestra emisora atacó tan duramente al concejal loco que por una vez me sentí orgulloso de trabajar para Bannister.

Ya en plena Avenida del Parque observé con cierta aprensión la verde y oscura línea de vegetación que se extendía a mi izquierda. Una ligera brisa movía las copas de los árboles. Aunque ansiaba ver la silueta del puente de Queensboro, me planteé la posibilidad de dar un rodeo para evitar la ruta entre las calles 58 y 65. Nadie ha encontrado la explicación, pero esas calles son una zona de Nueva York por la que los engendros de cualquier especie sienten una extraña predilección y pululan por allí más que en ninguna otra parte de la ciudad.

Por las aceras empezaron a aparecer sombras. Siempre comienza así el baile macabro de cada noche. Giré el volante para enfilar con mi coche la entrada al parque más cercana.

¿Por qué los engendros frecuentan el parque?, me pregunté recordando una de las primeras conclusiones a la que llegaron los científicos a los pocos días de que empezara el jaleo que había vuelto el mundo del revés: por alguna razón los engendros sólo surgen de noche en las áreas donde hay seres humanos, y para que esto ocurra debe haber más de doscientas personas por kilómetro cuadrado. Bueno, el número exacto que los atrae aún es discutible, pero por ahí anda el asunto. Si uno emigra al campo y no ve a nadie a su alrededor puede tener la absoluta certeza de que no aparecerá a su lado un engendro para darle unos golpecitos en el hombro y advertirle de su presencia antes de propinarle el primer mordisco. ¿Por qué acuden sólo donde hay

criaturas humanas cerca y en determinado número? Era otra pregunta sin respuesta.

Los ciudadanos, apenas conocieron esta teoría, empezaron a sentir un irrefrenable deseo de aprender el oficio de campesino o granjero, y el metro cuadrado de propiedad rural alcanzó precios exorbitantes. Para que el problema no se trasladara de la ciudad al campo, con el consiguiente peligro en la producción de alimentos, la primera disposición del Comité fue prohibir la emigración. He de admitir que ésta fue una medida acertada, ya que, si las áreas de cultivo se hubieran llenado de gente, además de no poder sembrarse, los engendros hubieran sido atraídos allí. ¿Y qué se habría conseguido? Empeorar las cosas, por supuesto, porque el campo estaría atestado de personas y por la noche tendrían la visita de los engendros, mientras que las desiertas ciudades se convertirían en los lugares más tranquilos del mundo.

Por tanto, la gente del campo obtuvo el privilegio de permanecer donde estaba y el problema se solucionó con una nuevas normas, de esas que el maldito senador afirmó que aún eran imperfectas pero que no había otras mejores.

Los científicos también se dieron cuenta en seguida de que el color rojo, entre otras cosas, mantenía a los engendros alejado de las personas... salvo excepciones. Las excepciones aún están investigándose porque ya hay más de quinientas especies de engendros catalogadas y cada pocos días se descubre una nueva. Tampoco se ha conseguido ponerles a todos una etiqueta con el grado de peligrosidad que les corresponde. La más pacífica de las criaturas de la noche es capaz de arrancar de cuajo una cabeza a un hombre de una dentellada. Así que las más feroces... Bueno, nadie ha explicado lo que son capaces de hacer las más feroces porque no ha tenido ocasión.

Había luna llena y las calles y los edificios eran bañados por esa luz de plata que ya tan poco nos gusta porque significa noche. El romanticismo ha muerto hace cinco años, insisto.

El comportamiento de los engendros en el Parque Central, y en todos los parques de cualquier ciudad, es extraño y trae de cabeza a todo el mundo. En una zona de árboles y cubierta de hierba, según se ha observado y filmado a distancia y con teleobjetivo, los demonios se agrupan por especies y caminan durante horas sin rumbo fijo, basta que de pronto se les unen otros engendros y entonces abandonan el parque y se dispersan por las calles de la ciudad en busca de su diversión favorita, que no es otra que encontrar carne humana fresca que llevarse a la boca, la de algún rezagado ciudadano o un desafiante demasiado atrevido y torpe. Hace ya tiempo que en Nueva York no quedan

perros callejeros o gatos abandonados. Los engendros no se los han comido, pero los asustaron tanto que huyeron de las zonas proclives a ser invadidas por las hordas. También acabaron con las ratas que osaban salir de las alcantarillas, y esto es de agradecer, pero no por ello los amamos; seguimos odiándolos. Yo pensaba en todas estas cosas mientras conducía lentamente por el parque, lleno de miedo e intentando recordar mejores momentos de mi vida. Llevaba las luces de cruce encendidas. A los engendros parece resultarles indiferente que estén apagadas o no. Todavía existen dudas razonables acerca de si son ciegos y se guían por su olfato o poseen una especie de radar como los murciélagos.

Puse la pistola al alcance de mi mano. Nunca he disparado contra un engendro, ni desearía hacerlo, porque la muerte de uno de ellos parece irritar a los demás, una reacción que entusiasma a los desafiantes. A pesar de que los cristales de mi coche estaban bien cerrados, escuché los primeros disparos. No muy lejos, tal vez en la Primera Avenida, un grupo de impacientes desafiantes había empezado la cacería. Estos locos no suelen permanecer en las calles más de dos o tres horas, y después de dar por terminada su matanza e irritar a todos los engendros de las cercanías, huyen a toda velocidad. Pasando de treinta kilómetros por hora se consigue enfurecer a los dueños de la noche hasta límites insospechados. Si el grupo consigue llegar intacto a su refugio privado y su auto resulta poco dañado se considera que la incursión ha tenido éxito y al día siguiente puede leerse su hazaña en el boletín clandestino de los desafiantes de Nueva York.

Los desafiantes japoneses graban en vídeo sus cacerías. Yo he tenido ocasión de ver más de uno y confieso que son escalofriantes. El Comité jamás permitió a nuestra emisora emitirlos para no alentar más a sus homónimos americanos a superarlos.

Ya habían pasado por ambos lados de mi coche cientos de engendros cuando llegué a una zona donde había tantos que su número me sorprendió. Intenté ignorarlos, pero tuve que observar sus mandíbulas abiertas y babeantes muy cerca de los cristales. Mi miedo iba en aumento.

Mentalmente di las gracias a Bronson por haber hecho un buen trabajo en la carrocería. Por el momento ni siquiera había sufrido una caricia. Era de primera calidad la capa repelente, sí señor.

Mis luces iluminaron un grupo muy compacto de engendros a escasa distancia y temí tener que apartarlos, pues estaban en medio del sendero y no quería desviarme, entrar en el césped y correr el peligro de que las ruedas se

hundieran en terreno blando. Si me quedaba atascado los engendros acabarían encontrando un abrelatas y antes del amanecer me habrían sacado pedacitos.

Aún estaba dudando entre girar a la derecha o dar marcha atrás, cuando el grupo empezó a dispersarse. Algunos engendros, de la especie más grande y repugnante, me rugieron con rabia a su paso. Varios de pequeño tamaño, de esos que sólo tienen un metro y medio de altura, pero dicen que son los más peligrosos, se alejaron dando saltos. El sendero quedó expedito para mí y fue entonces cuando descubrí al hombre que permanecía inmóvil y de pie a pocos metros de distancia.

Miré la aparición como quien asiste a la materialización de un fantasma o es testigo de un milagro. El hombre vestía un traje oscuro y estaba muy despeinado. Calculé que la distancia que nos separaba era de unos nueve o diez metros, pero gracias a los rayos de la Luna y a la luz de los faros comprobé que no tenía un solo rasguño. En circunstancias normales mi cerebro hubiera funcionado con más lógica y sensatez y yo hubiera pensado entonces que la casualidad no me había llevado al mismo sitio donde Benjamín García fue encontrado durmiendo; él estaba allí de nuevo, entre engendros. Reconocí su cara, la de la fotografía que Cora me había mostrado de su hermano pocas horas antes.

No pensé en otra cosa que en ayudar a aquel ser humano en peligro, y después de comprobar que no había una zarpa cerca de mí, baje el cristal de mi izquierda y grité:

—¡Vamos, sube y te sacaré de aquí!

Entonces ocurrió lo que menos podía esperar. Benjamín apenas me dirigió una mirada y echó a correr, desapareciendo de mi vista. Cerré la puerta de un golpe, pisé el acelerador y le seguí durante unos segundos. No conseguí encontrarle, se había perdido entre las sombras. Decenas de engendros aparecieron por todas partes, saltando en dirección al camino que Ben había tomado. Esperé un poco, temiendo escuchar el alarido de muerte que lanzaría al ser alcanzado por media docena de mandíbulas; pero el silencio de la noche no fue alterado y decidí que debía salir del parque o acabaría volviéndome loco.

Poco más tarde, después de cruzar la Primera Avenida, ya muy cerca del puente que era mi objetivo, sentí tanta fatiga que temí no disponer de fuerzas suficientes para llegar a mi casa. Recordé que el apartamento de Glenda no quedaba lejos, en la calle 66 y cerca del río. Cora estaría con ella. Las dos mujeres debían saber cuánto antes que yo acababa de ver a Benjamin García.

Hubiera podido llegar a la puerta del garaje de Glenda en menos de cinco minutos, pero en el cruce siguiente había un jaleo enorme. Dos coches blindados con desafiantes se habían enzarzado a tiros y andanadas de lanzallamas contra una horda de engendros. Las ventanas altas de los edificios cercanos se habían abierto a pesar de la prohibición de hacerlo y muchas personas se asomaban a contemplar el espectáculo. De todas partes acudían engendros, corrían por docenas a ambos lados de mi coche, incluso algunos saltaron por encima, rugían rabiosos y encolerizados, ciegos y deseando matar. Aquellos pobres chicos iban a pasarlo muy mal, pensé dando marcha atrás. Al volverme me topé con un blindado de la policía nocturna. La poderosa luz de su foco me deslumbró, y escuché una voz a través de un altavoz que me conminaba:

—¡Lárguese en seguida de aquí! —Hizo una pausa, seguramente para comprobar que yo no era un desafiante, sino un ciudadano que se había retrasado o perdido en la ciudad—. ¡A cien metros hay un refugio público! ¡Será mejor que se meta de cabeza en él!

Obedecí. Los polizontes ya habrían anotado la matrícula de mi coche, y si volvían a encontrarme me denunciarían. Yo sabía cuál sería su actitud: permanecerían alejados del tumulto provocado por los desafiantes y no intervendrían. Si los chicos lograban escapar de la encerrona, cosa que yo dudaba a la vista de la situación, los detendrían. Aquellos desafiantes se habían pasado de la raya, no se habían limitado a divertirse matando media docena de monstruos. La masacre que estaban causando dejaría la calle intransitable a la mañana por la putrefacción que se iniciaría en los cadáveres antes de la salida del sol. Los servicios de limpieza iban a necesitar toneladas de detergente para limpiar el suelo.

Pasé por delante del refugio y dejé atrás su invitadora luz amarilla; sorteé todas las bandas de engendros que pude, pero nunca sobrepasando los veinte kilómetros por hora. Al cabo de un rato me encontré delante de la casa de Glenda, cogí el teléfono y marqué su número. Cuando ella me contestó desde el otro lado de la línea, le grité a punto de perder mi ya precario auto-control:

—¡Soy Ronald! —Me tomé un respiro para recuperar el aliento y añadí —: ¡Por el amor de Dios, abre la puerta del garaje!

—¿Qué estás haciendo ahí fuera a estas horas? —Escuché su voz, entre sorprendida y alarmada.

Era absurdo imaginar que Glenda se negara a abrirme la puerta, pero por un momento temí que me mandara al diablo, y le expliqué:

—¡No hay ningún bicho cerca! ¡Por Dios, abre de una vez! ¡He venido para decirte que acabo de ver al hermano de tu amiga!

La puerta de acero pintada de rojo se levantó y yo conduje el coche por la rampa, rugiendo el motor, soltando gases. Estaba realmente asustado. Escuché a mi espalda caer el portalón de acero y comprobé que no se había metido dentro ningún engendro. Entonces los nervios se apoderaron de mí y casi me eché a llorar.

El ayuntamiento de Nueva York comprendió en seguida que la nueva situación requería medidas de emergencia y subvencionó la construcción de aparcamientos subterráneos en todos los edificios cuya estructura admitía tales reformas, pensando que cuantos menos coches quedaran en la calle por las noches mejor sería. También, naturalmente, aportó dinero del erario para que todas las casas fueran pintadas de rojo hasta la quinta planta, aunque los engendros no podían trepar más allá de dos o tres metros.

Mentalmente di las gracias al Todopoderoso porque la casa de Glenda disponía de aparcamiento subterráneo. Encendí las luces del amplio garaje y volví a comprobar que ni un solo engendro, ni siquiera pequeñito, se había introducido a la vez que yo. También me aseguré de que mi coche no entorpecería la entrada de otros y me dirigí al ascensor.

Yo había estado varias veces en el aparcamiento de Glenda, pero sólo una noche ella accedió a que nos acostáramos juntos. Nuestras relaciones a partir de entonces se limitaron a las normales entre dos buenos amigos y compañeros de trabajo y mi orgullo me impidió preguntarle por qué no hubo entre nosotros más noches como aquélla. Ella tampoco me dio una explicación por propia iniciativa.

Cuando el ascensor se detuvo en el sexto piso y lo abrí, Glenda estaba esperándome en la puerta; vestía un chándal de andar por casa y seguía estando atractiva sin una pizca de maquillaje, incluso con el ceño fruncido.

—Hola —dije, tratando de infundirle tranquilidad con una sonrisa—. Me hice un lío por esas calles, tuve que volver a cruzar el parque y cuando me di cuenta me encontré donde anoche...

Ella me señaló la puerta de su casa, abierta. El pasillo permanecía a oscuras, pero las luces de la salita estaban encendidas. Entramos y escuché a mi espalda la puerta cerrarse.

Me dirigí a la ventana y apañé las cortinas para mirar la calle.

Glenda sólo tardó en reunirse conmigo el tiempo que necesitó para llenar un vaso con hielo y vodka.

—Tienes cara de necesitarlo —me dijo después de ponerlo en mis manos, e intentó localizar en la calle lo que yo buscaba.

Mi interés estaba en los grupos de engendros deambulando por la calzada y las aceras. Calculé que había una proporción baja, es decir, unos mil por

kilómetro cuadrado. He aprendido a sacar porcentajes a simple vista.

—Me viene a la memoria la primera noche, Glenda —dije. Bebí un trago y continué—: Fue ese mes de julio tan caluroso y yo tenía las ventanas abiertas porque el maldito aire acondicionado se había averiado hacía una semana y no conseguía que nadie lo arreglara.

—Yo estaba en California —susurró Glenda.

—Eran las dos de la madrugada —seguí después de un nuevo sorbo de vodka—. Me despertó el murmullo que subía de la calle y salté de la cama pensando que se trataba de una pelea, pero el sonido era sordo, como el carraspeo continuo de cientos de gargantas. Cuando me asomé y descubrí lo que había abajo no daba crédito a mis ojos.

—Las primeras noches apenas atacaron. ¿Por qué?

—Es posible que estuvieran tan desconcertados deambulando por la oscuridad como nosotros de verlos a ellos. —Entorné los ojos—. Dios mío, esa noche la calle estaba llena de punta a punta, y era real la masa fétida y oscura que caminaba sin rumbo de un lado a otro, como un inacabable desfile, más horrible que si estuviera compuesto de hombres lobos y vampiros, monstruos de frankensteins y demonios, trasgos y alienígenas de cómics. Me costó convencerme de que no soñaba, como creí en un principio. Eran tantos que si hubiera lanzado una moneda no habría llegado al suelo.

Entreabré una de las puertas de la ventana; necesitaba mirar lo que había fuera sin el tono escarlata del cristal. Glenda, aunque no necesitara vidrios entintados para su seguridad, los había colocado hacía tiempo. Reconocí a cuatro o cinco especies de engendros, pero la mayoría seguían siendo desconocidos para mí. Los más habituales en las noches son los llamados babosos, escamosos, gran reptil y la variada gama peluda. Lo común en todos es que caminan sobre dos patas y poseen una enorme mandíbula y un par de garras capaces de abrir en canal a una persona. Cuando atrapan a un ser humano apenas dejan como testimonio de su ferocidad una parte del cráneo y una gran mancha de sangre en el suelo.

En la esquina apareció una luz. El coche preparado de una pandilla de desafiantes pasó raudo, atropellando a cuantos engendros se pusieron en su camino y haciendo volar por los aires a otros. Sonaron un par de disparos de escopetas, pero no vi los monstruos que alcanzaron. Por último, escuché el chirrido de las ruedas del vehículo al girar hacia la siguiente calle. Por el momento los desafiantes seguían con vida. A pesar de que odio a estos chicos que exponen para nada su vida, deseé que alcanzaran su refugio y pudieran

celebrar con unas cervezas su discutible hazaña. Cuando el olor de la calle empezó a molestarme, cerré la ventana y me volví hacia Glenda.

—Es cierto que vi a un hombre en el parque —dije—. Le reconocí. Era Benjamin. ¿Sabías que volvió a escaparse?

Ella asintió con la cabeza y señaló la puerta de su dormitorio.

—Nos llamaron de la clínica. Cora está durmiendo ahora.

Alcé una ceja, sorprendido. Inmediatamente pensé que Glenda debió obligar a Cora a tomar un sedante para dormir, porque aún era temprano para irse a la cama. La gente se ha acostumbrado a acostarse alrededor de las nueve, para levantarse al alba y largarse a su trabajo apenas los primeros rayos del sol hayan limpiado las calles de engendros. Todos los horarios comerciales y las jornadas laborales en las industrias han tenido que ser modificados tan profundamente como nuestras ideas de lo fantástico e irreal.

—Le di un calmante —añadió Glenda, sin apartar la mirada de la calle—. La noticia la afectó mucho. Cuando llamaste estaba a su lado, vigilando su sueño. La pobre debe sufrir horribles pesadillas.

—¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé. Creo que no piensa volver a la granja sabiendo que su hermano anda perdido. Mañana llamará a sus padres y les dirá lo que ha pasado, pero no quiere que el pequeño Tom se entere.

—¿Quién es el pequeño Tom?

Glenda cruzó los brazos y me miró turbada.

—Olvidé decirte que Cora estuvo casada. Tiene un pequeño llamado Tom que siempre le pregunta por su tío Ben. Aún le recuerda de la última vez que les visitó.

—¿Viuda?

—Divorciada. Kevin, su exmarido, se lió con otra mujer de la ciudad, empezaron las disputas y decidieron divorciarse. Cora no sabe nada de él desde hace un par de años, excepto que se marchó a Los Angeles.

—Ese Kevin debe ser un estúpido —gruñí, volviendo a mirar hacia la calle—. Yo sería capaz de casarme con una granjera gorda y bigotuda con tal de alejarme de esta maldita ciudad. No sabes lo que daría por poder dormir con la ventana abierta y seguro de que el engendro más próximo babea a kilómetros de distancia, asustando y dando por el culo a los habitantes de las ciudades...

—¿Estás pensando pedirle a Cora que se case contigo? me preguntó mirándome de soslayo, entre irónica y algo preocupada. De pronto me di cuenta de que los engendros de la calle habían formado un círculo alrededor de una

sombra, de aspecto demasiado humano, que parecía no saber qué dirección tomar en su lento deambular. Cuando miré más fijamente descubrí que era un hombre, y se trataba de...

—¡Es Benjamin García! —exclamé. Agarré a Glenda de un brazo y la obligué a mirar por la ventana—. Cristo, ¿cómo ha llegado hasta aquí tan pronto? ¿Sabía tu dirección?

Glenda negó con la cabeza e iba a mirar, pero en aquel preciso instante un prolongado grito de mujer salió del dormitorio.

Mi cabeza giró de un lado a otro. Yo quería mirar hacia abajo, temiendo que el encantamiento que protegía a Benjamin García se rompiera y los engendros se arrojaran sobre él y sus brazos y piernas, desgarradas a dentelladas, empezaran a volar por el aire. Pero también necesitaba saber por qué motivo había gritado Cora.

Todavía dudaba si ir al dormitorio, cuando la puerta de éste se abrió y apareció Cora, con los ojos muy abiertos y una patética expresión de miedo y sorpresa en su rostro, y echo a correr hacia nosotros.

—¡Benjamin! —gritó, nos apartó y empezó a golpear las hojas de la ventana—: ¡Benjamin, Benjamin!

La sujeté por los hombros porque temí que fuera a arrojarla a la calle. Su fuerza me sorprendió. Me costó mucho trabajo poder sujetarla.

—¡Benjamin!

Miré suplicante a Glenda para que me ayudara. A pesar de que su expresión era de absoluta confusión, se había dado cuenta de que Cora había adivinado la presencia de su hermano en la calle desde el interior de una habitación que no poseía una ventana al exterior.

—¡Benjamin!

Cora perdió de pronto sus fuerzas y se desplomó. Conseguí sujetarla para que no se golpeará al caer, e inmediatamente dirigí una mirada abajo.

Benjamín se alejaba caminando despacio y los engendros se apartaban sumisamente a su paso.

Cora había perdido el sentido.

—Dios mío, van a destrozarlo... —gimió Glenda.

Sacudí la cabeza y dije:

—No. Ningún engendro le molestará. Si ya no lo han devorado, jamás lo harán.

Alcé a Cora para llevarla en brazos al dormitorio. Eché una última mirada por la ventana. En la calle sólo quedaban engendros. Todos tenían vuelta la cabeza hacia la esquina por la que Benjamín había desaparecido.

6

No podía quitarme de la cabeza a los hermanos García a pesar de los días que transcurrieron. Seguía pensando en ellos y en los extraños acontecimientos, sobre todo en la incomprensible reacción de Cora al día siguiente.

¿Por qué Cora decidió marcharse de la ciudad con tanta precipitación, contradiciendo su propósito de no regresar a casa mientras su hermano estuviera en peligro? Era como si hubiera cambiado de parecer después de haber adivinado, intuitivo o lo que fuera, la presencia de su hermano en la calle mientras la creíamos dormida. Después se produjo su sueño profundo, y yo la dejé así al amanecer, durmiendo plácidamente, como una niña que no tuviera temor a nada ni a nadie y ninguna preocupación la atormentara.

Consideré casi inhumano que ella dejara a Benjamín perdido por las calles, un hombre convertido en una especie de vegetal que podía caminar, imposibilitado para hablar y casi seguro que sin capacidad de raciocinio. A mí no me bastaba haberle visto por dos veces entre engendros y que hubiera salido ileso del trance para quedarme tranquilo. Yo temía que su suerte o la brujería que le protegía le abandonara cuando menos lo esperásemos.

Aquel cúmulo de hechos me tenía desconcertado. Por ejemplo, entre su primera y segunda fuga, Ben comunicó a su hermana que su aventura nocturna era cierta, pero no le reveló por qué motivo lo hizo ni le adivinó que volvería a intentar escapar. Además, si no podía pronunciar una palabra, ¿de qué manera se comunicó con Cora? Porque yo no aceptaba la posibilidad de que se lo hubiese escrito o empleado la mímica.

Todo había sido tan extraño que mis reflexiones me llevaron a considerar la posibilidad de que entre los dos hermanos había existido una comunicación telepática muy breve, que se repitió cuando Ben apareció ante la casa de Glenda y Cora salió muy nerviosa del dormitorio, gritando que él estaba en la calle. ¿Ben le transmitió un mensaje, esta vez más extenso, y consiguió calmarla hasta el punto de sumirla en un sueño tan profundo que a Glenda y a mí nos hizo creer que se había desmayado a causa de la emoción?

Yo no había creído hasta entonces en fenómenos paranormales, extrasensoriales o relacionados con la brujería. No eran temas que hubiera cultivado en mi profesión.

Aquella noche deposité a la desvanecida Cora en la cama de Glenda, y mi amiga y yo cruzamos una mirada de preocupación. Creo que yo fui quien

propuso pedir ayuda, aunque sin mucha convicción. Hoy en día llamar un médico de noche es perder el tiempo como no se trate de un caso de vida o muerte. Por tanto, solicitar su presencia para que asistiera a una mujer que había perdido el sentido al ver a su hermano en la calle, rodeado de engendros, era arriesgarme demasiado. Las normas dictadas por el Comité no admiten bromas de esta clase.

Cora durmió plácidamente y toda la noche mantuvo una expresión dulce en su rostro, como si se hubiera librado de una gran preocupación y una dulce paz hubiese serenado su alma. Cuando amaneció y yo me marché a la emisora, seguía durmiendo y parecía disfrutar de un bonito sueño.

Glenda me pidió que la excusara en el trabajo y no volví a verla hasta pasado el mediodía, cuando entró en la oficina fresca como una rosa y, sin embargo, con una leve mueca de preocupación. Como si le costara comunicármelo, dijo que Cora había regresado a su casa.

Yo me quedé de piedra, perplejo y con la boca abierta. ¿Cora de vuelta a Texas? ¿Por qué demonios no se había quedado para averiguar la suerte que había corrido su hermano y ayudarle, como fue su firme decisión hasta el momento en que sintió su presencia en la calle? Pregunté a Glenda si su amiga se había vuelto loca.

Pues así es, respondió Glenda, rehuendo mirarme a la cara y fingiendo enfrascarse en la lectura del boletín con las últimas noticias llegadas de Europa.

Glenda añadió que la había acompañado al aeropuerto. Cora llegaría a la granja después de tres vuelos y tres noches en los recintos de tránsito. Para el regreso no había sido afortunada y no pudo conseguir un vuelo directo. Cuando yo le dije que no podía creer aquello me pidió que nos olvidáramos del asunto.

Después de ese día no volvimos a hablar de los García ni comentamos el insólito comportamiento de Ben, y no es que yo no sintiera ganas, sino que Glenda cambiaba hábilmente de conversación cada vez que empezaba a rozar el tema.

El día en que me hice el propósito de que Glenda tenía que darme una explicación nos encontrábamos en una cafetería terminando de almorzar.

—¿Qué noticias tienes de Cora? —le pregunté, y disimulé mi ansiedad por escuchar su respuesta observando sin ningún interés a los obreros que daban una nueva mano de pintura, roja, naturalmente, al edificio situado al otro lado de la calle.

A Glenda le pilló mi pregunta con la guardia baja, pero en seguida reaccionó y siguió cortando despacito el resto de su filete.

—Hace unos días recibí una carta de ella —dijo—. Cora me asegura que su familia está bien.

—¿Al referirse a su familia incluye a Benjamin?

—De él no sabe nada —Glenda se puso algo nerviosa—. ¿Por qué no hablamos del trabajo? Me gustaría conocer qué opinas acerca de la intención de Bannister de poner en tela de juicio el plan del Comité de volver a revisar todas las investigaciones relacionadas con el origen de los engendros que han estado archivándose estos años.

—Eso es tirar el dinero de todos los contribuyentes del mundo —gruñí, enfadado porque Glenda se había desmarcado otra vez—. El Comité exige cada vez más subvenciones, y la verdad es que no sabe cómo justificar lo que recibe. ¿Por qué la ONU no le despoja de una vez de sus privilegios? Debería ser disuelto. Bannister haría bien atacándolo sin piedad, porque el cuarto poder aún cuenta, ¿no?

Antes de que Glenda me contestara, crucé los brazos sobre la mesa y le dije:

—Esta noche tengo una partida de póquer.

—No es ninguna novedad. Ya sé que te gusta jugar.

—Rossi me ha invitado.

—¿Qué tiene de extraño?

—El matasanos quedó muy enfadado conmigo tras la visita que le hice. Yo lo sentí, porque ya sabes que quien pierde la amistad de un médico corre un grave riesgo si algún día se pone enfermo, por eso del corporativismo.

—¿Te preocupa que Rossi haya decidido perdonar la descortés visita que le hiciste en la clínica? —sonrió ella.

Entorné los ojos y conté hasta cinco. No, no quería perder la calma. Maldita sea, si aquel día me comporté en la clínica como un investigador de televisión, amenazando a diestro y siniestro, la culpa la tuvieron Glenda y Cora. Ellas me calentaron los cascos.

Yo me había imaginado historias en las que matones del Comité, con aspecto de guardianes de las SS hitlerianas, raptaban a Ben, y un equipo de cirujanos locos lo cortaban a cachitos para obtener un antídoto contra los engendros, por el que los hombres más ricos del mundo pagarían verdaderas fortunas. Después de unas semanas ya dudaba incluso de haber visto a Ben desde mi coche y más tarde en la calle, cuando me asomé a la ventana del apartamento de Glenda. Como a ningún hombre nacido de mujer se le acercan

engendros para rendirle pleitesía, Benjamín García era para mí el misterioso Señor de los Engendros.

Claro que la invitación de Rossi me había extrañado, entre otras cosas porque su voz me sonó excitada y nerviosa, como si le fuera la vida que yo aceptara ir a su apartamento. Hubiera intentado explicárselo a Glenda, pero ella no entendió mi preocupación y preferí mantener cerrada la boca.

Me levanté bastante furioso, puse sobre la mesa el importe de mi almuerzo y dije:

—Ya te contaré cómo me fue la partida.

—Eh, espera: ¿Qué querías contarme?

No le respondí y salí de la cafetería. Si me hubiera quedado la habría llamado algo demasiado feo, de lo que me hubiera arrepentido en seguida.

Aún faltaba tiempo para las cinco, hora en que había quedado citado con Rossi, y pensé que un paseo me sentaría bien.

Debo cuidarme, me dije; ya no soy un jovencito, y fumo y bebo demasiado. Si sigo así no llegaré a cobrar el retiro y me disgustaría que otros se beneficiaran de mi dinero.

Este pensamiento nada optimista y al mismo tiempo típico en alguien tan escéptico como yo, que había empezado a columpiarme en el borde de los fatídicos cuarenta, coincidió con una distraída mirada que eché al escaparate de una tienda de juguetes.

Permanecí un rato contemplando los muñecos que imitaban a los engendros más populares. Los padres ya se habían cansado de comprar a sus hijas muñecas capaces de alumbrar muñequitos o menstruar y ahora les regalaban horrendas reproducciones de los malditos bichos que nos tenían prohibido disfrutar de un paseo por la noche.

Di la espalda al escaparate lleno de asquerosos muñecos peludos, escamosos y viscosos y volví los ojos hacia la avenida, que contemplé como si fuera la primera vez, a pesar de que había caminado por ella *centenares* de veces durante los últimos años en que luchábamos por adaptarnos a una nueva clase de vida.

Casi había olvidado cómo era la ciudad cuando las primeras plantas de los edificios y los coches no estaban pintados de rojo. Me costaba recordar el aspecto de la avenida hacía cinco años. Sabemos el día en que empiezan todos los acontecimientos trágicos, como las guerras, las epidemias y las crisis económicas, pero jamás cuándo van a terminar. Lo mismo ocurre ahora. Conocemos el momento en que apareció la pesadilla, el día y casi el segundo exacto en que el mundo giraba como siempre y ya transportaba en su zona

oscura las temidas legiones de los dueños de la noche. Nadie se atreve a vaticinar cuándo regresarán para siempre al misterioso lugar de donde van y vienen, ni si lo harán alguna vez.

¿Será el mundo así para siempre? Una parte de la Tierra sobrevive, pero el resto, cada día que transcurre tiene menos fuerzas para enfrentarse al desafío de cada noche, a la amenaza constante que surge al atardecer y no desaparece hasta el retorno del bendito Sol.

¿Estamos necesitando a un nuevo Josué que suplique a Dios que detenga el Sol para que la Humanidad gane esta batalla? Mas si ocurriera este milagro, ¿qué pasaría con la mitad de la Tierra que fuera condenada a la noche eterna?

Un milagro de esta especie no puede esperarse del Todopoderoso, porque Él no sacrificaría media Humanidad para otorgar la paz a la otra media. ¿O sí lo haría?

Sin darme cuenta, ensimismado con mis pensamientos, había llegado hasta Broadway y fui leyendo los grandes anuncios de los espectáculos. La gente salía de un teatro; había terminado la función de un musical titulado *Me enamoré de un engendro*. Llevaba en cartel casi cuatro años y Hollywood iba a llevarlo al cine.

Broadway ha cambiado el horario de sus representaciones para dar tiempo al público a regresar a sus casas antes del anochecer. Se ha acabado la vida nocturna en la avenida de la diversión, pero continúa durante el día, aunque para mí ya no es igual.

En otro cartel había un par de grandes rostros de los actores principales del vodevil con el horrible título de *Los engendros se marcharán cuando yo lo ordene*. Otro éxito, tal vez porque a todos nos gustaría poder dar esa orden. En la obra el mundo queda limpio de los repugnantes bichos por deseo del protagonista. Qué bien. ¿Qué final más feliz podía encontrar el autor?

Detuve un taxi. El taxista, antes de dejarme entrar, me preguntó adónde quería ir yo. Cuando le dije el número de la calle de Rossi, hizo un pequeño cálculo mental para comprobar que disponía de tiempo suficiente. —Puedo llevarle, señor —dijo sonriendo, y pulsó el botón que me permitiría abrir la puerta—. Éste será mi último servicio.

La gente estaba terminando de salir de otros teatros y en sus rostros había sonrisas mientras comentaban la comedia que acababan de ver. Parecían haberse divertido y pronto estarían en sus confortables casas, y si hacían un pequeño esfuerzo olvidarían que con las sombras aparecerían los engendros para convertirse en los terribles transeúntes de la avenida.

¿Alguna vez sabremos de dónde proceden y a dónde se marchan cuando la luz y el calor del Sol los expulsa de las tinieblas?

Meneé la cabeza. Empezaba a sentir un pequeño dolor en la sien. Pronto estaría en casa de Rossi y por fin sabría lo que se escondía detrás de su invitación.

No conocía a ninguno de los tres hombres.

Jamás había visto anteriormente a los amigos de Rossi que encontré en su casa, y me pregunté si durante las últimas semanas que yo no había ido a jugar habrían quedado tan desplumados los jugadores de siempre que ya no volverían por algún tiempo.

Rossi me los presentó y, a medida que yo iba escuchando los nombres por los que debía llamarlos, me preguntaba en qué diablos podían ganarse la vida con aquella catadura.

El de más edad, alto y delgado, que me miraba fijamente tras los gruesos cristales de sus gafas, era Davenport; el segundo, un tipo corpulento y con rojo pelo cortado al cepillo, se llamaba Carmichael y fue quien estrechó mi mano con más fuerza que ninguno. Al último de los tres lo catalogué como el más extraño de todos: su estatura era de poco más de metro sesenta y vestía un impecable traje de corte italiano, corbata de seda roja y camisa color crema. Su estrecho rostro era como el de un águila, y sus ojillos negros parecían querer perforarme la frente para meterse dentro de mi cabeza y leer mis pensamientos. Rossi dijo que su nombre era Hans Kummer.

Nos sentamos alrededor de la mesa y Carmichael rompió el sello de una baraja, separó los naipes sobrantes y empezó a barajar.

—¿Póquer tradicional? —propuso.

Aceptamos en silencio que así jugaríamos y Rossi sirvió las primeras copas.

—Apuestas de diez —dijo Carmichael después de sortear quién repartía.

Aquellos tipos sabían jugar, lo presentí en la primera mano, aunque apostaban con cautela. Una hora después yo estaba seguro de que eran consumados jugadores, pero intentaban no desplumarme. ¿Por qué? También me di cuenta de que Rossi sudaba demasiado y estaba cada vez más nervioso.

Había oscurecido, yo llevaba en el hígado cuatro copas, me había fumado ocho o diez cigarrillos y me hubiera marchado de haber podido. Era una maldita y aburrida partida de póquer, aunque estuviera ganando un par de cientos de dólares. No me gustaban en absoluto mis compañeros de mesa, tal vez porque hablaban poco y no sabían ningún chiste. Las reuniones en casa de Rossi, aunque yo acabara sin un centavo al amanecer, siempre me resultaban

divertidas. Con los otros jugadores bromeábamos y nos contábamos nuestros problemas. En cambio, esa noche era peor que estar en un funeral.

Como si la oscuridad que se había asomado por la ventana fuera una señal convenida, al triste trío le entraron ganas de conversar.

—Tengo entendido que su trabajo es excitante, señor Martin —dijo Davenport sin levantar la mirada de sus cartas.

—¿Lo cree así? —contesté—. ¿A qué se dedica usted, señor?

—Viajante. Vendo ropa interior femenina.

—¿Están preparando alguna noticia interesante en su programa, señor Martin? —intervino Carmichael.

—¿Le gusta? —le pregunté a mi vez. De reojo observé a Rossi. Ahora sudaba más que nunca y le temblaban las manos.

—Lo veo todas las noches —contestó Carmichael—. Es el mejor. No me pierdo ni uno. Bueno, esta noche no lo veré.

—Empezaré dentro de pocos minutos. Si quiere dejamos de jugar un rato y lo vemos mientras descansamos.

—¿Usted se ha cansado de jugar, señor? —inquirió Kummer con su aflautada voz—. No creo que quiera dejar de jugar. Va ganando, ¿verdad?

Arrojé las cartas sobre la mesa.

—Paso —dije. Rossi había abandonado también y se levantó para dirigirse a la cocina—. Disculpenme. Vuelvo en seguida.

Al darse cuenta de que le seguía, Rossi se volvió y me preguntó si necesitaba algo.

—Hablar contigo —le susurré—. Quiero preguntarte qué está pasando y de dónde demonios has sacado a esos amigos tuyos tan raros.

—No sé lo que quieres decir...

—Me largaría ahora mismo si no hubiera venido en taxi.

Escuché a mi espalda:

—Dese prisa, señor Martin; vamos a dar cartas.

Volví la cabeza. Me había hablado Kummer, pero con tanta autoridad que sus palabras sonaron como una orden que yo no podía desobedecer.

—Hábleme de su trabajo, señor Martin —pidió Kummer, señalándome mi asiento.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté, apoyando las manos en el respaldo de la silla.

Carmichael actuó tan rápidamente que me sorprendió que un hombre de su corpulencia pudiera moverse así. Sus manazas cayeron sobre mis hombros y me obligó a sentarme con tanta fuerza que me crujió el trasero.

—¿Una copa? —me preguntó Davenport, llenando mi vaso hasta el borde.
¿Pretendían emborracharme?, me pregunté mirando el vodka.

Rossi no se había movido de la puerta y me observaba sin parar de restregarse las manos.

—¡Hijo de puta! —le grité. Otra vez las manos del gorila con pelo rojo oprimieron mis hombros y sentí sus dedos hundirse en mi carne, obligándome a mirar de frente al pequeñajo. Por tanto, Kummer era el jefe.

—Tranquilícese —dijo Kummer.

—¿Qué desean de mí? —pregunté.

Kummer había reunido las cartas y las barajaba, pero no tenía la menor intención de repartirlas. Iba a empezar una dase de juego que yo temía que no sería de mi agrado.

—Lamento que se haya puesto nervioso, Ronald —dijo Kummer—. Mi propósito era ganarme su confianza para que acabáramos charlando como viejos amigos. Por su bien, naturalmente.

—¿Haciéndome beber hasta que la lengua se me soltara? Rossi, hijo de puta, ¿por qué te has prestado a este juego?

Le hice la pregunta sin volverme para que Carmichael no me acariciara otra vez a su manera.

—Me obligaron, amigo —me contestó el medicucho.

—¿Cómo te atreves a llamarme amigo? A los amigos no se les propina una patada en los cojones cuando menos lo esperan.

—Presionaron a la clínica, y la dirección me pidió que colaborara. Ron, me aseguraron que podía ser peor para ti si tenían que interrogarte en otro lugar —dijo Rossi. Su voz me pareció sincera. Quizás fuera cierto que había accedido a la fuerza—. No lo hagas difícil, por favor. Es cierto que ellos quieren ser amables. Lo siento de veras, pero no quiero acabar mi carrera en África.

Me quedé de una pieza; miré a Kummer, luego a Davenport y por último tuve que conformarme con oler el aliento de Carmichael, que seguía detrás de mí. La situación hizo que mis nervios se desataran y solté una carcajada.

—¿De qué se ríe, Ronald? —me preguntó Kummer; se le cayeron algunas cartas de las manos. Mi risa le había desconcertado.

—Por favor, ¿se han mirado al espejo? ¿Creen que con esas caras podían ganarse mi confianza? Ni bebiéndome dos botellas de whisky conseguirían que yo les viera guapos y simpáticos. Ninguno de ustedes sería aceptado como compañero en la tertulia del estrangulador de Boston y Jack el Destripador.

Kummer recuperó las cartas y empezó a hacer un solitario. Me sonrió con sólo la mitad de los labios; con la otra mitad formó una mueca.

—Está bien —dijo parsimoniosamente—. Al menos lo intentamos y le dejamos ganar unas manos. Ahora todo será distinto, Ronald.

—¿Van a quitarme lo que he ganado?

La mirada de Kummer hizo que me arrepintiera de tratarle con tanta ligereza. El hombrecillo sacó su cartera, y antes de mostrarme lo que quería que yo viera, pregunté:

—¿CIA, FBI, alguna agencia secreta del Pentágono?

Puso delante de mis ojos una tarjeta de plástico con una foto de su maldita cara en un ángulo. Sí, se llamaba Kummer, Hans Kummer, pero no era americano, sino alemán y coordinador del Comité en Nueva York. Es decir, él era uno de esos especímenes que yo tanto aborrecía porque estaban por encima del bien y del mal. Era juez y verdugo. Kummer podía cortarme en rodajas y luego llamar a la policía para que arrojara mis restos a la basura, y si le daba la gana defecaría dentro de la bolsa de plástico donde hubiera sido depositado lo que quedase de mí. Y encima podía echar una bronca a los agentes por haberse presentado ante él con la camisa desabrochada.

Así se habían puesto las cosas. Empecé a creer que Rossi sí era mi amigo por haberse prestado a aquel juego que yo había desbaratado en su comienzo, pero ya no tenía remedio. Si los siniestros miembros del Comité querían algo de mí lo mejor sería colaborar con ellos. Los héroes no leen los epitafios de sus tumbas.

La cuestión era: ¿Qué querían de mí? Aunque presentía cuál podía ser el motivo, con la gente del Comité uno nunca puede adivinar sus intenciones.

Yo deseaba que me creyeran y no dudaran de que hubiera nada oculto en mis respuestas. Con algo más de suerte podían dejarme marchar sin demasiados vacíos en mi dentadura y los meñiques enteros.

Se dieron cuenta en seguida de que yo estaba asustado y dispuesto a colaborar. Carmichael arrastró una silla y se sentó muy cerca de mí, mientras Davenport lo hizo al lado de su jefe. Rossi desapareció cuando Kummer le hizo un gesto con la mano y lo mandó a la cocina porque ya no era hora de enviar a nadie a la calle a comprar el periódico o unas latas de cerveza, a no ser que quisiera librarse del recadero para siempre.

—¿Qué quieren exactamente? —pregunté después de lanzar un comedido suspiro.

—Debe saber, Ronald, que no podrá utilizar en su trabajo nada de cuanto usted escuche aquí —dijo Kummer—. Si lo hace una vez no tendrá ocasión

de repetirlo. ¿Entendido?

No me dejó tiempo ni para asentir con la cabeza, y continuó:

—Metió las narices en el asunto de Benjamín García porque su compañera Glenda le pidió que ayudara a la hermana, pero olfateó una gran noticia, ¿verdad? Luego, en plan duro, amenazó al doctor Gustafson con acusarle de prevaricación, estafa o lo que sea, para que a cambio de su silencio le diera información.

—Eso lo sabe mucha gente, pero no ocurrió así...

—Escúcheme —me interrumpió Kummer, y yo me atraganté—. Hable sólo cuando le pregunte —me ofreció un cigarrillo que me encendió y Carmichael acercó mi copa de vodka. Los tipos parecían desear recuperar su papel de buena gente, ya que debió costarles mucho aprendérselo y no querían echar a perder el esfuerzo—. La noche en que su compañero Joe Parrish sirvió de cena para los engendros, usted le escuchó decir que había visto un hombre paseando entre una pandilla de monstruos que lo observaban embobados. Veinticuatro horas después, en el mismo lugar del parque, usted volvió a encontrarse con ese hombre, que reconoció como Benjamín García, a quien poco después vio frente a la casa de Glenda. ¿Es correcto?

—¿Cómo demonios conocen todos esos detalles? —exclamé sorprendido—. ¿Qué les han hecho a Cora y Glenda?

—No hemos tocado un cabello a sus amiguitas, Ronald. Y no lo haremos si usted nos cuenta todo. Además, no han sido los únicos en ver a Benjamín confraternizando con los engendros. Tenemos otros testigos. Ben empezó a hacerse famoso a partir de esas noches, pero durante las últimas semanas hemos reunido testimonios de personas de este estado que juraron no estar borrachas cuando vieron a un hombre, que no puede ser otro que Ben, rodeado de engendros que acuden a su encuentro.

—¿Qué suponen ustedes que le ocurre a Benjamín y qué esperan obtener de todo esto?

—Eso es asunto nuestro. Le conviene ayudarnos y no hacerse preguntas. Ahora hablemos de Cora. Esa chica nos preocupa. ¿Por qué adivinó que su hermano estaba en la calle si no podía verlo desde la habitación donde dormía?

¿Desde cuándo andaba el Comité detrás de Benjamín, de Glenda, de Cora y de mí, vigilándonos a todas horas y espiando cada uno de nuestros pasos? Gemí en silencio. Los bastardos debían de estar espiando el apartamento de Glenda desde aquella noche y de alguna manera nos oyeron. Por ahí podía haber un vídeo con nosotros como protagonistas. Si se tomaban tantas

molestias es que consideraban el asunto demasiado importante. Después de carraspear, dije:

—Ustedes fueron advertidos por la dirección de la clínica que Benjamín García era un tipo especial incluso antes de que empezara a escaparse, ¿verdad?

—No es bueno para su salud que haga preguntas inteligentes, Ronald —dijo Carmichael.

—¿Tengo que decirles estupideces para que me entiendan?

—Déjese de bromas —gruñó Kummer—. Hablemos claro, Ronald. Nosotros creemos que usted conoce el paradero de Benjamín.

Negué con la cabeza.

—Hace unas horas pregunté a Glenda por los García, y me aseguró que desde que se marchó sólo ha recibido una carta de Cora, diciéndole que está bien en la granja.

—Conocemos el contenido de la carta.

—Eso es un delito federal...

—No diga tonterías — Kummer golpeó la mesa con un dedo—. Éste es un asunto que concierne al mundo, Ron. Y el mundo está por encima de cualquier estúpida ley. Queremos jugar limpio con usted y esperamos lo mismo por su parte. ¿Qué sabe de Benjamín?

Me tomé unos segundos para pensar que el Comité sospechaba que Glenda sabía algo que Cora le había transmitido de alguna manera que no habían podido interceptar. Por tanto, yo debía llegar a la conclusión de que no sabían por dónde andaba Benjamín, estaban desconcertados. ¿Acaso un hombre con la mente en blanco, incapaz de hablar y sin un centavo en el bolsillo puede ir muy lejos?

—No sé nada, se lo juro. ¿Y ustedes? ¿Cuándo ha sido la última vez que Benjamín ha sido visto y en qué lugar?

Kummer titubeó antes de darme la respuesta.

—En Nueva Jersey. Allí le vieron unos desafiantes a poca distancia y le sacaron unas fotos. La policía los capturó poco después y encontraron el carrete, que una vez revelado nos fue enviado. En una foto estaba Benjamín, caminando tranquilamente y escoltado por unos cien engendros de diversas especies. Es la última noticia que hemos tenido de él. Ahí perdimos su pista, pero sospechamos que su intención es reunirse con su familia.

Me rasqué la nariz. La situación no estaba como para intentar engañar a los tres sicarios del Comité. Lo peor es que yo no sabía lo que debía decirles para engañarlos. Anoté en mi mente que Kummer no parecía interesado en

que yo le relatara lo que ocurrió en el apartamento de Glenda cuando Cora entró gritando en el salón, diciendo que Benjamin estaba en la calle, para luego perder el sentido. ¿Para qué, si ya lo sabía casi todo? Pero le faltaba algo, y no sería yo quien se lo dijera.

—¿Qué pensó de Cora García al saber que regresaba a la granja y se olvidaba de su hermano? —Era una buena pregunta la que me había hecho Kummer. La ciencia actual aún no puede leer los pensamientos de la gente a distancia y él quería saber lo que pasó por mi cabeza la mañana en que supe que Cora se había largado de la ciudad.

—Me sorprendió —admití—. No lo esperaba de Cora. Me dio la impresión de que ella quería mucho a su hermano y no lo abandonaría.

—¿Sabía que son mellizos?

Casi salté del asiento. Kummer era más listo de lo que me pareció en un principio. Tal vez sus sospechas no eran muy diferentes de las mías. Sí, yo debía respetarle.

—¿Tiene eso algo que ver?

—Todavía no lo sé. Probablemente no tenga importancia.

Pero él, al igual que yo, debía de pensar lo contrario.

Kummer sonrió ahora con toda la extensión de sus delgados y pálidos labios. Quise interpretar su gesto como de buen augurio para mí.

—No sacaremos nada interesante de este tipo, señor —dijo Davenport—. Ya temíamos que las mujeres no se fiaban de él. Deberíamos tener una charla con alguna de ellas. Mejor con las dos.

Me estremecí. Glenda no tendría la misma paciencia que yo. Ella se enfurecería y la entrevista podía terminar fatal para la salud de mi amiga.

El hombrecillo negó con la cabeza.

—No molestaremos a las mujeres —aseguró con voz grave y sin dejar de mirarme—. ¿Sabes por qué, Davenport? El señor Martin nos prestará toda la colaboración que necesitamos. ¿No es cierto, Ronald? Quiero decir que, tan pronto usted sepa algo nos lo dirá en seguida. ¿Verdad?

—Me encantaría cooperar con ustedes —sonreí, y me bebí el trago que estaba necesitando—. A cambio espero algo de su parte.

—¿Cree estar en situación de poner condiciones?

Y Carmichael me dio una palmada en la espalda que casi me tira de la silla.

—Déjale en paz —dijo Kummer—. ¿Qué desea, Ronald?

—No sé lo que pretenden, de veras, pero si al final obtienen algo importante, me gustaría tener... ¿Digamos la exclusiva de la noticia?

Naturalmente, yo no la divulgaría hasta que ustedes consiguieran el visto bueno de sus jefes y me autorizaran.

Aquel cabrito pequeño y venenoso me respondió demasiado rápidamente para que yo lo creyera:

—Naturalmente. Tiene mi palabra.

Bebí otro sorbo, estudié por encima del vaso de Kummer y me pregunté si yo estaba loco por empezar a considerarle mi amigo del alma.

—Podemos estar perdiendo el tiempo. Tal vez se lo hayan comido ya... —murmuré.

—No. Benjamin sigue vivo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Su familia le habría llorado si hubiera muerto. Creo que Cora sabría en seguida que a su hermanito le ha pasado algo.

—¿Vigilan a los García? —murmuré, preocupado.

Kummer se enfureció súbitamente, pero recuperó en seguida su extraña serenidad.

—¿Quién puede vigilar un lugar situado en una zona de Privilegio A? No podríamos acercarnos a la granja ni a diez kilómetros sin ser descubiertos. Sólo sabemos que los García se comportan como si nada malo le hubiera pasado a Ben.

—¿Qué esperan conseguir de Ben si le capturan? ¿Alguna vacuna para inocular a todos los americanos?

La mirada de Kummer se elevó por encima de mis hombros dirigiéndola con resentimiento a Rossi, que acababa de entrar.

—Si unos médicos estúpidos no hubieran cometido el error de informar demasiado tarde de lo que estaba pasando, a estas horas sabríamos si Benjamin García es un fraude o se trata de un prodigio de la naturaleza al que los engendros respetan.

—Sí, sería un regalo de Dios para la Humanidad que alguien descubriera una especie de... ¿sortilegio, antídoto?

Davenport lanzó un resoplido y alargó la mano para alcanzar la botella. Yo se la acerqué y le pregunté:

—¿Cuántas veces ha imaginado el Comité estar sobre una pista que pueda conjurar esta maldita situación?

—Bueno... —Kummer echó la cabeza atrás y pareció intentar recordar—. Desde que empezó el jaleo hemos estudiado cientos de teorías acerca del origen de los engendros; tal vez algunas menos que usted, señor Martin, pero demasiadas. Y ninguna valía la pena ser tomada en cuenta.

—Le comprendo —dije. ¿Por qué de pronto había dejado de sentir tanto odio hacia Kummer? Ya no deseaba matarlo despacito. Sólo me conformaba con aplastarle las pelotas. El hombrecillo me estaba resultando simpático—. Durante los primeros días, cuando los engendros aún no destrozaban ni devoraban a cuantas personas se ponían a su alcance, nuestra emisora se llenó de individuos que estaban convencidos de haberlos conjurado. También había otros que afirmaban ser capaces de exterminarlos con sus poderes mágicos. Todo esto sería divertido si no resultara patético.

—Brujos, encantadores, adivinos, esquizofrénicos, lamas chiflados, derviches borrachos, hechiceros drogadictos... Jesús, cuántas miles de horas hemos perdido comprobando tanta superchería. Le confieso, Ronald, que no hemos despreciado a ningún aparente loco hasta asegurarnos de que su lugar estaba en un manicomio.

—Ustedes deben conocer antes que nadie los informes científicos y deciden cuáles han de ser archivados como secretos. Dígame, ¿creen que alguna vez terminará esta pesadilla? —pregunté. Escuché a Rossi acercarse. La reunión sí parecía ahora de enemigos—. ¿Qué cambios han descubierto en los engendros que no hayan considerado conveniente divulgar?

—¿Qué está pensando, amigo?

Por fin me había llamado amigo. Lo estaba esperando.

—El mundo entero reza para que la invasión de los engendros desaparezca tan fulminantemente como llegó —dije—, y a pesar del tiempo transcurrido siguen quedando cientos de millones de seres que aún confían en que una noche, al atisbar entre las rendijas de su ventana, no encuentren fantasmas de mandíbulas de acero en las calles.

—¿Teme que la situación empeore? —preguntó Kummer.

Me alcé de hombros. Sinceramente, ya no sabía qué pensar ni a qué atenerme. En Kummer había un gesto de preocupación. ¿Por el futuro del hombre sobre la Tierra?

—Nos encontramos en un momento crucial, amigo Ronald —dijo Kummer. Volvió a tomar el mazo de cartas—. Medio mundo parece haberse adaptado, pero el otro medio, el del hambre y la miseria, ya no puede resistir más, y nosotros, los ricos, apenas somos capaces de ayudarlo. ¿Se imagina lo que pasaría si la situación empeorase? ¿Qué ocurriría si los engendros no se retiraran algún día al salir el sol y se quedaran para siempre sobre toda la Tierra, tanto en la mitad oscura como en la mitad iluminada?

Precisamente yo había pensado algo parecido antes de tomar el taxi. Fruncí el ceño y me pregunté si el Comité tenía indicios de que algo parecido

estuviera ocurriendo ya.

—¿Por qué no jugamos unas manos? —propuso Kummer—. Esta vez sería de verdad.

Miré el dinero que les había ganado tan poco deportivamente.

—¿No quiere que se lo devuelva? —pregunté.

—De ninguna manera —sonrió Kummer—. Claro que quiero recuperarlo, pero ganándoselo.

Sonreí. Casi llegué a abandonar la idea de aplastarle las pelotas.

8

Al día siguiente no conté a Glenda nada de lo ocurrido la noche de la extraña partida; mantuve la boca bien cerrada hasta que no tuve ninguna duda de que el Comité, como prometió Kummer, no la había molestado.

Decidí romper el silencio el día en que Glenda y yo visionábamos material para la próxima emisión. Eran imágenes del conflicto fronterizo armado entre la India y Bangla Desh, una guerra absurda como todas, pero ahora más absurda que nunca cuando sólo se puede combatir de día, ya que de noche los ejércitos tienen que dispersarse en el campo de batalla para que el número de combatientes no atraiga a los engendros.

Sí, las guerras no iban a ser menos y la estúpida actitud de los estúpidos generales y los estúpidos políticos se ha convertido en algo tan absurdo y extraño que antes de la aparición de la pesadilla nocturna hubiera causado risa. Pero los conflictos armados continúan a pesar de los inconvenientes, y quien imaginó que los engendros evitarían estas cosas, se equivocó.

—No está mal —dije cuando terminó el pase. Hice una señal con la mano al técnico para darle mi aprobación. Me volví hacia Glenda—. El gran jefe no saltará de alegría, pero tampoco pondrá el grito en el cielo. Es un relleno bastante decente. Cora, ¿no te parece que la gente está cansándose de escuchar noticias relacionadas con los engendros en todos los informativos?

Glenda bostezó.

—¿Es que hay otras noticias? De lo que la gente está cansada es de su presencia.

Cogí mi chaqueta con un dedo y me la eché al hombro.

—Vamos a tomar café —abrí la puerta y la invité a salir.

Después de un par de cafés conté a Glenda lo que pasó durante la partida. Ella, al día siguiente, no me preguntó cómo me había ido y me dolió que le interesaran tan poco mis problemas. ¿No le había insinuado que la invitación de Rossi me tenía preocupado?

Cuanto terminé de hablar, Glenda movió la cabeza y dijo:

—Ronald, Ronald, eres un ingenuo.

—Me han llamado cosas peores. ¿Por qué soy un ingenuo?

—Los tres sádicos del Comité interpretaron el papel que se habían aprendido, hasta el final.

—Lo intentaron, pero yo no les dejé.

—¿Acaso no quedasteis como buenos amigos?

—Yo no diría tanto...

—Cuando os despedisteis, Kummer te recordó con una sonrisa que confiaba en que tú no le decepcionarías y que si sabes algo nuevo de Benjamin se lo comunicarías en seguida, ¿verdad?

—Lo hice para que me dejara en paz. ¿Crees que me tragué su propaganda acerca de lo bueno que es el Comité con la gente?

—Ellos conocían tu desprecio por las actividades del Comité. Seguro que se asesoraron por un psicólogo, o por un equipo completo de psicólogos sobre la manera en que debían tratarte. Se comportaron tan torpemente que por fuerza tenías que adivinar quiénes eran y ellos lo reconocerían humildemente, ganándose tu confianza. Los subestimaste.

Empecé a sentirme mal. Resultaba muy difícil engañar a Glenda.

—Me prometieron que nos dejarían en paz... —rezongué—. Creo que los convencí de que iba a ayudarles. ¡Pero no es cierto! Si fingí lo hice por ti y por Cora. Dios mío, Glenda, aunque yo supiera donde está Ben no lo diría. ¿Te han molestado acaso? Dime, ¿te han molestado? Pues debes a este ingenuo que no te hayan tumbado en el potro del tormento, y ya me entiendes.

Glenda paseó la mirada cargada de recelos por la cafetería.

Yo no vi a nadie que pareciera tener interés en vigilarnos.

—Están esperando su momento, Ron —susurró ella, volviendo sus ojos a mí.

—¿Qué intentas decirme? Por mucho que te esfuerces en disimularlo, estás muy nerviosa. —Chasqueé la lengua—. Vamos, suelta lo que sea.

—Quiero que esta noche vayas a mi casa.

—¿Es una proposición con todas sus consecuencias? —Sonreí.

—Es posible que hayan instalado micrófonos, pero si movemos la cama creerán que sólo has ido a echarme un polvo. Algo de música fuerte les impedirá oírnos cuando hablemos. Wagner, por ejemplo.

—No podría hacerte el amor con Wagner.

Ella se levantó con una sonrisa burlona.

—¿Acaso he dicho que lo haríamos? Necesito revelarte algo muy importante hoy mismo, porque el tiempo se nos acaba, y no me refiero a nosotros dos, sino a demasiada gente, tanta como aún queda viva en la Tierra.

No me dio ninguna oportunidad de decir algo; se marchó contoneándose de la manera que a mí siempre me ha gustado.

Acudí al apartamento de Glenda bastante antes de que oscureciera. Esta vez utilicé mi coche y durante el trayecto no aparté la vista del espejo

retrovisor; pero no descubrí nada que me hiriera sospechar que me seguían.

Glenda tenía preparada un poco de comida fría, que, por cierto, apenas probamos. En cambio, bebimos unos martinis y acabamos sacudiendo la cama, pero no fingimos; unas veces ella estaba encima de mí y otras era yo quien la tenía debajo. Y la música de Wagner y las cabalgadas de las walkirias nos envolvieron en todo momento. Cuando terminamos continuamos escuchando los compases que a mí siempre me recuerdan la escena de los helicópteros de la película de Coppola volando hacia el poblado vietnamita. Ya no hacen películas así.

Encendimos unos cigarrillos y sus brasas y los pilotos rojos del equipo de música eran, aparte del resplandor que entraba por la ventana, lo único que iluminaban nuestros cuerpos desnudos y algo sudorosos.

—Tengo un contacto en la oficina del Comité de Nueva York —dijo Glenda de pronto.

—Nunca me habías hablado de ese contacto.

—Se trata de un antiguo amigo con el que hace tiempo mantuve cierta relación. Aún conservamos la amistad, a pesar de que estuvimos a punto de casarnos.

—Empiezo a explicarme ciertas cosas —dije. De reojo la observé; ella tenía la mirada puesta en el techo mientras fumaba lentamente—. Siempre me ha sorprendido lo muy enterada que estabas de los entresijos del Comité. Ese amigo tuyo debió quedarte muy agradecido.

—Eres un asqueroso grosero. No hagas que me arrepienta de confiar en ti. Llevo muchos días preguntándome si debo contártelo.

—¿Por qué te has decidido hoy?

—No me habías dicho lo que pasó en la partida de cartas.

—Me daba vergüenza confesarte que al final me desplumaron. Cristo, esos tipos sí que sabían jugar. Recuperaron el dinero que me habían dejado ganar y todo el que yo llevaba. Kummer tuvo que prestarme unos pavos para un taxi. Por cierto, aún no se los he devuelto.

—Si no nos espabilamos le verás muy pronto y podrás pagarle.

—¿Tú crees?

—Claro. Kummer caerá sobre nosotros en cualquier momento, apenas pierda la poca paciencia que le queda.

—¿Por qué espera?

—El Comité está convencido de que Benjamín García es dueño de un don especial que le permite apartar a patadas a los engendros y no recibir a cambio ni un aliento de amenaza.

—¿Un don? —solté una carcajada—. Bah. A pesar de lo que Kummer me contó, pienso que el Comité no cree en poderes sobrenaturales.

—Te equivocas. Kummer no mintió cuando te dijo que siempre analizan cualquier hecho relacionado con el mundo de lo sobrenatural; no desdeñan nada, ninguna pista por absurda que parezca, pero que pueda guiarles a descubrir por qué existen los engendros, adonde van cuando amanece, y puesto que con la carne humana no pueden tener suficiente para sobrevivir, de qué se alimentan. Kummer fue muy listo. Si te confesó que no rechaza un origen místico fue para que tú creyeras lo contrario. Está ansioso por apoderarse de Benjamín y hasta ahora ha tenido paciencia, pero está a punto de perderla y en cualquier momento se arrancará su máscara de bondad.

Sus palabras me recordaron que yo quería preguntarle por la marcha precipitada de Cora, olvidándose de su amado hermanito, pero callé para que continuara, y escuché:

—A Benjamín le ocurrió algo extraño pocos días antes de su primera fuga; una fuerza irresistible le impulsó a escapar de la clínica y acudir de noche a un lugar determinado del parque.

—Benjamín no está bien de la cabeza. Aunque su cuerpo se libró de quedar inválido, el accidente le afectó la razón y lo convirtió en un imbécil.

—Pero no hasta el extremo de no poder descubrir por sí solo que su hermana estaba en mi casa, ¿verdad? Ben no te siguió a ti, fue a buscar a Cora para darle instrucciones.

Fruncí el ceño. ¿Mi querida Glenda se había vuelto loca?

—¿Cómo pudo darle un mensaje desde la calle si...? —Iba a añadir que nadie oyó gritar a Ben, pero se me atragantaron las palabras porque a mi mente acudió esa idea tonta que tuve cuando quise encontrar la forma en que Ben contó a Cora su primera experiencia en el parque.

Yo pensé en la telepatía, pero teniendo en cuenta los antecedentes de los hermanitos, negados desde siempre para dicho poder paranormal, deseché esta posibilidad.

Pero si no había sido así, ¿por qué Cora corrió a la ventana? Tal vez su desmayo no se debió a una emoción demasiado fuerte, sino que se refugió en él para eludir las preguntas que yo le habría hecho. Cora pudo *fingir* quedar inconsciente o realmente lo estuvo y su estado fue provocado por una mente muy poderosa, que a mí me costaba atribuir a Ben.

—Entonces Cora no mintió cuando dijo que Ben le había hablado —musité, mirando a Glenda que asentía con la cabeza y me sonreía—. Pero Ben no empleó palabras, se valió de su mente para contarle que había estado en el

parque. Y la segunda noche Cora quedó convencida por el mismo Ben de que no iba a correr ningún peligro.

—Eso es. Ben le pidió que regresara a la granja y esperase. —¿Tú sabías todo esto desde aquel día?

—Sí —su respuesta susurrante me sonó a disculpa.

Me pasé una mano por la frente. Dios mío, si Kummer hubiera interrogado a Glenda la habría hecho hablar, ella no habría resistido su interrogatorio. La gente del Comité debía de tener medios menos sangrientos que un potro de tormento para obtener una confesión.

—Me alegro de que no me lo hayas contado hasta hoy —dije. Busqué un cigarrillo en la mesita de noche—. De haberlo sabido antes de la partida de cartas, Kummer me lo hubiera leído en la cara y me habría clavado astillas en las uñas. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Nos necesitan en la granja.

—¿Quiénes?

—Cora y Benjamín.

—¿Es que ese tipo está en la granja?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? El Comité intercepta tu correo y el teléfono de esta casa estará intervenido.

—Cora y yo convinimos una clave para comunicarnos.

—Ben corre peligro incluso en la granja. El Comité no tardará en enviar sus hombres y registrarla.

—Está bien escondido en un lugar que Cora y yo descubrimos cuando éramos niñas. Lo llamamos el Círculo de Piedra y sólo lo conocemos nosotras dos. Es cierto que vigilan la granja, pero a mucha distancia.

—Cristo, ¿qué vamos a hacer?

—Ir a la granja de los García.

—No fastidies. ¿Crees que podríamos llegar sin que el Comité se enterase? Nos atraparían apenas emprendiéramos el viaje.

—Es posible que nos descubran, incluso creo que será así, pero cuando decidan actuar será tarde para ellos. Nosotros sólo necesitamos una noche en la granja, y Kummer no intervendrá mientras no esté seguro de que Ben se esconde allí. Y te juro que cuando lo haga será tarde para él, pero a tiempo para la Humanidad.

—¿Qué demonios podemos hacer nosotros por la Humanidad?

Glenda alargó la mano y aumentó el volumen de la música.

El cigarrillo me quemó la yema de los dedos y lo aplasté contra el cenicero.

—Eso es algo que sólo lo sabrás cuando estés allí. Cora no me ha dado autorización para revelártelo todo ahora.

—Kummer nos vigila —mascullé, meneando la cabeza—. ¿Cómo podríamos despistarlo durante los tres días que necesitaríamos para llegar a El Paso? Hoy en día se viaja muy despacio por culpa de los engendros.

—He pensado en ello. Saldremos de Nueva York con la misión de realizar unos reportajes para la emisora. A ti te tocará en Florida y a mí en Niágara.

—Es una locura...

Ella se sentó en la cama y pasó sus piernas por encima de mi pecho, y sin preocuparle que pudiera haber un micrófono direccional enfocándonos desde la casa de enfrente, exclamó furiosa:

—Una locura sería si no acudiéramos a la llamada de mi amiga, so cabrito. Benjamín tiene que comunicar algo muy urgente.

Ella levantó las piernas, y mientras volvía a recostarse junto a mí, dijo otra vez muy cerca de mi castigado oído por la música de Wagner:

—Confía en mí. Ben ha estado intentando durante las últimas semanas transmitir el mensaje a Cora, pero ocurre algo que no puede vencer y necesita a dos personas más cerca de él para conseguirlo. Ron, si Ben fracasa es posible que la Humanidad jamás pueda librarse de los engendros.

Lo lógico era que al escuchar aquello me quedara con la boca abierta, y es lo que hice.

Luego inspiré profundamente.

—Explícame tu plan para visitar a los García sin que nos descubran, encanto —le pedí.

9

Glenda había preparado su plan tan bien que apenas necesitó algunos retoques. Gracias al estupendo archivo de la emisora ya tenía grabados en vídeo los temas de los reportajes que debíamos cubrir. No eran unos trabajos excelentes, pero serían nuestra coartada si regresábamos de Texas sin haber obtenido el éxito que esperábamos y la vida continuaba igual de horrible como en los últimos cinco años. Nos habíamos preparado mentalmente para cualquier clase de desenlace, pero Glenda se sentía optimista y trataba de infundirme ánimos, aunque me advirtió que corríamos el peligro de ser acusados de un montón de cargos estatales, federales e internacionales, y si incurriamos en esto último el Comité se encargaría de encerrarnos en una aldea y arrojar las llaves al río.

Para viajar por el mundo hoy en día es necesario organizarse muy bien y aprovechar al máximo el horario de aviones, trenes y autobuses, que a raíz de la llegada de los engendros sufrió una profunda modificación. Los vuelos nocturnos y la partida de trenes al atardecer han dejado de existir y los trayectos se realizan desde el alba hasta bien entrada la tarde, y esto gracias a que en las estaciones de autobuses y de ferrocarriles se construyeron a toda prisa altos edificios para el alojamiento de los viajeros en tránsito, por supuesto bien pintados de rojo, con una buena capa de protección y dotados de todos los sistemas de seguridad conocidos.

Otra vez las cataratas de Niágara iban a ser visitadas, pero bajo ciertas condiciones. Naturalmente, costaba mucho más que antes de la invasión porque había sido declarada zona de Privilegio A y sólo se permitía que los hoteles fueran ocupados por un número limitado de huéspedes. Por tanto, se acabó la llegada masiva de recién casados y parejas en busca de un rincón donde amarse con el rugido del agua como telón de fondo.

Oficialmente, Glenda iba a cubrir la información de Niágara, donde, a juicio del equipo redactor del programa, se había fraguado un solapado plan americano y canadiense para convertir la que fue una zona popular en un recinto reservado a millonarios. Dormir una noche en una suite, con la seguridad de que al aire libre los engendros no bostezaban, costaría lo que yo gano en una semana. Bannister quería alertar a la opinión pública, y para ello pensaba comparar Niágara con Florida.

Y aquí entraba yo. El reportaje que debía confeccionar en Florida también estaba relacionado con el turismo. La industria del ocio en Miami había estado a punto de desaparecer, pero el ingenio de los promotores estaba venciendo todos los obstáculos. La idea era construir hoteles enormes, fortalezas pintadas de rojo donde los clientes se sentirían seguros de noche y no echarían de menos ninguna clase de diversión. Por ahora los engendros sólo han surgido al aire libre, jamás bajo un techo. Por supuesto que, si se les da la ocasión, entran en los hogares en busca de comida humana fresca, pero nunca han aparecido al lado de una pareja haciendo el amor en su dormitorio. Algo es algo. Al anochecer los turistas de Florida pueden acostarse o pasar la noche salas de fiestas y de juego de los nuevos hoteles. Para broncearse o nadar en las playas y piscinas sólo tienen que esperar al amanecer, como siempre. ¿Qué más se puede pedir en un mundo vuelto del revés como éste? Florida para la clase media, Niágara para los millonarios. Era un trabajo que me habría gustado realizar de verdad, pero yo tenía que estar antes de tres días en el sur de Tejas.

De Nueva York volé a Nashville, hice escala y tomé mi llave para pasar la noche en el hotel del aeropuerto. A la mañana siguiente no anulé mi pasaje para Orlando y adquirí un billete con nombre falso hacia Texarkana.

Llegué a Texarkana al mediodía. Como aún disponía de varias horas de sol, alquilé un coche.

En este punto el plan de Glenda tenía un ligero fallo a mi entender, ya que para alquilar un coche es necesario cubrir ciertos requisitos, que en mi caso, gracias a mi profesión, son algunos menos que para cualquier ciudadano con Privilegio clase CoD; pero tuve que dar mi verdadero nombre y explicar cuál iba a ser mi destino. Yo escribí en el formulario que me dirigía a Eureka Spring, al norte. Si la policía me detenía en la carretera en dirección contraria podía costarme un disgusto, y no me valdría como excusa alegar que había decidido cambiar de ruta valiéndome de mi condición de ciudadano con Privilegio B y periodista. Yo, más que nadie, debía saber que la ley me obliga a comunicarlo a la compañía de alquiler de coches. La gente no puede ir en estos tiempos a donde le dé la gana sin que la agencia federal de emigración lo sepa. Cuando un lugar libre de monstruos corre el peligro de saturarse de personas se dice basta y allí no entra nadie más. En teoría es así, pero el fraude existe.

Como de ninguna manera quería correr el riesgo de despertar sospechas a los agentes de un helicóptero al llegar la noche, o que un coche patrulla me saliera al paso al doblar una curva, no me arriesgué a ir más allá de Cisco y

pasé la noche en la ciudad. Me resultó difícil conciliar el sueño porque constantemente me preguntaba cómo le irían las cosas a Glenda. Ella tardaría algo más que yo en llegar a nuestro destino, porque no empezaría a bajar al sur hasta llegar cerca de Niágara.

Tan pronto como amaneció emprendí la última etapa de mi viaje, y a unos pocos kilómetros de Midland casi me di de bruces con un control de carretera de la policía del condado. No buscaban a algún delincuente peligroso, sino a posibles transgresores de esas Normas que al senador no le parecían perfectas. Se dice que en Tejas existen más de cien mil residentes ilegales escondidos en las llanuras.

A pesar de que mi coche tenía matrícula del estado, el policía que se acercó caminando despacio, como lo hacen en las películas sus homónimos interpretados por actores chulos, me contempló durante unos segundos tras sus clásicas gafas oscuras, pidió mi hoja de ruta con aires de perdonavidas y se la mostré.

—Su nombre me suena —dijo, y yo me estremecí.

Se quitó las gafas y la sonrisa que exhibió me tranquilizó.

—Sí, recuerdo su nombre porque lo leo todas las noches en el equipo redactor del programa de Bannister —añadió, devolviéndome la tarjeta—. ¿Qué le trae por aquí, señor Martin?

En aquel momento me alegré de trabajar en un noticiero que cubría el país de costa a costa y gozar de cierta popularidad.

—Me dirijo a Ciudad Juárez a visitar unos amigos —expliqué.

—No se quede por la noche —el policía movió la cabeza—. Allí no son seguros ni los hoteles de cuatro estrellas. He leído que en Ciudad Juárez echan en falta un par de cientos de ciudadanos todas las mañanas, pero yo creo que son muchísimos más.

—Lo sé —sonreí, guardándome la tarjeta y dando gracias a Dios porque el policía no había leído el formulario de mi ruta—. Pienso regresar a El Paso antes del anochecer.

—¿Qué no va a saber usted? —Se echó a reír—. Me gusta su programa, señor Martin. Vamos, puede continuar.

Salí de la fila de coches y pasé al siguiente carril. Cuando me alejé un kilómetro del control apreté el acelerador y lo mantuve así hasta que me di cuenta de que rebasaba la velocidad permitida y levanté el pie. Estaba sudando.

Media hora más tarde llegué al punto de la carretera estatal donde comenzaba el desvío que yo debía tomar, y me interné en él. A veces tenía

que consultar el mapa de carreteras en el que Glenda me había marcado el camino.

En una ocasión escuché el motor de un helicóptero y temí que fuera de la policía, que me confundía con un desesperado ciudadano cansado de las tenebrosas noches de su ciudad que intentaba escapar del aliento nocturno de los engendros y soñaba vivir sin permiso en una zona rural. En Tejas, las penas para quienes infringen la Norma de esta manera consisten en una fuerte multa, pero si el inculcado no puede pagar le aguarda una condena de varios años en una penitenciaría con no demasiada protección, en la que, según las malas lenguas, los monstruos sacian su apetito a costa de los presos molestos para el alcaide y los guardianes.

Por suerte para mí, el helicóptero se perdió en el cielo y, minutos después, yo llegaba a la entrada de la granja donde debía esperar.

Glenda me había explicado que tenía que intentar estar allí aquel día antes de las diez de la mañana. Cuando frené sólo faltaban ocho minutos para esa hora.

Observé la granja abandonada y leí en un tablón casi borrado: «Los Alamitos». Recordé que allí ocurrió una tragedia durante los primeros días. Los dueños, ignorantes del peligro que corrían, invitaron a cientos de familiares y vecinos a la boda de su hija. Entonces la casa que se levantaba al final del sendero debió de ser hermosa, pero ahora se caía a pedazos y parecía el cubil de Drácula y el hombre lobo, escondidos allí para escapar de los engendros, monstruos más terribles que ellos mismos.

En su día yo escribí la historia sangrienta de la noche de los esponsales. No se podía culpar a nadie de lo ocurrido. ¿Quién sabía entonces lo que iba a suceder? Los granjeros no habían visto a los engendros excepto por la televisión. En aquellos parajes no aparecían porque los vecinos vivían muy alejados unos de otros. Sin embargo, ese día se reunieron demasiadas personas y al llegar la noche, cuando la fiesta había alcanzado su apogeo y alegremente se consumían cientos de filetes de ternera y se bebía cerveza y whisky, legiones de engendros cayeron sobre los invitados. Nadie escapó con vida, y a la mañana siguiente el sheriff, sus ayudantes y cuantos acudieron apenas encontraron algunos huesos humanos. Nadie se interesó en adquirir la propiedad, que ganó fama de maldita y quedó abandonada para siempre.

No obstante, ahora podía envolverme en un saco de dormir, tenderme en algún lugar y mirar las estrellas por la noche sin temer que un engendro me arrojara a la cara su fétido aliento, porque la persona más próxima estaría a varios kilómetros de distancia.

Cuando más distraído estaba contemplando el camino que había recorrido, escuché a mi espalda:

—Hola, Ron.

Me volví y vi a Cora al lado de la entrada, junto a la oxidada puerta de hierro. Se acercó al coche y abrió la otra puerta, sentándose a mi lado. Con un dedo señaló la casa.

—Arranca y coloca el coche bajo esos cobertizos de la derecha.

—¿Por qué? —pregunté extrañado—. ¿No vamos a ir a tu casa?

—Después de que escondas este coche. El mío está cerca de donde pondremos el tuyo.

Pensé que Cora actuaba con excesiva precaución, pero obedecí y llevé el coche hasta los cobertizos que la noche de la matanza debieron estar llenos de lujosos automóviles. La puerta estaba caída y dentro había un Ranger Rover. Lancé una exclamación de sorpresa al fijarme en su color.

—¡Está pintado de verde!

Era el primer coche que veía en mucho tiempo sin el maldito color rojo.

Cora salió del coche, y mientras me ayudaba en la maniobra para situarlo al lado del suyo, me explicó:

—Si no sales de estos contornos no tienes por qué pintar un coche de rojo. Vamos, coge las llaves y entra —ella subió al todo terreno y se sentó al volante—. Nadie entrará aquí para robártelo, y es mejor que no sea visto cerca de mi casa.

Asentí con la cabeza. Posiblemente el largo viaje me había atontado un poco y tardé en comprender que Cora estaba haciendo lo correcto. El coche alquilado, bajo el techo del cobertizo, no sería visto desde el aire ni por los patrulleros que pasaran por la próxima y estrecha carretera.

—¿Y Glenda? —le pregunté cuando cruzamos la entrada de la propiedad.

—Hace un par de horas recibí una llamada telefónica de alguien que se equivocó al marcar, pero era Glenda para comunicarme que llegará mañana al amanecer.

—¿Tienen intervenido tu teléfono?

—No lo sé con certeza, pero todas las precauciones son pocas.

—¿Te has sentido vigilada desde el aire?

—Alguna vez pasa algún helicóptero, pero lejos de la granja. Son vuelos de rutina. Si nos vigilan tienen que hacerlo desde más de veinte kilómetros, o yo lo sabría.

Ardía en deseos de preguntarle por su hermano, entre otras cosas, pero Glenda me había aconsejado que actuara con suma prudencia cuando me

encontrara con Cora y esperase a que ella se reuniera con nosotros.

La granja de los García estaba a unos ocho kilómetros de Los Alamitos. La vivienda era pequeña, pero las instalaciones para los animales me parecieron modernas, limpias y amplias. Nadie sabe por qué, pero los engendros no suman a los animales con las personas para saber si el misterioso código por el que se rigen les permite hacer acto de presencia en nuestro mundo.

Los padres de Cora me recibieron con la característica frialdad de los granjeros y se retiraron pronto del porche. No sé si sabían para qué estaba yo allí, pero actuaron como si mi presencia no les interesara. Más tarde conocería la razón de su actitud.

El hijo de Cora, Tom, era un chico de seis años, rubio y muy despierto. Mi visita le puso contento. Era sábado y no había clase. Cora llevaba a Tom cada mañana a una escuela situada al pie de la carretera, donde una maestra se encargaba de lunes a viernes de su educación junto a la de otros chicos de las granjas próximas.

—¿Y bien? —pregunté a Cora cuando Tom fue llamado por sus abuelos desde el interior de la casa y nos dejó a solas.

—¿Te mueres de ganas por preguntarme dónde está Ben? —Hubo en la sonrisa de Cora una extraña combinación de tristeza y esperanza. Ella confiaba mucho en la ayuda que Glenda y yo podíamos ofrecerle, pero ¿qué clase de ayuda?

—Sé que debemos esperar a Glenda —gruñí—, pero ¿por qué no puedo saludar a tu hermano?

Ella negó con la cabeza.

—Le verás cuando Glenda esté aquí.

—¿Lo tienes escondido fuera de la casa?

—Eso es. —Instintivamente, Cora volvió la cabeza hacia el oeste. En esa dirección había un bosquecillo, y detrás unos peñascos. ¿Escondía allí a su hermano? Me acordé del Círculo de Piedra. ¿Qué querían decir esas palabras?

Yo miré al cielo. Arriba estaban los satélites. Los engendros no visitan las órbitas, ni siquiera las estancias donde viven personas suficientes los atraen. Se rumorea que existe un secretísimo plan federal para evacuar a una parte de la población al espacio en caso de que las cosas empeoren. Los primeros en ponerse a salvo serían el Presidente y los altos cargos, como siempre.

Quizá la situación está peor de lo que quieren que creamos. Unos dicen que el mundo acabará adaptándose; pero otros, los pesimistas, que también

son las personas bien informadas, afirman que los engendros significan el anunciado fin de los tiempos.

El futuro de la Tierra es para mí tan impredecible como las consecuencias que acarrearía el próximo eclipse de Sol.

De todas formas, no me agradaría que a costa de Ben se consiguiera un antídoto o una inmunidad capaz de permitirnos codearnos con los engendros. Detestaría su proximidad, aunque no me mordieran. Habría que expulsarlos, devolverlos para siempre al infierno o a la extraña dimensión de donde proceden. O acabar con el conjuro que los trae cada noche.

Cora me invitó a entrar en su casa y me sirvió una cerveza.

Almorzamos una hora más tarde y no tuve otra cosa que hacer que fumar, ver televisión y leer revistas atrasadas. También jugué un rato con Tom en su ordenador. Sin embargo, no conseguí intercambiar una sola palabra con los viejos, a pesar de que lo intenté. Los padres de Cora se retiraron a dormir pronto, a eso de las nueve. Yo llevaba un rato nervioso, y encontré la explicación. Era la primera vez, en mucho tiempo, que había contemplado una puesta de Sol al aire libre.

Me hubiera quedado toda la noche contemplando las estrellas y la luna llena, pero Cora me pidió que me retirase a mi dormitorio y descansara.

—Quiero que te levantes a las cinco de la mañana. Nos espera un día agitado —añadió.

Habían resultado inútiles mis intentos de entablar una conversación con ella. Cora estaba nerviosa, como si deseara que yo me durmiera de una vez y no la molestara más. Le di las buenas noches y subí a la habitación que me había preparado. Era el mismo dormitorio que utilizó su hermano hasta que se cansó de la maravillosa tranquilidad del campo y voló a Nueva York.

No tenía sueño, me sentía sacudido por un extraño nerviosismo, como si encontrarme en el dormitorio de Ben provocara en mí una gran ansiedad. Apagué la luz, encendí un cigarrillo y me asomé a la ventana. Una hora después y tras cuatro cigarrillos más, escuché pasos sobre el entarimado del porche y vi a Cora salir de la casa.

La luz de la Luna me permitió seguirla con la mirada hasta que desapareció en el bosquecillo. Aplasté el resto del cigarrillo en el cenicero y bajé al vestíbulo. Había alguien en la cocina. Tom, sentado ante la mesa, bebía un vaso de leche. Se volvió y me miró. Yo me quedé sin saber qué decir, hasta que me atreví a preguntarle:

—¿Sabes adonde ha ido tu madre?

El niño, con los labios manchados de leche, me respondió como si fuera lo más natural del mundo:

—Como todos los días, a dar las buenas noches al tío Ben.

Antes de salir de la casa me detuve en la puerta a escuchar. No quería que los viejos descubrieran que yo iba a seguir a su hija. Me interné en el bosquecillo, lo crucé y de pronto me encontré ante una especie de promontorio rocoso. Entre las rocas y los arbustos se abría un sendero de apenas un metro de ancho. Cora no podía haber tomado otra dirección sino aquélla. En una noche tan clara me resultó fácil caminar por el angosto pasillo natural. Después de doblar un recodo avisté una amarillenta y difusa luz a lo lejos. Salí a un claro. Estaba ante el escondite secreto que Cora y Glenda habían usado en sus juegos infantiles, el llamado Círculo de Piedra. Había una lámpara de gas delante de una tienda de lona medio oculta debajo de una pétrea comisa. Cora estaba allí, y frente a ella había un hombre de pie.

Sentí un nudo en la garganta cuando le reconocí. Era Benjamín.

Cora besó a su hermano en ambas mejillas, y como si le costara un gran esfuerzo, escuché que le susurraba con tristeza:

—Es la hora, Ben; el Celador tiene que hacer acto de presencia.

El gesto de temor que se reflejó en el rostro de Ben me dejó turbado. ¿Qué estaba pasando allí?

Cora tomó las manos de su hermano.

—Por favor, Ben; tiene que ser ahora, una vez más. Mañana todo puede haber acabado. Sabes que yo no deseo hacerte sufrir, pero el Celador tiene que acercarse de nuevo o te perderá para siempre. Es importante que él sepa que dentro de pocas horas dispondrá de toda la fuerza necesaria y podrá manifestarse como desea; recuerda que su triunfo será nuestro triunfo y también significará tu liberación.

Ben, siempre en silencio, abatió los hombros y agachó la cabeza como dando su consentimiento.

—Gracias, Ben —la voz de Cora se llenó de ternura—. Mi sufrimiento es casi tan profundo como el tuyo en cada contacto, pero si el Celador no se manifestara periódicamente lo perderíamos para siempre, y sería terrible para todos. Mañana sabremos por fin lo que tiene que decirnos, cuando tú y él, con mi ayuda y la de mis amigos, seáis un solo ser.

Benjamín tenía agarradas las manos de su hermana y cerró los ojos. Me acerqué un poco más. De pronto ocurrió como si los dos hermanos y yo nos aisláramos del resto del mundo; dejé de escuchar el rumor de los arbustos al ser agitados por la brisa y acabé por no oír mi propia respiración ni el palpitir frenético de mi corazón.

Cora y Ben, unidos por las manos, también parecían haberse olvidado de dónde estaban y no me vieron cuando me acerqué a ellos. Yo ignoraba entonces que el hecho de situarme a tan poca distancia de la pareja iba a ser mi salvación.

De la garganta de Ben surgieron vocablos que jamás había escuchado. No eran palabras de este mundo. Sorprendido de que los dos hermanos no se hubieran dado cuenta de mi presencia, empecé a caminar a su alrededor.

Primero percibí el característico y nauseabundo olor que tantas veces ha herido mi olfato cuando me he asomado a una ventana y observado, entre irritado y temeroso, a los engendros deambular por las calles de mi barrio.

Sombras que surgían de todas partes empezaron a rodarnos. Por el rabillo del ojo descubrí al primer engendro, de la especie de los escamosos, de más de dos metros de altura. Su enorme cabeza era todo mandíbulas, que empezó

a abrir y cerrar con sonoros chasquidos dejando caer hilillos de baba que resbalaban de sus comisuras.

El terror más profundo sacudió todo mi cuerpo. Nunca había estado tan cerca de los engendros, ni tan indefenso. Aunque lo había visto a poca distancia, siempre fue a través de los cristales entintados de rojo de un coche.

¿Cómo habían aparecido en un paraje donde las reglas hasta entonces respetadas por ellos se lo prohibía? No podía haber más que siete humanos en muchos kilómetros a la redonda, la familia de Cora y yo. Pero no era el momento de buscar una explicación, sino de escapar de allí, y empecé a revolverme, buscando la forma de hacerlo.

No era posible la huida. Docenas de engendros formaban un apretado círculo a nuestro alrededor, y a cada segundo que pasaba aparecían más.

Grité. Mi ronco grito abrió los ojos de Cora y ella gimió de espanto al descubrirme a su lado. Rápidamente agarró mi mano derecha y me obligó a estrechar la mano izquierda de su hermano.

—No hables ni te muevas —me suplicó, despavorida—. Si quieres vivir no te separes de nosotros y mantén unidas tus manos a las nuestras.

Yo hubiera intentado abrirme paso entre los engendros, pero afortunadamente no lo hice. No habría ido muy lejos. Pese a todo, mi instinto de conservación me gritaba que debía huir porque, quedándome allí, no salvaría el pellejo. Pero los engendros se mantuvieron alejados, no sé si gracias a algún milagro o a que mis manos apretaban las de Ben y Cora.

—Relájate, Ronald —escuché a Cora pedirme con firmeza—. Ya no tienes otro remedio que participar en el encuentro con el Celador.

—¿Quién demonios es el Celador? —pregunté, apretando los dientes para que no me castañetearan.

—Es el nombre más apropiado que he encontrado para él.

—¿Pero? ¿quién es?

Miré a su hermano. Ben parecía no haberse dado cuenta de que yo estaba allí a pesar de que tenía muy apretada su mano izquierda.

—Los monstruos... —gemí—. No podré soportar su proximidad y echaré a correr.

—No te harán ningún daño mientras permanezcas unido a nosotros. Yo también pasé mucho miedo la primera vez. El Celador no puede evitar que le sigan cuando se manifiesta.

Cerré los ojos y creí seguir viendo a los engendros a través de mis párpados, pero cuando me atreví a abrirlos habían desaparecido de forma súbita; Cora y Ben continuaban conmigo. Detrás de ellos ya no había una

tienda de lona ni paredes rocosas. El Círculo de Piedra se había esfumado. Era como si hubiera sido creada una falsa escena a mi alrededor; un telón oscuro se había alzado, envolviéndonos.

La oscuridad absoluta nos cubría, pero había una luz de tono dorado que descendía del cielo y nos alumbraba tibiamente. Cora echó la cabeza atrás y yo intenté descubrir lo que ella buscaba con la mirada.

Tuve la sensación de haber sido transportado al interior de una gigantesca esfera y flotar en su centro. Por todas partes se extendía un cielo despejado, sin una sola nube; no había luna y las estrellas eran más brillantes que nunca. Un gran disco apareció flotando. No podía saber si se hallaba a cientos de miles de kilómetros o era una reproducción de nuestro planeta a escala reducida y situada a pocos metros.

Empezaba a sentirme relajado contemplando la maravillosa escena, cuando me di cuenta de que mis pies habían dejado de tocar el suelo. Miré a mis compañeros. Los tres flotábamos en el espacio frente a la Tierra.

Inesperadamente, una sombra empezó a cernirse sobre nuestro planeta y fue cubriéndolo de sombras, un disco traslúcido y oscuro, de igual diámetro que la Tierra y proveniente de lo más profundo del Universo se acercaba. Mi pecho ardió por culpa del esfuerzo que hice para gritar y advertir, aunque no sabía exactamente a quién, del peligro que el mundo corría de colisionar con el intruso. Sollocé mi fracaso en silencio, incapaz de emitir una sola palabra.

La mano de Cora apretó más fuertemente la mía y sus ojos se volvieron hacia mí, y yo leí en ellos una súplica para que me tranquilizara.

—Eso que ves es el hogar físico confiado al cuidado del Celador —me susurró.

Comprendí que se había referido a la aparición gris y parcialmente transparente. ¡Cora conocía el significado de la escenificación! A partir de entonces me relajé y logré que a mi mente llegaran mensajes cada vez más nítidos. Miré a Benjamin. Su expresión ausente y sus ojos en blanco estaban cambiando. Temí que el pánico acabara apoderándose de mí. No sé cómo pude conseguir conservar la serenidad y contemplar la transformación que el cuerpo del hermano de Cora estaba sufriendo.

Éramos tres seres de la Tierra y uno de nosotros había sido elegido como receptor de una extraña entidad que pugnaba derribar las barreras que separaban su universo del nuestro. El Celador estaba tomando forma física a costa del cuerpo de Benjamin.

Me dejé conducir por la energía que nos cubría, no ofrecí la menor resistencia a su poder y acepté una mínima parte del enigma, la que dio a

entender que mi torpe y pasiva participación en aquel ensayo general sería importante el día siguiente, cuando Glenda, el cuarto ser humano necesario para completar el círculo, se uniera a nosotros e hiciera posible que el Celador y Benjamin fueran un solo ser por breves instantes.

Ben era ya como una forma borrosa, una figura con lejano aspecto humano se había mezclado con su cuerpo. A veces Benjamín tenía cuatro brazos, cuatro piernas y dos cabezas, era dos seres superpuestos. Mientras Benjamin gesticulaba, el rostro del Celador se contraía con violentos espasmos. Escuché, creo que, en mi mente, la voz de Cora pidiendo a su hermano que fuera fuerte. Mientras tanto, la esfera oscura y traslúcida estaba terminando de ajustarse al diámetro de la Tierra. Cuando quedó perfectamente ensamblada apenas dejó ver a través de ella al mundo blanco y azul, y quedose inmóvil.

El mensaje estaba a punto de concluir. El objeto gris y la Tierra aumentaron de tamaño y ocuparon toda la escena. Dentro de su círculo dio comienzo una vertiginosa sucesión de imágenes; en medio de destellos blancos aparecieron ingentes masas de seres distantes, miles de irreconocibles criaturas que emigraban a través de valles grandiosos, y luego destellaron imágenes de mi mundo mezcladas con otras de un misterioso lugar.

—¿Qué está ocurriendo? —exclamé, furioso porque de pronto nada tenía sentido para mí—. ¿Por qué no puedo entender ahora?

—Calla, calla —susurró Cora—. No estás preparado, aún no estás condicionado. Yo tampoco entendí nada la primera vez, pero voy aprendiendo a interpretar las imágenes que el Celador nos envía...

Todo cambió bruscamente. El gran disco gris y la Tierra desaparecieron. Volví a sentir el suelo bajo mis pies y otra vez las estrellas mitigadas por la turbia atmósfera de nuestro mundo volvieron a brillar tristemente sobre mí.

Ben volvió a ser el mismo, su cuerpo ya no era una extraña mezcla de él y el Celador, jadeaba y respiraba con dificultad.

Los engendros no estaban en el claro cuando volvimos a la realidad. Benjamín sollozaba y su hermana intentaba consolarle, se abrazó a él y se dirigieron a la tienda de lona. Cora no tardó en reaparecer, parecía agotada cuando me dijo:

—Volvamos a casa.

Me alegró ver el camino despejado de engendros.

—Tienes que perdonarme por haberte seguido... —dije.

—Tu presencia me enfureció al principio, pero ahora me alegro de que lo hayas hecho. Tenía mis dudas acerca de que mañana tu ayuda resultara eficaz.

Ahora estoy segura de que servirás.

Volví la cabeza antes de salir del sendero y entrar en el bosquecillo. Miré hacia el Círculo de Piedra.

—¿Se quedará ahí toda la noche? —pregunté.

—Se queda ahí todas las noches. Entre las rocas no puede ser descubierto desde el aire o la carretera. Además, Ben no puede permanecer cerca de ningún ser humano excepto de Tom.

Al ver mi gesto de sorpresa, Cora añadió:

—El Celador tiene que manifestarse en Ben al menos una vez cada veinticuatro horas, y no siempre puede contener a los engendros que le acompañan, supongo que en contra de su voluntad.

—¿Por eso aparecen en un lugar despoblado como éste?

—Sí —dijo Cora—. Te diste cuenta de que las reglas que conocemos no tienen ningún valor con mi hermano, ¿verdad?

—¿Al cogerme de la mano impediste que me atacaran?

—Fueron las manos de Ben las que nos salvaron, no las mías Bueno, en realidad, le debes al Celador seguir viviendo. Si te hubieras quedado fuera te habrían despedazado.

—¿Cuál es tu interpretación de lo que hemos visto?

Habíamos salido del bosquecillo. A lo lejos estaba la casa. La luz eléctrica del porche era nuestra guía en la plateada oscuridad.

—¿Crees que yo lo sé todo? —Cora movió tristemente la cabeza—. La mente dañada de mi hermano es un excelente receptáculo para el Celador. Resulta triste, pero haberse convertido en un retrasado mental le ha transformado en el único ser humano que el Celador ha encontrado en la Tierra para intentar comunicarnos lo que está ocurriendo.

—¿Quién es el Celador y de dónde procede?

—Eso nos los dirá mañana.

—¿Sólo eligió a Ben porque sufrió un daño cerebral?

Ella respiró profundamente antes de contestarme:

—También influyó que Ben me tuviera como hermana melliza. El Celador emplea la mente de Ben como puente para comunicarse conmigo.

—¿Habías tenido antes experiencias telepáticas con tu hermano?

—Ninguna. La primera vez fue en la clínica, y luego la noche en casa de Glenda. Ben me dijo que no me preocupara por él y volviera a la granja, donde tarde o temprano se reuniría conmigo, y entonces, con la ayuda del Celador, pondríamos fin a este estado de las cosas.

—¿Te refieres a los engendros?

—¿A qué otra cosa si no? —Cora meneó la cabeza—. Bueno, es lo que siempre he creído desde que iniciamos las sesiones en el claro. En cada ocasión yo lograba interpretar un poco más el mensaje, pero no progresaba. Entonces Ben me comunicó que el Celador había descubierto que necesitábamos la presencia de dos personas más, y yo pensé en Glenda y en ti.

—¿No podían servir tus padres?

—Ellos están asustados; creen que cuanto está ocurriendo es cosa del diablo.

—¿El Celador es el culpable de la presencia de los engendros?

—Dios mío —gimió Cora—, no lo sé.

—¿Qué es esa cosa que oculta nuestro mundo? ¿Otro planeta?

—O un vehículo espacial, no estoy segura.

—¿De allí provienen los engendros?

—Tal vez. Basta ya, Ron. Estoy fatigada. Ben sufre en cada sesión, pero yo también. Necesito descansar. Mañana tenemos que realizar otro intento, el definitivo.

Nos acercábamos a la casa, y yo, temiendo que una vez dentro Cora me diera las buenas noches y no me contara nada más, insistí:

—He creído ver un cuerpo irreconocible intentando suplantar el de tu hermano. ¿Qué sucederá si mañana es el Celador quien está unido a nosotros por las manos en lugar de Ben?

—Yo soy ahora quien no te entiende, Ron.

—Me pregunto si después de comunicarnos lo que quiere que sepamos, el Celador se marchará y tu hermano volverá a ser el mismo.

—¿El mismo que ahora, un ser desvalido y con la mente dañada? —Cora sacudió la cabeza como si le horrorizara semejante idea—: ¡No! Ben será como era antes del accidente, podrá hablar y comportarse como un ser normal.

—¿Cómo puedes estar segura de que se producirá ese milagro?

—El Celador no es un dios para hacer milagros, pero él nos ha prometido que Benjamin recuperará la parte de su mente que, según afirmaron los médicos, quedó dañada de forma irreversible. Y echó a correr escaleras arriba. En el rellano ya la estaba esperando su hijo. Tom aún tenía manchados los labios de leche.

—Vamos, despierta. Glenda puede llegar en cualquier momento —dijo Cora, zarandeándome con fuerza.

Aún no había amanecido, faltaban casi dos horas para que saliera el Sol y en las ciudades de Tejas millones de personas estarían esperando con ansiedad su aparición.

Salté de la cama; no me había quitado la ropa y me sentía muy cansado, apenas había dormido. ¿Puede un hombre dormir después de haber tenido una experiencia como la que yo tuve? Cogí mi chaqueta de la silla donde la había arrojado pocas horas antes y contemplé a Cora. Ella también tenía aspecto de no haber pegado un ojo.

—Sube a mi coche y márchate a Los Alamitos. —Cora me arrojó las llaves.

—¿Por qué este cambio en los planes? Pensaba que irías tú.

Cora dio media vuelta y yo la seguí hasta la cocina. Allí llenó una taza de café para mí.

—Prefiero que seas tú quien traiga a Glenda. Ella puede presentarse dentro de pocos minutos o después del mediodía, pero tienes que estar allí esperándola.

—¿Es que ha olvidado el camino a tu casa?

—Hay que ocultar su coche junto al tuyo.

Bebí el café. Me costaba hacerme a la idea de que iba a salir cuando todavía era de noche y conducir un coche sin pintar de rojo. En pleno campo podía ser seguro, pero yo no había olvidado a los engendros aparecidos junto a Ben en el claro. Acordarme del hermano de Cora me hizo sospechar por qué ella no quería dejarme en la granja.

—¿Temes que yo vuelva al lado de Benjamín y le haga preguntas? Quiero decir cuando salga el Sol y ese Celador no pueda convocar monstruos para espantar a los inoportunos.

—No digas tonterías —replicó Cora, secamente—. He de cuidar una casa, aunque no lo creas. Esta granja da mucho trabajo. Por favor, debes irte. Es importante que Glenda nos encuentre a ti o a mí.

—La verdad es que no tienes confianza, Cora —le devolví la taza vacía.

Ella me miró un instante antes de responderme, y entonces me dije que tal vez aprovecharía mi ausencia para echarse un rato en la cama, al menos hasta

que yo volviera con Glenda.

Me despedí con un gesto de cabeza y salí. El coche estaba a poca distancia. Al entrar en él miré hacia la casa. En la ventana situada encima del porche había alguien asomado. La luz de las estrellas y de la Luna me permitieron ver que era el pequeño Tom. ¿Acaso la madre y el hijo nunca dormían?

Arranqué violentamente, crucé la entrada y entré a excesiva velocidad en la carretera sin asfaltar. Durante el recorrido un montón de disparatadas ideas seguían dándome vueltas en la cabeza.

Llegué a la entrada de Los Alamitos cuando aún era de noche. Faltaba menos de una hora para el amanecer. Aquel lugar me producía escalofríos. No me gustó a la luz del día y aún me gustaba menos sumido en la oscuridad. De mala gana apagué los faros y me recliné en el asiento. Cora habría preferido que yo me escondiera con el coche en el cobertizo donde ella lo estacionó para esperarme; pero por nada del mundo me hubiera adentrado en la propiedad, que para mí era un lugar maldito en el que se derramó demasiada sangre a las pocas semanas de haberse iniciado el terror de cada noche.

Convencido de que escucharía el ruido del coche de Glenda cuando se aproximara, intenté dormir un poco. Tenía el presentimiento de que las próximas horas serían muy agitadas y yo iba a necesitar estar descansado.

Conociendo a Glenda me dije que era capaz de haber alquilado una habitación en un motel de escasa capacidad y situado a un par de cientos de kilómetros de la granja de los García, para apenas hubiera llegado la noche saltar por la ventana y reanudar el viaje al amparo de la oscuridad.

Un rato después mis bostezos eran continuos. Mis ojos empezaban a cerrarse cuando escuché un coche aproximarse. No podía ser sino Glenda. Empecé a sonreír. Estaba deseando darle un abrazo y besarla. Ojalá terminara pronto aquella pesadilla. ¿Pero de qué manera iba a terminar?

Salí del coche verde y anduve unos pasos, me situé en medio de la estrecha carretera y alcé una mano. Las luces que se acercaban me deslumbraron, y sólo cuando escuché los frenos y el vehículo se detuvo a menos de un metro me di cuenta de que Glenda no estaba sola.

No tuve tiempo de reaccionar ni de hacerme ninguna pregunta. Tres hombres salieron rápidamente de detrás del coche y se abalanzaron sobre mí. Reconocí a dos de ellos. Eran Davenport y Carmichael. Volví la cabeza y mi mirada se cruzó con la de Kummer, quien me sonreía al lado de Glenda, pálida y a punto de echarse a llorar.

—¿Qué demonios significa...? —Forcejeé para acercarme al coche, y los dos gorilas me inmovilizaron hasta que Kummer salió y les hizo una señal para que me soltaran.

—Lo siento, Ron, lo siento —susurró Glenda. Kummer la había sacado del coche y la tenía agarrada de un brazo para impedirle que se acercara a mí—. Iban a hacerme daño, iban a... ¡No sé lo que hubieran sido capaces de hacer conmigo, pero yo sabía que acabaría contándoles todo! No hubiera soportado apenas... ¿Lo entiendes?

—Cálmate —le dije, y me volví hacia Kummer—. Hijo de puta, nos dejaste volar para cazarnos en el lugar que tú querías, ¿verdad?

Kummer se llevó a los labios un transmisor y le escuché decir: «Es el momento». O fue algo parecido, no sé. Aún le miraba con rabia cuando me llegó el sonido de varios helicópteros volando a escasa altura.

Desde distintos puntos fueron apareciendo, unos ocho o diez, y todos, después de describir algunos círculos, se dirigieron hacia la granja de los García.

—¡Hágalos volver, Kummer! —grité, horrorizado ante la idea de lo que pudiera suceder—. ¡Si no los detiene cometerá el mayor error de su vida!

—¿Qué quiere decir, señor Martin? —Kummer sonrió con sarcasmo—. Deje de hacerse el idiota conmigo o tendrá más problemas. Va a costarle caro haber obstruido la labor del Comité. Le creí un tipo listo. No debió romper nuestro acuerdo.

—Dios mío... —La lengua se me trabó. ¿Cómo explicarle que podía echarlo todo a perder y convencerle a continuación de que iba a destruir la única esperanza que le quedaba a la Humanidad para salvarse?—. ¡Ordene a sus hombres que no se acerquen a Benjamín!

—Es precisamente lo que van a hacer —dijo Kummer—. Nos ha costado demasiado trabajo y mucha paciencia haber llegado hasta aquí, señor Martin. No nos equivocamos al elegir a la mujer para seguirla y que nos contara todo. ¿Por qué se ha portado tan mal conmigo? Yo le creí cuando me prometió que estaba dispuesto a colaborar, periodista de mierda.

Parpadeé sorprendido. Kummer me había hablado como si estuviera decepcionado conmigo. ¡Lo creía de verdad! Quedé tan confundido que casi no escuché lo que me dijo a continuación:

—... Yo hubiera respetado nuestro acuerdo, le habría permitido dar la noticia el primero, de haber sido importante. Ahora sé que lo es, pero tendrá que enterarse por sus colegas dentro de una celda. ¿Quién es el más idiota e hijo de puta de los dos?

Miré en dirección a la granja de los García. En el horizonte, cayeron haces de luz del cielo sobre el bosquecillo. Los helicópteros habían encendido reflectores y varios empezaron a descender. Confié en que Ben despertara y tuviera tiempo de ponerse a salvo, aunque dudaba que una persona en sus condiciones lo lograra, a no ser que...

Kummer hizo gestos a sus hombres para que Cora y yo entráramos en la parte de atrás del coche y él se sentó a nuestro lado sin dejar de vigilarnos. Davenport se puso al volante y el tipo desconocido para mí nos siguió en el todo terreno.

—Quiero ver cómo atrapan a Benjamin —anunció Kummer.

Sentí el brazo de Glenda alrededor del mío. Ella se apretó a mí y yo traté de calmarla. Debía sentirse muy mal, avergonzada por haber hablado sin oponer resistencia. Pero ¿qué podía hacer? Kummer disponía de medios para soltar la lengua a cualquiera, y no habría tenido en cuenta que era una mujer la persona que podía revelarle donde estaba Ben.

—Tranquilízate, pequeña —dije a Glenda—. No cogerán a Ben tan fácilmente.

—No digas tonterías, Ronald —gruñó Kummer—. He traído conmigo a todos los hombres necesarios para que ni una rata escape del cerco, pero no tantos como para que los engendros puedan aparecer y nos compliquen las cosas.

Escondí mi sonrisa. Kummer sabía que los engendros levantarían una muralla alrededor de Ben si llevaba el número de hombres que hiciera posible su comparecencia, pero ignoraba que el Celador podía convocarlos si descubría que su aliado humano corría peligro. De todas formas, me pregunté si la misteriosa entidad sería capaz de comprender lo que estaba pasando, o estaría durmiendo en su universo, dimensión o infierno particular, ajeno a lo que ocurría en la Tierra.

Unos kilómetros más adelante escuché los primeros disparos. El hermano de Cora estaba cercado y los hombres de Kummer tenían que vérselas con sus guardaespaldas provenientes del infierno.

—¡Kummer, aún es de noche y los engendros no permitirán que nadie se acerque a Ben! —Vociferé.

—¿Qué tontería está diciendo? —Kummer me dio un empujón. Seguramente hubiera deseado estar en medio del jaleo. Esto me hizo pensar que alguien con más autoridad que él había ordenado la operación—. Todo ha sido calculado, gilipollas. Hemos cuidado de que no haya demasiadas

personas en varios kilómetros a la redonda. Además, apenas queda tiempo para que amanezca.

La granja estaba cerca, cruzamos la entrada y Kummer señaló a Davenport el bosquecillo para que se dirigiera hacia él. En la casa había luces. Cora estaba bajo el dintel. Varios hombres uniformados de verde no le permitían bajar del porche. Había cinco helicópteros sobrevolando el macizo rocoso, dirigiendo haces de luz hacia el claro abierto en las rocas. El silencio de la madrugada fue sacudido por ráfagas de ametralladoras y a continuación sonaron gritos y alaridos de dolor. Los agentes del Comité se las estaban viendo con los guardaespaldas de Ben enviados por el Celador. Por primera vez en mi vida deseé que los engendros dieran buena cuenta de los humanos y recé para que Ben escapara.

Davenport sorteó los árboles hábilmente; el muy cabrón encontró senderos en el bosquecillo por los que hizo pasar el coche rozando las ramas. Nos detuvimos delante de la masa rocosa y los faros alumbraron la entrada al Círculo de Piedra. Había un par de hombres apostados y armados con metralletas. Al otro lado sonaban disparos. Uno de los guardianes se volvió y nos gritó:

—¡Quédense ahí, malditos sean! —Estaba medio muerto de miedo, y añadió nervioso—: ¡Al otro lado aparecen engendros más rápidamente que los matamos!

Creo que estaba tan asustado que nos hubiera echado de allí a tiros si Kummer no se hubiese identificado.

—¿Que está pasando? —preguntó.

—Engendros, señor —jadeó el hombre—. ¡Engendros a montones! No hay quien se acerque al hombre.

—¡No es posible, jamás han aparecido en una zona despoblada!

—¡Pues están ahí, señor! —bramó el hombre, iracundo.

Dos agentes aparecieron por el sendero abierto entre las rocas. Sus pálidos rostros anunciaban que las cosas no marchaban bien. La caza de Benjamín García se había complicado.

—¡Que bajen todos los hombres de los helicópteros! —gritó Kummer a Davenport.

El aludido tomó el transmisor y ladró unas palabras. Varios helicópteros descendieron alrededor del bosquecillo y de su interior saltaron decenas de hombres armados que pronto estuvieron junto a nosotros. Kummer les ordenó con gestos que entraran en el sendero.

—¡Lo quiero vivo! —les gritó Kummer, sacudiendo la pistola por encima de la cabeza—. ¡El Sol saldrá pronto y echará a los engendros! ¡Os arrancaré las pelotas si el hombre escapa!

Me situé delante de Kummer cuando pude librarme de Carmichael.

—No sabe lo que está haciendo. ¡Ordené a sus hombres que se retiren o se arrepentirá! —Busqué desesperadamente las palabras para convencer a aquel maldito cabeza cuadrada—. Traiga a Cora y aplacaremos al Celador.

—¿Qué está diciendo? —Kummer estaba confundido.

Pero sus convicciones se tambaleaban y llamó a la casa. Los hombres que retenían a Cora se presentaron allí con ella en menos de cinco minutos. Durante este tiempo la refriega, los disparos y las ráfagas de ametralladoras no habían cesado al otro lado del sendero.

—No pueden acercarse a Benjamin, señor —anunció Carmichael, en contacto con el oficial al mando de los hombres que estaban en el claro—. Ese tipo se ha escondido detrás de unas rocas y no asoma la jeta. Y entre él y los nuestros hay una muralla de monstruos.

—¡Matarán a Ben si continúan disparando contra los engendros! —gritó Cora, abrazándose a Glenda.

Kummer se volvió furioso hacia ella.

—¿Qué quiere que hagamos? —rugió. Giró la cabeza para contemplar a dos hombres que se acercaban llevando un cuerpo. El herido tenía una profunda marca de garras en el pecho—. Hay montones de engendros muertos al otro lado, pero siguen llegando, pasan sobre los cadáveres y se lanza ciegos contra mis hombres. Si dejamos de disparar los tendremos aquí en cuestión de segundos.

Carmichael, después de escuchar por el transmisor, dijo:

—Temen no poder resistir mucho, señor. El oficial pide permiso para arrojar bombas de mano, o los engendros los desborden. Sólo lo angosto del paso nos da cierta ventaja, pero los hombres están cada vez más aterrorizados y empiezan a retroceder.

Llegaron más bajas, varios heridos y algún que otro muerto, que fueron evacuadas a los helicópteros.

—¿Por qué no esperó al menos hasta mañana, Kummer? —le pregunté, desesperado. Davenport me vigilaba de cerca.

—¿Y que Benjamin se nos hubiera escapado? —exclamó el hombre del Comité—. No me imaginé que estuviera escondido tan cerca de la granja. Cuando lo supe juré que esta vez no se escaparía.

—¡Mañana habríamos conocido la solución!

—¿Solución? ¿A qué?

—Kummer, usted quiere a Benjamín porque cree que él posee algo en su cuerpo que le inmuniza de los engendros, y tiene razón cierto modo; pero está lejos de acercarse a la verdad —sacudí la cabeza. ¿Cómo explicarle lo poco que yo había averiguado, y que sin embargo era tanto comparado con lo que él sabía?—. Lo único que convierte a Ben en diferente es que su cerebro es accesible a una entidad, llamada el Celador, que intenta explicarnos lo que ocurre. Si Ben sufriera algún daño y el Celador no volviera a manifestarse,

usted condenaría al mundo a ser visitado por los engendros para siempre, o durante los suficientes años para que la Humanidad acabe desapareciendo de la faz de este planeta.

Kummer me miró fijamente y luego a las dos mujeres.

—¿Qué saben ustedes exactamente? —preguntó. Comprendí que por primera vez le había invadido la incertidumbre.

—Se lo explicaremos cuando nos permita entrar en el claro.

—¡Están locos! Los engendros los destrozarían...

—Cuando el Celador me vea por los ojos de Ben impedirá que seamos atacados —afirmó Cora—. El alejará a los engendros y podremos llegar al lado de mi hermano.

Kummer apretó los labios. Volvió a mirar al sendero. Estaban llegando más heridos. Pronto no habría hombres suficientes al otro lado para contener a los engendros. Luego observó el horizonte. El Sol aún no había empezado a proyectar sus primeros rayos por el este.

—Vayan —dijo de pronto—. Me juego el cuello con esta autorización, pero ya no sé qué hacer ni qué pensar. Les seguiré, y si ustedes fracasan a mí también me comerán los monstruos. Lo prefiero a ponerme delante de mis jefes y confesarles que he perdido la razón.

Imaginé que Glenda se quedaría, pero ella estaba decidida a acompañarnos, tal vez porque se sentía demasiado culpable de lo que estaba pasando.

Corrimos hacia el sendero, pasamos por entre los hombres que iban y venían de la entrada cargando sus armas, pidiendo municiones y maldiciendo. Vimos más heridos de zarpazos. Un hombre agonizaba en brazos de sus compañeros con el vientre abierto y sujetándose las tripas con ambas manos.

Había un aire fétido, el hedor de los engendros muertos; el peculiar y nauseabundo olor de sus cuerpos vivos se mezclaba con el olor a pólvora y el aliento de las bestias enfurecidas. Un humo repugnante nos envolvió junto con los estampidos de las descargas.

Los defensores del sendero, apostados a ambos lados, se turnaban para disparar incansablemente con sus ametralladoras. El comienzo del Círculo de Piedra estaba cubierto de cadáveres, casi una muralla de cuerpos escamosos, peludos y viscosos; brazos largos y cortos, gruesos y delgados; piernas membranosas o tentáculos se mezclaban con cabezas horribles y fauces abiertas, desencajadas por el estertor de la muerte. Había un enorme charco de sangre oscura y espesa que aumentaba de tamaño.

—¡Ben, somos nosotros! —empezó a gritar Cora—. ¡El Celador debe detener a los engendros para que podamos comunicarle que ha habido un error y el ataque cesará!

¿Cómo podía ser oída en medio de la refriega, en medio de los disparos? Pensé que Cora intentaba establecer contacto telepático con su hermano, pero gritaba, tal vez sin darse cuenta.

Mi estado anímico debía estar roto aquella madrugada de pesadilla. De otra forma no sabría explicarme cómo pude permanecer a pocos metros de los engendros que no cesaban de aproximarse a la embocadura del sendero, intentando alcanzar con sus garras de acero a los hombres que la defendían.

De pronto, el terrorífico ataque se detuvo y los engendros empezaron a retroceder, ululando furiosos y manoteando en el aire con sus garras y zarpas de uñas largas y duras como el diamante. Se resistían a obedecer, pero el poder de la silenciosa orden que les exigía no continuar era demasiado poderoso.

—Vamos —dijo Cora. Nos agarró a Glenda y a mí de las manos—. Ben saldrá de su escondite. Por favor, no os asustéis. Recordad que es Ben a quien veréis.

No la comprendí, pero la seguí. De reojo vi a Kummer caminar detrás de nosotros. Lo que no descubrí entonces es que Carmichael pisaba los talones de su jefe.

Avanzamos por encima de cuerpos diferentes de engendros que despedían un olor tan penetrante que yo pensé que se quedaría grabado para siempre en mi olfato.

Miraba al frente buscando a Ben, ayudado por los haces de luz que desde el aire seguían proyectando los helicópteros. La pequeña tienda de lona había sido destrozada por las pezuñas de los engendros y los disparos. Detrás de ella había un pilar natural de rocas. Una sombra se movió entre las sombras y pensé que era Ben y que pronto aparecería.

Los engendros se habían retirado, continuaban retrocediendo y ya estaban en el fondo del claro, a mi derecha. Muchos habían subido a las rocas, se habían encaramado en ellas y desde allí nos lanzaban gruñidos de rabia. En ese preciso momento asomó el primer destello de claridad por el horizonte.

La sombra, que yo suponía de Ben, acabó de salir de detrás del pilar y caminó hacia nosotros. Un deslizante haz de luz cayó sobre su encorvada figura y pudimos verle mejor.

Yo habría gritado, pero mi garganta estaba tan seca que el grito quedó ahogado en ella. Glenda expresó con un gemido su sorpresa apenas Ben entró

en el círculo de luz que bajaba del cielo. No supe cuál fue la reacción que tuvo Kummer, pero la de Carmichael resultó determinante para consumir la tragedia.

Carmichael creyó que Ben era un engendro de una especie desconocida y dispuesto a atacarnos, y disparó.

Los engendros apostados en el fondo del claro y encaramados en las laderas de piedra habrían saltado sobre nosotros si el Sol hubiera tardado unos pocos segundos más en cubrirnos con su aún triste luz.

No quedó ningún engendro vivo en el claro, hasta el más alejado desapareció y los cadáveres de sus compañeros muertos empezaron rápidamente a descomponerse. Junto a la destrozada tienda de lona yacía el cuerpo abatido por los disparos de Carmichael.

Lo miré. El Celador pudo haber luchado desesperadamente para evitar la destrucción de su portador humano, tal vez hizo un titánico esfuerzo para completar la usurpación sin apenas ayuda, y cuando las balas rompieron el corazón de Ben también destrozaron el suyo.

Las formas de un ser de piel blanca como el papel, de rostro anacarado y brazos largos terminados en manos con dedos muy delgados, se mezclaban confusamente con el cuerpo de Benjamin García. No había habido tiempo suficiente para que el prodigio se consumase. Lo único que escuché en el profundo silencio que cayó sobre el Círculo de Piedra fue el llanto lleno de rabia de Cora.

Todavía me pregunto cómo fui capaz de soportar el proceso de descomposición de los engendros hasta que alguien me entregó una máscara. Yo había quedado inmóvil junto a aquel cuerpo compartido por dos seres. Había un ojo redondo y grande, de iris negro que pertenecía al Celador, y *otro ojo* que fue de Ben.

Convencí a Glenda para que sacase a Cora del claro antes de que los hombres, a regañadientes, empezaran a ocuparse de limpiar el terreno de la masa en plena putrefacción. Me quedé allí todo el tiempo que se empleó en acondicionar una caja de acero en la que fue depositado el cuerpo.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Kummer. Estaba detrás de mí, como si rehuyera enfrentarse a mi mirada—. No tan deprisa como los engendros, pero esa «cosa» que comparte el cuerpo de Benjamin empieza a deteriorarse. No sé si llegaremos a tiempo para meterlo en un frigorífico.

Le dije que no con la cabeza, y añadí:

—Ya no conseguirá nada.

Kummer carraspeó. Siguió sin querer darme la cara.

—Yo no podía imaginarme nada parecido a lo que ha pasado, Ronald — hizo una pausa. Para un hombre soberbio como él debía costarle mucho pedir disculpas y estaba buscando la manera de hacerlo que le humillara menos—. Ese ser que aparece a trozos en el cuerpo de Ben... ¿Qué era?

—Temo que ya nunca lo sabremos.

—Dios, tiene que quedar otra oportunidad... —susurró Kummer.

Antes de que cerraran la caja eché una última mirada al extraño cadáver formado por dos seres. El ojo del Celador sólo era una masa acuosa al lado del ojo de Ben. La descomposición del Celador se aceleraba. La caja fue llevada rápidamente a un helicóptero, que levantó el vuelo. Sería inútil, pensé amargamente.

Di media vuelta para dirigirme al sendero; estaba deseando salir del claro, marcharme de allí cuanto antes y emborracharme.

—Ronald... —me llamó Kummer.

Volví la cabeza y le miré, estaba muy pálido.

—Dígame que esto no puede acabar así —sacudió la cabeza—. Dios mío, Dios mío, no eche sobre mis espaldas todo el peso de este planeta de mierda. ¿Quién sabe exactamente lo que ha pasado, y cuál era el mensaje que ese ser tenía que transmitir?

Emití un sonido ronco que llevaba toda mi desesperación.

—Nadie conoce el mensaje, Kummer —dije. Hundí las manos en los bolsillos de mi arrugada chaqueta, buscando un cigarrillo—. Creo que... Bueno, yo pienso que había algo peculiar en el Parque Central, y también en ese claro rodeado de piedras, pero... Es como si sólo hubiéramos leído el capítulo de un libro que usted nos acaba de arrebatarse para arrojarlo al fuego. ¿Una edición de un solo libro? No lo sé, pero probablemente sea así.

Kummer se dio cuenta de que yo necesitaba un cigarrillo y me ofreció su cajetilla. Tomé uno, pero apenas humedecí la boquilla con los labios, lo arrojé lejos. A Kummer le tembló la mano que sostenía el encendedor.

—Cada noche que vea las calles invadidas de engendros pensará que tal vez siguen visitando siempre la zona oscura de la Tierra por su culpa —le dije antes de volverme definitivamente.

No sabía si el Comité nos dejaría en paz por algún tiempo, pero estaba seguro de que cuanto había pasado no sería difundido. Ojalá fuera larga la paz que necesitábamos para que Cora se serenara y pudiéramos hablar algún día. No sé por qué, pero yo empecé a albergar aquella madrugada la esperanza de que ella conociera más acerca del Celador de lo que me contó. Si no era así...

Me horrorizaba más que nunca vivir en un mundo al que siempre le fuera arrojado el oscuro aliento de cada noche, y así hasta el...

LA LUNA QUIETA

Javier Negrete

Como cada mañana, el hilo musical despertaba a Alberto.

En la residencia cuidaban mucho los detalles que hacían que la estancia allí fuese tan relajante. Esta vez se trataba de las notas de la Pastoral, tan verdes y suaves como los tonos que decoraban la habitación. La persiana ya estaba levantada y los rayos del sol calentaban los pies de su cama.

Alberto estaba acostumbrado a levantarse de un salto, apagar el despertador con agresividad y correr hacia el baño, donde se encontraba con el rostro ruinoso de todas las mañanas que —tarea ímproba— debía convertir en impecable. Pero Beethoven no era un molesto timbre que hubiera que acallar de un puñetazo. Se sentó en la cama y apoyó los pies descalzos en el suelo: era delicioso sentir cómo el frío subía por los talones y despertaba todo su cuerpo.

Se asomó a la ventana. Más allá de la verja se veían los olivares y las lomas que dibujaban la desvaída línea pastel del horizonte. La mañana era espléndida; podría disfrutarla en el jardín, paseando o jugando a la petanca. Se dirigió al cuarto de baño arrastrando con pereza las zapatillas. El espejo le devolvió la imagen de un hombre de treinta y tantos años con el pelo revuelto, los ojos pitañosos y la barba crecida, pero sano y descansado. Se afeitó con brocha y jabón y se retocó el bigote con artesanal meticulosidad. (Qué placer librarse de la máquina eléctrica). Luego se metió bajo el chorro del agua sin quitarse la espuma de la cara. Era otra de las ventajas: duchas de un cuarto de hora, de media hora o del tiempo que quisiera.

Mientras se secaba delante del espejo de cuerpo entero examinó con mirada crítica su estómago y su vientre. A pesar del reposo y la buena comida seguían tan lisos como siempre. Mejor Aún tardaría algún tiempo en volver a jugar al *squash*.

Fresco y perfumado, vestido con un pantalón corto y una camiseta de deporte —era ya verano— salió de la habitación. Debía de haber tardado casi tres cuartos de hora en prepararse para el desayuno, pero no lo pudo comprobar con el reloj. No lo había vuelto a ver desde que entrara en la residencia, aunque a decir verdad su búsqueda tampoco había sido demasiado afanosa.

Su habitación estaba en el segundo piso. Arriba, aparte de él, sólo dormía Silvia, que no llegaba a los treinta. Ambos eran los más jóvenes de la residencia: para ellos subir y bajar las escaleras varias veces al día no era ninguna molestia.

Pensar en Silvia le produjo una fugaz reacción casi física. En general tenía algo adormecidos los impulsos sexuales, seguramente por la medicación, pero no era sorprendente que Silvia y el atractivo de sus ojos oscuros le despertara los instintos aletargados.

Atravesó el soleado recibidor. La puerta del jardín estaba abierta y dejaba pasar una brisa fresca que le hizo sentir un leve escalofrío. En el comedor había otros dos internos: don Mauro y Luisa. Alberto dio los buenos días cortésmente y se sentó entre ambos.

Don Mauro había pasado ya los setenta y cinco años, y tenía una cara tan seria y estirada que nadie podría imaginárselo sin el «don». Alberto a veces llegaba a ver una corbata imaginaria alrededor de su cuello. A pesar de su edad, pretendía tomar de nuevo las riendas de su empresa familiar en cuanto se recuperara. En la residencia era correcto y a veces hasta amable. *Pero en su trabajo tiene que ser un auténtico hijo de puta.* A veces se permitía dar consejos a Alberto, como si la pequeña empresa de don Mauro no se moviera en un mundo mucho más estrecho y provinciano que el suyo.

—¿Me pasas la mantequilla, Alberto?

Era Luisa, la profesora de literatura tan aficionada a la ciencia ficción. Era una mujer de mediana estatura, gordita y con el pelo peinado al estilo de su tía —cualquier tía—. Muy simpática y con una conversación bastante interesante, aunque tendía a soltar sermones políticos a Alberto, como todos los profesores.

—Ten cuidado: ya sabes, el colesterol... —bromeó Alberto.

—Buenos días a todos.

La voz profunda de Aguado retumbó en el comedor. No era de extrañar que diera tonos tan bajos: era alto y corpulento como un oso y casi necesitaba dos sillas para acomodar su enorme trasero. No debía serle muy difícil imponer con su presencia desde el atril de director. Alberto le había visto dirigir en una ocasión y había escuchado algunas de sus grabaciones. En el ambiente en que él se movía, Aguado no gozaba de mucha reputación: se comentaba que era algo romántico y poco purista. Pero Alberto, que no entendía demasiado, dudaba que sus compañeros estuvieran expresando otra opinión que la del periódico «in» entre la minoría supuestamente culta.

Aguado intentaba aprovechar su estancia allí para componer, pero Alberto se daba cuenta cuando lo veía sentado ante el piano de que aquella era su vocación frustrada. Silvia, que entendía más que él, se lo corroboraba. *Nunca pasará de mediocre compositor*. Como tantos músicos, se empeñaba en ser precisamente lo que no podía.

Aguado se mostraba un poco distante, dentro de lo correcto. Bajo su aspecto distraído escondía un temperamento muy fuerte que había estado ya a punto de saltar un par de veces, con don Mauro y con Elvira.

Con Elvira... Era comprensible. Los comentarios de aquella señora eran siempre pesados y algunas veces particularmente inoportunos. Sus hijos por aquí, su chalé por allá, su visión por no sé dónde. Una hortería con cuatro duros y delirios de grandeza. *A ésta la han aparcado aquí sus hijos. No me extraña. Lo malo es que nos han dejado el muerto a nosotros*.

Ya casi había terminado de desayunar cuando entró Silvia. Alberto decidió que sus grandes ojos oscuros bien se merecían otra tostada. Ella se sentó frente a él; considerando que quedaban tres sitios libres en la mesa era hasta cierto punto halagador.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias, Alberto.

Su voz era grave, algo ronca. Mientras le servía el café sus manos estaban entrelazadas sobre el borde de la mesa. Eran delicadas, pero talladas en líneas firmes. De haber sabido dibujar Alberto las habría tomado como modelo. Silvia tocaba el piano por afición e incluso había merecido algún elogio de Aguado. Según él, «sentía» las piezas: un comentario bastante halagador cuando venía de un hombre que derribaba con dos palabras a ídolos consagrados.

—¿Tostadas?

—Una, por favor.

Silvia no hablaba demasiado, y también comía poco y con desgana. Todo contribuía en ella a crear cierto aire de misterio.

—¿Alberto? ¿Qué pensabas?

—¿Yo?... Nada, nada. —Se azoró. Sin darse cuenta se había quedado mirando fijamente a Silvia.

—¡Hola, hola, pareja feliz!

Satur, tan alegre como siempre. Satur, que debía andar por los cuarenta y dos años, era el puente entre Alberto y Silvia y los demás. Aunque aparentaba más edad por la calva y el estómago, añadió mentalmente Alberto con algo de malicia.

—Buenos días —le respondió—. ¿Estás dispuesto a que te de una paliza a la petanca como siempre, o piensas oponer al menos una leve resistencia?

—Bah... La petanca está bien para viejos como tú —repuso Satur mientras comenzaba a apilar a su alrededor todo lo necesario para un desayuno abundante—. Ya te daré por la tarde al mus, que eso es lo que vale.

Alberto río con ganas. Con Satur y Luisa se podía hablar relajadamente, sin mantenerse siempre a la defensiva y enarbolando su *status* de directivo promesa. De Satur, por cierto, le intrigaba cómo se pagaría la estancia allí: siempre estaba quejándose de las letras y de la ruina que suponían sus hijos. ¿Se la pagaría algún primo rico de esos que a veces ayudan en tales emergencias? Nadie preguntaba esas cosas en la residencia, como nadie preguntaba por las enfermedades de los demás.

El día transcurrió tan apacible como todos. Por la mañana Alberto y Silvia ganaron a la petanca a don Mauro y Satur. Después de comer se echaron la siesta y más tarde se organizó la partida de mus habitual: Alberto y Luisa contra Satur y Aguado.

—¿Qué tiene usted, maestro?

—No mucho.

—Con escopeta y perro le quiere. Alberto no lleva nunca nada.

Alberto se sonrió, tal vez por los tres reyes o tal vez por las expresiones castizas de Satur. A veces decía de sí mismo, con cierta sorna, que era «un hombre del pueblo». Sociable, jugador, bebedor —se suponía: en la residencia no lo permitían— y dispuesto a poner al mal tiempo buena cara mientras el cuerpo resista y aunque se esté sangrando bilis por dentro.

—Envido la chica.

—Jugadora de chica... Seguro que no llevas nada.

Tener a Luisa de compañera le daba a veces la impresión de que estaba jugando con su madre. ¿Podría imaginarse a....? No, definitivamente no. Y eso que su madre llevaba a cabo intensas actividades culturales: leía unos folletos de cuidado y se dormía en la ópera.

—Aquí hay treinta y una.

—Y aquí también, ¿no te digo?

Después de la partida, un paseo por el jardín y un refresco en las mesas. Alberto se sentó junto a la fuente. Le gustaba el murmullo del agua. Tenía la esperanza de que Silvia se sentara junto a él, pero fue Elvira quien lo hizo. *La pedrea*.

—Hace buena tarde, ¿verdad?

Las conversaciones de Elvira siempre comenzaban con inofensivas alusiones anticiclónicas. Después venía el pedrisco sobre la cabeza de su interlocutor.

—Sí, se está bien aquí. Esto debe ser maravilloso para su reuma, ¿no? —contestó Alberto con retintín. Las mujeres de la posición que quería ostentar Elvira no deben sufrir de reuma ni lumbago, sólo de jaquecas y vahídos. Pero Elvira no llegaba a ser tan sutil.

—¡Ay, hijo! Esto es mano de santo para mis huesos. La verdad es que falta me hacía este reposo. Mis hijos, por supuesto, me cuidan estupendamente bien, no vaya usted a creer... Tienen un chalé en la sierra además que da gusto verlo. Me llevan todos los fines de semana, y el aire de la montaña es tan sano...

Lástima no la lleven a esquiar para que se despeñe. Elvira había decidido explicarle la disposición del chalé con pelos y señales y nada la disuadiría de su empeño. Alberto tomó un trago de limonada para que le acompañara en sus aventuras por los interminables pasillos, las profundidades de los inmensos salones, los brillantes alicatados de los cinco cuartos de baño —debían tener aseo hasta para el perro, que Alberto adivinaba repugnante y con las patas peladas—, las anchurosas extensiones de la cocina —*vaya por Dios, sólo tienen una, quién lo diría*—, las onduladas praderas del jardín y las procelosas aguas de la piscina.

Estaban pasando revista a la moderna tecnología —un vídeo de diez cabeceros, una platera drobi y un tampax-disc que era una maravilla— cuando apareció Silvia frente a ellos. Por desgracia, el mensaje embotellado que enviaron los ojos de Alberto no llegó a buen puerto y la joven se sentó con Luisa en otra mesa. Elvira, a la que no se le escapaba una, se olvidó por el momento del chalé y empezó a celestinear. Eso le dio pie para empezar a hablar de su nuera, mezclando una cucharada de miel con tres de veneno. Alberto tuvo que aguantar una hora antes de que apareciera don Mauro. Aguantó unos minutos más para no dar la impresión de que huía a las primeras de cambio y un cortés «si me disculpan, hasta la cena» se levantó para sentarse junto a Luisa y Silvia.

—Qué buena pareja harían, pero...

¿Había escuchado de verdad el comentario de Elvira o era la resonancia que le había dejado en el cerebro?

Tuvieron todos juntos una cena ligera, como de costumbre, y después se reunieron para la tertulia. La celebraban en un salón muy acogedor, con cómodos sillones de orejas, una vieja mecedora y una chimenea. Aunque nunca la encendían daba a la estancia un aire más íntimo. A veces Aguado o Silvia ofrecían pequeños conciertos en el piano de pared. Eran veladas agradables; a veces algún tema suscitaba la discusión, pero nunca se subía de tono. Ninguno de ellos olvidaba la máxima médica: «serenidad».

Alberto se entretuvo como pudo y esperó a que se sentase Silvia para acomodarse a su lado. Satur, como de costumbre, se retrepó en la mecedora, ligeramente apartado. Aquella noche empezaron hablando de la cocina española en comparación con las de otros países y todos concluyeron que donde estuviera un buen cocido, una tortilla de patatas o una paella de mariscos no había más que decir. De ahí, sin saber muy bien cómo pasaron a una discusión sobre las virtudes y especialmente los defectos de la juventud moderna. El problema, observó Alberto, era que cada uno se refería a una juventud: él y Satur hablaban de los chicos de quince años, Aguado se refería a gente de la edad de Alberto y para don Mauro los jóvenes eran prácticamente todos los demás. Luisa acabó haciendo un apasionado alegato en favor de los jóvenes y demostrándoles, tuvo que reconocer Alberto, que si se quejaban de ellos era porque les fastidiaba envejecer. Aguado cerró la velada con un par de piezas de Granados y todos se fueron a dormir. Alberto acompañó a Silvia casi hasta su puerta. ¿Qué haría si una noche de éstas le invitara a pasar? *Pasar, por supuesto.*

—Buenas noches, Alberto.

—Buenas noches, Silvia.

Un día más.

Alberto se despertó con una vaga sensación de inquietud, algo muy extraño en aquel lugar. No era la música: estaba sonando el Amanecer de *Peer Gynt*. Tal vez la cena. Se palpó el estómago y el vientre y no notó otra punzada que no fuera la del hambre. La sensación debía ser psíquica, pero no podía librarse de ella. Se había hecho tan material y concreta como un molesto inquilino.

«Como un molesto inquilino», repitió mientras se afeitaba. «Como un molesto inquilino», canturreó en la ducha. La desazón casi había desaparecido

cuando bajó a desayunar. Debía de ser más tarde de lo habitual, pues sobre la mesa quedaban restos de varios desayunos y el único que estaba sentado era Aguado.

—Buenos días, maestro. ¿Qué tal está hoy?

—Buenos días, Alberto. Estoy bien, gracias, aunque un poco fatigado, a decir verdad. Me pregunto si va a cambiar el tiempo.

Tal vez por eso estoy inquieto. Satisfecho con la explicación, se dispuso a comenzar un día más de reposo y a disfrutar de los pequeños placeres de aquel lugar; por ejemplo, comerse una tostada con mantequilla y mermelada y tomarse el café a pequeños sorbos sin necesidad de estarse a la vez anudando la corbata.

—Creo que tenemos un nuevo residente —le informó Aguado. Su tono intentaba ser liso y neutro, pero cabrilleaba de curiosidad. En un universo tan reducido una llegada era todo un acontecimiento.

¿Cuándo fue la última vez que llego alguien?, se preguntó Alberto. El recuerdo era confuso. No merecía la pena esforzarse.

—¿Quién es? ¿Lo ha visto usted?

—No, aún no lo ha visto nadie. Parece ser que se lo han dicho a Satur, o a Luisa, no me acuerdo. Creo que es joven y que se llama Manuel o Miguel, o algo así.

—A lo mejor es violinista y pueden hacer dúos —bromeó Alberto.

—No crea que me importaría. Sería capaz de dirigirlos a él y a Silvia. Mis manos echan de menos la batuta.

¿Echaba él algo de menos? Tal vez las tensiones de su trabajo y su modo de vida actuaran en él como una droga. Sin ellas se sentía adormilado y sin energías. Días atrás había pensado en dedicarse a alguna otra actividad: repasar su inglés, aprender algún otro idioma, incluso estudiar un poco de piano. Pero en cuanto se proponía algo fuera de la rutina le invadía una extraña debilidad de ánimo. La residencia era un lugar cómodo y descansar le venía tan bien como al ciclista una esponja húmeda a mitad de carrera; sin embargo, empezaba a sentir deseos de salir. *A lo la mejor por eso me sentía inquieto al despertar. Me estoy aburriendo, eso es. La próxima vez que hable con los médicos...*

—¿Le ocurre algo, Alberto?

—¿Sí? Oh, nada, nada. Me había quedado en blanco. No sé qué andaría pensando.

—Enassssh...

Se volvieron hacia la puerta del comedor. El nuevo residente había aparecido en el umbral como un estornudo. Era joven, como decían: no pasaría de los veintidós años. En vez de batín o ropa de deporte, como ellos, vestía un raído vaquero y una camiseta ajustada. Era rubio y tenía los ojos azules, y llevaba unas gafas redondas que quedaban fuera de lugar con su sonrisa socarrona de ignorante.

—¿Eres el nuevo residente? —preguntó Aguado, ligeramente seco. *No debe ver en él a un violinista.*

—Sí, jefe.

El joven se sentó al otro extremo de la mesa y empezó a servirse café y tostadas mientras tarareaba algo a un volumen insolente.

—Me llamo Alberto. —Tratando de ser amable le extendió la mano por encima de las tazas usadas. El joven se la estrechó moviendo hasta el hombro. Tenía los dedos cortos y las uñas mordidas.

—Yo, Miguel. —Volvió a concentrarse en sus tostadas. Hundía el cuchillo en la mantequilla con saña. Seguramente la capa de mantequilla era más gruesa que la rebanada de pan.

—Este señor es el maestro Aguado.

—¿Maestro? Uh, pues con esa voz debe dar un cague a los niños...

Es director de orquesta, no maestro de escuela. ¿No has oído hablar de él?

Miguel trató de introducir en su boca la tostada entera, y el desastre que Alberto esperaba y temía se produjo: la mitad del pan quedó colgando por fuera de sus dientes y, al estar mojado, se partió en dos. Buena parte cayó en el café y salpicó el mantel y la otra acabó de entrar en la boca del joven con la ayuda de sus dedos y de unos ruidos de succión un tanto desagradables.

—Pues nooh. Perdona, jefe, pero a mí la música clásica me parece un muermo. Claro que si a usted le gusta, cada uno a su bola. Oiga, ¿y para qué sirve andar mascando con la batuta? Los Scorpions no lo hacen y suenan de puta madre.

Por toda respuesta. Aguado terminó su café, se levantó y salió del comedor. Miguel se volvió para ver adonde iba. Sus gestos eran de una exageración ofensiva. Alberto tuvo la sensación de que un elefante acababa de entrar en la cacharrería donde hasta entonces habían estado tan tranquilos.

—¿Se ha mosqueado el tío? Si no le he dicho nada...

Intenta ser amable. Si los médicos lo han traído aquí por algo será. Mejor no tener enfrentamientos.

—Es un hombre famoso. Supongo que no está acostumbrado a que no lo conozcan. Es un poco temperamental, ya sabes —añadió en tono confidencial.

Tal vez así el joven se moderara en sus conversaciones futuras con Aguado.

—Ah, vale. Mi viejo también tiene mucho temperamento ¿sabes? La última vez que me endiñó un viaje fue cuando pasé delante de la tele en un gol del Futre. Hay gente así, pero le sigues la bola y ya está.

Mientras hablaba se sirvió otra pantagruélica tostada. Alberto tembló al pensar en los desagradables sorbetones, resoplidos y salpicaduras que se avecinaban.

—¿Qué rollo hay en este sitio? ¿Os lo montáis guapo?

—Bueno, depende de tu punto de vista. —Elevó la voz para acallar los sorbidos. Ahí va la tostada. *Pero pedazo de animal, ¿para qué te echas tanta mantequilla si no te cabe en la boca? Mira cómo está poniendo la mesa.* La idea de trepanarle con la cafetera no parecía muy mala—. Es un lugar muy relajante.

—Mmmm... —La manera en que proyectaba el labio inferior sobre el superior para asentir era irritante—. Está guay. A mí me gusta tumbarme al sol y no hacer nada. Así se cura cualquier cosa... menos no tener un chavo, tronco. —Su chiste le debió hacer mucha gracia a juzgar por sus absurdas carcajadas. *Se ríe como un débil mental. Deben haberle rellenado el cerebro con cera fundida.*

Miguel siguió un rato comentando algo cuyo sentido se le escapaba a Alberto, fascinado por la forma en que arrastraba las *eses* y escondía las *enes* en el velo del paladar. Por fin, con un último sorbido digno de la propia Caribdis terminó el café. *Gracias; Dios mío.*

—Bueno tronco, me voy a poner un huevo, que el café... Nos vemos.

Nadie hubiera deseado rellenar el hueco que dejaba su ausencia. Alberto estiró las piernas y miró al techo tratando de tranquilizarse. Jamás hubiera creído que a un macarra como Miguel lo admitieran en aquella residencia. Daría queja en cuanto viera a los médicos...

Los médicos... Volvió de su ensimismamiento. ¿En qué había estado pensando?

Salió al jardín como todas las mañanas. Tenía la inútil esperanza de que llegase algo —una carta, un coche de policía, un furgón de la perrera— para llevarse de allí a Miguel. *Sentimos comunicarles que les hemos enviado por error al señor Miguel de Tal y Tal. En realidad, estaba destinado para ser piadosamente sacrificado...* —Alberto optó por la indulgencia—... *para ser internado en un campo de concentración. Les pedimos disculpas por las molestias ocasionadas, atentamente y etc. etc. La Dirección.*

—Buenos días, Alberto.

—¡Ah, buenos días, Silvia!

Sus pasos lo habían llevado a la parte oeste del jardín, donde la hierba crecía más alta. A esa hora el edificio de la residencia ocultaba el sol.

La joven parecía más atractiva que de costumbre, acaso por el contraste con la desagradable presencia del recién llegado.

—Estás muy guapa esta mañana, Silvia.

—Gracias. —Silvia sonrió sin demasiada convicción. Era difícil sorprenderla en una expresión de auténtica alegría—. ¿Has visto ya al chico nuevo?

—Sí —rezongó.

—No parece que te haya gustado mucho.

—No, no lo parece.

—Estás un poco enojado. Anda, siéntate en la hierba conmigo, a ver si se te pasa.

—No sé yo si eso es muy sano.

—¡Bah, todavía eres joven para tener reuma! A mí me encanta sentarme en la hierba mojada.

Se dejaron caer. Era agradable sentarse en el césped, como cuando estaba en la Facultad y hacían novillos para tirarse en la hierba del campus.

—Uno empieza a envejecer cuando deja de sentarse en el suelo —filosofó.

El seto le tapaba la visión por aquella parte. La habitación de Alberto estaba orientada hacia el este; nunca se había asomado por la parte de poniente, pero suponía que el paisaje sería similar.

—¿Tú has visto lo que hay más allá?

—Sí —respondió Silvia—. Mi habitación da por aquí. A veces subo nada más para ver la puesta de sol. Es muy bonita. La tierra se pone casi tan roja como el cielo.

—¿Qué hay, olivos?

—Sí, tan sólo olivares. Me gustan mucho. Hacen que la tierra parezca tan sola...

Como tú. O como yo. Pero había una diferencia entre las soledades de ambos. La de Alberto se debía a su trabajo, a sus ocupaciones: era una contingencia, casi un descuido. La de Silvia era tan honda como el oscuro pozo de sus ojos. Sin duda había nacido con ella.

—¿Por qué te gusta que la tierra parezca tan sola?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Me gusta ver cómo se pone el sol sobre un paraje desierto. Me gusta ese silencio.

Iba a decir algo más, pero se lo calló. Durante unos segundos su mirada quedó prendida del infinito. Después sonrió.

—Tal vez no me importara ver una puesta de sol contigo desde mi habitación.

Alberto debía buena parte de su éxito con las mujeres a saber captar una insinuación. Sin responder a Silvia, la tomó por un hombro y la atrajo hacia sí. Ella se dejó hacer, incluso cuando la besó en los labios. Con los ojos entreabiertos, Alberto vio los párpados de Silvia, cerrados en una curva sensual, y su deseo despertó. Su mano derecha se posó en el costado de la joven, subiendo tentativamente hacia el pecho.

—Se está chachi en la hierba, ¿qué no?

La voz de Miguel los separó con una cuchillada. Alberto se volvió rabioso, pero se contuvo pensando que cualquier cosa que dijera sólo haría más violenta la situación.

—Este es Miguel, el nuevo —informó a Silvia. La joven se había ruborizado y le esquivaba la mirada. Alberto recordó que sus labios eran jugosos y sin embargo fríos como los de una estatua. Como los de una hija de la nieve.

Miguel se sentó a su lado sin esperar a que lo invitaran, cruzando con facilidad sus piernas esqueléticas. *¿Dónde meterá las tostadas?*

—No veas cómo os lo montáis, tíos. Aquí te tiras en la hierba y no vienen los maderos a echarte. ¿Cuánto os quitan por esto?

—¿Cómo?

—Sí, hombre, que cuántas libras os llevan. Que cuánto cuesta, coño.

Algo parecido a las raíces de una ortiga empezó a hormiguitar en el estómago de Alberto.

—No creo que debamos hablar de eso.

—Bueno, tío, no te pongas así. Ya sé que no es fino hablar de dinero, pero es que no he ido a un colegio de pago.

¿Cuánto te cobran a ti, ya que hablas? La pregunta murió antes de llegar a sus labios.

—¿Te gusta la comida de aquí? —preguntó Silvia, que trataba de ser amable.

—Está chachi, tía. Me he puesto como un cerdo de tostadas.

Y además que sí. La fugaz idea de abandonar la residencia que Alberto experimentara por la mañana se había convertido en un deseo fijo en su mente. De pronto habían desaparecido casi todos los atractivos de aquel lugar. Excepto Silvia.

—Has tirado un poco lejos el boliche, Satur. Vamos a aplastar la hierba.

—¿No eres tan preciso y exacto? ¡Venga, arriesga!

Alberto calculó la distancia, echó atrás el brazo y lanzó la bola con ayuda de todo su cuerpo. El balanceo era muy importante para elevar la bola lo más posible y dejarla clavada en la caída. La dejó a unos treinta centímetros del boliche; un tiro regular.

—¡Ahí va!

Satur siempre la tiraba rodada, pero consiguió dejar su bola más cerca que la de Alberto.

—Punto para mí.

—¡Bah! Esa no es forma de tirar. Juegas a la suerte y de vez en cuando te suena la flauta.

Recogieron las bolas. Eran de acero. A Alberto le gustaba su tacto y su peso. Sin saber por qué, le vino a la imaginación la idea de un delantero centro cabeceando una de esas bolas. El rostro era el de Miguel.

Pensando en él, aquí lo tenemos.

—¡Pasa, tíos! ¿Me dejáis jugar?

Satur ya debía de haber conocido a Miguel, a juzgar por su mueca de desagrado. Alberto, sin la menor intención de amable, respondió:

—Estamos en mitad de una partida. Más tarde tal vez.

Miguel se alejó rezongando para malsana satisfacción de Alberto. *Sólo faltaba que me fastidiara también la partida. Es más molesto que un grano en el culo.*

Satur tiró el boliche.

—¿Sabes cómo ha puesto el gilipollas ese a don Mauro? Casi le da un síncope al hombre. Venga, tira...

—¿Qué le ha dicho?

—En realidad empezó don Mauro, preguntándole que a qué se dedicaba.

—«Buá, curraba en la construcción, pero buá, era un masque total» —remedó Alberto.

—Sí, justo eso. Entonces, él se lo pregunta a don Mauro, y éste más o menos le cuenta lo de su empresa. «Buá, abuelo, pues no debe molar nada tener una empresa así y pagar cuatro duros a la peña. Fijo que se forra». — Alberto tuvo que reconocer que la imitación de Satur era mucho mejor que la suya.

—¿Eso le dijo?

—Ni más ni menos. Don Mauro se puso todo colorado y le soltó una retahíla de agana y no te menees. Que, si él sí que empezó ganando dos duros, que bastante paga que los jóvenes de ahora sólo quieren cobrar y ni oír hablar de trabajar, que en cuanto se tienen que quedar dos minutos de más ya quieren cobrar horas extras, que antes había amor al trabajo, que lo que pasa es que confunden libertad con libertinaje...

—Ya, las avanzadas ideas políticas de don Mauro. —Alberto se regocijó imaginando la reacción del envarado anciano. Miguel había metido el dedo en la llaga.

La conversación hizo que la partida se alargara. Alberto, que iba en desventaja, no supo reaccionar a tiempo y perdió. En la siguiente recuperó su habitual precisión, y cuando iban a jugar la de desempate aparecieron don Mauro y Silvia, dispuestos a jugar como siempre. El viejo vestía una camisa clara que dejaba adivinar la camiseta, una prenda cuya utilidad en verano no entendía Alberto. *Es una marca generacional. Satur también es de la edad de la camiseta.*

Mientras jugaban, su mirada y la de Silvia se cruzaron varias veces. Alberto procuraba recoger las bolas de la joven y rozar su mano cuando se las daba. Aunque ella no le rehuía, era inútil buscar en sus ojos algún guiño de complicidad o un brillo distinto que el de días anteriores.

—¿Pasa, me dejáis tirar una bolita ahora?

Siempre escuchaba su voz antes de verlo, como el zumbido del mosquito que presagia el picotazo.

—Toma de una vez y prueba.

Le ofreció una de sus bolas. Miguel se había despojado de la camiseta: estaba tan flaco que su pecho parecía una tabla de lavar. Alberto observó que don Mauro se echaba atrás y dirigía una mirada aviesa a la nuca del muchacho.

—Venga, tira.

—Vale, tío, espera que apunte.

El estilo del joven era poco ortodoxo, pero efectivo. Su bola cayó sobre la de Satur, que era la que más cerca había quedado del boliche, pero con tan mala fortuna que el plástico de ambas se rajó y al rodar dejaron en el suelo un reguero de arena. Satur no pudo reprimir su enfado.

—¡Pero bueno, es que no sabes más que joder la marrana! ¡Todos los días jugando aquí tan tranquilos y tienes que llegar tú a rompernos las bolas a las primeras de turno!

—Bueno, hombre, no te pongas así, que ha sido sin querer. Serían malas...

Había algo raro allí, pero Alberto no supo averiguar qué.

Después de la comida, en la que Miguel demostró que podía sorber los macarrones con tanta facilidad como la sopa, se retiraron para la siesta. Alberto se tendió en la cama sin desvestirse. Su mirada se distrajo en los dibujos que proyectaba el sol a través de las persianas, mientras sus pensamientos vagaban en un amodorrado desorden. Imágenes de Silvia, sobre todo. Una sonrisa insinuante, unos labios entreabiertos, unos ojos oscuros que ardían de pasión. *Si ahora me levantara y fuera a su habitación, seguro que no me rechazaría.* La somnolencia le impedía moverse. Se arrebujo en las visiones eróticas, poniendo en su imaginación más de lo que había ocurrido y de lo que tal vez llegara ocurrir.

Finalmente se quedó dormido y soñó con una partida de petanca en la que estaba jugando desnudo. No se daba cuenta de ello hasta que captaba las miradas sorprendidas de Luisa y Silvia Miguel lanzó la bola y todo reventó.

—¡Eso es!

Despenó sobresaltado. Se apretó el pecho con la mano, tratando de detener el alocado batir de su corazón. Se había dado cuenta de algo importante, acaso crucial, pero ¿qué era? Respiró hondo veinte veces y consiguió que el ritmo de sus latidos se apaciguara. Estaba sudando y se había quedado frío.

Después de ducharse y cambiarse de ropa levantó la persiana. Debían de ser las seis de la tarde; el sol estaba a medio camino en su descenso. *Hora de echar nuestro tute.*

Bajó las escaleras con paso cansino. El brusco despertar había hecho en él el efecto de una tunda de palos. No tenía demasiadas ganas de jugar y, para colmo, seguramente aparecería Miguel. Como los niños pequeños, deseó que con el sueño se hubiera desvanecido el mal. Tal vez, ojalá, ya se hubieran llevado a Miguel.

Miguel no apareció hasta la hora de cenar. Para cuando se le volvió a ver, todos los demás habían hecho frente común contra él. En la mesa todos procuraron dejarlo fuera de sus conversaciones, hecho que no pareció frustrarle. Después ocuparon sus lugares para la tertulia en el salón. Parecían

una familia. Contemplando la escena desde fuera, a Alberto le recordaba una vieja fotografía; no cualquier estampa familiar, sino una en concreto. *Ya sé*. Dos fotos en un libro: los diversos miembros de una familia estaban sentados en una reunión similar a la suya. El tiempo estaba cristalizado en aquella imagen. *El Tiempo y los Conways*. Así se llamaba la obra de teatro de la que habían sacado la fotografía. Incluso recordaba el pie de la ilustración: los Conways volvían a reunirse al cabo de veinte años de fracasos y desengaños.

Una nueva luz iluminaba ahora la escena. Tal vez fuera un flash que congelaba y archivaba a los presentes en un cajón del tiempo. O un resplandor de paz. Todos estaban tan serenos: don Mauro tieso en su sillón; Satur meciéndose con suavidad; Elvira, Luisa y Silvia juntas como abuela, madre e hija; el maestro Aguado, sentado junto al piano de media cola, sus energías contenidas en un respiro. Pero la paz se veía traspasada por un flechazo envenenado con la ponzoña de la desilusión. Era una quietud engañosa, la inmovilidad del cementerio.

Alberto se sentía atrapado en una telaraña de delgados filamentos de luz. *¿Qué me ocurre?* Aunque sus compañeros hablaban y se movían, no dejaban de parecerle estatuas de cera o durmientes hibernados. Había salido de sí mismo y al hacerlo se había apartado del tiempo. ¿O eran los demás quienes se encontraban aparte, alejados de su corriente? Miró a Miguel. El joven estaba sentado en un taburete, junto a la vieja estufa de carbón que nunca encendían, observando también desde fuera. Las miradas de ambos se cruzaron y el azul desvaído de los ojos del joven le estremeció.

—¿Te pasa algo, Alberto?

Era Silvia. Sus dedos le estaban rozando el dorso de la mano. Alberto volvió la mirada y vio en su rostro una hermosa fotografía de ojos insondables; la de una mujer que hubiera vivido mucho tiempo atrás, cuando el mundo y los corazones y el olor del aire eran distintos.

—Nada, Silvia, me he distraído.

Se apretaron la mano un segundo. Alberto creyó percibir un rayo de tenue calor. Un vacío le mordió los ijares, la punzada del deseo esperanzado.

Eso es.

Otra vez. ¿Por qué se había despertado diciendo «*eso es*»? ¿Qué había averiguado durante su sueño?

—El maestro va a tocar *Claro de luna* —le informó Silvia.

—Ah, ¿Beethoven?

—No, no es esa sonata. Es una obra de Debussy. ¿No la has escuchado nunca?

—No, la verdad es que no.

—Pues escucha. Es muy bonita.

El maestro ya había comenzado su interpretación. Era una pieza mucho más hermosa de lo que Alberto hubiera imaginado. Las cadencias y acordes le sugerían olas estrellándose mansa mente en la playa o burbujas en un arroyo fresco. Se dejó arrastrar por la música. Le gustaba ver la forma en que las teclas se hundían bajo los dedos del maestro, como si aquel movimiento, disociado de las notas que producía, significara algo en sí mismo.

Esta noche iré al cuarto de Silvia. Ella no se iba a negar. Tenía ya cierta experiencia en aventuras amorosas y sabía cuándo una mujer iba a aceptarlo en su cama. Con Silvia podía ser más que una aventura: debajo de la atracción física que sentía por ella había una ternura más honda. Me hago viejo, se dijo con una sonrisa de complacencia. Tal vez estaba madurando en aquel apartado reposo y empezaba a comprender que el éxito profesional no lo era todo sin alguien con quien compartirlo.

El maestro Aguado tocaba con los ojos cerrados, escuchando su música y disfrutando de su belleza. La pieza de Debussy había creado una telaraña sonora que se entretejía con los invisibles hilos del tiempo que enmarañaban la habitación. Pero Alberto ya no podía contemplarla desde fuera. *La música es comunión.* Estaba unido a todos.

Pero Miguel...

Eso es. ¿No se había roto la bola de Satur cuando la de Miguel la golpeó? Sí, el plástico se había rajado esparciendo la arenilla por el suelo. Pero él recordaba una sensación distinta, anterior: el frío del acero en su mano.

Un acorde fortísimo y disonante le sobresaltó. Lo que ahora estaba interpretando el maestro no lo había escrito Debussy. Alberto lo conocía: era el final de las *Rondas primaverales* de *La consagración*. «Aterradoras exclamaciones de las trompas», había leído en alguna parte. La mano izquierda del maestro caía sobre el teclado con mazazos vengadores de efectos tan contundentes y devastadores como las trompas. Los ojos del músico estaban muy abiertos y por el rostro le caían chorros de sudor. Alberto miró a los demás: todos estaban tan sorprendidos y atemorizados como él y como el propio Aguado.

El maestro se interrumpió súbitamente. Parecía confuso y fatigado.

—Si me disculpan, me voy a acostar. Me encuentro algo cansado.

El día llegaba a su final y algo se había roto.

Todos se han acostado ya, y cada uno está entregado a sus pensamientos. Luisa piensa en una nueva idea para otra novela de ciencia ficción que jamás

llegará a publicar; Elvira decide que va a llamar a sus hijos para que la saquen de ahí; Satur se anima diciéndose que lleva mucho tiempo sin beber y tal vez pueda volver ya a su casa; don Mauro hace balance de sus negocios...

El maestro Aguado tampoco necesita ya seguir en la residencia. La inspiración ha llegado por fin y sabe que nunca le van a faltar las ideas. No necesita ni el piano para componer. En su cabeza suena un ritmo insistente, visceral, que va a expresar en un acorde disonante; fa, la y do bemoles en los contrabajos y violoncelos; sol natural y si, re y mi bemoles en las violas y violines. Irrupciones del metal. Un fa bemol mayor y un mi bemol mayor con séptima juntos, para que, perdida toda sensación de tono, sólo quede el ritmo. Pam-pam-pam-pam pam-pam-pam-pam pam-pam-pam-pam pam-pam-pam-pam pam-pam-pam-pam pam-pám-pam-pam pám-pam-pam-pam pám-pam-pam-pam... Todo está en su cabeza.

En esta noche Silvia mira al techo con los ojos abiertos. Tal vez espera que la puerta se abra y alguien llene su vida. Que la llene a ella.

La inquietud que Alberto sintiera por la mañana no había desaparecido. No podía conciliar el sueño después de las extrañas sensaciones de aquel día. Sólo dos eran concretas: la repulsión por Miguel y la atracción por Silvia.

Voy a ir a su habitación. ¿Y si le rechazaba? ¿Y si gritaba y despertaba a toda la residencia? Sólo la idea hizo que enrojeciera.

Había otros motivos detrás de su inquietud, pero no era capaz de verlos ni de oír las voces silenciosas que le chistaban desde el país del sueño. ¿Era tal vez su impulso sexual el que lo causaba todo, disfrazado de una manera más o menos vaga? ¿Por qué? No creía que hubiera ningún super-yo reprimiendo su libido: quería acostarse con Silvia, simple y llanamente.

Mierda. Se levantó de la cama y buscó las zapatillas. El suelo estaba más frío de lo que había esperado. *Aquí están.* Sin duda podría olvidar aquella desazón en brazos de Silvia. Se acercaría sigilosamente a su habitación, abriría la puerta con mucho cuidado y... *Estoy loco. Parezco un adolescente estúpido o un maniaco tarado.* No, no. Ella se le había insinuado claramente. *No me importaría ver el ocaso contigo desde mi habitación.* El ocaso ya había pasado de largo, pero lo importante era la intención. Con la emoción del que emprende una arriesgada aventura, Alberto salió al pasillo.

La puerta de Silvia estaba frente a la suya. Alberto se acercó despacio, tratando de no arrastrar las zapatillas. Puso la mano sobre el picaporte. Seguro que el cerrojo estaba echado. No, la puerta no estaba cerrada. Empujó con el

hombro y tiró del picaporte hacia arriba para que la puerta no rozara en el suelo. Ya estaba dentro. Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Dejar la puerta abierta para tener una salida rápida o cerrarla para que no apareciera ningún inoportuno? La dejó entornada y se volvió hacia el lecho donde dormía Silvia.

La joven estaba tendida de espaldas, con los brazos doblados sobre la cabeza en actitud de abandono. Las sábanas apenas le llegaban a la cintura. A la tenue luz que entraba por la ventana Alberto distinguió sus pechos desnudos y la suave línea de una cadera. El lobo del deseo le mordió en el bajo vientre. ¿Dormiría siempre así o le estaba invitando? La dulzura del juego hacía flaquear sus rodillas. Dejó sus zapatillas y se acercó aún más a la cama. Inclinado sobre Silvia observó su respiración: hubiera podido jurar que se acababa de acelerar. *No, no está dormida. Vamos a seguir el juego.*

Primero le rozó suavemente el rostro, sin que ella reaccionara. Animado, dejó que sus dedos vagaran por el hombro y el brazo, tan sedosos como se había imaginado, y que se aventurara en el inicio del suave promontorio de su seno. La sensación era tan excitante que olvidó toda la inquietud del día.

El juego se prolongó muchos minutos. Silvia ni se movía, pese a que sus caricias se iban acercando a lugares más recónditos. Al rozar sus pechos notó cómo sus pequeñas puntas se erguían y la suave piel se erizaba. El rostro de Silvia era aún más hermoso con los ojos cerrados e iluminado por ese tenue resplandor; tan hermoso que le llenaba de una ternura casi olvidada.

—Silvia, te quiero.

Lo dijo de corazón. En aquel momento deseaba enterrarse en los brazos de ella y quedarse así el resto de su vida. Tiró de las sábanas hacia abajo y se tendió sobre ella. Silvia lo acogió desde la distancia, como si quisiera seguir disfrutando del juego de los fingimientos.

pam-pam-pam-pam pam-pam-pam-pam pam-pam-pam- pam...

Alguien estaba tocando el piano del salón. El maestro Aguado debía de haberse levantado. El ritmo se apoderó de Alberto, que entró en el cuerpo de Silvia y la abrazó con fuerza.

pam-pám-pam-pám pam-pam-pam-pam pam-pám-pam- pam...

Eran los sincopados *Preludios primaverales*. Nunca imaginó Alberto que haría el amor con aquella música. «Te quiero, Silvia», musitó. Ella gimió suavemente. Por fin se acercaban. Alberto la abrazó, tratando de fundirse con ella.

¡No! ¡Esa música es mía!

¿De dónde había salido aquella voz? Alberto apretó a Silvia con más fuerza, mientras su mente se abría a pensamientos ajenos.

Voy a salir de aquí. Aún no estoy acabado.

Mis hijos, ¡oh, mis hijos!

El capítulo en que la nave...

No, esa música es mía: va a ser la obra que...

Voy a llamar a mis hijos.

... un préstamo de mi cuñado, a lo mejor tiene lo suficiente para...

Ahora entran los píccolos y clarinetes.

Los pensamientos cruzaban por su mente en ráfagas de esperanza cuyo origen no podía identificar. En ellos había una energía que se contagió a su cuerpo, impulsándolo en frenéticos movimientos. «Silvia, Silvia». Ella le abrazó por fin y abrió los ojos. Alberto sintió que podía fundirse con ella. «Te amo».

pam-pám-pam-pam Pam-pám-pam-pam Pám.

Un abrupto acorde y el piano calló. Alberto, exhausto, se desplomó sobre Silvia. Esperaba que ella le abrazara, que le acariciara el cabello; pero sus brazos cayeron inertes a los lados.

—Silvia...

Alberto se apartó un poco para ver su cara. Silvia miraba al techo y respiraba pausadamente. La acarició con ternura, pero ella estaba a años luz.

Entonces no ha servido para nada. Entonces...

—¡No, esa música es mía, canalla, mía!

Los gritos coléricos y desesperados del maestro Aguado venían del salón. Pronto empezaron a llegar ruidos del piso de abajo: puertas, carreras, preguntas. Toda la residencia se había despertado. Alberto saltó de la cama y se vistió a toda prisa. Cuando se volvió para mirar a Silvia, ella ya se había enfundado en un albornoz.

—¿Qué sucederá?

Ya casi había olvidado su voz. No había en ella ninguna huella de lo que había sucedido. *Ni siquiera ha sido un juego*, pensó Alberto con amargura.

—Bajemos a verlo —contestó con deliberada frialdad.

En el salón había un gran revuelo. Satur y Luisa sujetaban al maestro para evitar que se arrojara sobre Miguel; éste, sentado al piano, lo observaba todo con una sonrisa sarcástica muy diferente del gesto bobalición que hasta entonces les había mostrado. *Ha arrojado la careta*, pensó Alberto. Pero ¿qué careta?

—¡Eres un bastardo, un canalla!

Alberto ayudó a Luisa y a Satur y entre los tres lograron sentar al maestro en un sillón. Aguado tenía los ojos inyectados en sangre y respiraba como un

motor a punto de estallar.

—¡Ese hijo de puta me ha robado la música! pam-pam-pam-pam pam-pám-pam-pám...

Todos vieron con estupor que era Miguel quien tocaba el piano. Lo hacía con afectada desgana, pero no por ello los disonantes acordes de Stravinsky perdían su efecto. Miguel se volvió en la banqueta y los miró a todos con salvaje alegría.

—El muy ingenuo creía que había compuesto los *Augurios primaverales*... Pero no recordaba que ya lo había hecho Stravinsky en 1913.

Ya no arrastraba las *eses* ni escondía las *enes*. Aguado dejó de gritar y de agitarse para enterrar la cara entre las manos y romper en ahogados sollozos. Alberto sintió una dolorosa compasión por él: ¿de verdad había creído que esa música era suya? *Dios mío, ha perdido la razón.*

—¿Quién eres? —preguntó desafiante a Miguel.

—¿Y eso qué más da? Lo importante es que seas capaz de saber quién eres tú.

Una muralla invisible cortaba el salón. A un lado estaban todos ellos, mirando sobrecogidos, mientras en el otro, vestido con un elegante traje en el que hasta entonces no había reparado, sentado en el taburete y con las piernas cruzadas, Miguel los observaba con gesto irónico.

—Lamento haber interrumpido su sueño, señores. Estaba desvelado y pensé que tocar un poco el piano me ayudaría a dormir. En cuanto a ti, Alberto, espero no haberte estropeado el...

—¡Cállate o te rompo el alma!

Miguel se rió de él. Alberto sintió que su carcajada lo desnudaba delante de todo el mundo. «Mirad lo que ha estado haciendo». Se encontraba pegajoso, sucio, fracasado. Todo porque Silvia no se había dignado hablarle ni acercarse a él. Ahora estaba sentada en el sofá, mirándose los dedos entrelazados sobre el regazo.

—No te preocupes, Alberto, no diré nada más. Bueno, como decía, siento mucho haberlos despertado. Ahora, con su permiso, voy a acostarme...

Antes de que nadie pudiera reaccionar ya había salido de la habitación. Durante unos segundos se quedaron mirando en silencio el rastro congelado que Miguel había dejado en la puerta. Don Mauro fue el primero en hablar, y lo hizo con toda la indignación de que se le veía capaz.

—¡Esto es el colmo! ¡Nos ha despertado a todos y le ha faltado al respeto a un hombre como el maestro Aguado! ¡Voy a protestar a los médicos para que lo echen de aquí!

Cuando se disponía a salir del salón Satur lo retuvo por un brazo.

—Espere un momento, don Mauro. No creo que éste sea...

—¡Suélteme, coño! —La voz del anciano perdía toda su dignidad en los agudos—. ¡Esto no va a quedar así! ¡Se va a enterar de quién soy yo!

Se soltó del brazo de Satur con una energía inesperada y salió de la estancia sin dejar de dar voces. Satur y Luisa fueron tras él mientras Elvira trataba de consolar a Aguado, que seguía sollozando. *Que me aspen si entiendo algo de lo que está pasando.* Alberto buscó la mirada de Silvia y no encontró más que unos ojos ausentes. Se sentó al piano y tocó una tecla. Algo tranquilizado por el sonido, volvió a hundir el dedo, punteando inconscientemente un ritmo: pam-pam-pam-pam pam-pám-pam-pám...

—No toque eso, por favor.

Era el maestro, que había levantado la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, no de ira ya, sino de dolor y cansancio. Alberto volvió a sentir la punzada de la compasión en su propio cuerpo.

—¡Qué necio he sido! ¿Cómo he podido creer que yo... que esa música la había...? —Suspiró con pesadez—. Los años deben haber debilitado mi cerebro.

—No diga eso, maestro —le rogó Elvira. Parecía realmente condolida, como si de alguna manera compartiera la decepción del maestro.

Todos la compartimos. Mientras hacía el amor con Silvia he captado muchos pensamientos ilusionados, y ahora todo parece haberse derrumbado de golpe. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué había podido recibir los pensamientos de todo el mundo menos de Silvia?

La joven estaba mirando en su dirección, pero veía a través de él. Nunca le había parecido tan hermosa ni tan lejana; nunca la había conocido y probablemente nunca llegaría a conocerla. *Algo nos está ocurriendo desde que ha venido Miguel.* ¿Quién es él? Acaso estaban en un sanatorio psiquiátrico recibiendo un tratamiento de choque; no se le ocurría otra explicación.

Don Mauro, Satur y Luisa aparecieron de nuevo en el salón, perplejos; incluso el anciano estaba más confuso que enfadado. Satur se sentó en la mecedora y empezó a columpiarse con aire meditabundo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Alberto.

—No hemos encontrado a los médicos por ninguna parte —le informó Luisa—. Hemos buscado en este piso y en el de arriba, pero... Tampoco hemos encontrado la habitación de Miguel. Aquí está todo ocupado, y arriba,

aparte del tuyo y del de Silvia, sólo hay otros dos cuartos. Pero ambos están vacíos y da la impresión de que nadie ha dormido en ellos desde hace tiempo.

—A mí no me importa nada dónde pueda estar ese sinvergüenza —dijo don Mauro—. Lo que quiero es encontrar a los médicos.

—Sí, pero ¿dónde?

La pregunta de Luisa molestó a Alberto en algún oculto rincón de su cerebro. *Es porque nunca nos lo hemos preguntado. Sí, es verdad, estamos en un psiquiátrico, en un manicomio.* Alberto prefirió silenciar por el momento sus suposiciones.

—En el jardín hay una caseta, ¿no? —comentó—. Puede que estén allí. Pero no sé si debemos despertarlos o mejor...

—Mira, Alberto —le interrumpió Satur—, estamos ya todos desvelados y no vamos a poder dormirnos hasta que solucionemos esto. Yo no entiendo ni jota de lo que está pasando, y me parece que hay gato encerrado.

—En ese caso iré a la caseta, a ver si encuentro a los médicos y les explico lo que ha sucedido para que tomen sus medidas.

—¡No vayas solo, Alberto! —le rogó Luisa, repentinamente asustada.

—¿Por qué? ¿Qué me puede pasar?

—No.... no lo sé. Vete a saber. Acompañale, Satur, por favor.

—Está bien, voy con él. Pero lo único que puede pasar es que nos encontremos a Miguel en el jardín y que lo agañote.

Alberto sonrió.

—Venga, vamos allá.

La caseta se hallaba en la parte este del jardín. Alberto, que nunca había intentado salir de noche al jardín, temía encontrar la puerta del recibidor cerrada, pero no tuvieron problemas para abrirla.

—Está un poco oscuro ahí fuera.

—Venga, Alberto, no me digas que tienes miedo.

—Sólo he dicho que está oscuro, no que me dé miedo. De todas formas, no las tengo conmigo —reconoció.

—No me extraña. Después de despertarse uno con esas voces...

Si supiera que algunos no estábamos despiertos. La indiferencia de Silvia había convertido lo que podía ser un secreto gratificante en un pensamiento de frustración.

Fuera hacía fresco y debajo del ligero pijama se le erizó la piel. *Brrr, qué desagradable.* No sabía qué le era más desagradable, si la frialdad de la noche o tener que buscar a los médicos para explicarles... ¿qué? Verán, un viejo director de orquesta ha creído en su delirio senil que era el autor de *Le sacre*

du printemps. Alberto sacudió la cabeza. *Al menos se puede ver por dónde pisamos*. Sobre ellos lucía una luna espléndida y redonda, pero no había estrellas.

—Por aquí no encuentro la caseta —se quejó Satur—. ¿No estaba en este lugar?

—No sé, la verdad es que nunca me he fijado demasiado. Vamos a dar la vuelta por aquí, pegados al seto, a ver si...

Se estremeció. Debería haber salido con más ropa, pero no había supuesto que la noche fuera tan fresca en aquella época del año. Satur también se quejaba de la temperatura y se frotaba los brazos para entrar en calor.

—Venga, vamos a darnos prisa, no sea que cojamos una pulmonía.

—Mira, ahí está.

Encontraron la caseta en la parte sudeste; desde luego, no era donde tenían pensado. *Qué despiste, Dios mío*. La carcomida madera de la puerta no les dio la impresión de que dentro morara nadie, pero aun así llamaron con los nudillos.

—Esto está vado —vaticinó Satur.

—Vamos a insistir. ¿Hay alguien ahí? Por favor, ¿hay alguien?

Interrogó a Satur con la mirada. Su amigo asintió, de modo que Alberto decidió entrar como fuera. Empujó suavemente con el hombro. La puerta, con un chirrido que les sobresaltó, se abrió un par de palmos. Empujó un poco más y tanteó en la pared con el brazo izquierdo, buscando un interruptor. *Aquí está*. La luz procedía de una triste bombilla que colgaba del techo. Al encenderla, Alberto tuvo una extraña y terrible sensación que ni siquiera se atrevió a comentar con Satur: *la misma luz creaba los objetos al irlos iluminando*. Se restregó los ojos. *Imposible*. La caseta estaba llena de material viejo y abandonado: mesas, sillas rotas, una carretilla, un par de azadas llenas de herrumbre, restos de una motocicleta... No parecía que nadie hubiera entrado en años: había un dedo de polvo y todo estaba cubierto de telarañas. No era, desde luego, el lugar idóneo para buscar a los médicos.

—Aquí no hay nada, Alberto. Apaga y vámonos.

Regresaron en silencio, sumidos en sus pensamientos. Cuando ya estaban a pocos metros de la puerta de la residencia, Satur agarró el brazo de Alberto.

—Espera un momento. Hay algo que no entiendo.

—Ahora no, Satur, que hace frío.

—¡Espérate un momento, hombre, que no vas a coger la gripe por dos minutos! Antes de entrar quiero saber qué opinas. Eres una persona

inteligente y no estás tan afectado como don Mauro o el maestro. Me gustaría saber lo que piensas de todo esto.

—¿A qué te refieres?

—A todo. ¿Dónde están los médicos?

—Te aseguro que me gustaría saberlo.

—¿Tú... tú... ? —Satur se detuvo y se estrujó las manos, como si eso le ayudara a extraer las palabras—. Mira, yo... ¿Tú... conoces a los médicos?

Alberto empezaba a comprender que Satur apuntaba a la dirección que él no se atrevía a seguir. Pero una vez formuladas las preguntas no quedaba otro remedio que intentar contestarlas. Suspiró pesadamente.

—No sé... No, creo que no los conozco. No puedo recordarlo.

—Yo tampoco me acuerdo de sus caras. Siempre hablamos, siempre hablamos de...

—... de ellos, pero nunca les vemos. —Le era tan difícil hablar del tema como a Satur. *Todo esto nos va a llevar a preguntas difíciles de contestar.* Volvió a suspirar—. Nunca les vemos.

—¿Por qué hablamos de ellos si no los conocemos?

—No lo sé.

—¿Dónde estamos?

Aquella era la pregunta clave. Alberto pensó si contarle su absurda idea del hospital psiquiátrico. *Miguel debe de tener mucho que ver en todo esto. Desde luego, no es lo que parecía.*

—¿No crees que puede que nos tengan aquí encerrados? —preguntó Satur.

Le voy a contar mi teoría.

—Tal vez... ¿Sabes? He pensado... —Se interrumpió con una risita nerviosa—. Puede que te parezca una tontería, pero he pensado que a lo mejor estamos en un... hospital psiquiátrico.

—Yo nunca he estado loco —negó Satur, sacudiendo la cabeza con contundencia.

—No quiero decir que estemos locos de atar, sino que tal vez nos hayan sometido a una terapia especial por... no sé, una neurosis.

Dios mío, sí que debo de estar loco cuando hago estas conjeturas sobre mí mismo como si hablara de un extraño. ¿Es que ni siquiera sé por qué estoy aquí?

—Creo que lo mejor es que entremos a la residencia y lo discutamos con los demás —propuso. Satur asintió.

—De modo que eso es lo que hay.

Alberto concluyó las pocas explicaciones que podía ofrecer y las vagas teorías que habían pergeñado Satur y él para dar cuenta de la ausencia de los médicos. Observó las reacciones de sus compañeros. Aguado asentía con tristeza y cierta confusa comprensión. Don Mauro mascullaba algo en voz baja mientras Elvira miraba errática a todos. Luisa había apoyado la cabeza en las manos, Silvia seguía mirándose los dedos y Satur se balanceaba en la mecedora.

—¿De Miguel, ni rastro? —preguntó Luisa.

—En efecto. Debe de haber salido del recinto. O está fuera, o tiene un coche y se ha ido lejos.

—¿Por qué no hablamos de dónde estamos? —preguntó don Mauro, impaciente—. Quiero saber por qué no vienen los médicos y por qué estamos encerrados.

—Nadie ha dicho aún que lo estemos.

—¿Y cómo no va a ser? —intervino Elvira en tono agudo y nervioso—. ¿Y cómo no va a ser si estamos en mitad del campo sin nadie que nos saque de aquí?

—Deberíamos buscar un teléfono —sugirió Luisa—. Aunque algo me dice que no lo vamos a encontrar. Pero, bueno, lo mejor es cerciorarse. Venga...

—No hace falta que lo hagamos todos. Lo buscaré yo —dijo Aguado—. Tardaré sólo un par de minutos. Este lugar no es muy grande.

—Si necesita ayuda, denos una voz —dijo Alberto. Tal vez porque era el único que estaba de pie, se sentía en cierta manera el jefe. Aguado pasó a su lado para salir del salón y apoyó su pesada mano en su hombro, como si se despidiera de él. *Pobre hombre*—. Mientras, los demás podríamos intentar contestar a una pregunta que sé que nadie se ha hecho nunca. ¿Por qué estamos aquí cada uno de nosotros? Se supone que ésta es una residencia de reposo. ¿De qué descansamos?

Bien, ya lo he preguntado. No le había sido tan difícil como supusiera. En los demás hubo muestras de incomodidad, pero casi todos trataron de contestar con sinceridad. El propio Alberto creía recordar que tenía algo del corazón; Elvira, por una vez no tan descaminada, comentó que le parecía absurdo en alguien tan joven y de aspecto tan deportivo.

—Tiene razón. La verdad... no sé si a ustedes les pasará lo mismo que a mí. ¿No se han fijado...? Verán, entre mi vida normal, es decir, mi casa, mi

trabajo y demás, y mi vida en la residencia, hay una separación, un período de tiempo que no recuerdo. Es como si hubiera un hiato.

—Es cierto: no hay unión. Nunca había pensado en ello —intervino Luisa. Conociendo su amor por la ciencia ficción, a nadie le extrañó que empezara a aventurar hipótesis—. Me pregunto si nos habrán administrado una droga que nos haya hecho olvidar el lapso en el que ingresamos aquí. ¿Recuerda alguien cómo entró?

Elvira aseguró que sí, pero un par de segundos después, con un gesto de desconcierto casi cómico, tuvo que reconocer que no. A todos les pasaba igual. Siguieron dando un repaso a sus enfermedades y no encontraron nada en común: Luisa había tenido algunos problemas de circulación y riego, pero nada grave; Silvia adujo que siempre había estado muy sana, aunque —enrojeció al decirlo y Alberto supo que estaba mintiendo— de cuando en cuando le dolían los riñones; Elvira no sabía qué podía pasarle, y al pensar sobre ello se puso a llorar. Alberto se afirmó en la idea de que sus hijos la habían abandonado allí.

En aquel momento llegó Aguado de su infructuosa inspección: no había ningún teléfono en la casa. Interrogado por su estancia en aquel lugar, se quedó tan perplejo como los demás. Tenía un principio de úlcera y los médicos le habían avisado de que debía perder veinte kilos al menos y llevar una vida más reposada.

—Puede que haya tenido una crisis, una úlcera sangrante. Pero si así ha sido, yo no me he enterado. Y ahora me encuentro perfectamente —concluyó con un encogimiento de hombros. —¿Usted, don Mauro? ¿Le importaría decírmelo?

—Mire, hijo, estoy hecho un lío. Pero yo sí que tengo algo grave: leucemia. No me daban más de un par de años, y no sé si estoy aquí por eso o por otra cosa, ni me importa: lo único que quiero ahora mismo es irme.

De modo que el anciano estaba muriéndose. ¿*No estaremos en un centro de incurables?*, pensó Alberto, y supo que la misma idea había pasado por la mente de todos. Pero, decidido a llegar al fondo de la cuestión, por oscuro que fuese, interrogó a Satur.

—No me importa reconocerlo. Antes de venir aquí tenía el hígado podrido de tanto beber. Los médicos no me daban muchas esperanzas. Pero no me importa reconocerlo, porque desde que estoy aquí no he vuelto a probar un trago y me encuentro fenomenal.

Alberto estaba confuso. No encontraba nada en común entre los siete historiales. Luisa tomó el relevo.

—Imaginemos que, como ha dicho Alberto, estamos sometidos a un extraño tratamiento psiquiátrico.

—No he oído hablar nunca de un tratamiento como éste —intervino Silvia, más interesada en la conversación que antes.

—Ni yo. Pero alguna explicación debemos encontrar. Todos sufrimos una extraña amnesia temporal. He oído hablar de amnesias producidas por golpes o *shocks*.

—Ya, como en esas películas en las que el protagonista se da un golpe con un tablón, se olvida de quién es su mujer, se casa con otra, tiene hijos, se da otro porrazo y etcétera, etcétera.

—No creo que nadie nos haya ido dando a los siete con un tablón, Alberto. Precisamente, para que siete personas distintas hayan olvidado un período de tiempo tan importante tiene que haber otra razón. Yo creo que se trata de alguna droga. Ni siquiera creo que tenga por qué ser un tratamiento psiquiátrico: puede ser un experimento en el que nos hayan tomado como conejillos de indias.

Don Mauro se disparó y empezó a proferir impropiedades contra el gobierno. Cuando se hubo calmado, intervino el maestro Aguado.

—Hay más cosas extrañas en este lugar. La misma residencia, si lo piensan. —Hablaban en un tono aún más bajo de lo habitual y había que aguzar el oído para escucharle. Parecía que algo hubiera extraído de su enorme cuerpo la mitad de la energía que lo sustentaba—. Mientras buscaba el teléfono he estado observando su disposición: en el primer piso hay cinco habitaciones, un recibidor, un comedor y este salón; en el segundo, como es más pequeño, sólo cuatro habitaciones, dos de las cuales están vacías. ¿No hay algo extraño?

—¡La cocina! —exclamó Elvira—. Es verdad, nunca he visto la cocina.

—Muy bien, señora. También a mí me ha llamado la atención. ¿De dónde sale nuestra comida, de la nada?

Hemos estado viviendo perdidos en una nebulosa, pensó Alberto. Empezaba a comprender la sensación de inquietud del día anterior: había comenzado a darse cuenta de que las cosas no eran tan sencillas y normales como parecían. Ni médicos, ni cocina, ni empleados que limpiaran la residencia o les hicieran la comida, y sin embargo nunca les había faltado ésta ni habían descubierto suciedad. La droga de la que hablaba Luisa. Seguramente habían dejado de administrársela el día anterior y de ahí que empezaran a darse cuenta de todo. Pero ¿qué droga?

Mientras reflexionaba, los demás se habían enzarzado en una discusión de la que no salía nada claro. Alberto bostezó. Aún no había dormido y debían ser las tres o las cuatro de la madrugada. Una cabezada le sentaría bien.

—¡Propongo! —anunció en voz alta. Cuando consiguió que le atendieran, prosiguió—: Propongo que nos calmemos y vayamos a dormir. Mañana de día veremos mejor las cosas. Estamos cansados y nerviosos.

—De acuerdo —le apoyó Luisa—. Además, a la hora del desayuno podremos localizar a alguien que nos explique esta situación. Si es que el desayuno no nos lo sirven duendecillos.

Sin esperar el parecer de los demás, Alberto salió del salón y subió los escalones con paso cansino. Las mil preguntas que bullían en su mente se anulaban unas a otras, dejándole casi en la *ataraxia*. El conocimiento ya vendría mañana, y mientras tanto no tenía sentido dar vueltas a las cosas.

Cuando abrió la puerta oyó unas suaves pisadas por las escaleras. *Silvia*. Aguardó, apoyado en la pared, hasta que la joven estuvo a su altura.

—Buenas noches, Alberto. —Su voz era suave y controlada como siempre.

—¿Buenas noches, nada más?

Silvia le miró a los ojos y no dijo nada. Las líneas que los rodeaban, dibujadas en sombras, parecían cuchilladas en mármol. Había una barrera de cristal en su mirada, un espejo negro e impenetrable. Alberto deseó convertirse en un brillante caballero capaz de romper la maldición del espejo y rescatar a la princesa encerrada en su propio castillo.

—Mañana hablaremos, Alberto. Estoy algo confusa. —Sonrió, pero con un poso de tristeza en los labios—. Buenas noches.

Le cogió una mano y se puso de puntillas para besarle en la cara. Pero sus dedos eran de mármol y sus labios de escarcha.

Las imágenes de Silvia desnuda rehuyendo su mirada, de Aguado sollozando y, sobre todo, de Miguel observándolos con la ironía de su elegante traje le persiguieron en sueños. Las frases se mezclaban: Silvia le decía a Aguado que se había acostado con él para divertirse, Miguel se burlaba de Alberto por haber compuesto *La consagración... Estoy delirando. Voy a poner un poco de música*.

«Con ustedes, suicidio en do menor».

Aquello no había sido un sueño ni una alucinación delirante: la voz que había sonado por el hilo musical era real y tenía la misma entonación que en

los aeropuertos y grandes almacenes. Del piso de abajo llegó un estrépito, como de sillas arrastradas o algo pesado cayendo al suelo. Al momento se escucharon voces y carreras atropelladas. Se calzó las zapatillas y salió al pasillo, donde se encontró de nuevo con Silvia. La joven se estaba ajustando el albornoz y le enseñó inconscientemente los pechos. Alberto se puso más nervioso de lo que ya estaba.

Esta vez el revuelo se había organizado en la habitación de Aguado. Cuando Silvia y Alberto entraron ya estaban allí los demás. Luisa y Satur se inclinaban sobre el voluminoso cuerpo del maestro y estaban desatando de su cuello un lazo hecho con una sábana.

A su lado había una silla caída y cristales rotos de la lámpara del techo. Alberto se acercó al maestro. Respiraba sin dificultad y estaba recuperando el sentido. Obviamente, la lámpara no había resistido su enorme peso y el único daño que el director había sufrido era el choque de su propio cuerpo contra el suelo.

—No comprendo cómo ha intentado hacer algo así —musitó Satur—. No creí que se tomara tan a pecho lo de la música como para que...

La música es su vida, pensó Alberto. Tal vez cuando creyó que le robaban su música había sentido que le robaban su vida.

—¿Qué tal está, maestro? —preguntó Luisa. Aguado ya había abierto los ojos y dejó que lo levantaran. En su mirada había una extraña expresión, mezcla de perplejidad y vergüenza. Alberto pensó que no había nada más ridículo que un suicidio frustrado. El suicida que consigue su propósito tiene a veces un puesto de grandeza; el que fracasa pierde hasta el derecho sobre su vida o su muerte.

—Vamos a llevarlo al salón, —sugirió Luisa—Tenemos que vigilarle.

El maestro, aturdido, se dejó conducir. Caminaba sin problemas, pero su mente parecía desconectada. Silvia le echó la colcha por encima del pijama para que no cogiera frío. La temperatura había bajado bastante; quizás la calefacción estaba estropeada. *¿Qué calefacción, si estamos en verano? Ya no sé ni lo que me pienso*, se dijo Alberto.

—Vamos a sentarlo aquí, junto a la estufa —sugirió Elvira.

—Será junto a la chimenea —corrigió Satur.

Alberto vio con incredulidad una estufa de carbón donde pocas horas antes había una chimenea. Por más señas, una chimenea francesa, con un reloj encima que nunca funcionaba, llena de leña sin quemar y con un par de atizadores.

—¿Qué coño hace esto aquí? —La perplejidad le hizo olvidar su habitual corrección. De pronto recordó algo—. ¿Se acuerda alguien de lo que había después de cenar, cuando el maestro Aguado tocó el piano?

—Es verdad, era esta misma estufa —dijo Satur—, pero entonces no me di cuenta.

—Ni nadie, me temo. Todos los días ha habido una chimenea; hoy, antes de acostarnos, una estufa; después, cuando nos despertó Miguel con el piano, una chimenea; y ahora la estufa...

Satur estaba examinando la pared detrás de la estufa. No había trazas de que jamás hubiera existido una chimenea.

—Empiezan a ser demasiados enigmas. —Luisa se sentó frente a la misteriosa pared y frunció el ceño—. Si esto sigue así, acabaremos mal de la cabeza.

Alberto se fijó en Aguado: se encontraba en estado catatónico, las manos sobre las rodillas, la vista perdida, balanceando la cabeza con un leve ritmo. *Alguien está jugando con nosotros*. ¿Quién podía ser el autor de una burla tan cruel?

—Por cierto, Alberto. —Satur ya estaba en su mecedora—. ¿No recuerdas algo raro en la última partida de petanca? —*Eso es*. Un *clic* sonó en su cerebro—. Miguel rompió una bola de plástico, pero nosotros siempre hemos jugado con bolas de acero. Es más, habíamos empezado la partida con bolas de acero.

Don Mauro recordaba que cuando él había entrado las bolas eran de acero, pero Silvia sostenía que ya eran de plástico. *Estoy soñando, eso es. Estoy soñando y cuando me despierte nada de esto habrá pasado*, se repitió Alberto.

—Hoy ha sido un día raro —dijo Luisa—. Acabó de recordar que en la partida de cartas también algo se salió de la norma.

—No creo que hubiera nada distinto de... —Alberto abrió los ojos al recordar—. ¡Estábamos echando un tute, y siempre jugamos al mus!

—Bueno, eso no es tan raro. Uno se aburre de hacer lo mismo —objetó Satur.

—¿Qué no es tan raro? ¡Si yo en mi vida he sabido jugar al tute!

Satur rompió a reír con ruidosas carcajadas. Todos le miraron temiendo que, al igual que Aguado, hubiese perdido la razón.

—¡Perdonad, perdonad! —Casi estaba llorando de risa—. Es que es ya tal el cachondeo que no he podido evitarlo. ¡Ahora resulta que Alberto ha jugado al tute sin saber! Por lo menos no ha ganado.

—Insisto en que están haciendo un experimento con nosotros —dijo Luisa—. No encuentro otra explicación para esos... cambios. Tienen que ser alucinaciones, falsos recuerdos.

—Estoy muerto...

La voz de Aguado sonó tan grave como si viniera del más allá. Todos le miraron: seguía en el mismo estado. La seguridad con que había dicho que estaban muertos les hizo estremecer.

La realidad se resquebrajaba bajo sus pies.

—Esto es de locos. —Don Mauro estaba crispado—. ¿Alguien sabe qué hora es?

Nadie tenía reloj, pero Satur salió para ver dónde estaba la luna. *Puedo calcular cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la vi.* Mientras le esperaban, don Mauro empezó a pasear por la habitación. Se le veía algo encorvado, a él, que caminaba tan tieso como un húsar.

—¡Esto ya es increíble! —exclamó Satur, entrando al salón como una tromba—. ¡Venid!

Alberto se levantó y salió corriendo. Ya en el jardín levantó la mirada: la luna, redonda y blanca, continuaba en su zenit, exactamente la misma posición que tenía cuando, horas atrás, la habían visto Satur y él. La blanca esfera lucía como una molesta y burlona farola. Ni entrecerrando los ojos se podían advertir sus cráteres, y seguía sin verse ninguna estrella. *Esta luna es demasiado luminosa*, pensó Alberto.

—Decididamente, alguien quiere que nos volvamos locos —comentó Luisa, apretando el brazo de Alberto—. Y lo va a conseguir, Dios mío.

—¿Es que nunca se va a hacer de día? —se quejó Silvia, con voz más aguda de lo habitual—. Si no se hace de día no saldremos jamás de aquí.

Satur sugirió que volvieran a entrar para no añadir una pulmonía al resto de sus males. Pasaron de nuevo al salón. Aguado no reparó en su entrada, del mismo modo que no había reparado en su salida. Alberto se sentó al piano.

Si no se hace de día no saldremos jamás. La luz del sol es lo que nos hace falta... La luz del sol.... Dejó caer la palma de su mano sobre el teclado. La aglomeración de notas le pareció extrañamente armónica. ¿Debía decir a los demás lo que acababa de recordar, que había visto descender el sol por una ventana que siempre había estado orientada hacia el este?

—La luz del sol... —repitió una voz burlona que conocía muy bien—. Sí, siempre hay algo que decir sobre ella.

Allí estaba Miguel, apoyado negligentemente en el quicio de la puerta. Ahora llevaba una bata blanca, pero su sonrisa era tan insolente como

siempre. Seguro de sí mismo, atravesó el salón hasta llegar junto a Alberto.

—¿Me permites?

Alberto, aturdido, le cedió su sitio al piano casi sin darse cuenta. Miguel tocó con rapidez las primeras notas de *Para Elisa* para cortarlas a la mitad con un acorde disonante en el que se recreó pisando el pedal.

—La última interpretación del maestro Aguado ha sido demasiado... uh... apasionada —comentó, tocando insistentemente una octava—. Ha dejado el fa sostenido un poco desafinado. Menos mal que no puede darse cuenta ahora: seguro que ofendería a su oído. Bien, ¿qué tal se lo están pasando? —añadió, volviéndose a todos—. Vaya juerga tienen, toda la noche levantados.

—No nos importaría que nos explicaras lo que está pasando —sugirió Luisa.

—¿Explicárselo yo? Ah, se refiere a esta bata blanca que me da un aspecto tan oficial. No sé, me gustaría escuchar sus propias teorías.

—¿Qué es esto, una terapia de grupo? —preguntó Silvia.

—¡Nos estáis drogando para hacer un experimento! —exclamó Luisa—. ¡Todo esto no es más que una alucinación! ¿Por qué nos queréis volver locos?

—Mmmm. Interesante tema el de la salud mental. ¿Creen que esto es un tratamiento psiquiátrico? Dime, Alberto, ¿crees que sois, digamos, unos neuróticos?

—Dímelo tú. —Alberto trató de montarse tan calmado como Miguel.

—Bueno, puedo enunciar mis hipótesis, por si les convencen, pero que quede claro que no son más que eso, hipótesis. —Se levantó y se dirigió lentamente hasta el centro del salón. Una vez allí señaló con el dedo al maestro Aguado—. Empecemos por él. Parece evidente que su estado mental en estos momentos no es muy... equilibrado. Tal vez se deba al *shock* que le han producido los últimos sucesos. ¿Pero le ocurría algo antes que pueda justificar un tratamiento? No sé, es una persona temperamental, excéntrica como todos los genios, pero nadie diría que estaba loco.

»Claro, que a veces hay procesos ocultos que pueden afectar a la mente de una manera u otra, sobre todo si es tan activa como la del maestro. El maestro siente la música *in pectore*, y produce en él fuertes respuestas emocionales que nosotros, los profanos, no podemos entender. Peto ¡ay! Esto tiene un grave problema: quiere componer y que sus composiciones produzcan respuestas tan fuertes como las que él siente al escuchar las de los demás. En una palabra, sueña con la inmortalidad. Ahora, ya mayor, piensa que su vida se acaba y que no va a dejar nada digno de recuerdo. Ya sé que es injusto que piense eso, pero lo piensa, y esa sensación de inutilidad le lleva a la neurosis.

Por eso ha creído que estaba componiendo una música que en realidad recordaba en su mente. Al darse cuenta de su trágico error ha intentado suicidarse, y después del fracaso de su tentativa ha caído en un estado catatónico.

—Bien explicado, sobre todo cuando los demás no somos psiquiatras para rebatirte —dijo Alberto—. Pero tú mismo has sido el que ha producido el *shock*.

—En este momento es irrelevante. Pasemos a don Mauro. No, no proteste... Pequeños trastornos podemos tenerlos todos, lo importante es tratarlo. La verdad es que le veo bien: nada hace pensar en demencia senil. —Don Mauro asintió con agresividad—. Sin embargo, tiene un miedo a la muerte más exagerado del habitual. ¿Tal vez porque sabe que en el pasado ha hecho algo que no debía?

—¡Eso es mentira! No tengo nada de lo que arrepentirme.

—No, claro, si la culpa no fue suya. Usted no pudo reparar el hecho de que su hermano Manuel estuviese encerrado en la cárcel y muriese en ella, de modo que ha intentado disculparse todos estos años.

—¡Mentira! ¡Mi.... hermano se lo buscó! —El anciano boqueó patéticamente, buscando aire o tal vez palabras.

—Es cierto que se lo buscó: si no hubiera hecho negocios con quien no debía... Usted no ha dejado nunca de comportarse con justicia, pero su conciencia, me temo, le reprocha insistiendo en que por un hermano hay que hacer algo más que lo estrictamente justo. Tal vez pagar su deuda... No, no me mire así. No estoy aquí para juzgarle, sólo para tratar de ver si puede haber una neurosis en usted. Tal vez el peso de esa culpa (siempre subjetiva, por supuesto), lo explique.

El anciano, derrumbado, había ocultado el rostro entre las manos. Los demás atendían a las palabras de Miguel víctimas de una hipnótica fascinación.

—Un pánico cervical a la muerte porque esta le traerá el pago de su culpa, añadido a su leucemia... ¡Qué panorama tan desolador para la salud mental de uno! Continuemos. Dos personas no demuestran nada. Pasemos a Luisa, la profesora de Literatura. ¿Alguna objeción? —La cabeza de Luisa se movió en una negación que parecía guiada por cordeles de marioneta—. Dicen que la enseñanza crea neurosis, pero si además se agravan por la soledad y la falta de hijos de una mujer con un instinto maternal tan desarrollado como el suyo... Prefirió realizarse con su profesión, pero se ha dado cuenta de que la enseñanza no la ha llenado tanto como creía y, por otra parte, jamás ha

logrado publicar sus escritos fuera de algún cuento en la revista del instituto. Ahora está sola y tiene ya demasiados años para poner remedio... No llore, por favor. Ya he terminado con usted.

Tiene razón, se dijo Alberto. En unas pocas palabras había terminado con ella, la había aplastado. ¿Iba a consentir que hiciera lo mismo con los demás? Fascinado, se dio cuenta de que sí.

—Doña Elvira, es usted muy simpática y espero que mis palabras no le hagan daño. —La mujer le miraba con la fijeza con que la cobra mira al faquir—. La verdad es que me cuesta encontrar razón alguna por la que deba recibir tratamiento psiquiátrico. No sé... ¿Se siente muy afectada por el hecho de que desde que su hijo y su hija la internaron en un asilo para ancianos hace dos años (fíjese, con solo sesenta y cinco, prácticamente en la flor de la vida), desde entonces ni tan siquiera la han visitado una vez y se han contentado con llamarla por teléfono una vez al mes?

—Es el mayor hijo de puta que he visto en mi vida —masculló Satur tan bajo que sólo Alberto pudo oírle.

Miguel estaba pronunciando un ferviente alegato en contra del abandono de ancianos, «la lacra de nuestro siglo».

—Indecente, como digo. Un comportamiento tan... desnaturalizado, Elvira no puede ni quiere creerlo. Ahí tenemos una neurosis, entendida como «contacto inadecuado con la realidad». ¿Estamos, Alberto?

—Es posible. —¿Por qué tenía que buscar su asentimiento?

—Bueno, creo que lo visto ya basta para comprobar que la hipótesis de Alberto sobre el tratamiento psiquiátrico es, cuando menos, plausible.

—Continúa con los demás —le urgió don Mauro. Había dejado de lamentarse y ahora mostraba una mezquina avidez por conocer las miserias de los demás. *Yo voy a ser el último*, se dijo Alberto.

—Bueno, atenderé su petición. El señor Saturnino. Satur si me permite, ha reconocido anteriormente que la bebida le ha destrozado el hígado. El alcoholismo, si tenemos en cuenta que degrada la personalidad, es una enfermedad mental.

—Eso lo aclara todo —repuso Satur, impaciente.

—Todo, todo... No vamos a dejar las cosas a medias, ¿no don Mauro? —El anciano asintió—. A mí me parece que el alcoholismo de Satur más que una enfermedad en sí es el síntoma de otra enfermedad. Satur ha bebido alguna copilla siempre, pero es ahora, al llegar a la mediana edad, cuando se ha dado cuenta de que las cosas no le han ido como pensaba, de que apenas tiene para ir tirando y más con una hija tan retrasada, de que su hijo tiene

problemas con la droga y usted le ha dejado de la mano o tal vez no ha sabido entenderle... es ahora cuando se ha refugiado más en el alcohol. Se culpa a sí mismo por no haber escalado más alto en la vida para evitar a sus hijos una situación como la que viven; sabe que no serán más que él y que van a tener la vida, si cabe, más difícil.

—Eres un hijo de puta y te voy a matar. —Satur escupió las palabras con desprecio, pero no se movió de su asiento, encadenado a él por unas invisibles argollas.

—Calma, yo sólo quiero ayudar. Para vencer los problemas hay que enfrentarse a ellos. ¿Conocen la terapia de grupo? En ella se hace algo similar.

—Métete tu terapia por el culo.

—Satur, Satur, ése no es lenguaje. Pasemos a Silvia. Si me permites, dada tu edad, te voy a tutear. Tu caso es algo complejo y ni yo mismo acabo de entenderlo. Aunque puede que no lo parezca, la mente de esta mujer es la que sufre mayor alteración. Por la razón que sea, manifiesta una sorprendente tendencia a la autodestrucción. ¿Cuántas veces has intentado suicidarte?

—Cuatro —reconoció Silvia. Parecía muy tranquila, como si hablara de otra persona. *¡Se ha intentado suicidar cuatro veces!* Alberto se sintió desfallecer. ¿Era aquel el misterio que nadaba en el fondo de su oscura laguna?

—¿Cómo fue? Creo recordar que las tres primeras veces ingeriste píldoras de diversas clases, pero siempre te hicieron un lavado de estómago a tiempo. Tú misma te arrepentías y avisabas a tiempo a tus padres o a la ambulancia. —Silvia asintió—. Por tres veces el instinto de conservación prevaleció sobre el de auto-destrucción. En la cuarta ocasión te cortaste las venas en la bañera, ¿no? —Silvia volvió a asentir y Elvira profirió una exclamación ahogada—. Alguien, tus padres supongo, se dio cuenta. De esa forma te pudieron salvar la vida y traerte aquí.

Aquél era el espejo oscuro. Alberto sintió más ternura y compasión por ella, como si rodeada por una capa de hielo intuyese a una niña desvalida pidiendo socorro. Cuál sería la antorcha que pudiese fundir el hielo, lo ignoraba.

—Bueno, Alberto, te toca a ti. ¿Qué podemos decir? —Le animó con una sonrisa comprensiva.

—Supongo que las tensiones producidas por mi trabajo, con la responsabilidad y los viajes continuos, han provocado en mí un terrible *stress*.

—Eso mismo pensaba yo. Es la enfermedad típica de la gente como tú, de los triunfadores. Porque tú eres un triunfador, ¿no?

La burla era tan cruel que a Alberto le pareció ver cómo caían goterones de sangre por las comisuras de la boca de Miguel.

—Has entrado muy joven a formar parte de la élite, ¿no? Te descubrió un cazatalentos cuando aún no tenías veinticinco años y desde entonces has ido para arriba. No es sólo la cuantiosa nómina, sino que sabes que pronto pueden hacerte socio de la fuma, porque tienes talento para la dirección. Y no has descuidado el cultivo de tu espíritu, pues debes moverte en ambientes selectos y no desentonar, ¿verdad? Hombre, la verdad es que tu cultura es un fino barniz, pero no hay tiempo para más. Tienes éxito, dinero, eres apuesto y sigues escalando. ¿Hay algo más que puedas desear?

Sí, gritó en su interior. *Ser feliz*. Una vida repleta de éxitos parecía vacía y sin sentido en labios de Miguel. Los había derrumbado a todos: un seco puñetazo en la mesa y la montaña de naipes había caído por los suelos. Un prado de esperanzas tronchadas: las que había percibido Alberto en el momento del éxtasis amoroso.

—Estás muy pensativo, Alberto. No has contestado a mi pregunta. ¿Tienes algo más que desear?

Alberto le miró con ira mal contenida, pero Miguel no apartó los ojos; fue él quien tuvo que hacerlo.

—Deseo... quiero saber quién eres tú y dónde estamos. Quiero que esta farsa termine ahora mismo. ¿Por qué nos has traído aquí?

Miguel sonrió melancólicamente y sacudió la cabeza.

—Yo no les he traído aquí. Cada uno de ustedes ha venido por sus propios medios. Por cierto, que ya hay alguien aquí que conoce las respuestas, pero me temo que en su situación no podrá expresárselas. Me refiero al maestro Aguado. Quiero decir que las respuestas las pueden alcanzar ustedes por sus propios medios. Con todo, voy a procurar ayudarlos a la manera socrática para que los conocimientos enterrados en ustedes salgan a la luz.

Se sentó de nuevo al piano e interpretó una extraña frase musical que no carecía de cierta estremecedora belleza.

—Esto es música atonal. Algo que les suena raro y a la vez familiar, como una especie de pervivencia atávica. La disonancia es más antigua que la consonancia, es algo que nos habla desde el fondo de los tiempos. Del mismo modo, la situación que ahora viven es desusada, pero vagamente familiar, pues más que en el origen está en el final de todo. Veamos, ¿por qué están

aquí? Cada uno ha venido por sus propios medios y está porque tenía que estar. ¿Alguien paga?

—El gobierno —dijo don Mauro—. Un experimento del gobierno.

—No, no es eso. —Miguel chasqueó la lengua—. Digamos un tribunal. Nadie paga, como comprenderán luego. ¿Cuánto tiempo llevan aquí? Indeterminado: es una pregunta sin sentido. ¿Dónde están los médicos? Nunca los han necesitado. ¿Y esos cambios en su entorno? Tal vez se deban a que estamos en un momento de ruptura y los cambios tengan el propósito de prepararlos. O tal vez la inteligencia que está detrás de todo esto ha debilitado su atención.

—¿Qué inteligencia? —preguntó Luisa.

—Tal vez la de todos ustedes. Déjeme continuar. ¿Por qué sentían temor a hacerse las preguntas? Porque de modo soterrado, inconsciente, ya intuían las respuestas. ¿Por qué llegué yo y rompí la rutina? Porque el examen ha terminado.

—¿Que examen? —Alberto sintió que le faltaba saliva en la boca.

—Han vivido ustedes este... tiempo... siguiendo una rutina estricta. Cada uno hacía todos los días prácticamente lo mismo. Esa monotonía creaba una sensación de tranquilidad muy apropiada para realizar el examen. El examen —subrayó— que cada uno ha realizado de sí mismo. Lo único que yo he hecho ahora ha sido mostrar ante todos lo que cada uno de ustedes ya se había dicho anteriormente.

—Con fines terapéuticos —aventuró Alberto, vagamente esperanzado.

—Me temo que no. —La tristeza en la voz de Miguel parecía sincera. Volvió a levantarse del taburete y se acercó a Aguado. El músico dejó de balancearse y miró a Miguel, y en sus ojos había una sombra de desesperación—. Cada uno ha sido juez de sí mismo y al contemplar su vida se ha condenado a...

Su mano fue a posarse sobre la frente del maestro con la sagrada parsimonia de un rito. Pero los dedos pasaron a través de la piel sin desaparecer de la vista: Aguado se había convertido en una fantasmal proyección. Miguel sopló, y al hacerlo lo que había sido el maestro se convirtió en una nube de polvos de colores brillantes que se dispersaron y desaparecieron.

—... a la nada. Todos ustedes están muertos.

* * *

—¡Basta de burlas! —estalló don Mauro—. ¿Que tomadura de pelo...?

¿Qué pesadilla...? Alberto temió encontrar la respuesta. Donde antes había estado Aguado sólo quedaba un sillón vacío y el enorme hueco de su ausencia.

—No es ninguna burla. Hablo en serio: ustedes están muertos. —El tono de su voz aparentaba conmiseración, pero había tanta piedad en él como en un enterrador—. Venga, no me digan que en cierto modo no lo suponían.

—¿Dónde está el maestro? —protestó Satur—. ¿Qué has hecho con él?

—Ya no está en ninguna parte. Ha pasado a la nada y ahora es parte del recuerdo. Eso, el recuerdo, durará algo más de tiempo.

Todo es una pesadilla. Me despertaré y no habrá ocurrido. Pero la bola negra del miedo crecía en el estómago de Alberto y se extendía por sus miembros, paralizándolos con una oscura pesadez.

—¿Cómo voy a estar muerto? —protestó don Mauro—. Me encuentro perfectamente.

—Precisamente es eso. Usted se encuentra tan bien porque ya se ha librado de sus enfermedades. Hablemos con propiedad: su enfermedad se ha librado de usted. Esa leucemia... ya no tiene remedio.

—No entiendo... —se quejó Alberto, sacudiendo la cabeza con una incredulidad que hubiera deseado fuese mayor—. ¿Cómo vamos a estar muertos si... si estamos vivos, caramba?

—Te confunde una mala aplicación del principio de identidad, que en sí es muy relativo y sobre todo en este reino. Este es el reino de la muerte. ¡Oh, no se asusten por el dramatismo de las palabras! No es un lugar de simas profundas y gorgoteantes, sólo un espacio de transición entre el ser y la nada, que diría Sartre. Ustedes están completando esa transición.

—¿Nos va a pasar lo mismo que a Aguado? —preguntó Luisa, tapándose la boca de horror.

—No teman: no es doloroso. Hubiera sido más desagradable para el maestro acabar como él pretendía, colgado. —Hizo un gesto de repugnancia—. ¿Ven por qué no podía suicidarse? Los muertos no pueden morir.

—¿Por qué desapareció entonces?

—La muerte y la desaparición son uno y lo mismo. Ocurre que hay un intermedio cuya extensión no nos importa, ya que aquí el tiempo carece de significado. Esto es un limbo: un borde, un umbral. Caminan por la estrecha franja que lleva a la no-conciencia, nada más.

—¿Para qué el examen entonces? —insistió Luisa—. ¿Es que ahora viene el juicio?

—Si se refiere a una larga cola ante una mesa y a un funcionario angélico pesando en una balanza los folios de su expediente, por un lado, él debe y por otra el haber... No es eso.

—Por supuesto que no —protestó don Mauro. Sé que, aunque pesen más los actos malos, la misericordia del Señor es infinita.

—¿Misericordia? Creo que eso tiene algo que ver con el amor. ¿Sabe usted lo que es eso? Calle, calle... Lo sepa o no, ya carece de importancia.

—¿Me vas a decir que carece de importancia? ¿Que Dios no existe?

La carcajada de Miguel les clavó un punzón retorcido y emponzoñado.

—¡Dios! ¡Qué palabra más absurda han creado para conjurar el espanto que sienten por la nada! Encima de inventarse un Dios, los hombres le exigen que los ame. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Son los hombres dignos de amor? —Según hablaba se iba enfureciendo al tiempo que las luces de la habitación se extinguían—. Sólo conocen el amor por ellos mismos y se han inventado la historia del altruismo y del amor fraterno. ¡Las únicas relaciones posibles entre los hombres son el odio y el interés! —En la penumbra los ojos de Miguel relucían con un fulgor rojo y despiadado—. El hombre es el animal paranoico, que se inventa una hermosa y absurda realidad que nada tiene que ver con la verdad de que tan solo es un mamífero carnívoro y caníbal venido a más. Amor, cultura, arte... ¡Nada son!

Comenzó a dar zancadas por la sala ante las sobrecogidas miradas de terror de los presentes. Había crecido hasta alcanzar casi el techo y sus rasgos se habían deformado, negros como los de un toro y feos como los de un sapo, y al hablar agitaba unas zarpas grandes como palas.

—Pero ahora llega el momento, el momento crucial. El hombre sólo es un animalillo, una bestezuela que acaba de salir del barro. Con la conciencia ha nacido la locura: los animales llamados inferiores se limitan a extinguirse sin saberlo. Pasan de la nada a la nada en un breve e inconsciente viaje. En cambio, el hombre ha de inventar nobles sentimientos, religiones, un Dios amoroso que no le va a dejar morir. ¡Esto es lo que digo yo a todo lo que inventa! —Soltó una ventosidad estruendosa y la estancia se llenó de un intenso olor a azufre—. ¡Ahora ha llegado el momento de que veáis la verdad!

La luz había vuelto de pronto. Miguel, sentado de nuevo en el taburete, les miraba desde el otro lado de sus gafas redondas como si nada hubiese ocurrido.

—Tal vez esto sea el juicio final, pero es distinto de lo que imaginaban. No hay balanza, no hay fiscal, no hay defensor. Sólo están ustedes y el juicio

ya se ha realizado. En cierto modo puede decirse que están recibiendo una terapia para curarles esa paranoia del ser humano que mencionábamos. Pero claro, sólo es una metáfora. En mi indagación les he mostrado su propio juicio, el que ustedes han hecho de sus vidas. ¿Cuál es el veredicto? Fracaso. Condena: la nada.

—En ese caso, una vida plena no tiene por qué acabar en la nada —objetó Luisa.

—No existe una vida plena. Todo es en cierto modo simultáneo: la nada es el premio del fracaso, del sinsentido... Y la vida es un sinsentido porque termina en la nada. No traten de ceñirse a las caducas leyes de la casualidad.

El peso agobiante del miedo empezó a convencer a Alberto de que tal vez Miguel tuviera razón. En sus entrañas la bola se había congelado: era también el vacío que había dejado Aguado al desaparecer; era la sádica crueldad de su verdugo.

—No soy vuestro verdugo, Alberto. —Miguel le leyó el pensamiento—. Nacisteis para morir: sois una excrescencia del mundo material que, para vuestra desgracia, ha adquirido conciencia.

—Sigues siendo un sádico. Demasiado sádico para no ser humano. Eres un hombre como nosotros y de alguna manera estás experimentando con nuestras mentes.

—Me parece que ni tú te lo crees.

—¿Cómo vamos a estar muertos? —objetó Luisa—. Si tras la muerte no hubiera nada, habríamos muerto sin más. Y si hay algo, a buen seguro que no es esta mascarada absurda.

—Bueno, tal vez no he hablado con propiedad al decir que estáis muertos. «Estáis muriendo» hubiese sido más preciso. Tal vez vuestros cuerpos ya estén muertos, pero persisten unas ligeras, tenues corrientes cerebrales en extinción. En ello estáis: ya os he dicho que el tiempo aquí no significa nada.

»Os voy a contar mi opinión. Alberto, por ejemplo, se estrelló con su Alfa Romeo el 7 de junio de 1986. Contra un camión, para más señas. Ahora mismo está en ese breve instante de agonía en que los hierros de su propio vehículo le traspasan el cuerpo, y ese minúsculo lapso es suficiente para que haga su examen. Después... la disolución final.

»Un cambio de rasante... Era una recta y la camioneta ya le había impedido el adelantamiento tres veces. «Ahora. Me dará tiempo si...» Pero el camión apareció de repente, y su último pensamiento era la increíble fuerza que podía tener un camión, como una manada de bisontes en estampida.

—Recuerdos falsos, inducidos por la droga. ¿Por qué lo recuerdo ahora?

—No hay droga que haga eso. Lo recuerdas porque lo tienes que recordar. El instante de la muerte física es una experiencia muy dolorosa que los últimos restos de conciencia quieren expulsar de la memoria. Por eso conviene refrescarla. ¿Recuerdan ahora cómo murieron todos?

Alberto miró a los demás. Todos agacharon la mirada y había quien temblaba visiblemente. Alberto recibió en un instante las impresiones de todas sus muertes: don Mauro, Elvira y Satur extinguidos junto a una botella de suero en fríos hospitales; Luisa, arrollada por un autobús al cruzar la calle; Aguado, fulminado por un infarto; Silvia, desangrada en la bañera, triunfante en su cuarto intento.

—Eres un cerdo.

—La vida, o la muerte, o mejor ambas, son crueles. Por ahora, me despediré de ustedes.

—¡Un momento! —exclamó Luisa cuando Miguel ya estaba en la puerta—. ¿Qué nos ocurrirá ahora?

—Como hermosas estrellas, se irán apagando uno por uno. ¿No les parece poético?

* * *

Como todos los días, el hilo musical despertó a Alberto. *La Sexta* de Beethoven. Pero aquella mañana, en vez de estirarse y dejar que el frío del suelo en sus pies ahuyentara los últimos restos del sueño, se levantó a toda prisa y bajó por las escaleras aun vistiéndose el batín. Había tenido una horrible pesadilla. *Tengo que ver al maestro Aguado*, pensó sin saber por qué.

En el comedor no había nadie y sobre la mesa aún quedaban restos de la cena. Salió al jardín. Allí estaban Silvia, Luisa, don Mauro y Satur, sentados en la mesa que había junto a la fuente.

—Buenos días. —Se dio cuenta de que había bajado en batín cuando normalmente lo hacía en ropa de deporte, pero nadie pareció reparar en ello.

—Elvira ha desaparecido —le informó Satur. Tenía mala cara.

—¿Se ha escapado?

—Ha desaparecido —repitió Luisa—. Hace un rato consiguió por fin localizar un teléfono. No nos lo podíamos creer, pero tenía línea. Llamó al chalé de su hijo y preguntó por él. Se puso una criada que hablaba muy alto, así que pudimos oírla perfectamente. «No, el señor Mora no está. Ha tenido que irse a Madrid, al entierro de su madre».

—¡Dios mío!

—Elvira se quedó petrificada. Ni siquiera intentó explicarle a la criada que ella era la madre del señor Mora. —Alberto intentó hablar, pero Luisa le detuvo—. Espera un momento: ya sé que parece un truco. Pero es que Elvira ha desaparecido, no porque se haya ido, sino porque le ha ocurrido lo mismo que al maestro Aguado. Ha empezado a transparentarse y se ha esfumado.

Alberto arguyó posibles explicaciones, pero nadie le hizo demasiado caso. Al parecer ya habían repasado todas. *Tiene que ser un experimento. Tal vez nos tienen conectados a cables y nos están pasando una especie de película común.* ¿Y quién le decía que la pesadilla que estaban viviendo los demás y la suya eran la misma? En un arrebato de solipsismo llegó a pensar en si sus compañeros de residencia no serían productos de su imaginación, fantasmas inducidos por las drogas.

Alzó la mirada al cielo buscando la brillante esfera del sol. Por todas partes reinaba el mismo azul impoluto, sin matices, sin nubes; sin sol.

—¿Alguien sabe dónde está el sol?

Por toda respuesta Satur puso su dedo índice sobre el blanco tablero de la mesa. No proyectaba sombra. Alberto trató de vencer la perplejidad que el hecho le ocasionaba, pero no lo consiguió: la presencia del sol era demasiado natural y cotidiana para olvidarla. *Basta de asombrarse y de no hacer nada.*

—Tenemos que hacer algo. No podemos estar mano sobre mano esperando a que nos toque el turno de desaparecer.

—No hay nada que hacer. Es imposible salir de aquí —objetó Silvia—. ¿Adónde iríamos?

—Si todo es falso también la residencia debe serlo —intervino Luisa—. No creo que en el exterior haya nada: están jugando con nosotros.

—¿Se te ocurre algo? —Alberto lamentó haber utilizado un tono tan corrosivo.

—No. Sólo esperar.

Alberto miró a Satur, buscando apoyo. Sólo encontró un encogimiento de hombros por respuesta. En cuanto a don Mauro, el anciano, habitualmente tan combativo e impaciente, parecía estar más allá de todo temor o esperanza. En sus ojos opacos vio Alberto la premonición del fin. *El será el próximo en desaparecer.* Sí, aquella era la clave.

—Escuchad: hay más motivos para que intentemos hacer algo. Si dejamos que el desaliento nos pueda, nos sucederá como a Aguado y Elvira: desapareceremos. Fijaos en cómo acabaron. En cuanto se convencieron de que estaban muertos, se desvanecieron. No podemos aceptar que estamos muertos si no queremos correr el mismo destino.

—Eso es como decir que, si aceptamos que estamos muertos, morimos —objetó Luisa—. Deberías desaparecer tú también, puesto que crees que la desaparición es muerte real.

—¡Aguarda! Puedo aceptar ese hecho como hipótesis, como una regla del juego, pero rechazarlo como convicción. Ya sé que parece muy complicado, pero se trata de no creer en el fondo de nuestro corazón que estamos muertos. Sólo en la superficie de nuestra cabeza, ¿entendéis?

—Me parece que me hago una idea —dijo Satur. Sacudió a don Mauro con suavidad—. ¿Qué piensa usted? Le veo muy desanimado y le puede ocurrir lo que dice Alberto. No querrá usted desaparecer...

El anciano los miró a todos con un gesto que impresionaba. Miraba desde más allá de la frontera que separa a los vivos de los muertos. A nadie le sorprendió que los barrotes de la silla se transparentaran a su través y que un ligero soplo de viento lo dispersara sobre sus cabezas. Durante un segundo sintieron su voz interior, un frío lamento perdiéndose para siempre.

Pasados unos minutos en que nadie se atrevió a hablar, Alberto dijo:

—No debemos dejar de pensar que estamos vivos y que esto es un absurdo experimento. Si no, nos ocurrirá como a don Mauro. Si ahora está en algún otro lugar, con Elvira y Aguado... no quiero averiguarlo por mí mismo.

Durante un tiempo indeterminado a nadie se le ocurrió hacer nada. Vagaron por el jardín, por las habitaciones, se sentaron en la sala; Silvia trató de tocar algo al piano; de nuevo se dispersaron por el jardín. Una y otra vez volvían a hablar de lo mismo. A veces se refugiaban en charlas intrascendentes, pero sus mentes marchaban por derroteros más sombríos. Todos se preguntaban quién sería el siguiente.

En ocasiones se separaban. Alberto trató de dormir en su cama y en el jardín, pero, apenas cerraba los ojos, la oscuridad le parecía un anuncio de la nada y los volvía a abrir aterrado. Un par de veces se quedó solo con Silvia. En todo momento evitaba comentar algo sobre lo que ellos dos habían hecho la noche anterior. Aunque en el jardín, después de un intervalo de silencio, se atrevió a hacer una pregunta personal:

—¿Por qué has intentado suicidarte tantas veces, Silvia?

Ella se lo pensó un instante. En su rostro no hubo el menor movimiento que delatara una emoción.

—No veía que seguir viviendo tuviera mucho interés.

—¿Por qué? ¿Te había ocurrido alguna desgracia? —Pensó añadir «perdona, sé que no es asunto mío», pero no lo hizo. Si la hería estaba en su derecho. Además, después del repaso que les había dado Miguel, poco quedaba que ocultar.

—La gente suele pensar en desgracias cuando habla del suicidio. —Habla despacio, como siempre. A Alberto se le antojó pensar que cuando los dioses habían repartido esencia vital entre los hombres a Silvia le debió tocar una parte menor. Era un ser apenas tangible, a medio camino entre la realidad y la nada. Su voz era un susurro perdido en el bosque—. Nunca he sentido la necesidad de hacer algo en mi vida. Creo que me quise suicidar por desdicha, por probar algo distinto, no sé...

—Pero tú no te has resignado a morir. Si no...

—Sigue. Piensas que debería haber desaparecido como los demás, ya que renuncié a la vida con tanta facilidad. A lo mejor tendría que ser así, pero a lo mejor ahora tengo más ganas de vivir que antes.

—¿Por qué?

Silvia se puso en pie sin contestarle y se alejó hacia la otra parte del jardín. Alberto arrancó una larga brizna de hierba y se la llevó a la boca. Se preguntó si la hierba en el país de los muertos podía saber a pasto y si era lógico que un difunto segregara saliva. *Ya no cantan las chicharras como otros días*. La inteligencia que había montado aquel decorado estaba descuidando cada vez más detalles.

Más tarde, sus pasos le llevaron al comedor. No tenía hambre y sabía que no iba a encontrar comida, pero se sentó a la mesa en su sitio habitual. Luisa estaba frente a él, con la cabeza inclinada y apoyada en los brazos.

—Hola, Luisa.

—Ah, eres tú. —Luisa levantó la cabeza. En sus ojos había un inmenso cansancio—. Estaba aquí, pensando.

—¿En qué?

—En lo que pudo haber sido y no fue. ¿No había una canción así?

—No deberías pensar en esas cosas.

—Ya sé que me puede pasar como a los otros tres. Pero en cuanto cierro los ojos los recuerdos me vienen solos.

—Intenta que sean alegres.

—Ésos me ponen más triste. ¿No ves que tengo que renunciar a todo lo que un día fue bueno? Todos renunciaríamos a los fracasos si pudiéramos; pero no hago más que pensar que todo lo bueno se ha perdido y sólo queda lo malo.

—Eso es falso. Las cosas tienen un valor en sí mismas. —¿*Lo crees tú mismo, Alberto?*

Luisa no contestó. Su mirada se perdió durante unos minutos en la lejanía del tiempo. Finalmente dijo:

—Ya te he contado alguna vez que soy muy aficionada a la fantasía y a la ciencia ficción, y hasta que he escrito algún relato, ¿no es así? —Alberto asintió—. Nunca logré publicarlos, pero no te voy a hablar ahora de mis frustraciones. Quiero contarte algo. Es una idea que tuve hace algunos años y que nunca encontré para escribir. Iba a ser una novela breve o un cuento largo, o tal vez una novela larga, lo que saliera. Pero el desánimo de no haber publicado nunca hizo que la fuera postergando, unas veces para el verano, después de los exámenes, otras veces para Navidades...

Alberto no solía preocuparse mucho por los problemas y sentimientos ajenos, pero la tristeza y la decepción que flotaban en las palabras de Luisa le estaban poniendo un nudo en la garganta. Intuyó que Luisa iba a ser la siguiente en desaparecer y que de alguna manera le estaba dictando su testamento.

—Se iba a titular *El emperador*. ¿Quieres que te la cuente?

—Por supuesto. —Su propia voz le pareció desgana y poco convincente. Añadió con más calor—: Sí, cuéntamela, por favor.

Luisa inclinó la cabeza y por dos veces se dispuso a hablar. Tal vez la detuvo la timidez, o no encontraba las mejores palabras para empezar. A la tercera, tragó saliva y dijo:

—Mi novela comienza con el Emperador, el que da título al libro. Está en su observatorio, una esfera transparente prácticamente aislada en el espacio. Allí observa sus dominios y medita. Conoce el firmamento a la perfección: La Vía Láctea, Andrómeda, las Nubes de Magallanes... Es dueño y señor del universo conocido. Este Emperador ha vivido ya mucho tiempo. Ya casi ha olvidado los tiempos de su infancia y juventud, antes de que la pesada carga recayera sobre sus hombros.

»En el observatorio su alma vive una verdadera noche, porque el Emperador sufre. Gobierna con mano dura, a veces despótica, y lo sabe. Sus súbditos no pasan de ser para él meros números, pero sufre por la humanidad como conjunto e historia y le duele su final.

»No es por la extinción en sí de la especie humana. Los científicos y los ingenieros biológicos han conseguido detener el reloj biológico de la humanidad y evitar que nuestra estirpe decaiga siguiendo el destino de tantas otras. No es ésa la amenaza que preocupa al Emperador. Él se lamenta del

final de la humanidad como consecuencia inevitable del fin del universo. Nos encontramos en una época inconcebiblemente lejana en el futuro y ya las estrellas están muriendo una a una, apagadas o devoradas por los agujeros negros. Ya sé que en este ambiente es casi imposible la vida humana tal como la concebimos, pero lo necesito así para los propósitos de mi novela.

»Los científicos avisan al Emperador de la decadencia inevitable, del fin. Aún está lejos, pero él ve las cosas a la escala de un dios. Imagina el universo muerto, sin energía, sin vida. El dolor de esta visión le abrumba y causa en él una fatiga creciente. Durante demasiado tiempo ha manejado los complejos hilos que mueven a sus trillones de súbditos y los llevan por el estrecho cauce de la supervivencia. ¿Para qué continuar si al final sólo queda la extinción?

»Tras este prólogo, la acción comienza en un mundo no muy alejado del cinturón de la Vía Láctea. El protagonista es un joven llamado Yamal. Vive lejos de su familia, porque el planeta en que reside es, todo entero, una Universidad de Economía. Yamal es un alumno muy brillante y ha conseguido una beca.

»Siempre le ha asombrado el vasto tapiz de la sociedad galáctica: un mundo colosal, de dimensiones inabarcables, pero todo él controlado por la mano de hierro del Emperador. Sabe lo difícil que es gobernar a tanta gente y conseguir que una sociedad extendida por millones de planetas subsista unida, y para comprenderlo mejor estudia economía.

»En la residencia de estudiantes conoce a una chica. Aloe. (Muy guapa, como deben ser todas las protagonistas: si no, al público masculino no le interesan demasiado. Y al femenino, en el fondo, tampoco). Pronto se hacen amantes y Yamal descubre que ella es una compañera distinta de otras que ha tenido. Él y sus ocasionales parejas han compartido cama como podían haber compartido vagón de tren o pupitre de trabajo. Con ella tiene una intimidad de otro tipo que aún no sabe definir.

»Conforme van intimando, Yamal se entera de los estudios de la joven. Aloe recibe cursos de economía, como él, pero en secreto se dedica a la historia.

—¿Por qué en secreto?

—Porque es un estudio tácitamente prohibido, una disciplina olvidada en una sociedad regida por principios parmenídeos. La historia es el relato de los cambios del hombre y de sus sociedades: no puede haber historia donde no hay cambios.

»La cuestión es que ella estudia historia, no sé exactamente cómo. No lo concreté. Yamal acaba compartiendo su interés y oye hablar por primera vez

de la Tierra y de la colonización del espacio. ¡El, que creía que todo había sido siempre igual!

»Al conjugar sus estudios de historia con los de economía, comprende por qué su mundo es un mundo congelado, momificado. Yamal reconoce que es tarea de titanes mantener el orden en una sociedad creciente, cada vez más compleja y más alejada de su base natural. Una civilización como la nuestra es un coloso de pies de barro, así que imagínate el Imperio galáctico con trillones de ciudadanos. Yamal sabe que sólo una mano férrea y la prohibición de pensar en todo aquello que no sea práctico pueden mantener una situación estable: de lo contrario es el caos, la guerra, la destrucción, el fanatismo... Pero, guiado por Aloe, empieza a pensar que tal vez el sacrificio de la libertad y de la misma naturaleza del hombre sea un precio demasiado alto. Llega a dudar de si la vida de mil hombres gobernados como autómatas tiene más valor que la de un solo hombre libre. Se da cuenta de que el poder, enfrentado a una difícil disyuntiva, ha elegido la opción de la seguridad y la estabilidad a toda costa. Es loable el empeño en conservar la vida por encima de todo, pero él se pregunta hasta qué punto aquello es vida y no un engendro de laboratorio.

»En tal estado de confusión, entra en contacto por medio de la chica con una organización revolucionaria. Los detalles de esto tampoco los concreté. El resultado es que, tras el típico proceso de concienciación, Yamal se convierte en una especie de guerrillero. Finalmente organiza junto con sus compañeros un complot para asesinar al Emperador y a las principales figuras de su gobierno y sustituirlos en el poder. Después de infiltrar espías y de realizar diversas tretas informáticas averiguan dónde se encuentra el planeta prohibido en que reside el Emperador. Tras una intriga complicada que sólo desarrollé de forma embrionaria, Yamal, la chica y algunos cabecillas más toman tierra en el planeta.

»Yamal en persona es el encargado de ejecutar al Emperador. Para ello tiene que introducirse en su observatorio, en la esfera a la que el Emperador se retira a meditar todas las noches. Con muchas dificultades lo consigue, provisto de un arma. Cuando llega el Emperador, Yamal ya estaba allí. Para su sorpresa, el monarca le dice:

«—Te esperaba, Yamal. —El joven no puede salir de su asombro. El Emperador no se molesta en dar la alarma a pesar de la pistola que apunta a su cabeza. Sólo pide a Yamal permiso para explicarle algunas cosas antes de ser ejecutado.

»—Te lo concedo —responde el joven. No entiende lo que está pasando y quiere que el Emperador se lo aclare.

»Pero la explicación del soberano no es la que él esperaba. Durante un largo rato, tal vez horas, le habla de las enormes dificultades que encierra el gobierno del vasto Imperio. Todo eso está muy bien, objeta al final Yamal, pero ya lo sabe: ha estudiado economía. “Ya lo sé”, responde el Emperador. Lo único que quiere es recordárselo. ¿Ha pensado alguna vez en lo complicado, en lo duro que debe ser ese oficio tan necesario? “No es necesario”, objeta Yamal. El hombre puede y debe ser libre, aunque ello signifique a veces destrucción y vuelta a la barbarie. El Emperador le contesta que eso no tiene sentido, le enseña informes de los científicos y por vez primera le habla del fin del universo, ya no tan lejano.

»—¿Entiendes ahora? Esto se lo oculto a la humanidad para que no desespere. Nada tiene sentido; pero sólo yo asumo la locura y el dolor de anticipar el fin y dejo que ellos vivan una existencia feliz.

»—Tan feliz como puede serlo la de una máquina —contesta Yamal.

»—O la de una oveja —dice el Emperador con triste sonrisa—. Yo soy el pastor que cuida el rebaño antes de que llegue la noche que no tendrá amanecer.

»—Pero no son ovejas —protesta Yamal—. ¡Son hombres! Voy a matarte y voy a revelar la verdad. Los hombres, los hombres de verdad, sabrán asumir el final.

»—Tú me vas a matar, pero no vas a revelar nada.

»—¿Cómo es eso?

»—Porque vas a cargar sobre tus espaldas la tarca que yo emprendí. ¿Conoces el mito de Atlas? Tú vas a ser el Hércules que me releve en mi esfuerzo de titán, y esta vez para siempre. Tú serás el último Emperador.

»Ante la perplejidad de Yamal, el Emperador le desvela todos los detalles de la conjura que él creía tan hábilmente planeada. Se entera así de que la mitad de los cabecillas del golpe son miembros de la policía, y de que no es casualidad que Yamal los conociera. Ni siquiera lo es que conociera a Aloe y compartiera con ella su afición por la historia.

»—Necesitabas conocerla para ser Emperador.

»—¿Aloe también? —pregunta Yamal.

»—No. Ella es sincera. Pero ha sido un peón más, un peón que ya sobra. Todos han sido detenidos, incluso los miembros de la policía: nadie debe conocer el secreto. Tuya será la orden de eliminarlos. Un pequeño sacrificio por el bien de la colectividad.

»—¿Y quién te dice que aceptaré sucederte?

»—Es tu destino. Se te ha educado para eso. Sólo ahora comprendes el motivo de todos los hechos que te han conducido hasta aquí y es lógico que trates de negar la evidencia. Mira, observa el universo desde aquí: no es una herencia, es un deber pesado que sólo tú puedes aceptar. Es lógico que uno solo sufra la terrible verdad y conduzca a los demás como dóciles ciegos.

»—Pretendes convertirme en un Dios.

»—Un Dios inútil y trágico, sí. Lo harás porque no puedes hacer otra cosa.

»Yamal dispara sobre el Emperador. Muerto, parece una estatua de edades remotas. Yamal se arrodilla, esconde la cabeza entre las manos y medita. Y al final, acepta.

—¿Acepta? —se extrañó Alberto—. Lo normal, y más conociéndote, es que la novela acabara con un manifiesto por televisión en el que Yamal dijera a todos los ciudadanos que a partir de ahora eran libres y etc. etc.

—No te burles, Alberto. Yamal acepta porque piensa que no tiene más remedio. El conocimiento del fin del universo ha aplastado sus esperanzas. Ser Emperador es su cruz. Es una especie de Mesías que en vez de traer la salvación oculta la perdición.

»Todo ha quedado dispuesto por el anterior Emperador. Yamal asume el poder y se enfrenta cara a cara con sus antiguos compañeros de revolución. Aloe llora de rabia y frustración cuando la obligan a postrarse a sus pies. Yamal la compadece, pero con la lejanía de un dios. No puede apenas recordar lo que sentía por ella. Quisiera que la mirada llena de dolor e incredulidad de Aloe se le clavara en el corazón, pero tal vez ya no tiene corazón. Ordena la muerte para todos.

»Noches después observa el universo desde su esfera de cristal. Siente que también las estrellas son parte de su rebaño y le duele que una enfermedad se haya apoderado de su grey: la entropía, el mal de la decadencia, el mal de la muerte.

»Suena una llamada por su comunicador, algo poco habitual. Es un consejero privado. Siente molestarle, pero es algo importante. En una galaxia cercana un equipo científico ha detectado una especie de agujero blanco, una zona en la que están apareciendo materia y energía a partir de la nada. Una fuente de estrellas vivas».

»—Parece un milagro, señor. Había teorías, pero...

»—Tal vez lo sea, se repite el Emperador. El milagro de la creación.

»—Anula mis ordenes dice por el comunicador.

»—¿Cómo, señor?

»—Detén la ejecución. Ella va a vivir.

Luisa dejó de hablar y se quedó mirando fijamente a Alberto. Era evidente que aguardaba su comentario.

—Tu final es esperanzador. ¿Por qué no escribiste la novela?

—No sé. Me faltaba fe en lo que decía, supongo.

—Aún puedes escribirla.

Luisa negó con la cabeza, tristemente. En sus ojos había un brillo acuoso.

—Ahora cambiaría el final. Ya entonces sabía que la novela debía terminar cuando el Emperador condena a muerte a Aloe, su antigua amante, pero la rebeldía me impulsaba a añadir ese rayo de esperanza. —Sollozó quedamente. Alberto hubiera jurado que se estaba haciendo más liviana, translúcida como el ópalo—. Ahora sé que mi final y el final de la humanidad y el final del universo son lo mismo. No hay nada cuando se acaba el camino...

Con el eco de sus últimas palabras se desvaneció Luisa, y Alberto sintió que un demonio negro le había arrancado un trocito de corazón.

Más tarde encontró a Satur y Silvia y les explicó lo que había ocurrido. La desaparición de Luisa les afectó más de lo que Alberto esperaba; tal vez porque la profesora era, o había sido, una persona más cercana y accesible; o porque de los siete iniciales ya sólo quedaban tres y eso suponía menos de la mitad: un negro presagio.

—Lo mismo nos va a ocurrir a nosotros si no hacemos algo —apremió Alberto—. Las desapariciones cada vez se producen con más rapidez.

—¿Sigues creyendo que aceptar que estás muerto hace que desaparezcas? —Le preguntó Silvia.

—Los indicios llevan a eso. Luisa estaba muy deprimida, como los demás.

—Es que esta situación es deprimente —terció Satur. Tenía cada vez peor aspecto. *Tengo que animarle o seguirá los pasos de Luisa.*

—Sí que lo es, sobre todo si nos quedamos mano sobre mano.

—No haces más que decir eso, pero ¿qué hacemos? ¿Llamar por teléfono como Elvira para que nos digan que no estamos en casa, que estamos de entierro, pero dentro de la cajita de pino? Además, el teléfono ha desaparecido.

—¿Ves, Alberto? —intervino Silvia—. No sirve de nada que intentemos actuar: todo será tan ilusorio como ese teléfono. Podemos irnos de aquí o creer que nos estamos yendo y en realidad no movemos en ningún momento de... no sé, de la cama del hospital donde nos están lavando el cerebro.

—Yo no creo ni dejo de creer en nada —repuso Alberto—, pero desde un punto de vista práctico voy a aceptar lo que veo. —El impulso de huida se estaba convirtiendo en una voz tan imperiosa como la que lleva a los lemmings a arrojar al mar—. Lo que veo es una verja que nos separa del exterior. Pienso pasar esa verja y explorar lo que haya detrás. Quién sabe si encontraremos algo que nos ayude a comprender lo que sucede o lo que va a suceder.

—Me temo que no encontraremos nada —objetó Silvia—. Pero con todo, si sales de aquí te acompañaré.

Las palabras de la joven le sorprendieron. Durante un segundo deseó que Satur renunciase al viaje y le dejase solo con Silvia, pero desechó aquel pensamiento por absurdo. No quería dejar atrás al hombre que se había convertido en su amigo.

—¿Y tú, Satur? Te vendrás...

Satur puso cara de resignación.

—Tú me dirás... A ver qué voy a hacer aquí solo. Además, mientras hay vida hay esperanza.

—Así se habla, Satur.

Pero si no hubiera vida..., añadió para sí.

Alberto se cambió de ropa antes de partir: aún llevaba puesto el batín y no le parecía la prenda más apropiada para caminar, aunque fuera en un mundo virtual. Rebuscó en su habitación y sólo encontró la ropa de deporte. Tenía la vaga idea de que, por las noches, en la tertulia, solía vestir de otra forma, pero no logró concretar el recuerdo. De cualquier forma, sería suficiente si los que estaban experimentando con ellos querían hacerles sentir frío, lo iban a conseguir vistiera él lo que vistiera.

Pocos minutos después se reunieron en el lado del jardín que antes, cuando el sol existía, había estado orientado hacia el este. Satur esperaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, un detalle que no dejaba de parecer incongruente. En cierto modo se disponían a emprender una aventura, y nada menos excitante que la estampa de Satur. *Deberíamos llevar bastones para caminar y macutos, aunque los rellenáramos con periódicos como en la*

mili. Lo cierto era que no llevaban comida, pero no la habían encontrado y además no habían vuelto a sentir hambre desde la cena del día anterior. ¿Cuántas horas hacía de eso? Tal vez el equivalente de una semana; era imposible de calcular.

No había puerta en todo el perímetro de la verja, como Alberto, sin saber por qué, había presentado. Otro detalle descuidado por los creadores del lugar. *Espero que nosotros no seamos otro detalle*. Eligieron un sitio cualquiera para salir. Alberto se encaramó y se sentó sobre la verja. Desde allí ayudó a subir a Satur y a Silvia.

—Pesas mucho, Satur.

—Y bien que me ha costado. A ver si te crees que una tripa así se echa en dos días.

Por el otro lado había un seto y tuvieron que saltar. Alberto recogió a Silvia en brazos y se demoró unos segundos disfrutando de su tibio contacto.

—¿Estás bien?

—Sí. —Jadeaba ligeramente por el esfuerzo y sus senos se agitaban con un leve palpito. Alberto se encontró deseándola de nuevo, cuando ya casi se había logrado convencer de que no sentía ningún interés por ella.

La soltó con desgana y se volvió para contemplar el paisaje. No parecía distinto del que había visto todas aquellas mañanas desde su habitación: olivos, monte bajo y unas lomas al fondo calcinadas por el sol y la erosión. ¿*Qué sol?*, se preguntó Alberto.

Pero no era el resplandor del sol lo que más se echaba en falta. Lo que en verdad inquietaba era la ausencia total de ruidos: ni un pájaro, ni una chicharra, ni un soplo de brisa. No se atrevían a romper el opaco cristal del silencio con sus voces. Alberto comprendió que podían quedar atrapados en aquel hechizo y dio una patada a una piedra para quebrarlo. Pero después de tres golpes secos de la piedra contra el suelo todo quedó igual. Si no peor.

—Mejor será que empecemos —susurró Satur, como si tuviera miedo de despertar a alguien—. ¿Nos guías, Alberto?

—De acuerdo. Vamos allá.

Trató de imaginarse por dónde salía el sol y hacia allá se encaminó. Satur y Silvia le siguieron maquinalmente.

Marchaban por surcos de sembrado; pero, curiosamente, estas huellas de labor humana, combinadas con el silencio que sólo sus secas pisadas rompían, daban al lugar un aire de desolación y abandono como si jamás otros ojos lo hubieran contemplado. Las líneas del arado eran costillas descarnadas de la tierra.

Alberto supo por el ruido de los pasos que Silvia se había detenido. Imaginó para que y el oscuro temor de que le ocurriera lo mismo que a la mujer de Lot le hizo volverse y cogerla del brazo.

—Ya no está —dijo Silvia.

Se refería a la residencia. Había desaparecido cuando no llevaban andados ni cinco minutos. Era como la quema de las naves: ya no podían volverse atrás. Con la residencia se iban los recuerdos y las dudas. Sólo tenían que seguir avanzando, y quizás acabarían encontrado algo.

Después de un tiempo indeterminado, que según Alberto había sido de unas cinco horas, según Satur de ocho y según Silvia de cuatro, se hizo de noche. Fue algo casi repentino, como una tormenta de verano. En el zenit había aparecido otra vez la luna, blanca, redonda, demasiado grande.

—No entiendo nada —murmuró Silvia—. Un día sin sol, una luna imposible...

—Yo llevo mucho tiempo sin entender nada —repuso Satín—, así que esto me trae al fresco. ¿Vamos a seguir andando?

Alberto reflexionó. *La noche es para dormir*, le decía su experiencia. Pero ¿dónde? Estaban en medio del campo, lejos de toda huella de habitación humana, fuera real o imaginaria.

—Yo creo que hay suficiente luz. Podríamos seguir andando, si no estáis cansados.

Respondieron que no, que tanto les daba pararse como andar.

—Entonces, caminemos.

Los surcos del arado habían desaparecido dejando su lugar a un terreno más liso. La vegetación, por lo que se podía apreciar a la luz de aquella extraña noche, también había cambiado. Los olivos se habían convertido en robles y fresnos, y bajo sus pies crecían, tímidos al principio, pero espesándose conforme avanzaban, hierbas y helechos más propios de un clima húmedo.

—Mirad allí —señaló Silvia—. ¿No es eso una luz?

A cierta distancia a su izquierda vieron un resplandor semioculto por los árboles. Parecía un fuego.

—Vamos allá —sugirió Alberto.

No tardaron mucho en llegar al origen de la luz: una hoguera que alguien había encendido apilando unas cuantas ramas en un pequeño calvero. Parecía reciente, pero no vieron a nadie junto a ella. Alberto aproximó la mano para

comprobar que el fuego era tan irreal como la chimenea de la residencia; pero no, irradiaba calor. Si era una fantasía, estaba bien cuidada.

—¿Quién habrá encendido este fuego?

—A lo mejor ha estado aquí siempre —sugirió Satur—. Yo ya me lo creo todo.

—¡Mirad, otro fuego! —señaló Silvia de nuevo.

La nueva luz estaba a una distancia similar a la que habían recorrido para llegar a la fogata. Los tres hubieran jurado que antes no estaba allí. Alberto reaccionó con rapidez y fue el primero en llegar a un nuevo claro del bosque. Este fuego era más grande que el anterior y estaba rodeado por un círculo de piedras. Por lo demás no había otras trazas de presencia humana.

—¡Allí! —exclamó de nuevo Silvia, y esta vez fue ella quien primero arrancó a correr. Bajo el fantasmal resplandor de la falsa luna a Alberto le parecía una ninfa de los bosques. Tal vez Silvia fuera tan inmaterial y huidiza como el rayo de luna de Bécquer.

—Aquí tampoco hay nadie —informó Silvia, decepcionada. Alberto se detuvo a su lado, jadeante. Por primera vez en las últimas horas se sentía cansado. *Eso es señal de que estoy vivo.*

Satur llegó detrás de ellos, con un trote cansino.

—¿Nada tampoco? Me parece que otra vez se están riendo de nosotros.

—Este fuego es más grande —comentó Silvia—. Y parece que quien sea ha puesto las piedras con más cuidado: son todas de tamaños y formas parecidos.

—Bien, ¿y eso qué quiere decir?

—No lo sé, pero parece que estos fuegos siguieran una progresión. A lo mejor nos llevan de camino a alguna parte.

Satur se sentó en el suelo y extendió las manos para calentarse. El fuego se reflejaba en su frente. Una absurda imagen de Satur ofreciendo su glabra cabeza a un limpiabotas para que la lustrara pasó por la mente de Alberto.

—Venga, no te pares. Mira: allí hay otra luz. Vamos a verla.

—Me están tocando ya lo que no suena con esas luces. Ayúdame a levantarme.

Esta vez no corrieron. Alberto caminaba al lado de Silvia y delante de Satur. Sintió un empujón en el costado y se volvió para recriminar a su amigo. Pero no fue a él a quien vio, sino a una encapuchada mujer de ojos oscuros y rostro resplandeciente. Asombrado, chistó a Silvia y Satur.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

Alberto transmitió la pregunta a la mujer, pero ésta, mientras ellos se detenían para interrogarla, había seguido andando. De espaldas se la veía como un blanco y vaporoso espíritu de los bosques. Corrieron tras ella y Alberto trató de detenerla agarrándola por el brazo. La mujer, por fin, se volvió. Era bella y fría, y no parecía de este mundo. Alberto se sintió tan tímido como un niño, pero encontró arrestos para preguntar:

—¿Adónde vas?

—Seguidme —fue toda su respuesta. La orden era irresistible. Sin decir una palabra caminaron tras ella.

Al cabo de un rato se dieron cuenta de que no eran los únicos caminantes en el bosque. A ambos lados, al principio lejos y espaciados, y después más cerca cada vez, aparecían sombras blancas, grises y negras. Alberto se volvió: como sospechaba, detrás de ellos venía más gente, avanzando en silencio. Algunos portaban antorchas, otros ramas de árboles de diversas formas. Había hombres y mujeres, niños y ancianos y también seres inclasificables, faunos y andróginos y criaturas aún más extrañas. Alberto se encontró con la mano de Silvia dentro de la suya. Satur se había acercado al otro lado de la joven, seguramente en el caballeroso afán de protegerla.

De algún modo supo Alberto que se encontraba ya cerca del destino final de la espectral procesión. Poco a poco se fue elevando un canto: al principio imperceptible, después levantándose como un contrapunto a las apaciguadas pisadas, por último, el rumor de la marea batiendo en la noche. Alberto buscó a la mujer de blanco que los guiaba, pero había desaparecido engullida entre la multitud que caminaba delante de ellos.

La marcha se detuvo de repente y con ella el canto. Pero ahora de enfrente les llegaban voces, carcajadas y cantos destemplados. Alberto, llevado por un súbito impulso, se abrió paso a empujones sin soltar la mano de Silvia. Satur siguió como pudo. Nadie protestó, como si caminaran entre maniqués.

Se encontraron al borde de un gran claro que la multitud rodeaba por todas partes sin traspasar el límite de los árboles. En el centro de la explanada ardía una hoguera de vivo color rojo a cuyo alrededor se había dispuesto una mesa en forma de C, orientada de tal forma que la cobertura quedaba frente a ellos. Alberto, con la certeza de que la prohibición de rebasar el borde del claro no iba con él ni con sus compañeros, avanzó resueltamente.

—¿Qué haces? —Había temor en la voz de Silvia. Alberto la obligó a seguirle. Satur salió detrás, algo rezagado.

Había unos veinte comensales en el alegre festejo. Sus miradas se dirigían continuamente a algún personaje que debía estar sentado en el centro de la C

y que les quedaba oculto por las llamas que ardían en el centro. Tuvieron que desviarse ligeramente a la izquierda para verlo.

Nunca Alberto había visto un rostro así: era la locura. Un anciano que podía haber sido venerable ocupaba el puesto de honor. Sus vestiduras eran blancas, impolutas a la luz de la hoguera, y se adivinaban su gran estatura y su magnífico porte. Pero la degeneración comenzaba en los bordes del rostro: en la barbilla huidiza por la que goteaban vino y saliva a la par; en los cabellos amarillentos que, desprovistos del menor orden y armonía, raleaban por su frente y sus sienes. La espiral se hacía más abyecta en la boca entreabierta y desdentada, en las mejillas brillantes de sangrienta marioneta, en la frente cruzada por anárquicas amigas que delataban la volubilidad de sus sentimientos, en la nariz desigual que a veces parecía chata, a veces aguileña. Pero el centro, los ojos... No se podía fijar la mirada en ellos más de un segundo, porque brillaban con una ceguera tan imbecil y a la vez con una penetración tan omnipotente que Alberto apenas pudo resistir la tentación de arrodillarse y romper en histéricas carcajadas de terror.

—¿Te preocupa acaso? —le preguntó una voz harto conocida—. Esa es la forma de adorar a nuestro dios.

Miguel estaba en pie a la derecha del anciano, un poco retrasado. Vestía una larga túnica blanca y se apoyaba en un báculo del que brotaban un par de ramas raquílicas. En sus gafas redondas se reflejaban las llamas de la hoguera, ocultando el azul sucio de sus ojos. No les sorprendió verle allí.

—¿No os apetecería cenar? Seguro que después de un viaje tan largo se os habrá abierto el apetito. Aquí siempre tenemos sitio para los comensales inesperados.

Inesperados. No dudó Alberto ni por un instante de que toda aquella escena había sido organizada para ellos. Pero no podía negarse a la invitación: era verdad que tenía hambre. Lo que más le entristeció fue ignorar en qué momento había empezado a sentirla. *Somos marionetas.* Interrogó con la mirada a sus compañeros y éstos asintieron.

—Me alegro de que aceptéis nuestra invitación. Venid por aquí.

Les hizo rodear la mesa para acomodarlos en el centro. A Silvia y Satur los colocó a la izquierda del anciano. Él tomó asiento a la derecha de éste y rogó a Alberto que se pusiera a su lado.

—Me gusta hablar contigo. De todos, eres con el que mejor me entiendo.

Su tono era tan sincero que por un momento Alberto sintió el impulso de palmearle la espalda afectuosamente y decirle: «Ya lo sé». Pero recordó todo lo que había sucedido en la residencia. *He caído en su burla de nuevo.* Miguel

le estaba mirando a los ojos con la hipnótica mirada de una cobra y Alberto supo que era más peligroso que su veneno. *Cuidado con lo que pienso o me hará desaparecer*. Tomó asiento a su derecha, apartando ligeramente su silla. Se dio cuenta de que había accedido con demasiada facilidad a que lo separaran de Silvia y Satur, pero ya no tenía remedio.

—¿Celebráis algo especial? —preguntó en un tono aparentemente trivial. Tal vez pudiera defenderse de Miguel si se mantenía a su altura.

Había más comensales a su derecha, hombres y mujeres que parecían existir en otro plano de la realidad. No le prestaban atención ni él se la prestó a ellos.

Una muchacha le sirvió vino en copa de plata. Alberto lo probó: no había bebido otro mejor en su vida. Mientras lo degustaba pensó que algún detalle relativo a la muchacha se le había escapado. Algo que debería haberle sorprendido. Estaba desnuda, eso era. La buscó con la mirada: en ese momento estaba escanciando el vino de Satur y vestía una túnica blanca que ni siquiera era transparente. *Loco, estoy loco*.

—Es que ésta es la mesa de la locura —le explicó Miguel. A Alberto había dejado de preocuparle que le leyera el pensamiento. Lo que de verdad le inquietaba era la posibilidad de que se lo estuviera dirigiendo a capricho.

—¿Qué quieres decir con eso?

Miguel se echó hacia atrás en la silla y señaló a su izquierda con un expresivo gesto. El anciano estaba bebiendo vino en ese momento y la mitad del contenido de la copa le caía por la barbilla y la túnica, que no obstante seguía inmaculada. Sus ojos de demente estaban fijos en Silvia: era difícil distinguir si su gesto era de lujuria o simplemente de curiosidad, hasta tal punto la locura deformaba sus rasgos.

—¿Quién es él?

—Es el centro de nuestra relación. Por eso ocupa el puesto de honor. Es un privilegio que se le debe, al menos.

«Al menos». ¿Qué querría decir Miguel con esas palabras en las que había puesto tanto énfasis? ¿Había en su voz lástima y desprecio por el pobre viejo chiflado?

—¿Cómo puedes pensar eso?

Las miradas de Alberto y Silvia se cruzaron. La joven estaba asustada y molesta por la vecindad del anciano, que no dejaba de observarla fijamente. «Ayúdame», decían los ojos de Silvia; pero eso estaba más allá de las posibilidades de Alberto.

—¿Cómo puedes pensar eso? —repitió Miguel—. Él es el centro de nuestra religión, de *la* religión. Ante su inefable presencia tus palabras y tus pensamientos deberían ser más respetuosos.

—¿De qué estás hablando? —Alberto bebió otro sorbo y al momento se arrepintió. El vino se le subía directamente a la cabeza, haciendo que lo viera todo a través de un velo rojo de embriaguez.

—¿De qué voy a estar hablando? Mírale fijamente: ¿quién crees que puede ser?

—Un viejo chiflado. —La lengua se le trababa, y sólo había tomado un par de sorbos.

—Antes sentiste el impulso de arrodillarte ante él en señal de temor y a la vez de romper a reír por lo ridículo que te parecía. Ya te he dicho que no te preocuparas, que ésa es la forma de adorar a nuestro dios.

Alberto volvió a fijarse en el viejo. ¿Era locura, o pura y simple imbecilidad lo que confería a su rostro esa desencajada expresión? *Saturno devorando a sus hijos*. Recordó la vesánica faz del cuadro de Goya. Había cierta semejanza, pero al menos en el Saturno goyesco la locura conducía a una fiera determinación, mientras que en el rostro del anciano sólo se leía el caos.

—¿No sientes que el vello de tus brazos se eriza? ¿No tienes deseos de elevar las manos al cielo y prorrumpir en cánticos de alabanza? Piensa que hay muchos que lo soportan todo en la vida, consolados por la esperanza de la visión beatífica, pero que sólo tú y tus amigos tenéis la oportunidad de contemplar el absoluto.

Las palabras de Miguel llegaron flotando en la niebla roja del vino. ¿Acaso quería decir que...?

—Sí, Alberto: estás contemplando a Dios.

¿Dios en la forma de un viejo demente, tan abyecto como el más bajo bruto? Alberto hubiera pensado que la burla de Miguel estaba llegando demasiado lejos, pero la expresión de los ojos irracionales del anciano era a la vez más y menos que humana. Por primera vez fue consciente del inmenso poder que se ocultaba latente en aquella mesa. La fuerza, un campo magnético de inconcebible potencia, irradiaba del centro; del viejo loco.

—Entiendo que te sientas un poco decepcionado. Al fin y al cabo, la historia de la humanidad es la historia de la búsqueda de Dios. Los hombres primitivos lo imaginaron bajo la apariencia de diversos animales. Otros pueblos más civilizados crearon panteones siempre gobernados por un dios rey, encarnación de las virtudes y también, por qué no decirlo, de los defectos

humanos. Tuvieron que llegar los judíos y combinarse con los griegos para mostrarnos a un verdadero Dios absoluto, el ente de razón perfecta. Ha sido una ascensión lenta y penosa hasta la inteligencia para encontrar algo que nos explique el cosmos... ¡Mira qué desengaño que la explicación del universo esté en manos de un loco que ni tan siquiera sabe beber vino sin que se le derrame la mitad!

El anciano se había puesto en pie, y ahora, ante las asombradas miradas de Silvia y Satur, ejecutaba algunos pasos de una estrambótica danza, tan carente de sentido como su mirada.

—El mundo es absurdo, Alberto. —La voz de Miguel era amigable, casi íntima—. Ese es un hecho innegable; sobre todo para nosotros, hombres del siglo xx que ya hemos superado aquella pueril confianza en la ciencia y la razón de épocas pesadas. Algunos, los hombres de fe recurren a inescrutables designios de la divinidad para explicarse a sí mismos que todo lo que ocurre tiene algún sentido. Otros, agnósticos o ateos, acuden al azar. Pues bien, testigo eres de que ambos bandos tienen razón.

De debajo de su túnica sacó un cubilete de piel y al agitarlo hizo sonar la inconfundible canción de los dados. Miguel llamó la atención del viejo tirando de su brazo. El anciano se resistió a hacerle caso; se había sentado de nuevo y estaba intentando entablar una conversación de gruñidos inarticulados con Silvia. Pero al ver el cubilete sus ojos se animaron. Lo cogió con dedos temblorosos y avarientos, y un hilillo de baba le goteó por el labio inferior. Agitó los dados y los arrojó sobre la mesa. Alberto no pudo distinguir la jugada; a decir verdad, todas las caras parecían blancas.

Entre la hoguera y el centro de la mesa aparecieron, como materializados de la nada, una bellísima joven morena y un hombre pálido de obesidad viscosa, lechal.

—Observa la jugada —le apremió Miguel.

La «jugada» parecían ser esos dos. La chica se arrojó a los brazos del hombre y le besó con pasión, mientras los gordezuelos dedos de él desgarraban su ropa. Como en una pesadilla repugnante y atractiva a la vez, algo que invocaba sus instintos más primarios, Alberto presenció una desenfrenada caricatura del amor. Sentada sobre el cuerpo del hombre, cuyas carnes rosadas y obscenas palpitaban como si todo él fuera un montón de gelatina, la hermosa joven se agitaba y gemía con la energía de una tempestad. La repulsión y el deseo intenso se mezclaban en Alberto, que no podía dejar de contemplar la escena. Los senos de ella y los rollos de grasa de él se movían al mismo ritmo, y a veces Alberto sentía asco al fijarse en la

gordura temblorosa y atracción al mirar cómo los pechos turgentes se balanceaban; pero al momento siguiente le sucedía lo contrario o acababa confundiéndolo todo en una masa de protoplasma espasmódico.

—¿Te das cuenta? La obscenidad es la madre de la vida. Observa lo que está ocurriendo en el interior: el azar en acción.

Vio una miríada de espermatozoides arrojándose al vacío con el impulso suicida de los lemmings; aunque al menos uno de ellos podía encontrar sentido a su loca acción. Los cromosomas y sus ácidos brillaban con mil colores: allí había millones de mensajes, variantes potenciales que podían convertirse en realidad. Por un momento Alberto contempló futuros que se ramificaban a su vez en otros futuros. Pero los dados sonaron de nuevo y sólo uno de los animalillos alcanzó a refugiarse en el óvulo y a hacer realidad un único futuro.

—Por obra del azar. La jugada de dados ha llevado a la cópula; de la cópula nace este ser que podía no haber sido concebido, o haber sido otro dependiendo de esos ácidos. Ácidos que no son más que combinaciones, como en el juego de los dados.

Los dados cantando sobre la mesa. La joven y el hombre gordo seguían refocilándose y sus jadeos se habían convertido en gruñidos animales. Pero la obesidad de él se le estaba contagiando a ella: cada vez parecían más una masa única de jalea. Y de esa horrible unión nacían millones de seres: hombres, animales coches, cuerdas cósmicas, plantas, lavadoras, volcanes nebulosos... el dios loco arrojaba un dado y el volcán entraba en erupción. Pompeya sepultada bajo la lava. Otro dado y un tifón arrasaba el sudeste de Asia.

—El azar no tiene leyes —le estaba diciendo Miguel— pero a veces daría la impresión de que se ceba con los más desafortunados.

Otro dado. La señora K., una madre de familia aún joven, feliz, llena de sueños e ilusiones —la envidia del vecindario: un marido que la quiere tanto, tan guapa, unos hijos así—, al volver a casa es asaltada por dos muchachos que la violan repetidas veces a la vez que le clavan sus navajas.

—Es terrible. Treinta y cuatro años de felicidad no tienen valor para ella en el momento de su muerte. El azar puede destruirlo todo de un golpe. Si ella no hubiera pasado a esa hora por...

El dios loco tira los dados: un escritor ya maduro, en la cumbre de su gloria, se debate en el lecho, víctima de una repugnante y dolorosa enfermedad.

—La gloria y la fama se esfuman en una sola jugada. Este hombre cantó al esfuerzo y la dignidad humanas. ¿Quién puede conservar la dignidad ante una enfermedad que convierte su cuerpo en un gusanoso ataúd viviente?

Ante Alberto se desarrollaron millones de jugadas mientras la cópula continuaba, y vio cómo la suerte y la desgracia se repartían y cómo asesinos y explotadores, sádicos y corruptores a menudo tenían éxito en la vida y morían plácidamente.

—No te envenenes la sangre por eso. Al menos mueren, como todos.

Vio cómo las vidas pendían de frágiles hilos que pequeños azares iban cortando. Y acabó comprendiendo que el origen de todo estaba en aquella pareja que copulaba y que aquel coito primigenio no era más que obra del azar.

El azar: una nueva tirada. Un joven en una callejuela. Su rostro muestra un cansancio prematuro: los ojos están apagados, vidriosos; las comisuras de la boca caen en un gesto de abandono y amargo desdén. Dos hombres se le acercan. Conversan un momento. «¿Traéis las papelines?» «Estamos hasta los huevos de ti», dice uno, y después la hoja brillante de una navaja habla por él. El chico cae boqueando, su espalda resbala por la pared; se queda en el callejón, solo con la muerte. El grito de agonía taladra los tímpanos de Alberto.

—¡Toño, hijo mío! ¡Nooooo...!

El alarido de Satur disipó las brumas que cubrían la visión de Alberto. Ya no había ninguna pareja. Sólo Satur, entre la mesa y el fuego, golpeándose la cabeza contra el suelo y clavando las uñas en la tierra.

—Satur ha presenciado una imagen del mundo real... de lo que podríamos llamar el mundo real. Una serie de azares llevaron a su hijo a la droga y ahora, finalmente, a una muerte prematura. Es un espectáculo duro para un padre, supongo.

Cuatro hombres de gris se acercaron a Satur y le ayudaron a incorporarse. Su mirada se cruzó un instante con la de Alberto. *No me ha visto*. Como el maestro Aguado, Satur había dado un paso más allá de la línea. Cuando se lo llevaron lejos de la mesa, Alberto supo que ya no lo vería más, y un nudo de miedo y dolor atenazó su garganta. Se estaba quedando solo. *Por favor, Dios mío, que Silvia...*

—No hace falta que le niegues: parece estar muy interesado por ella.

El viejo había dejado de jugar a los dados para concentrar toda su atención en Silvia. Al menos no intentaba ponerle las manos encima; pero sus ojos la recorrían una y otra vez con la lubricidad de tentáculos.

—¡Haz que acabe todo esto! —ordenó a Miguel, agarrándole de la túnica —. ¡Mátanos o despiértanos o haz lo que quieras, pero haz algo! ¡Has ido demasiado lejos!

—No es a mí a quien debes pedir nada. —Miguel se encogió de hombros —. Él es Dios, no yo. Todo acabará cuando él quiera.

—¡Pero cómo coño va a acabar cuando él quiera si está demasiado loco para querer nada! —estalló Alberto, descargando en la mesa un puñetazo que volcó su copa de vino. Al momento le sirvieron otra.

—Para eso tiene los dados, para ayudarle a decidir lo que quiere. Pero no siempre ha sido así. ¿Quieres que te cuente una historia? Puede aclararte algunas cosas.

Alberto respiró hondo, contó hasta diez y tomó un largo trago de vino. Necesitaba calmarse. Sí, sólo manteniendo la serenidad podría salir con éxito de la prueba.

—Cuéntame. Soy todo oídos.

—Me alegro de que reconsideres tu posición. Veamos, veamos... — Miguel se interrumpió para beber un par de sorbos que degustó con el aire de conocimiento del mejor enólogo—. Perdona, es que se me seca la garganta. El humo de la hoguera, imagínate... Te contaré:

»*En arkhê ên ho lógos kaí ho lógos ên pròs ton theón*. Más o menos puede decirse que fue así. Dios existía al principio y era la palabra, o mejor traduciríamos *la razón*. Sí, Dios era razonable en aquel tiempo, todavía. Se podía hablar con él. Teníamos agradables conversaciones él y yo de vez en cuando. ¡Ah! —suspiró teatralmente—. Eran tiempos felices... Pero el infalible cometió un error. Así, como te digo. Se le ocurrió una idea peregrina: crear a los hombres.

»Cuando vi el prototipo —chasqueó la lengua—, cuando vi el prototipo no me gustó demasiado. “No te van a funcionar bien” le avisé. Pero él me dijo que no importaba, que les había puesto fecha de caducidad. Vamos, que si había algún problema, como se estropeaban ellos solos bastaba con hacer otro.

»El caso es que después de hacer la parejita les cogió cariño. No me extraña: eran tan lindos y tan puros al principio... “...¿Has visto cómo no han sido un error? Me quieren muchísimo, como yo a ellos. Les he dado la vida y por eso me aman con un amor infinito. He decidido que no tenga caducidad: quiero que estén siempre conmigo”. Era una encantadora perspectiva para el futuro. Cualquiera hubiera envidiado a esa linda parejita, pero yo no. Aunque las malas lenguas vayan por ahí diciendo lo contrario, jamás les tuve envidia.

Al revés, toda la historia me inspiraba pena, pues sabía lo que iba a suceder. “¿Estás seguro de que ellos te quieren tanto como tú a ellos? Me parece que les has dado un corazón demasiado veleidoso. En cuanto te descuides, te volverán la espalda”. “No digas tonterías”, me respondió, muy picado en su amor propio de creador. Así que decidió hacer una apuesta con él. “Te puedo demostrar que no eres lo que ellos más desean. Se dejan engañar con facilidad por sus propios anhelos: seguro que con cualquier cosilla se encandilaban y te olvidarían”. “Demuéstralo entonces”, cruzó de brazos en una actitud que yo conocía muy bien. “Pon delante de ellos cualquier tontería y prohíbeles que la toquen. Como son tan ingenuos creerán que es algo maravilloso, y por más que tú lo vetes querrán cogerlo. Porque, se me olvidaba decirlo, también los has hecho un poco testarudos”.

»Esto se lo decía yo porque la facultad de crear le estaba, y le está, reservada sólo a él, de modo que era él quien debía fabricar algún objeto. Creó un árbol con manzanas redondas y brillantes: era un árbol bastante bonito.

»—No debéis probar esas manzanas porque si lo hacéis me enfadaré con vosotros y ya no os querré más —les dijo, y ellos dos asintieron como niños obedientes.

»Luego anduvieron contando que todo había sido por mi culpa, que yo les había tentado porque les tenía envidia, que les había dicho que si probaban esas manzanas lo sabrían todo... Mentiras para disculparse por la enorme tontería que habían hecho. En cuanto se enteró de que sus amadas criaturas lo habían desobedecido, Dios cogió un síncope. Estaba tan enfadado que los despidió con cajas destempladas, aparte de volverles a poner la fecha de caducidad, por supuesto. Pero a partir de aquel día fue decayendo. No se hacía a la idea de que ya no estuvieran con él y empezó a inventar historias que él mismo se creía... En fin, el pobre Dios se volvió loco. Dejó el universo entero sin control, de modo que tuvimos que inventarnos esta historia de los dados para que las cosas siguieran funcionando, aunque fuera al azar. Ya sé que es una historia lamentable. Lo peor del caso es que desde entonces se os privó de la inmortalidad. —Movié lentamente la cabeza con gesto compungido—. Vuestro gran problema empezó ahí.

El alcohol entorpecía la lengua de Alberto; de otro modo le hubiera dicho a Miguel que le resultaba difícil creer que alguien fuera capaz de inventar tal sarta de estupideces. Pero sólo pudo articular la palabra *sarta*. *Mi cuerpo está borracho, pero mi mente no*. Miró al viejo: seguía intentando trabar amistad

con Silvia y ya empezaba a utilizar las manos, ante el rechazo de la joven. Parecía un tipo simpático.

—Se está poniendo nervioso —comentó Miguel—. Menos mal que ya nos traen la comida: con eso se calmará.

—¿La comida? ¿Vamos a comer después de beber tamo?

—Sí, es que este rito puede parecerle un poco extraño. —La sonrisa de Miguel era ahora deliberadamente cruel. ¿Qué nos esperará?—. Se come después de beber. Mira, ya le traen la olla a nuestro viejito.

Un hombre vestido de negro dejó un caldero sobre la mesa, frente al dios loco. La tapa no encajaba bien: escurrían por los lados gotas de caldo y de dentro salía un apetitoso olor. Alberto pensó que quizá comiendo se le bajaría el vino, aunque aquella embriaguez que sentía no era natural.

El anciano palmoteo encantado ante la perspectiva de comer y apartó la tapa de un manotazo nervioso. Para sorpresa de Alberto introdujo el brazo hasta el codo en el caldero y anduvo rebuscando unos segundos. Al fin encontró lo que quería y con un gesto de vesánica alegría sacó la mano. ¡Ob, Dios! La embriaguez de Alberto desapareció en cuanto vio lo que el viejo sostenía triunfante: era la cabeza cercenada de Satur. Silvia profirió un alarido estremecedor.

—Al viejo le debe haber costado engancharla —comentó Miguel—. Satur estaba casi calvo...

Alberto logró por fin reaccionar. De un empujón apañó a Miguel y de otro derribó al dios loco. La cabeza de Satur, para su alivio, desapareció al tocar el suelo. Silvia ya se había levantado, dispuesta a huir, y Alberto la cogió de la mano.

—¡Vámonos de aquí! ¡Corre!

Sus órdenes estaban de más: Silvia ya tiraba de él en su huida hacia el bosque. Los peregrinos que rodeaban el claro se apartaron para dejarlos pasar. Antes de perderse entre los árboles aún pudieron escuchar la voz de Miguel:

—¡Volved, volved! ¡Sólo era una broma! ¡Si ya estaba muerto! ¡Como vosotros!

Corrieron entre los árboles sin rumbo fijo, siguiendo el camino que les marcaban los mil obstáculos que se oponían a su paso. Al principio había suficiente luz para ver por dónde pisaban, pero conforme se alejaban del claro la vegetación se fue espesando hasta hacerse casi impenetrable para el resplandor de la enorme luna. Finalmente, una raíz que sobresalía del suelo

acabó con su carrera. Alberto tropezó y arrastró a Silvia con él. La joven cayó sobre su espalda.

Durante unos minutos Alberto permaneció inmóvil, tratando de recuperar el aliento y la cordura. Silvia seguía abrazada a él, sobre su espalda, y pudo sentir cómo su respiración se calmaba poco a poco. Era tranquilizador sentirse protegido entre la tierra fresca y el tibio cuerpo de la joven. Se giró despacio hasta que quedaron cara a cara.

—¿Estás bien? —le susurró al oído. El miedo hacía que ella se le abrazara con mucha más fuerza que aquella otra noche.

—Estoy bien —respondió ella roncamente. Era delicioso sentir su aliento en la oreja. Alberto la besó y se sorprendió de que ella le correspondiera. Un instante después se había quedado dormida, y él no tardó mucho más.

Lo que sucedió después quiso interpretarlo Alberto como un sueño, pero para su tristeza no tardó en comprender que había sido real, o al menos tan real como todo lo que le había ocurrido desde la llegada de Miguel a la residencia.

Cuando se despertó ya no era de noche. Estaban en un claro del bosque, a plena luz. No se veía el sol, bien fuera porque aún no hubiese subido lo suficiente o porque ese día fuese tan sobrenatural como el anterior. Silvia abrió los ojos un segundo después que él y sus miradas coincidieron. Estaba abrazada a Alberto, con la cabeza reclinada sobre su pecho, y así permaneció unos instantes. Le sonrió, y por vez primera fue una sonrisa de auténtica alegría.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondió Silvia—. Creo que me quedé dormida de repente.

—Yo debí caer un poco después que tú. Es lógico que estuviéramos cansados.

¿Lógico?, se preguntó irónicamente a la vez que se incorporaba. Lo lógico era fatigarse poco a poco y no de pronto, obedeciendo a algún impulso electrónico de un científico loco o al hechizo de un demonio rubio.

—Mira lo que tenemos aquí.

Alberto siguió con la mirada la dirección que Silvia le indicaba. Al parecer, los decoradores habían decidido convenir por unos momentos la pesadilla en sueño paradisíaco. En el centro del claro había un estanque de agua cristalina rodeado por suave hierba; no faltaba tampoco un arroyuelo que

desembocaba en él con una música transparente de irresistible llamada. El estanque que hubiera imaginado cualquier romántico.

—Hace calor... —murmuró Alberto, casi inconscientemente.

Silvia, como si obedeciera a una compulsión instintiva, arrojó las zapatillas lejos de sí. Las siguieron la camiseta y los pantaloncillos: en unos instantes se había desnudado y corría ya hacia el agua. Alberto, al ver por detrás su cuerpo terso y proporcionado y la espalda que se ensanchaba en la suave y cimbreada curva de las nalgas como un menudo violín, sintió que un latigazo de deseo restallaba en su interior. Incluso antes de que su mente diera la orden ya estaba quitándose la ropa. Corrió a reunirse con Silvia, consciente de que su excitación era evidente; pero el instinto arrancó de cuajo la vergüenza.

El agua estaba fresca y su contacto disipó los últimos restos de sueño. Emergió. El agua le llegaba poco más arriba de la cintura y el fondo que pisaba era tan blando que casi acariciaba los pies. Silvia chapoteaba a un par de metros, pero al verle se acercó y se puso en pie. Sus pechos emergieron goteando. Alberto sintió que tenían cierta cualidad primigenia, como montes de la anciana tierra. Repentinamente tímido, aventuró una mano para enjugar una gota de agua *del* dorado pezón. Silvia cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza.

—Alberto... —musitó roncamente.

De su estómago partió un latigazo de vacío que le volvió sobre *sí mismo*. Se acercó más a Silvia, e incluso antes de que él lo hiciera *ella se le* abrazó con la ansiedad de un violento deseo. Las manos de ambos cobraron vida, más en un afán de estrujar y poseer que de acariciar y explorar. Cuando se besaron, Alberto sintió que sorbía la vida de Silvia y ella la de él. Tuvo la impresión de que todas las veces que había hecho el amor en su vida se fundían en una sola. O más bien, se dijo mientras sus manos se cerraban como avaros garfios sobre los senos de Silvia, todos los actos de generación de los hombres y de la naturaleza se habían convertido en uno solo.

Urano lloviendo su simiente sobre Gea, le dijo su voz interior; pero no hizo caso. Levantó el ligero cuerpo de Silvia y penetró en ella cerrando los ojos. Las manos de la joven se clavaban desesperadamente en su espalda, pero había algo más tocando su piel: el inconfundible golpecito de un dedo reclamando atención. Mientras su cuerpo seguía frente a Silvia y unido a ella, su mente se volvió.

—Tienes razón —le dijo Miguel—. Todos los actos se han unido en uno. ¿Recuerdas a la pareja del rito?

Recordarla excitó aún más a Alberto. Silvia le estaba mordiendo el cuello y él deseó sentir más sus dientes.

—La naturaleza es un camino hacia la destrucción —peroraba Miguel—, una batalla perdida de antemano. Pero tiene una carta que jugar para intentar perpetuarse: el acto de reproducción. Cuando alguien como tú, como Silvia, se siente morir; cuando ve que sus pies cuelgan al borde del abismo: entonces no hay amor, no hay erotismo, no hay lujuria... Sólo hay instinto.

Silvia le besó con gula. Bajo el calor del sol, la saliva, el agua y el sudor se confundían en un caldo primordial.

—Claro, que ese intento de hacerse inmortal es un poco, así como si dijéramos, ¿verdad, Alberto? «Carne de mi carne», tal vez sea verdad; pero la conciencia, la eterna conciencia de la que hablamos, ésa no se transmite. Viven tus hijos, no tú.

—La conciencia es algo más que materia: no puede morir. —Alberto se descubrió utilizando un argumento en el que nunca había creído racionalmente, pero que constituía una secreta esperanza, el paño guardado en el fondo del arca por temor a que el uso lo aje.

—La conciencia no es más que un apéndice de la materia. En nuestros cromosomas se han acumulado memorias y memorias desde que el primer organismo mono celular apareció en los mares Paleozoicos. Y tantas memorias a través de millones de años han desarrollado una excrescencia, una especie de verruga: la memoria se ha vuelto sobre sí misma y se ha convenido en lo que llamáis conciencia.

Alberto pensó que estaba soñando. De otra forma no podía explicarse que su cuerpo estuviese haciendo el amor a Silvia con tanta violencia mientras su mente discutía con Miguel.

—Vamos, Alberto, no te distraigas. Estoy intentando mantener una conversación seria contigo.

—¿Qué interés tienes en ello?

—Ya te he dicho que me gusta conversar contigo. Eres una persona razonable: puedes aceptar tu situación con serenidad y pensar que...

—¿Cuál es mi situación? —le interrumpió Alberto. Trató de ser seco, pero su voz sonó desconcertada. Mientras hablaba con Miguel sentía perfectamente la piel de Silvia bajo sus dedos y su...

—¿Tu situación? Tú la conoces; no tiene sentido repetírtela.

—¡No estoy muerto! ¿Desde cuándo los muertos folian?

—Alberto, por favor, no uses esas palabras. Silvia se podría ofender.

—¡Usaré las palabras que quiera! ¡Estoy harto de ti, y como no desaparezcas ahora mismo voy a estrangularte!

—Como quieras.

¿Estaba soñando un sueño en la vida real o un sueño dentro de otro y de otro hasta el infinito? Miguel se había desvanecido. Abrió los ojos: a un milímetro tenía la mejilla de Silvia, y su jadeo le hacía cosquillas en el cuello. La estrechó más fuerte para hacerla real con su abrazo. Ella separó la cara unos centímetros y le miró. Se estaba mordiendo los labios en un gesto que habló a Alberto de la misma fuerza primordial que le impulsaba a él.

—Te amo, Silvia —musitó. Para su sorpresa, Silvia le respondió:

—Te amo, Alberto.

La perdió otra vez. En su lugar apareció un relámpago blanco en el que se vació espasmódicamente, y en ese mismo instante supo que su semilla había fructificado en una nueva vida. *Estoy vivo. Miguel se equivoca: estoy vivo y ahora soy inmortal.* Trató de recuperar el rostro de Silvia para decirle que la amaba. *Ahora sé que es verdad. Hemos creado una vida nueva.* Lo sabía, se lo estaba diciendo el mismo instinto que lo había arrojado en brazos de ella. Los rasgos de Silvia se le aparecieron de nuevo. Nunca la había visto tan bella. *Qué tenue es,* pensó, y al momento se asustó de lo que había pensado. El rostro de Silvia se estaba transparentando.

—¡Silvia, no!

—Adiós, Alberto.

—¡Silvia, no! —La sintió diluirse entre sus dedos, una ninfa convirtiéndose en arroyo—. ¡No estás muerta, no puedes desaparecer!

—Lo siento, Alberto. —La voz de ella le llegaba ya en un lejano soplo de viento. A través de su rostro se veían los árboles y sus ojos oscuros se confundían con las sombras que se cobijaban entre las ramas.

—¡No puedes irte! ¡Te quiero! ¡Llevas dentro un hijo nuestro!

—Sí —asintió ella con infinita tristeza—. Adiós, Alberto. Yo quise...

No pudo escuchar sus últimas palabras. «Como estrellas, os iréis apagando poco a poco». Estaba solo, abrazado al aire. Se dejó caer, deseando que el agua lo acogiera en su fresco regazo; pero su espalda chocó con un terrón que sobresalía de la sementera. De nuevo lo rodeaban los olivos. *Ha sido un sueño, pues.* Pero algo había cambiado: estaba desnudo y solo.

Durante un tiempo indefinido permaneció tumbado en aquella sementera que jamás llegaría a dar grano. Permaneció tumbado mirando a ese cielo en el

que ya nunca volvería a ver el sol; permaneció tumbado, esperando que llegara el momento de desaparecer.

La realidad debía tenerlo atado con fuertes cadenas, pues ni en aquel estado de semiinconsciente y resignada espera cayó la segur sobre él. Al cabo de una eternidad se incorporó a medias. Sentado, abrazándose las rodillas, contempló el horizonte que se extendía a su alrededor, siempre igual en cualquier dirección en la que mirase.

¿Por qué había desaparecido Silvia? Recordó que el maestro Aguado había sido víctima de una sangrienta burla. Al creer que la música de Stravinsky era suya, la caída había sido más brutal y había precipitado su fin. Tal vez para él Silvia había sido su Consagración. *Ahora que la he perdido debería desvanecerme como el maestro cuando se enteró de que la genial idea no era suya.*

Que aún no había desaparecido era evidente. Lo que no llegaba a discernir era si Silvia había sucumbido a la desesperación como los demás o si jamás había existido: si tan sólo había una ilusión creada para aniquilarle, tan irreal como la insensata pretensión del maestro de haber compuesto la obra cumbre del siglo.

Sólo era un fantasma, trató de consolarse. Pero la ausencia era tangiblemente dolorosa: el recuerdo de Silvia, invocado o no, acudía arrastrando olores, sonidos y tactos tan reales como su propia piel.

Lo he perdido todo. Estoy solo. Eran siete y ahora sólo quedaba él. ¿Habrían desaparecido los demás de la existencia para quedar sólo en su recuerdo o estaban en algún otro lugar, en algún otro mundo, preguntándose como él si eran los únicos en el universo?

Todo debe estar a punto de acabar. Fuera un experimento, fuera la muerte, pronto lo averiguaría. ¿Cómo sería no sentir, no pensar, no existir? Sintió vértigo en la boca del estómago. No pensaba esperar allí para averiguarlo.

Se puso en pie. Al hacerlo descubrió sus ropas, escondidas tras un surco. Agradeció que el decorador las hubiera puesto de nuevo en escena: sentía las asperezas del terreno bajo sus pies descalzos como un doloroso reclamo de la realidad.

Caminó por la tierra de nadie. *Por el limbo.* Tarde o temprano tendría que cruzar la puerta, pero le daba miedo hacerlo y no encontrar más que el vacío. El temor tenía dientes tan afilados como los de la frustración de que su vida no hubiera sido más que el paso fugaz de un meteorito incandescente en la noche. *Y ni siquiera he alumbrado demasiado.* No había dejado nada tras de

sí. Dos o tres soplos de viento arrastrarían los últimos granos de arena de su recuerdo.

Escuchó pasos que se arrastraban a su lado y supo a quién pertenecían. Pero no quiso mirarle hasta oír su voz: siempre la oía antes de verle.

—Duele pensar que después de desaparecer no queda más que nuestro recuerdo y que ni siquiera éste dura mucho tiempo. Con razón llaman «nomeolvides» a las florecillas que crecen en los cementerios, ¿no, Alberto?

Miró de reojo, sin dejar de andar. Miguel caminaba a su lado como si lo hubiera estado haciendo toda la vida. Llevaba las manos en los bobillos de la bata blanca y miraba al suelo, atento a dónde pisaba. No supo decir Alberto si su compañía le molestaba o le aliviaba algo en su soledad.

—No me has contestado. ¿Estás enojado conmigo?

—¿Por qué? —le respondió con desgana—. Uno sólo se puede enojar con alguien a quien aprecia.

—Vaya, vaya, de modo que no soy persona de tu agrado. Tal vez era de esperar, pero deberías darte cuenta de que no soy responsable de nada de lo que ha ocurrido. Me gustaría que no guardaras un mal recuerdo de mí... al menos mientras puedas guardarlo.

Alberto le miró a la cara. No había en ella ninguna expresión de ironía o sarcasmo. *Qué hijo de puta es: hubiera sido el mejor actor del mundo.* «El engañador», se dijo.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—No lo sé. Como no tenemos reloj, no tenemos sol... Disfruta de lo que quede.

—¿Para eso estás aquí, para ayudarme a disfrutar? Estar a tu lado no es precisamente mi idea de pasarlo bien.

—No sé, a lo mejor eres un poco masoquista. Hay personas que sienten un dulce placer al pensar en su propia muerte. Es una languidez del alma que las hace atractivas a su manera. Recuerda a Silvia.

—Tú la has hecho desaparecer. Ella no estaba desesperada como los demás. Precisamente en ese momento estaba... era...

—Era feliz, me imagino que quieres decir.

—¡Sí! Éramos felices en aquel momento.

—Silvia *era* una persona difícil de comprender. Tal vez sea cierto que en aquel momento se sintiera feliz, incluso que te amara. Pero hay personas que no saben ser felices: les da miedo. Sus tendencias de autoanulación sólo se satisfacen cuando se encuentran en las más terribles circunstancias. Si por azar levantan la cabeza un instante del barro, ellos mismos vuelven a

hundirla. Ya sabes que Silvia era así y que se intentó suicidar muchas veces, no porque fuera muy desgraciada, sino porque tenía algo que podríamos llamar defecto de fabricación: un dispositivo de autodestrucción que funcionaba precisamente en sus mejores momentos. Es una lástima que no lo supieras: te lo habrías pensado mejor antes de hacer el amor con ella, antes de darle una felicidad para la que no estaba preparada.

—No te creo. Nadie es así.

—Tú no eres así, pero de todo hay en la viña del Señor. Oye, ¿por qué andamos? Me gusta más hablar parado.

—¿No te gusta que ande? Entonces andar debe ser bueno. Mejor que hablar contigo, desde luego.

—Pero hombre, si no tienes otra persona con la que conversar. Además, ¿es que vas a algún sitio?

—A algún sitio llegaré.

—Puede que no. Los hombres siempre creen que van a llegar a algún sitio, pero tanto daría que se quedaran quietos toda su vida. El final es el mismo.

—¡No! —negó resueltamente Alberto—. El hombre ha llegado a muchos sitios y ha creado muchas cosas que no hubiese creado de haber esperado mano sobre mano a que le llegara el final.

—Vaya, Alberto, qué distinto eres de Silvia: continuamente quieres autoafirmarte. Ahora buscas refugiarte en el ejemplo de toda la humanidad, en sus grandes gestas y creaciones. ¿Crees por ejemplo que Aquiles hizo bien al preferir una vida breve y gloriosa a otra larga y oscura? Eso es sobrevivirse, ser inmortal de alguna manera. Aunque como individuo perezcas, sigues viviendo en la conciencia de todos los hombres, ¿no?

Miguel había abandonado la ironía, sus palabras destilaban una ira y un sadismo más aterradores por cuanto no tenían explicación racional.

—Sí. Tú niegas sentido a nuestra existencia y tratas de hacernos caer en la desesperación, pero mientras haya una *Novena Sinfonía*, un *Quijote* o...

—Ya, ya: mientras quede el recuerdo, aunque sólo sea en una persona, de que alguien escribió algo tan valioso como la *Ilíada*, sólo ese recuerdo da sentido a toda la humanidad. Incluso, como dijo Buzzati en un cuento, aunque nadie lo sepa. Pero te contaré una historia: es la historia de la Gran Biblioteca.

»Sabes que en el pasado existieron grandes bibliotecas. Ya desde la Antigüedad el hombre buscaba sobrevivirse por medio de la palabra escrita. La mayor de estas bibliotecas fue la de Alejandría. En sus setecientos mil volúmenes se hallaba todo el saber de los clásicos y buena parte de los

arcanos conocimientos orientales. Hubo muchos sabios que se esforzaron por ordenar todo aquel caudal en el vasto catálogo de los Pínakes, pues sabían que esa labor no sólo daba sentido a sus propias vidas, sino también a las de todos los autores que habían contribuido con su obra al conocimiento humano.

»Pero llegó Julio César y con él, y su pesar, la destrucción de la Biblioteca. No sólo ardieron los papiros: con ellos se quemó el recuerdo de muchos hombres que una vez existieron. Al perderse la memoria de ellos el resultado fue que nunca, nunca vivieron. ¿Entiendes? Si nada queda de una persona, ni siquiera la obra que dejó, ni siquiera su nombre, ¿podemos afirmar que existió? No: ha pasado a la nada más absoluta, o mejor, jamás ha salido de ella.

»No fue éste el único desastre que sufrieron las grandes bibliotecas: también en la toma de Bizancio se perdió mucho saber, como en tantas otras guerras y catástrofes.

»Hasta que se decidió crear la Gran Biblioteca.

»Esto ocurrió muy lejos en el futuro, cuando los hombres ya habían conquistado el espacio. Un grupo de sabios se reunió y, tras decidir que había que salvaguardar el saber de la humanidad por si cualquier catástrofe la diezmaba o la extinguía, convencieron a los gobernantes para crear la Gran Biblioteca. Se buscó un planeta apartado junto a una estrella joven y que prometía larga existencia. Allí se instaló la compleja red de ordenadores que sustentaría la Gran Biblioteca.

»Esta institución se concibió de tal forma que, en caso de quedar aislada, fuera autosuficiente. Las máquinas sabrían cuidar de sus propias reparaciones si llegado el momento faltaran sus asistentes humanos; sabrían regenerarse para perdurar un tiempo indefinido y guardar así sus preciosos conocimientos para quien en el futuro pudiera precisar de ellos.

»Comenzó la paciente labor de recopilar todo el conocimiento. Primero fueron los libros. Pero enseguida se hicieron valer los músicos y pintores y consiguieron que sus obras y las de sus antecesores fueran digitalizadas y almacenadas de modo que un simple botón pudiera restablecer, en caso de pérdida, todo el esplendor de Mozart o de Velázquez. Pero entiéndeme, no sólo la partitura de Mozart, sino el mismísimo sonido de todas las reproducciones de su obra. Y no una vulgar copia de las Meninas, sino el mismo cuadro átomo a átomo.

»Una vez comenzado el proceso no pudo quedarse ahí. Los escultores y arquitectos exigieron su parte en el futuro. La Plaza de San Pedro entera se almacenó allí, así como las grandes creaciones del Neotalismo del siglo xxxi.

Todo tenía cabida en la Gran Biblioteca; las ciencias antiguas y nuevas, las artes clásicas y las recién creadas, como la música telepática o la pintura sensible.

»Los creadores de la Gran Biblioteca estaban satisfechos: se había convertido en un hecho natural y casi mecánico que toda nueva obra de las ciencias y las artes fuera almacenada en las memorias del gigantesco ordenador ubicado en un lugar secreto. Incluso, dado el éxito de la Biblioteca, se creó otra gemela, átomo a átomo, previendo una posible catástrofe.

»Pero alguien elevó una voz discordante: muy bien, estamos haciendo inmortales a nuestros científicos, artistas, incluso a los políticos... ¿Pero? ¿qué hay de las personas normales? ¿Estarán condenadas al olvido? ¿Dónde está el derecho a la igualdad? ¿Quién es quién para decidir que Shakespeare o Miguel Ángel merecen más el recuerdo que los pensamientos de doña Roberta y su marido, los vecinos del cuarto?

»Cierto es, respondieron los sabios, no habíamos caído en este importante detalle. Y desde entonces no sólo se almacenó lo que alcanzaba celebridad, sino que cada vez que una persona moría sus memorias se enviaban a la Gran Biblioteca. Sus memorias completas, porque nadie tenía criterio ni autoridad para desechar nada». ¿Qué ocurrió? Que en la Biblioteca comenzaron a almacenarse recuerdos separados personalmente. Y alguien descubrió que cuando se activaba el programa de doña Roberta — por ejemplo, porque su nuera quería enterarse de cuál era el truco para que los garbanzos no le quedaran duros—, cuando esto se hacía, en realidad se estaba activando a doña Roberta. Eran sus memorias, su misma vida completa: era, pues, ella. ¡Se ha descubierto la inmortalidad!, anunciaron los sabios.

»Y era cierto, porque lo que define a una persona son sus recuerdos. Y si estos recuerdos pervivían y actuaban en un programa creando nuevas impresiones, si un empleado podía conversar con el programa de su jefe y éste seguía dándole normas atinadas y adecuadas a su carácter; si el programa de un pintor seguía pintando, el de una escritora escribiendo, el de un músico componiendo y el de una madre amando a sus hijos; ¿quién entonces podría negar que ese director, aquel pintor, esta escritora, ese músico y esta madre en verdad VIVÍAN?

»De modo que la Gran Biblioteca se convirtió en algo más que un depósito de conocimientos: llegó a ser un almacén de personas vivas que en vez de subsistir en un soporte orgánico de carbono lo hacían en uno artificial de silicio —o de lo que fuera en aquel entonces—. Pero vivían, e incluso se

les dotó de apéndices y terminales que les permitían experimentar sensaciones “físicas”: placer, dolor, calor, frío, hambre, sed...

»Finalmente las personas que vivían como volúmenes de la Gran Biblioteca fueron tantas que los ordenadores tuvieron que ocupar más planetas y hubo que crear enormes mundos artificiales. Incluso desapareció el modo tradicional de engendrar. Cuando dos o más personas —almacenadas— se querían, no tenían más que desarrollar un nuevo programa que tuviera un poco de todos y otra porción de desarrollo original: así eran los nuevos nacimientos.

»Lo que nadie hubiera esperado hoy, se hizo realidad: vivir millones de años. ¿Aburrimiento, hastío? Todo tenía arreglo con unos retoques en el propio programa o con un período de desconexión hasta que las circunstancias hubieran cambiado para hacerse más interesantes. Los hombres dejaron de necesitar a Dios. ¿Para qué? Ya eran inmortales sin su ayuda. La Gran Biblioteca era ahora el universo. Los hombres eran la Gran Biblioteca. Sus creadores, conservados en los programas más antiguos, estaban satisfechos de su labor.

»Pero habían olvidado que todo, todo tiene final. El Segundo Principio de la Termodinámica, qué le vamos a hacer. La Gran Biblioteca se sustentaba de energía y ésta empezó a escasear. Ciertamente que tuvieron que pasar eons para ello, pero todo acaba llegando. Las estrellas se estaban apagando, las galaxias se disgregaban y todo hablaba del inevitable final. La Gran Biblioteca decidió que no habría ni un solo nacimiento más para ahorrar energía con esta medida. Después de todo, aquello seguía significando inmortalidad para los que ya existían.

»Así se perduró unos millones de años más. Pero llegó un momento en que no había manera de disponer de más energía: habían ordeñado hasta el último agujero negro de las inmediaciones. Tenían que desintegrar materia, y el viaje para buscarla hubiera consumido más energía de la obtenida. Lentamente, el Segundo Principio iba ganando la batalla. Así que la Gran Biblioteca tomó una drástica resolución: desintegrar a su hermana gemela y aprovechar cada partícula convertida en energía. Nadie iba a dejar de ser inmortal por ello, adujeron.

»Se hizo y se perduró mucho tiempo. Pero un día se acabó: el último átomo fue desintegrado y ya no quedaba más combustible. ¿Qué hacer?, se preguntó la Gran Biblioteca mientras el universo agonizaba a su alrededor. Devorarse a sí misma, decidió. ¿Por dónde empezar? ¡Por los que ya no están vivos!, clamaron trillones de voces. Y Homero, Confucio, Cervantes, Goethe,

Policleto, Wagner, Valmiki y todos los demás cayeron en el olvido, sacrificados para que sus soportes materiales se pudieran convertir en energía.

»Cuando se acabó con las gloriosas voces del pasado sólo quedaron los vivos. ¿Qué ocurrió entonces? Algo que no se recordaba desde miles de millones de años atrás: estalló la guerra. Una guerra de chispazos, de latigazos de energía, de virus que entraban en los programas y los aniquilaban. Canibalismo informático: en vez de asesinarsen unos a otros para asar o cocer sus piernas, sus brazos o sus entrañas, lo hacían para poder desintegrar sus *chips* y sobrevivir algunos días más.

»La guerra desató el consumo de energía y aceleró aún más el final. Matar a un millón de personas apenas daba la suficiente energía para matar al siguiente millón y sobrevivir un par de años más. En pocos días la población se redujo a una ínfima parte de lo que había sido.

»Y llegó el final previsible: quedó un solo hombre, el último hombre. Una minúscula memoria de ordenador, microscópica. Pero por pequeña que fuese necesitaba energía; si se desconectaba a sí mismo para no consumirla, ¿quién volvería a conectarle en ese universo inerte? De modo que empezó a devorarse a sí mismo, empezando por los recuerdos más insustanciales y los más desagradables. Pero al fin lo tuvo que sacrificar todo: la memoria de sus amores, de sus pasados momentos de gloria, de... todo. Sacrificó hasta la conciencia, y en aquel momento dejó de existir el último hombre.

»Y cuando con él se extinguió la Gran Biblioteca, el resultado fue éste: que la humanidad NUNCA EXISTIÓ.

—Muy entretenido tu cuento. ¿Qué pretendías con él? Últimamente parece tener mucha afición por la narrativa.

—Gracias por el cumplido. Más que un cuento es una parábola para demostrarte que todo tiene un fin. Una vez que nadie queda para recordar que existió una cosa, ¿quién podría afirmar que dicha cosa siquiera existió?

—Eso es falso. Si mañana se desintegraran las Pirámides, si se perdieran todas sus fotos y los libros que hablan de ellas y a todos se nos borrara de la memoria su recuerdo, aun así, habrían existido. Eso es un hecho absoluto.

—Hablar de hechos absolutos carece de sentido. Para que los hubiera tendría que haber un observador absoluto.

Alberto se detuvo y miró a Miguel cara a cara.

—¡Dios!

—¿Dios? Nunca has creído demasiado en él, y ahora que te hace falta lo invocas. Ya conociste al dios loco. No, no hace falta que me digas que era todo una farsa, ya lo sé. En realidad se trataba de una especie de alegoría para demostraros que debajo del aparente orden de las cosas no subyace ningún plan inteligente. No existe más que una realidad cuyas manifestaciones son la materia y la energía; y aun así la barrera entre la realidad y la nada es tan tenue que enloquecerías al comprenderlo.

—No tengo por qué aceptar lo que me dices. No eres la ciencia ni la verdad.

—Soy *tu verdad* en este momento, Alberto. Desecha tus conceptos absolutos: todo lo que sabes es que vas a desaparecer tarde o temprano y que cuando lo hagas todo rastro de tu existencia se borrará. Recuerda mi cuento: cuando se extinga la humanidad no quedará nadie para recordarla. Si lo hubiera, si existiera otra raza inteligente, igualmente acabaría extinguiéndose. La ley de la entropía es inexorable y asegura que la cantidad total de energía útil en el universo decrece siempre. Sin energía no hay vida.

Alberto arrancó a andar de nuevo. *No debo escucharte. Tengo que resistir.* Pero Miguel le siguió sin dejar de hablar.

—¿No lo entiendes? ¿Cómo puedes esperar sobrevivir cuando el propio universo camina hacia su muerte?

—¡Pueden nacer otros universos!

—¿De qué te sirve? ¿Recuerdas tú si en algún universo anterior al tuyo hubo personas, seres inteligentes? No, no lo recuerdas. Por lo tanto, es que no existieron.

—Puede que sí, aunque yo no lo recuerde.

—No. —La negación fue tajante—. Ni queda rastro material de ellos, ni queda rastro en vuestra conciencia: eso es igual a no existencia. Así os pasará a ti y a toda la humanidad. ¿Te enorgulleces del *Quijote*, del *Hamlet*, del Partenón? Su destino es el mismo que el tuyo: el de no haber existido. Nada tiene sentido, ¿es que no lo comprendes?

Alberto sintió que se mareaba y las náuseas le hicieron detenerse. Alguien estaba corriendo un cegador velo blanco ante sus ojos. Se llevó las manos a la cara y al hacerlo se dio cuenta de que podía ver el cielo y el horizonte a través de ellas.

—Estás desapareciendo, Alberto, es eso. Por fin has comprendido tu situación. Has hecho tuya la afirmación de que nada tiene sentido, y eso precipita tu final.

La voz de Miguel le llegaba en oleadas, como un disco que cambiara de revoluciones. Alberto fue consciente de su ser entero como una miríada de partículas cuyos vínculos se estaban rompiendo. *Yo soy el vínculo*. Trato de llamar una a una a las partículas y devolverlas al aprisco. En vano: eran demasiadas.

Miguel ha triunfado.

¿Quién era Miguel? ¿Por qué tenía ese empeño en acabar con él? ¿De dónde le venía la crueldad?

El Engañador.

Me disuelvo porque creo en sus palabras. Me ha hecho caer en la desesperación.

Los últimos jirones de su conciencia tomaron una determinación: repetir *me ha engañado, me ha engañado, me ha engañado*. Repetirlo millones de veces sin pensar si era cierto o no.

Me ha engañado, me ha engañado.

—Me has engañado.

Había sido su voz real, articulada con vibraciones de aire.

Allí estaba Miguel, visible frente a él, y por primera vez en sus ojos insolentes había desconcierto y perplejidad. Volvió a mirarse las manos y eran tan opacas y reales como siempre.

—Me sorprendes por tu falta de inteligencia, Alberto. Una añagaza pueril: en realidad sabes que todo lo que te he dicho es verdad, que debes disolverte y no...

—Me has engañado.

—... y no quedar ni en el recuerdo porque...

—Me has engañado.

—¡Porque al final nadie quedará para recordarte!

—Me has engañado.

Los rasgos de Miguel se estaban crispando en una máscara de horrible fealdad. Una pueril añagaza, eso era: como los niños que repiten «y tú más, y tú más» basta hacerte perder la paciencia. No pudo evitar sonreírse.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, cretino? Te voy a aplastar, te voy a...

—Me has engañado.

Miguel se había convertido en un feo y ridículo diablillo negro de ojos furiosos y nervioso rabo.

—¡No escaparás de mí! Por ahora vences, pero volveré y sabes que al final conseguiré que caigas en la desesperación. ¡Y entonces serás mío!

—Me has engañado.

Miguel desapareció con un aullido de rabia. Tras él quedó una nubecilla de vapor de azufre que una suave brisa disipó.

* * *

Agua.

La vio al descrestar una suave lona. Un inmenso mar azul batía contra una blanca playa. *El mar*, se dijo, y le pareció que al decirlo lo reconocía por primera vez. Corrió dando gritos de alborozo y se desnudó y se arrojó entre las olas para que purificaran su cuerpo y su alma de las suciedades del miedo.

Salió porque tenía frío. El viento hizo que su piel se erizara: en cada poro una gotita de agua, una perla de la realidad. Paseó desnudo por la playa, jugando con la arena entre los dedos de sus pies. Cuanto más miraba al mar tantas cosas más olvidaba y recordaba a la vez. *La cuna de la vida*. Del mar habían nacido sus lejanísimos antepasados. ¿Le llevaba allí Miguel para que se sumiera en el olvido? *No mientras pueda sentir cada grano de arena entre los dedos*.

Lejos, playa arriba, vio una figura humana, sentada. Parecía estar pescando. No podía ser Miguel: siempre le hablaba antes de que pudiera verlo. Se vistió y siguió caminando, conteniendo una ligera impaciencia. ¿Quién sería el otro habitante de aquel universo?

—Hola —saludó cuando estaba a unos cinco pasos.

—Hola —respondió el otro, volviendo ligeramente la cabeza para mirarle. Era un hombre ya mayor, de unos sesenta años. Vestía ropas indefinibles y tenía un rostro hermoso rodeado por una barba venerable. Alberto se sintió lleno de paz al mirar sus ojos: eran azules como el mar que contemplaba, tan limpios y profundos como su seno.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—¿Por qué no?

El viejo volvió a atender a su sencilla faena: vigilar si el puntal de la caña se movía.

—A veces pica alguno. ¡Mira, qué casualidad!

En efecto, la caña se agitaba. El viejo se levantó con una rapidez inesperada y empezó a tirar del carrete. Pronto apareció el pez coleando en la orilla. Alberto corrió a cogerlo para sacarle el anzuelo. Era un ejemplar de buen tamaño: al menos un par de palmos.

—No está mal, ¿no? —le comentó al viejo.

—No —repuso éste. Parecía hombre de pocas palabras; no por sequedad o descortesía, sino por preferir el silencio y la observación.

Para sorpresa de Alberto, en vez de volver a preparar su caña, sacó de un zurrón de piel, cerillas y trozos de madera y aprestó un pequeño fuego. Mientras veía al viejo abrir el pez con un cuchillo y sacarle las entrañas, se preguntó si cada vez que cogiera un pescado se le comería directamente.

—Podemos comerlo —concluyó el viejo después de un atento examen de los despojos, como si en ellos pudiera leer los secretos de la vida. Tras limpiarlo y trocearlo, pronto lo tuvo asado y repartido en dos platos. Ofreció uno a Alberto—. Toma, tendrás hambre.

Alberto descubrió que sí la tenía y que jamás había probado nada tan delicioso como aquel pescado. Así debían disfrutar de la comida los primeros hombres, pensó, porque les ataba a la vida. Gimieron en silencio y cuando terminaron el viejo le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La pregunta le pareció incongruente en aquel lugar, pero respondió.

—Alberto.

—Alberto ¿qué? ¿Cuál es el nombre de tu padre?

—Alberto también —respondió desconcertado.

—¡Ah! Alberto hijo de Alberto. ¿De qué ciudad eres?

—De Santander, pero vivo en Madrid.

—No conozco esos lugares ni a tu padre; pero, a pesar de eso, puedes considerarte mi huésped.

Alberto supo que tenía que responder con cortesía, pese a lo absurdo de la situación.

—Me siento muy honrado.

Supo que sus palabras habían sido bien acogidas.

—Yo me llamo Telo, hijo de Hipodamo, y nací y viví en Atenas.

¿Vivió? ¿Luego está muerto? No se atrevió a formular la pregunta, pero el viejo la contestó.

—Caí en una batalla muy cerca de mi ciudad, en Eleusis.

No parecía muy afectado por el hecho de hablar de su propia muerte, ni se esfumaba ante sus ojos como Aguado o los demás.

—¿Quieres decir... que estás muerto?

—Ya te lo he dicho: caí en una batalla.

—¿Y qué haces aquí?

—Ya lo estás viendo: pescar.

La respuesta le pareció tan absurdamente lógica que durante unos minutos no supo qué decir y se dedicó a contemplar la danza de las olas.

—Tú al menos pescas. Pero yo... ¿Qué hago yo aquí? ¿Para qué estoy?

El viejo sonrió y se levantó para preparar de nuevo los aparejos. Le rodeaba un aura de paz casi material. Alberto empezó a aceptar con serenidad el hecho de su propia muerte. Por un momento temió que la presencia del viejo fuera una trampa que Miguel le tendía; pero era imposible creerlo al ver los ojos del viejo, tan limpios y nuevos.

—Me has dicho que eras de Atenas y que moriste en una batalla. ¿Cómo es posible? Hace mucho tiempo que no hay guerras en Grecia.

—¿Mucho tiempo? Eso será algo nuevo. Siempre hemos tenido guerras. La guerra es una desgracia —dijo el viejo al tiempo que meneaba la cabeza con un gesto apesadumbrado—, pero al menos permite a los hombres demostrar su valor y hacer algo útil por la ciudad. Es hermoso morir por la ciudad, ¿no crees?

—Sí —respondió Alberto sin convicción. *Debe ser hermoso tener algo por lo que morir y por lo que vivir.*

—Como ves, yo ya soy mayor. Sin embargo, tuve la oportunidad de morir por mi ciudad en vez de dejar que la odiosa vejez me consumiera. Agradezco a los dioses tal fortuna.

Miguel había afirmado que nada tenía sentido y aquella parecía una verdad universal e irrefutable. Sin embargo, el viejo había encontrado algún sentido a su vida y en su interior había atesorado aquella gema resplandeciente cuyo brillo le asomaba por los ojos.

Se había hecho de noche y la brisa era fresca. Alberto se arrimó al fuego, que seguía ardiendo pese a la poca leña que el viejo había puesto en él.

—Sí, hace un poco de frío —comentó el anciano—. Pero tengo un vino que te calentará.

Sacó un pellejo y antes de beber se puso en pie, invitando con un gesto solemne a Alberto para que hiciera lo mismo.

—Libemos a los dioses, autores de nuestros beneficios; pues que de las desgracias son artífices los propios hombres por su ignorancia y maldad.

»En primer lugar, derramemos unas gotas por Poseidón, que nos brinda el alimento de su reino. —Tras estas palabras dejó que un poco de vino cayera sobre la arena—. En segundo lugar, agradezcamos a Zeus Cronida, portador de la égida, padre de dioses y hombres y amontonador de nubes, por todo lo que nos ha dado.

»Yo, Telo el ateniense, hijo de Hipodamo, te agradezco ¡oh Zeus! Que me hayas permitido nacer en la ciudad más gloriosa de la Hélade; que me hayas concedido hijos hermosos y buenos a los que he visto tomar las armas en defensa de la patria y comportarse con nobleza; que me hayas concedido ver a mis hijos engendrar hijos y a éstos crecer buenos y hermosos; que me hayas concedido morir por mi patria sin arrojar el escudo ante el enemigo y ser honrado por la ciudad con funerales y sepultura públicos. Por todo esto, ¡oh Zeus Cronida!, te ofrezco mi libación.

Tras verter el vino se volvió a Alberto y le preguntó:

—¿Tú no tienes nada que agradecer?

Los ojos de Alberto se empañaron de lágrimas al tomar la bota que le tendía Telo. La sencillez de su plegaria le había conmovido tanto como le dolía la conciencia de su propia vaciedad. *He luchado por ser más, por poseer más... y nada me queda.* Qué hubiera dado por tener sólo una ínfima parte de lo que el ateniense agradecía a los dioses. *Morir por la patria. Yo nunca he tenido patria ni hijos... Nada me ha atado al mundo.*

Cerró los ojos y al hacerlo se le apareció una imagen absurda e inesperada. Una esfera que tapaba el sol y descendía. Sombras y rayos de luz cegándole, un salto entre mucha gente. Los párpados entrecerrados, apretados los dientes, un golpe en la frente y.... la gloria. La gloria momentánea y embriagadora del gol con el que su equipo había ganado el campeonato del colegio. Supo que aquel momento en el que sus compañeros le gritaban y le abrazaban había sido la cumbre de su vida. Tomó el pellejo y derramó unas gotas.

—Agradezco a los dioses que una vez conseguí que mi equipo derrotara a los enemigos y alcanzara la gloria.

—Esa es una buena razón para libar —le dijo el viejo, apretándole el hombro con una mano fuerte y cálida—. Sentémonos a beber.

Bebieron y hablaron, y a veces rieron y hasta cantaron. Al final el viejo se tumbó a dormir. Alberto se quedó sentado, absorto entre el movimiento de las llamas y el de las olas. Telo el ateniense... Recordaba haber leído algo semejante en alguna parte, pero no conocía el lugar exacto. *¿No será una creación de mi mente para contrarrestar a Miguel?*

—Herodoto, libro primero, capítulo treinta. En efecto, leíste esa historia cuando eras estudiante. Ha quedado todo este tiempo guardada en un oculto cajón de tu memoria para salir a la luz ahora en una reacción de tu inconsciente contra la disolución total.

Alberto no se molestó en mirar a su derecha, donde estaba Miguel. En su lugar observó al viejo: qué apacible se veía su rostro al dormir. De modo que tal vez Telo fuera una creación de su mente. Pero esto le sugirió una idea.

—Sí, me he inventado a este hombre para evitar la desesperación. Me consuela saber que una persona, aunque sólo sea una persona en todo el mundo, ha encontrado un sentido a su vida y a su muerte. Y es un sentido tan sencillo y sincero que no podrás destruirlo por más que lo intentes.

—Crees que no...

—Espera: aún no he terminado. Acepto que este viejo sea un personaje. Pero me sirve para expulsar a otro personaje, y éste es un indeseable.

—¿A quién?

—A ti.

—¿Insinúas...?

—Yo te he inventado, Miguel. Ahora me doy cuenta. Eres parte de mí: mi miedo, mi odio por mí mismo y por mis fracasos. Por eso me persigues sin cesar y conoces mis pensamientos.

—Una solución absurdamente cómoda. He visto desenlaces mejores en alguna de esas películas psicoanalíticas yanquis de los años cincuenta.

—Me da igual. Esa explicación me es útil. Tú eres mi impulso de aniquilación y este viejo es mi impulso de vida. Él es más poderoso que tú. ¿No ves cómo duerme apaciblemente, sin preocuparse de ti?

—Yo no soy parte de ti. Soy absoluto. Aniquilé a Aguado, a Elvira, a don Mauro, a Luisa, a Satur y a tu amada Silvia. Ellos me odiaban y me temían, porque soy real.

—No. Puede que ellos mismos no existieran, que fueran invenciones de mi mente.

—¡Absurdo! Ridículamente solipsista.

—¿Más absurdo que todo lo que he visto últimamente? No te erijas ahora en defensor de la lógica, Miguel. Por cierto, tienes las gafas sucias. No deberías tocártelas con los dedos.

—¿Eh? Ah, sí... Bueno, incluso suponiendo que tengas razón y que yo sea parte de ti, aun así, has fracasado en tu vida. No pretenderás que ese ridículo gol dé sentido a tu existencia.

Alberto se rio sincera, abiertamente. Pensó en contestar: *¿Por qué no?* Si yo quiero que una simple palabra dé sentido a mi vida se lo dará. Pero no pudo reprimirse y decir:

—Fue un golazo.

Miguel se puso en pie. Al hacerlo se quitó las gafas, y sus ojos ya no eran azules ni insolentes, sino rojos y coléricos como tizones encendidos.

—Tengo todo el tiempo del mundo, Alberto. Algún día se derrumbará tu seguridad y volverás a flaquear, y entonces volveré y te venceré. Te aniquilaré, Alberto.

Se fue, y cuando Alberto quiso seguirle con la mirada ya se había desvanecido entre las sombras. Le quedó una vaga inquietud, fruto de las amenazadoras palabras de Miguel; pero la olvidó cuando se tumbó para dormir: el sueño, un sueño físico y real, se estaba apoderando de él.

—Despierta, Alberto, que ya es de día.

Abrió los ojos despacio. *¿Qué hago al aire libre?*, se preguntó al ver el cielo sobre su cabeza. Se incorporó y vio junto a él al viejo Telo preparando su caña. Lo recordó todo de pronto, como suele ocurrir cuando uno despierta después de un sueño muy profundo. Allí estaba el mar con su canción y por su borde asomaba el sol naciente. *¡El sol!* Nunca se había alegrado tanto de verlo.

—Va a hacer un día espléndido.

—Sí. Va a ser un gran día —reconoció Alberto.

El viejo le ofreció un plato con pescado que Alberto comió con ganas. *Hay sol, tengo hambre, tengo sueño. Es como si hubiera vuelto a la vida.* Se levantó para fregar el plato en el mar y sólo entonces reparó en que a pocos metros había un velero, varado.

—¿Y esto?

—¿La barca? Estaba aquí cuando desperté. Debe ser para ti.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Tú llegaste aquí de viaje, ¿no? Tendrás que continuarlo, y por lo que veo, cruzando el mar.

Alberto examinó el velero. Era un balandro como los que alguna vez había manejado, pero todo él estaba construido en madera. ¿De dónde habría salido?

—Es una señal.

—¿De quién?

—De los dioses. Te indican el camino.

¿Y por qué no?, se dijo Alberto, oteando el horizonte. Podría ser divertido explorar aquel país del limbo. Tal vez encontraría algo. Se le formó en el estómago un nudo de esperanzó y sintió miedo y alegría.

—¿Vendrás conmigo?

—No. Yo me quedo aquí. Esa barca no es para mí.

—¿Y qué harás?

—Pescar.

* * *

La orilla se perdió y con ella el último saludo a Telo el ateniense. Alberto enganchó la cuerda del foque y se sentó cómodamente a popa. Navegaba hacia el sol, hacia el horizonte. Dejó que su mano izquierda, la que sujetaba la mayor, colgara por la borda mientras la derecha controlaba el timón. El agua se deslizaba entre sus dedos.

A la izquierda, a unos cien metros, vio una sombra alargada como un espíritu que caminara sobre las aguas. *Es Miguel. Siempre viene siguiéndome.* Volvió a mirar al frente y distinguió unas formas entre las brumas del horizonte. Cuando el sol se levantó más pudo distinguir la silueta azulada de unas montañas y a su pie un resplandor dorado, tal vez el reflejo del sol en los tejados de una ciudad. Giró el timón quince grados y se dirigió hacia ella.



RAFAEL MARÍN (Cádiz, 1959) es uno de los autores surgidos en los años ochenta con mayores perspectivas de futuro en la ciencia ficción española. Licenciado en filología inglesa, es profesor de enseñanza media y ejerce como autor, traductor y, *last but not least*, guionista de cómics. Vive en Cádiz, está casado y tiene dos hijos.

Su primera aparición pública fue el relato HABRÁ UN DÍA EN QUE TODOS..., galardonado con el segundo premio en la *Hispacon* de 1979, publicado en el número 119 de *Nueva Dimensión* (enero 1980). En diciembre del mismo año, esta vez en el número 129 de *Nueva Dimensión* (diciembre 1980), aparecía su novela corta NUNCA DIGAS BUENAS NOCHES A UN EXTRAÑO. Obtuvo gran éxito y atención de los lectores, quienes enviaron numerosas cartas a la revista mostrando interés por esa aventura de un detective privado como los de Chandler y Hammett en una Holanda del futuro.

En 1981, Marín escribió la novela LÁGRIMAS DE LUZ, que apareció primero en Ediciones Fénix (1984) y, más tarde, en la colección semanal de Orbis (1987). Se trata de una epopeya estelar que sigue la evolución de un interesante personaje, el bardo Hamlet Evans (el nombre no es casual), quien desempeñará las más diversas profesiones y acabará desilusionándose de su aventura espacial ante las injusticias que causa la despiadada expansión de los

terrestres. La calidad literaria y la seriedad que dedica al tratamiento psicológico del personaje central hacen comparable la obra con las más interesantes de origen anglosajón.

Sus relatos, aparecidos a veces en *Nueva Dimensión*, *Kandama*, *Bem* y otros fanzines, han sido recogidos en las antologías UNICORNIOS SIN CABEZA (1987, Ultramar) y, más recientemente, OZYMANDIAS (1995, La calle de la costa).

Marín ha abordado también una curiosa y peculiar forma de la fantasía heroica en una larga novela de gran interés. Se trata de LA LEYENDA DEL NAVEGANTE, escrita a finales de los años ochenta, pero publicada a partir de 1992 en Miraguano en tres libros: CRISEI, ARCE y GÉNAVE. También en Miraguano apareció EL MUCHACHO INCA más orientada al público juvenil.

Interesado por los cómics, en particular por el mundo de los superhéroes, Marín ha escrito diversos guiones de historietas y colaborado, por ejemplo, con la Marvel británica. En la actualidad es el guionista de las series IBERIA INC. y TRIADA VÉRTICE, que han recibido una buena acogida entre el público. En septiembre de 1995, la editorial valenciana Edición Global publicó en su colección *Nexus* LOS CÓMICS DE MARVEL, la tesis de licenciatura de Marín, un interesantísimo y ameno estudio sobre esos superhéroes que tanto le atraen.

En 1991 ganó, ex-aequo con el también gaditano Ángel Torres Quesada, el primer *Premio UPC de ciencia ficción*. La novela entonces ganadora constituye hoy la primera parte de MUNDO DE DIOSES (1997, NOVA ciencia ficción, número 97), una espectacular novela de aventuras que surge, como no podía ser menos, de un posible guión de cómic. Se trata de una narración trepidante, llena de espectaculares escenas de acción, llamada a obtener un gran éxito popular.

Datos actualizados a partir de *Ciencia Ficción: Guía de lectura* de MIQUEL BARCELÓ, NOVA ciencia ficción, número 28, Ediciones B, Barcelona (1990).



ÁNGEL TORRES QUESADA (Cádiz, España, 1940). Escritor español de literatura de ciencia ficción.

Sus inicios fueron dentro de la serie B del género en la colección *Luchadores del Espacio* de Editorial Valenciana con la novela *Un mundo llamado Badoom* (1963), aunque el grueso de su carrera dentro de la literatura de ciencia ficción popular estuvo dentro de Editorial Bruguera, donde firmó sus novelas con el pseudónimo de A. Thorkent y desarrolló la *Saga del Orden Estelar*, la segunda serie de novelas de ciencia ficción más importante publicada en España por detrás de la *Saga de los Aznar*, de Pascual Enguídanos.

En la década de 1970, dio el salto a la «literatura seria» de ciencia ficción, escribiendo clásicos como *La Trilogía de los Dioses*, *La Trilogía de las Islas*, *Las Grietas del Tiempo*, *Los Sicarios de Dios* o *Los Vientos del Olvido*, una de sus mejores novelas que resultó profética por retratar siete años antes de los Atentados del 11 de septiembre de 2001 la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush.

También ha escrito relatos clásicos como el experimento *Amanecer / anochecer en la Playa* y recientemente Grupo Editorial AJEC le ha publicado la novela *Las Sendas Púrpuras*, con la que Ángel Torres Quesada resultó finalista en una pasada edición del Premio Minotauro de literatura fantástica.



JAVIER NEGRETE (1964, Madrid) es un escritor español conocido principalmente por su obras de fantasía.

Licenciado en Filología Clásica, Negrete ha sido profesor de griego (desde 1991, y actualmente en 2010, da clases en el Instituto de Educación Secundaria Gabriel y Galán de Plasencia) y sus novelas son principalmente del género de fantasía y ciencia ficción, aunque también ha incursionado exitosamente en la novela erótica.

Su andadura literaria comenzó con la publicación de la novela corta *La luna quieta*, que apareció en la primera antología del premio UPC de ciencia ficción en 1991, del que fue finalista. Al mismo certamen, Negrete presentó también el relato *En el vientre de la ballena*.

En 1992 sale el *Estado crepuscular*, que ganó el Ignotus 1994 y el premio de la editorial Gigamesh el mismo año.

Lux Aeterna mereció una mención especial en la edición del premio UPC 1995. Al año siguiente publica *Nox Perpetua*, con un carácter mucho más aventurero que sus anteriores obras, enmarcándose en la literatura clásica de aventuras.

En 1997 aparece *Memoria de dragón*, novela que se mueve en el ámbito de la literatura fantástica juvenil. Ese mismo año se publicó su primera novela

larga, *La Mirada de las furias*, que ganó el premio Ignotus.

En 2000 por fin consigue el premio UPC con el relato *Buscador de sombras*. Tres años más tarde publica *Héroes de Kalanum*, considerada por algunos como novela juvenil. Ese mismo año presenta al premio UPC su novela corta *El mito de Er*, que finalmente ganaría el premio Ignotus. Otro gran éxito suyo de 2003 fue *La amada de los dioses*, finalista del premio **La sonrisa vertical**, que se otorga a las mejores obras eróticas.

En el año 2003 realiza un cambio radical y demuestra sus amplias dotes para la fantasía heroica con su novela *La espada de fuego*. Se trata de una fantástica historia que gira en torno a Zemal, la legendaria espada de fuego forjada por los Dioses. Muerto su anterior portador, comienza la carrera para hacerse con ella. Los más grandes maestros de la espada, los tahedoranes, tendrán que enfrentarse entre ellos por el premio final. Derguín Gorión, un joven tahedorán, acompañado de poderosos amigos, entra en pugna por la espada. Frente a él, el más temible de los enemigos, Togul Barok, el elegido de los dioses, el hombre de las dobles pupilas. La espada de fuego fue un gran éxito de ventas y de crítica, siendo aclamada también en Francia. En realidad, se trata de la primera novela de Negrete, quien a los 17 años intentó publicarla con el título de *La jauca de la buena suerte*, pero no encontró respuesta por parte de las editoriales. Defraudado, la escondió en un cajón hasta que decidió retomarla, reescribiéndola completamente. Posteriormente la segunda parte de la novela —*El espíritu del mago*, otro éxito de ventas—, que está pensada como una trilogía.

En 2006 *Señores del Olimpo*, que retoma uno de los temas con los que Javier Negrete se encuentra mejor, la mitología griega, mereció el primer galardón en el **Premio Minotauro de Fantasía**. Esta novela es la historia del enfrentamiento entre Zeus y Tifón, un demonio alado.

Al año siguiente publicó *Alejandro Magno y las águilas de Roma*, una ucronía en la que Alejandro Magno se lanza a la conquista de Occidente enfrentándose a las legiones romanas. Esta obra marca una cierta transición hacia la novela histórica, género al que dedicó su siguiente novela: *Salamina* (2008), en la que narra los acontecimientos en torno a la famosa batalla naval.

En 2009 volvió a la Grecia Clásica con la publicación de un ensayo sobre su historia: *La gran aventura de los griegos* y un año más tarde ve la luz *Atlántida*, un Tecno-thriller en el cual los protagonistas hallan la ubicación exacta del continente perdido. A mediados de 2010 también se anunció la

inminente publicación de la conclusión de su serie de Tramórea: *El sueño de los dioses*. Posteriormente el propio autor anunció que dicha conclusión se dividiría en dos partes: la mentada *El sueño de los dioses* y *El corazón de Tramórea*, publicados en octubre de 2010 y mayo de 2011, respectivamente.

Notas

[1] Este relato, es el primer capítulo de la novela *Mundo de Dioses* de la colección NOVA (97). (N. del Editor). <<

[2] Hasta este punto, es idéntico a la novela *Mundo de Dioses* de la colección NOVA (97). (N. del Editor). <<